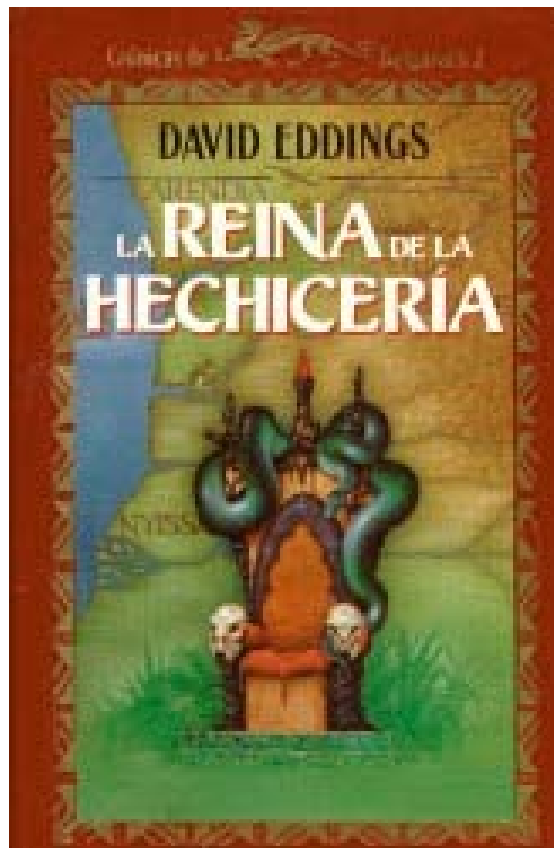


Crónicas de Belgarath

- II -

**LA REINA DE LA
HECHICERÍA**



David Eddings



David Eddings

Títulos original: Queen of Sorcery
Traducciones del inglés: Ciruelo Cabral
© 1982 by David Eddings
© 1989 Editorial Timun Mas S.A.
ISBN: 84-226-5924-7
Edición digital: Elfowar
Revisión: Cymorilsol
R6 06/03

Libro Segundo - La reina de la hechicería

*Para Helen,
que me concedió el bien máspreciado de mi vida,
y para Mike que me enseñó a jugar.*

Prólogo

Relato de la Batalla de los Reinos del Oeste contra la más infame invasión del perverso Kal Torak, basado en La Batalla de Vo Mimbres.

En los comienzos del mundo, el pérfido dios Torak robó el Orbe de Aldur y huyó en busca de poder. El Orbe se resistió y lo mutiló con una horrible quemadura, pero aun así Torak no pensaba devolverlo, pues para él tenía un gran valor. Entonces Belgarath, un hechicero discípulo del dios Aldur, envió al rey de los alorn y a sus tres hijos a la torre de hierro de Torak para que recuperaran el Orbe. Torak intentó perseguirlos, pero la furia del Orbe lo rechazó y lo hizo volver.

Belgarath cedió cuatro grandes reinos a Cherek y a sus hijos para que hicieran guardia eternamente contra Torak, y le dio el Orbe a Riva para que lo guardara, diciéndole que mientras éste estuviera en manos de un descendiente de Riva, el Oeste permanecería a salvo.

Pasaron siglos y siglos sin amenazas de Torak, hasta la primavera de 4865, cuando Drasnia fue invadida por una gran horda de nadraks, thulls y murgos. En medio de aquel mar de angaraks se levantó la gran fortaleza de hierro del así llamado Kal Torak, que significa Rey y Dios. Fueron quemados y devastados pueblos y ciudades, pues Kal Torak vino a destruir y no a conquistar, y los sacerdotes grolims con mascarás de acero sacrificaron a los supervivientes según los bárbaros ritos de los angaraks. No sobrevivió nadie, a excepción de aquellos que huyeron a Algaría o fueron rescatados del río Aldur por los buques de guerra de Cherek.

Más tarde, las hordas se dirigieron al sur, hacia Algaría, aunque allí no encontraron ciudades. Los jinetes nómadas de Algaría se replegaron antes de que llegaran y los enfrentaron con feroces ataques imprevistos. La sede tradicional de los reyes de Algaría era la Fortaleza, una montaña construida por el hombre con paredes de piedra de nueve metros de espesor, contra la cual se lanzaron en vano los angaraks antes de resolverse a poner cerco al lugar. El sitio duró ocho inútiles años, de modo que el Oeste tuvo tiempo para movilizarse y prepararse para la guerra.

Los generales se reunieron a planear su estrategia en el Colegio Imperial de Guerra de Tol Honeth y, sin tener en cuenta las diferencias nacionales, eligieron a Brand, Guardián de Riva, para que asumiera el mando. Con él llegaron dos extraños consejeros, un hombre anciano pero saludable que aseguraba conocer incluso los reinos de Angarak, y una mujer sorprendentemente hermosa y de modales enérgicos, con un mechón plateado sobre la frente. Brand los escuchaba y les prodigaba un respeto casi deferencial.

A finales de la primavera de 4875, Kal Torak abandonó el sitio y partió hacia el oeste, en dirección al mar, perseguido aún por la caballería de Algaría. En las montañas, los ulgos salieron de sus cavernas durante la noche y masacraron a los angaraks mientras éstos dormían, pero aun así las tuerzas de Kal Torak seguían siendo innumerables. Después de una pausa para reagruparse, la tropa siguió su descenso por el valle del río Arend hacia la ciudad de Vo Mimbres destruyéndolo todo a su paso; y, a comienzos del verano, desplegó sus fuerzas dispuesta a atacar la ciudad. Al tercer día de batalla, oyeron tres veces el sonido de un cuerno, luego se abrieron las puertas de Vo Mimbres y los caballeros de la ciudad salieron a enfrentarse con las hordas de angaraks, pisoteando a vivos y muertos con las patas herradas de sus caballos. Por la izquierda avanzaba la

caballería de Algaria, los piqueros de Drasnia y los enmascarados milicianos de Ulgo; y por la derecha, los guerreros de Cherek y las legiones de Tolnedra.

Al verse atacado por tres frentes, Kal Torak mandó a buscar a sus tropas de reserva y fue entonces cuando los rivanos, con uniformes grises, los sendarios y los arqueros de Astur atacaron por detrás. Los angaraks comenzaron a caer como trigo segado y los venció la confusión.

Entonces, Zedar el Hechicero, el Apóstata, se dirigió a toda prisa a la fortaleza de hierro negro de donde aún no había salido Kal Torak.

—Señor —le dijo al Maldito—, nuestros enemigos nos han rodeado e incluso gran cantidad de rivanos grises han venido a desafiar vuestro poder.

—Voy a presentarme de tal modo —declaró encolerizado Kal Torak— que los falsos cuidadores de Cthrag Yaska, la joya que me pertenece, se asustarán con sólo verme. Envíame a mis reyes.

—Mi señor —dijo Zedar—, vuestros reyes ya no existen. La batalla ha segado sus vidas, así como la de innumerables sacerdotes de Grolim.

La furia de Kal Torak creció ante estas palabras, y escupió fuego por el ojo derecho y por aquel que le faltaba. Ordenó a sus sirvientes que le ataran el escudo al brazo sin mano, cogió su temible espada negra y se unió a la batalla.

Entonces surgió una voz de entre los rivanos:

—En nombre de Belar os desafío, Torak, y en nombre de Aldur os maldigo. Acabemos con el derramamiento de sangre y enfrentémonos vos y yo para resolver esta batalla. Soy Brand, Guardián de Riva. Enfrentaos a mi o llevaos vuestro abominable ejército y no volváis a luchar contra los reinos del Oeste.

—¿Quién se atreve a oponer su carne mortal contra el rey del mundo? —gritó Kal Torak apartándose de la tropa—. Mirad, soy Torak, Rey de los Reyes y Señor de los Señores. Voy a acabar con ese rivano escandaloso. Mis enemigos perecerán y Cthrag Yaska volverá a ser mía.

Brand se adelantó, llevaba una poderosa espada y un escudo cubierto por un paño. Un zorro pardusco caminaba a su lado y un búho blanco como la nieve revoloteaba sobre su cabeza.

—Soy Brand y me enfrentaré a vos, inmundo y mutilado Torak —dijo Brand.

—¡Fuera, Belgarath! ¡Huid si queréis salvar vuestra vida! —dijo al ver al lobo—. Abjura de tu padre, Polgara —se dirigió ahora al búho—, y venérame a mí. Me casaré contigo y te convertiré en la reina del mundo.

Pero el lobo gruñó, desafiante, y el búho chilló con desprecio. Torak levantó su espada y arremetió contra el escudo de Brand. Lucharon durante mucho tiempo, se asestaron numerosos y terribles golpes y sorprendieron a aquellos que los rodeaban. La furia de Torak iba en aumento y su espada golpeó el escudo de Brand hasta hacerlo caer, pero entonces el lobo y el búho chillaron en una sola voz y Brand recuperó las fuerzas.

Con un solo movimiento, el Guardián de Riva descubrió el escudo, en cuyo centro había una joya esférica del tamaño del corazón de un niño. Cuando Torak la miró, la piedra comenzó a brillar y a arder. El Maldito se alejó de ella, dejó caer el escudo y la espada, y se llevó las manos a la cara para protegerse de la espantosa llama de la piedra.

Brand atacó y su espada penetró a través de la máscara de Torak y se incrustó en la cabeza del Maldito, en el agujero del ojo que le faltaba. Torak cayó hacia atrás con un grito desgarrador, arrojó la espada y se arrancó el casco. Los que presenciaban el suceso se apartaron aterrorizados, pues su cara, quemada por un fuego terrible, era un espectáculo horrendo. Con lágrimas de sangre, Torak volvió a gritar al contemplar la joya que él llamaba Cthrag Yaska y que lo había llevado a la guerra con el Oeste. Luego se desplomó y la tierra resonó con su caída.

Cuando los angaraks vieron lo que le había sucedido a Kal Torak profirieron un fuerte grito e intentaron huir, muertos de pánico. Pero las tropas del Oeste los persiguieron y los

mataron, de modo que cuando llegó la madrugada brumosa del cuarto día, habían acabado con el ejército de Torak.

Brand ordenó que llevaran el cuerpo del Maldito ante él, pues quería contemplar a aquel que había pretendido ser rey de todo el mundo, pero no pudieron encontrar el cadáver. Por la noche, Zedar el Hechicero había encantado a los hombres del ejército del Oeste para que no lo vieran y se había llevado el cuerpo de aquel a quien había elegido como amo.

Mas tarde, Brand pidió consejo a sus asesores.

—Torak no está muerto —le dijo Belgarath—, sólo está dormido, puesto que es un dios y ningún mortal puede acabar con él.

—¿Cuándo despertará? —preguntó Brand—. Debo preparar al Oeste para su regreso.

—La próxima vez que un rey del linaje de Riva se sienta en el trono, el dios siniestro despertará y se enfrentará a él —respondió Polgara.

—¡Pero eso no ocurrirá nunca! —dijo Brand con el entrecejo fruncido—. Todos sabemos que el rey rivano ha sido asesinado con su familia en 4002 por unos nyissanos.

—Cuando sea el momento —continuó Polgara— el rey rivano se levantará para exigir lo que le corresponde, tal como lo auguran las antiguas profecías. No puedo decir nada más.

Brand se conformó y ordenó a sus hombres que quitaran los restos de los angaraks del campo de batalla. Una vez concluida esa tarea, los reyes del Oeste se reunieron en consejo en la ciudad de Vo Mimbres. Se alzaron muchas voces para alabar a Brand, y pronto los hombres comenzaron a gritar que se le debía nombrar soberano de todos los pueblos del Oeste. Sólo Mergon, embajador de la Tolnedra Imperial, se opuso en nombre de su emperador, Ran Borune IV. Brand rechazó la oferta y la propuesta fue retirada, de modo que volvió a reinar la paz en el consejo. Pero Tolnedra tendría que cumplir con una demanda a cambio de aquella paz.

—Para cumplir con la profecía, una princesa de Tolnedra deberá casarse con el rey rivano que vendrá a salvar al mundo —dijo el Gorim de los Ulgos a viva voz—. Así lo ordenan los dioses.

—El castillo del rey rivano está vacío y desolado, ningún rey se sienta en su trono —volvió a protestar Mergon—. ¿Cómo pretendéis que una princesa de Tolnedra se case con un fantasma?

—El rey rivano volverá a ocupar su trono y a buscar a su novia —respondió la mujer llamada Polgara—. Por lo tanto, a partir de hoy cada princesa de la Tolnedra Imperial deberá presentarse en el castillo del rey rivano al cumplir los dieciséis años. Deberá ir vestida con su traje de novia y quedarse allí tres días a esperar la llegada del rey. Si él no acude a buscarla, será libre de regresar junto a su padre y cumplir con sus mandatos.

—¡Tolnedra entera se levantará contra este ultraje! —gritó Mergon—. ¡No! ¡No sucederá!

—Dile a tu emperador que ésa es la voluntad de los dioses —dijo el sabio Gorim de los Ulgos— y dile también que si no lo hace, el Oeste se levantará contra él, arrojará a los hijos de Nedra a los vientos y acabará con el poder de su imperio, hasta destruir a la Tolnedra Imperial.

Ante el poder de los ejércitos que se le enfrentaban, el embajador tuvo que ceder y todos se comprometieron a cumplir el acuerdo.

Después, los nobles de la dividida región de Arendia se acercaron a Brand.

—El rey de los mimbranos y el duque de los asturios han muerto —dijeron—, ¿quién nos gobernará ahora? Durante dos mil años la guerra entre Mimbres y Astur ha dividido a la hermosa Arendia. ¿Cómo podremos volver a ser un pueblo unido otra vez?

Brand reflexionó.

—¿Quién es el heredero del trono de Mimbres?

—Korodullin es príncipe coronado de los mimbranos —respondieron los nobles.

—¿Y quién es el heredero del linaje de los asturios? —Mayaserana, hija del duque de Astur —dijeron.

—Traedlos ante mi —ordenó Brand—. El derramamiento de sangre entre Mimbre y Astur debe terminar —les dijo cuando estuvieron frente a él—; por lo tanto, es mi voluntad que os caséis y que de este modo se unan las familias que durante tanto tiempo han estado enemistadas.

Ambos protestaron contra aquella decisión, pues sentían un odio ancestral y estaban orgullosos de sus propios linajes. Pero Belgarath se llevó a Korodullin a un lado para hablar con él y Polgara mantuvo una prolongada conversación con Mayaserana en otro lugar. Ningún hombre supo, ni entonces ni después, qué les dijeron a los jóvenes, pero cuando volvieron adonde Brand los esperaba, Mayaserana y Korodullin aceptaron casarse. Aquél fue el último acto del consejo que se reunió después de la batalla de Vo Mimbre.

Antes de partir hacia el norte, Brand se dirigió a todos los nobles y reyes por última vez.

—Mucho de lo que hemos conseguido es bueno y perdurará. Mirad, nos hemos unido contra los angaraks y los hemos vencido. El pérfido Torak ha sido derrotado y el acuerdo al que hemos llegado aquí prepara al Oeste para el día en que se cumpla la profecía. Entonces, el rey rivano regresará y Torak se levantará de su largo sueño para luchar por el imperio y el poder. Todo lo que podíamos hacer para prepararnos para la gran batalla final ya ha sido hecho; no podemos hacer nada más. También aquí, por ventura, hemos curado las heridas de Arendia y una guerra de más de dos mil años llegará a su fin. Por todo esto estoy muy satisfecho. ¡Salud y hasta pronto!

Dio media vuelta y se alejó en su caballo hacia el norte, junto a Belgarath, el hombre canoso, y Polgara, la mujer con aspecto de reina. Se embarcaron en el río Camaar de Sendaria en dirección a Riva, y Brand no volvió nunca a los reinos del Oeste.

Pero se cuentan muchas historias de sus compañeros, y muy pocos hombres saben qué hay de verdadero y qué de falso en aquellos relatos.

PRIMERA PARTE - Arendia

Vo Wacune ya no existía. Habían pasado veinticuatro siglos desde la destrucción de la ciudad de Wacite Arends y los oscuros y extensos bosques del norte de Arendia cubrían las ruinas. Las paredes se habían derrumbado y yacían enterradas en el musgo y en los húmedos helechos marrones que cubrían el suelo del bosque; sólo los restos desmoronados de las otrora majestuosas torres señalaban el sitio donde se había levantado Vo Wacune entre los árboles y la hierba. La nieve derretida cubría las ruinas envueltas en brumas e hilos de agua corrían, como lágrimas, sobre las piedras ancestrales.

Garion paseaba solitario por las avenidas cubiertas de árboles de la ciudad muerta, con su gruesa capa de lana gris arropada para protegerse del frío y con un humor tan taciturno como el de las rocas llorosas que lo rodeaban. La hacienda de Faldor, con sus campos verdes y luminosos, había quedado tan lejos que parecía perdida en una especie de huidiza neblina. Garion sentía una desesperada añoranza y por más que intentara aferrarse a ellos, los pequeños detalles se le escapaban. Los olores apetitosos de la cocina de tía Pol sólo eran un vago recuerdo, el retumbar del martillo de Durnik en la fragua se desvanecía como el eco mortecino de una última campanada, y los rostros claros y nítidos de sus compañeros de juegos iban y venían de su memoria hasta que ni siquiera estuvo seguro de poder reconocerlos. Su infancia se escabullía, y aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, no podía aferrarse a ella.

Todo estaba cambiando, ése era el problema. Tía Pol siempre había sido el centro de su vida, la piedra fundamental sobre la cual se había edificado su infancia. En el mundo

sencillo de la hacienda de Faldor, Pol había sido el ama, la cocinera; pero fuera de él era Polgara, la hechicera que había sobrevivido al paso de cuatro siglos con un objetivo que iba más allá de la comprensión de los mortales.

Y el señor Lobo, el viejo vagabundo y narrador de historias, también había cambiado. Ahora Garion sabía que su viejo amigo era en realidad su tatarabuelo —con un número infinito de «tátaras» delante, para ser exactos—, pero que detrás de esa cara burlona y vieja siempre se había ocultado la atenta mirada de Belgarath, el hechicero que había vigilado y aguardado, testigo de la necedad de los hombres y de los dioses, durante siete mil años. Garion suspiró y siguió caminando con esfuerzo por el barro.

Incluso sus nombres eran desconcertantes. Garion siempre se había resistido a creer en hechicerías, magias o brujerías. Le parecían ideas antinaturales y chocaban con su concepto práctico y razonable de la realidad, pero habían ocurrido demasiadas cosas como para que siguiera aferrado a ese cómodo escepticismo. En un instante único y conmovedor, se habían desvanecido sus últimos vestigios de duda. Mientras él la miraba completamente atónito, tía Pol había borrado las manchas blanquecinas de los ojos de Martje, la bruja. Con apenas un gesto y una palabra, le había devuelto la vista a aquella mujer loca, y con feroz imparcialidad, la había privado para siempre del poder de predecir el futuro. Garion se sobresaltó con el recuerdo del gemido desesperado de la bruja; en cierto modo, aquel grito señalaba el momento en que el mundo se había vuelto menos contundente, menos racional e infinitamente menos seguro.

Alejado del único lugar que había conocido, inseguro de la identidad de las dos personas más cercanas a él y con su concepción sobre la diferencia entre lo posible y lo imposible alterada por completo, Garion se vio envuelto en un extraño peregrinaje. No tenía idea de lo que hacían en esta ciudad invadida por los árboles y mucho menos de adónde se dirigirían cuando la abandonaran. La única certeza que le quedaba era el siniestro pensamiento que permanecía vivo en él: en algún lugar del mundo estaba el hombre que, en medio de la oscuridad previa al amanecer, había entrado de forma furtiva en una pequeña casa de una aldea olvidada y había matado a sus padres. Aunque le llevara el resto de su vida, Garion iba a encontrar a aquel hombre, y cuando lo hallase, iba a matarlo. Había algo extrañamente reconfortante en esa única y contundente seguridad.

Pasó con cuidado por encima de los restos de una casa que se había desmoronado en medio de la calle y continuó su exploración de la ciudad en ruinas. Lo cierto es que no había nada para ver, el perseverante paso de los siglos había acabado con lo poco que la guerra había dejado en pie, y la nieve fangosa y la espesa niebla escondían incluso las últimas señales de aquellos restos. Garion volvió a suspirar y comenzó a desandar su camino en dirección a las ruinas de la torre donde habían pasado la noche.

Cuando se acercaba, vio al señor Lobo y a tía Pol, que hablaban en voz baja a pocos metros de la torre en ruinas. El viejo tenía puesta la capucha color óxido y tía Pol se cubría con su capa azul. Ella miraba las ruinas cubiertas por la bruma con una expresión de pena infinita; el cabello largo y moreno le cubría la espalda y el único mechón que caía sobre su frente era más claro que la nieve que yacía a sus pies.

—Aquí está —dijo el señor Lobo mientras Garion se aproximaba a ellos.

Ella asintió y miró a Garion con seriedad.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En ningún sitio —contestó Garion—; he estado pensando, eso es todo.

—Veo que te las has arreglado para empaparte los pies.

Garion levantó una de sus húmedas botas marrones y observó la nieve fangosa que la cubría.

—La nieve está más líquida de lo que imaginaba —se disculpó.

—¿Llevar eso te hace sentir mejor? —preguntó el señor Lobo señalando la espada que Garion llevaba siempre consigo.

—Todo el mundo habla de lo peligroso que es Arendia —explicó Garion—. Además, tengo que acostumbrarme a ella.

Hizo girar el flamante cinturón de piel de la espada, hasta que la empuñadura metálica no resultó tan visible. La espada había sido un regalo de Barak para el Paso de las Eras, uno de los muchos obsequios que había recibido durante la celebración de esta fiesta en alta mar.

—¿Sabes?, no te queda demasiado bien —dijo el viejo con tono de reprobación.

—Déjalo en paz, padre —dijo tía Pol con aire algo ausente—, después de todo es suya, y tiene derecho a usarla si lo desea.

—¿No debería de haber llegado Hettar? —preguntó Garion con la intención de cambiar de tema.

—Es probable que haya encontrado mucha nieve en las montañas de Sendaria —contestó Lobo—, pero llegará, Hettar es muy responsable.

—No entiendo por qué no compramos caballos en Camaar.

—No hubiesen sido tan buenos —contestó el señor Lobo rascándose la barba corta y blanca—. Tenemos que recorrer un largo camino y no quiero tener que preocuparme por un caballo que se hunde bajo mi peso en mitad de la travesía. Es mejor invertir un poco de tiempo ahora, que tener que perderlo más adelante.

Garion se estiró y se rascó el cuello irritado por la cadena del amuleto de plata, curiosamente tallado, que Lobo y tía Pol le habían regalado para el Paso de las Eras.

—No te preocupes por eso, cariño —le dijo tía Pol.

—Preferiría que me dejarais usarlo fuera de la ropa —protestó Garion—, debajo de la túnica no puede verlo nadie.

—Tiene que estar en contacto con tu piel.

—No es muy cómodo. Me parece bastante bonito, pero a veces está frío, otras caliente y de vez en cuando me resulta demasiado pesado; además, la cadena me roza el cuello constantemente. Supongo que no estoy acostumbrado a estos adornos.

—No es solo un adorno —dijo ella—. Con el tiempo te acostumbrarás a llevarlo.

—Tal vez te haga sentir mejor —no Lobo— saber que a tu tía le llevó diez años acostumbrarse al suyo. Yo me la pasaba repitiéndole que se lo volviera a poner.

—No me parece que sea el momento más indicado para hablar de ello, padre —respondió tía Pol con frialdad.

—¿Tú también tienes uno? —le preguntó Garion al viejo, de pronto muy intrigado.

—Por supuesto.

—¿Tiene algún significado el que todos lo llevemos?

—Es una costumbre de familia, Garion —dijo tía Pol en un tono que zanjó la cuestión.

La niebla se cernía sobre ellos mientras una brisa fría y húmeda se arremolinaba alrededor de las ruinas.

—¡Ojalá Hettar ya hubiera llegado! —suspiró Garion—. Me gustaría salir de este lugar, es como una tumba.

—No siempre fue así —dijo tía Pol en un susurro.

—¿Cómo era antes?

—Yo fui feliz aquí. Los muros eran altos y las torres se elevaban por encima de ellos. Todos pensábamos que aquello seguiría así por toda la eternidad. —Señaló hacia un tupido seto de zarzas marchitas que se asomaba entre las piedras desmoronadas—. Allí había un jardín lleno de flores donde se sentaban las damas ataviadas con vestidos de color amarillo pálido mientras los jóvenes les cantaban desde el otro lado del muro. Las voces de los hombres eran muy dulces y las damas arrojaban rosas rojas por encima de la pared. Al final de esa avenida había una plaza embaldosada en mármol donde los viejos se encontraban para hablar de guerras pasadas y de sus antiguos camaradas. Más allá había una casa con una terraza donde solía sentarme con mis amigos por las noches a mirar la salida de las estrellas, mientras un niño nos traía fruta fresca y los ruiseñores

cantaban como si se les partiera el corazón. —Quedó callada un momento—. Entonces llegaron los asturios —continuó, pero con un tono distinto—. Te sorprendería saber en qué poco tiempo se puede destruir algo que llevó siglos construir.

—No te preocupes por eso, Pol —le dijo Lobo—. Son cosas que ocurren de vez en cuando y no hay mucho que podamos hacer para evitarlo.

—Yo *pude* haber hecho algo, padre —contestó con la vista fija en las ruinas—, pero tú no me lo permitiste, ¿recuerdas?

—¿Es necesario volver sobre lo mismo? —preguntó Lobo con tono dolido—. Tienes que aprender a aceptar las pérdidas. De todos modos, los arendianos de Wacite estaban sentenciados y lo máximo que hubieras conseguido hubiese sido retrasar lo inevitable unos pocos meses más. No somos quienes somos y lo que somos para mezclarnos en cosas que no tienen ningún significado.

—Eso dijiste entonces. —Ella miró los árboles delgados a su alrededor, avanzando bajo la niebla hacia las calles vacías—. No me imagine que los árboles volvieran a crecer tan pronto —dijo con un dejo extraño en la voz—, pensé que esperarían un poco más.

—Han pasado casi veinticinco siglos, Pol.

—¿De verdad?, me parece que fue ayer.

—No pienses en ello, sólo conseguirás ponerte melancólica. ¿Por qué no entramos? La niebla empieza ya a ponernos de mal humor.

Mientras regresaban a la torre, con un gesto imprevisto, tía Pol pasó su brazo por encima de los hombros de Garion. Su fragancia y su cercanía hicieron que Garion sintiera un nudo en la garganta. La distancia que había crecido entre ellos en los últimos meses desapareció en cuanto ella lo tocó.

La sala inferior de la torre había sido construida con piedras tan pesadas que ni el paso de los siglos ni las silenciosas y profundas adherencias de las raíces de los árboles habían sido capaces de moverlas de su sitio. Arcos enormes y bajos sostenían el techo de piedra y daban a la habitación un aspecto de cueva. A un extremo de la sala, frente a la estrecha abertura de la puerta, un gran agujero entre las piedras desmoronadas les servía como improvisada chimenea. A su llegada, la noche anterior, Durnik había observado con seriedad aquel agujero, frío y húmedo, y enseguida había construido un rudimentario aunque eficiente hogar con los escombros.

—Servirá —había dicho el herrero—; tal vez no sea muy elegante, pero si lo bastante apropiado para unos pocos días.

Cuando Lobo, Garion y tía Pol entraron en la sala baja y abovedada, ya chisporroteaba un buen fuego en la chimenea, que proyectaba sombras indefinidas sobre los arcos bajos, irradiando un agradable calor. Durnik, vestido con su túnica de piel marrón, acomodaba la leña contra la pared. El robusto Barak, con su barba roja y su cota de malla, pulía su espada, mientras Seda, vestido con una camisa de lino que no había perdido color y un chaleco negro de piel, jugaba con un par de dados, repantigado sobre uno de los sacos.

—¿Alguna señal de Hettar? —preguntó Barak levantando la vista.

—Todavía es pronto, falta más o menos un día —respondió el señor Lobo mientras se acercaba al fuego para calentarse.

—¿Por que no te cambias las botas, Garion? —sugirió tía Pol al tiempo que colgaba su capa azul de una de las perchas que Durnik había construido en una grieta de la pared.

Garion descolgó su saco de otra de las perchas y comenzó a buscar dentro de él.

—Los calcetines también —añadió ella.

—¿Se ha disipado la niebla? —le preguntó Seda al señor Lobo. —Ni hablar.

—Si tenéis la amabilidad de apartaros todos del fuego, podré ocuparme de la cena —dijo tía Pol, de pronto muy expeditiva.

Comenzó a preparar el jamón, varias rodajas de pan negro casero, una bolsa de habas secas y alrededor de una docena de zanahorias de aspecto correoso, mientras canturreaba muy suavemente para sí, como solía hacer siempre que cocinaba.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Garion se puso una chaqueta forrada de lana, se ajustó la espada a la cintura y salió hacia las ruinas cubiertas de niebla para esperar la llegada de Hettar. Era una tarea que se había impuesto a sí mismo, y estaba contento de que ninguno de sus amigos se hubiera atrevido a decirle que era innecesario. Mientras caminaba con esfuerzo sobre las calles cubiertas de barro en dirección a la derruida puerta del oeste de la ciudad, hizo un esfuerzo consciente por evitar los pensamientos sombríos que le habían amargado el día anterior. No había nada que pudiera hacer para cambiar las circunstancias y refunfuñar sobre ellas sólo podía dejarle un mal sabor de boca. Cuando llegó al pequeño pedazo de muro de la puerta oeste, no se sentía del todo feliz, pero tampoco del todo desgraciado.

El muro le ofrecía cierta protección, pero el frío húmedo penetraba a través de su ropa y sus pies ya estaban helados. Se estremeció y se sentó a esperar. Era inútil pretender divisar algo en la neblina, así que se concentró en los sonidos. Sus oídos comenzaron a clasificar los ruidos procedentes del bosque, del otro lado del muro; el repiqueteo del agua al caer de los árboles, el ocasional golpe de la nieve que se deslizaba desde las ramas y la percusión del pájaro carpintero, ocupado en un tronco caído unos cuantos metros más allá.

—Ésa es mi vaca —dijo de pronto una voz en medio de la neblina.

Garion se quedó inmóvil y escuchó en silencio.

—En tal caso, ocúpate de que se quede en tus pastos —contestó brusca otra voz.

—¿Eres tú, Lammer? —preguntó la primera voz. —Así es. Tú eres Detton, ¿verdad?

—No te había reconocido. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Supongo que cuatro o cinco años —contestó Lammer.

—¿Cómo van las cosas en tu pueblo? —preguntó Detton.

—Estamos pasando hambre, los impuestos nos dejaron sin nada que comer.

—Los nuestros también, nos hemos alimentado con raíces de árboles hervidas.

—Nosotros aún no las hemos probado, nos estamos comiendo los zapatos.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó Detton cortés.

—Murió el año pasado —respondió Lammer con voz sorda e inexpressiva—. Nuestro amo se llevó a mi hijo como soldado y lo mataron durante una batalla, en alguna parte; arrojaron brea hirviendo sobre él. Después de aquello, mi mujer dejó de comer y no pasó mucho tiempo hasta que murió.

—Lo lamento —dijo Detton con compasión—. Era muy hermosa.

—Ambos están mejor así —declaró Lammer—. Ya no volverán a tener frío ni hambre. ¿Qué tipo de raíces habéis estado comiendo?

—La de abedul es la mejor —dijo Detton—, la de abeto tiene demasiado alquitrán y la de roble es demasiado dura. Hay que hervir algunas hierbas junto con la raíz para darle un poco de sabor.

—Lo probaré.

—Tengo que irme —dijo Detton—, mi amo me envió a cortar árboles y me azotará si me demoro demasiado.

—Tal vez vuelva a verte alguna vez.

—Si sobrevivimos...

—Adiós, Detton.

—Adiós, Lammer.

Las dos voces se desvanecieron. Garion permaneció inmóvil durante un largo rato después de que los hombres se fueran, aturdido por la impresión y con los ojos llorosos de compasión. Lo peor de todo era la forma resignada con que los dos lo aceptaban todo. Una furia terrible comenzó a bullir en su pecho, de repente sentía deseos de pegarle a alguien.

Otro sonido surgió de entre la niebla; alguien cantaba en el bosque cercano. La voz era de un timbre claro y agudo y Garion pudo escucharla bastante bien mientras se acercaba.

La canción hacía referencia a agravios ancestrales y el estribillo era una llamada a la lucha. Irracional, la ira de Garion se concentró en el cantante desconocido; de algún modo, sus berridos sobre injusticias abstractas parecían obscenos frente a la resignada angustia de Lammer y Detton. Sin pensarlo dos veces, Garion desenvainó su espada y se agazapó detrás de la pared semiderruida.

La melodía se acercó aún más y Garion oyó las pisadas de un caballo sobre la nieve húmeda. Levantó la cabeza con cuidado, se asomó por encima del muro y vio aparecer al cantante entre la niebla, sólo veinte pasos más allá. Era un hombre joven, vestido con calzas amarillas y un jubón rojo brillante; su capa forrada de piel estaba echada hacia atrás y tenía un arco colgado al hombro y una espada sujeta a la cadera opuesta. Su cabello, de un color rubio rojizo, caía en suave cascada sobre su espalda bajo un sombrero puntiagudo con una pluma en el vértice. A pesar de que la canción era triste y de que la cantaba con fervorosa pasión, en su cara juvenil había una expresión de ingenua franqueza que su entrecejo fruncido no podía disimular. Garion observó con ira a este joven noble cabeza hueca, convencido de que aquel tonto nunca había hecho una comida con raíces de árboles ni llorado la muerte de una esposa que se había dejado morir de hambre por la pena. El extraño hizo girar a su caballo y, aún cantando, se dirigió directamente al arco desmoronado de la entrada donde Garion se escondía para tenderle una emboscada.

Por lo general, Garion no era un muchacho agresivo, y en cualquier otra circunstancia hubiese manejado la situación de otro modo, pero el joven vocinglero se había presentado en el momento menos oportuno. En un instante Garion ideó un plan que tenía la ventaja de ser muy simple, y como no había nada que lo complicara, funcionó a las mil maravillas..., hasta cierto punto. Tan pronto como el joven cantor atravesó la puerta, Garion salió de su escondite, cogió el extremo de la capa del jinete y lo arrojó fuera de la montura. El intruso cayó sobre el barro a los pies de Garion, con un alarido de asombro y un chapoteo húmedo. Sus ojos destellaban de ira y su espada se agitaba amenazadora.

Garion no era un espadachín, pero tenía buenos reflejos y las tareas que había desempeñado en la hacienda de Faldor habían fortalecido sus músculos. A pesar de la cólera que lo había inducido a atacar, no tenía verdaderos deseos de herir a aquel joven. Su oponente blandía la espada con despreocupación, casi con negligencia, y Garion pensó que un golpe certero podría hacerle arrojar el arma. Golpeó con rapidez, pero la hoja se desvió con presteza y cayó con un sonido metálico sobre su propia espada. Garion saltó hacia atrás e hizo otro torpe intento de ataque, las espadas volvieron a encontrarse y el aire se llenó de estruendo, chirridos y sonido de campanas mientras ambos jóvenes golpeaban, hacían quites y maniobras con las espadas. Garion advirtió enseguida que su adversario era mucho mejor que él y también que había dejado pasar varias oportunidades para herirlo. Muy a su pesar, comenzó a sonreír en medio de la excitación de la ruidosa contienda y su adversario le contestó con una sonrisa franca, incluso amistosa.

—¡Muy bien, ya es suficiente! —Era el señor Lobo. El viejo caminaba hacia ellos; Barak y Seda le pisaban los talones—. ¿Qué demonios os creéis que estáis haciendo?

Después de una mirada de asombro, el adversario de Garion bajó su espada.

—Belgarath... —comenzó.

—Lelldorin —el tono de Lobo era severo—, ¿has perdido el poco juicio que tenías? —Mientras Lobo se volvía severo hacia él, Garion encajó varias piezas a la vez en su mente—. Bien, Garion, ¿te importaría explicarme esto?

En un instante Garion decidió utilizar un ardid.

—Abuelo —dijo, acentuando la palabra al tiempo que dedicaba al joven intruso una mirada rápida y cómplice—, ¿no habrás pensado que peleábamos *de verdad*? Lelldorin sólo me estaba enseñando cómo bloquear la espada en caso de ataque, eso es todo.

—¿De verdad? —respondió Lobo, escéptico.

—Por supuesto —dijo Garion, con la mayor inocencia de que era capaz—, ¿por qué razón podríamos querer herirnos? —Lelldorin abrió la boca para hablar, pero Garion le pisó un pie con deliberación—. Lelldorin es sin duda muy bueno —se apresuró a añadir, con un brazo apoyado sobre los hombros del joven, en actitud amistosa—, me enseñó mucho en sólo unos minutos.

—*Déjalo así* —los dedos de Seda se movieron con presteza en los pequeños gestos del lenguaje secreto de los drasnianos—, *una mentira siempre debe ser simple*.

—El chico es un buen alumno, Belgarath —dijo Lelldorin, poco convencido pero comprendiendo por fin.

—Al menos es ágil —dijo con sequedad el señor Lobo—. ¿Cuál es el motivo de tantos perifollos? —preguntó señalando las ropas chillonas de Lelldorin—. Pareces un poste de colorines.

—Los mimbranos han comenzado a detener a asturios honestos para interrogarlos —explicó el joven arendiano—, y yo tenía que pasar cerca de varios de sus fuertes, así que pensé que si me vestía como uno de sus seguidores no tendría problemas.

—Tal vez tengas más juicio del que pensaba —reconoció Lobo de mala gana. Luego se volvió a Seda y Barak—. Este es Lelldorin, hijo del barón de Wildantor, y se unirá a nosotros.

—Justamente quería hablarte de eso, Belgarath —interrumpió Lelldorin con precipitación—. Mi padre me ordenó que viniera y yo no puedo desobedecerle, pero estoy comprometido en un asunto de extrema urgencia.

—Todos los jóvenes nobles de Astur están comprometidos en asuntos urgentes —respondió Lobo—. Lo siento, Lelldorin, pero *nuestros* asuntos son demasiado importantes para postergarlos mientras tú vas a poner emboscadas a los recaudadores de impuestos.

Entonces tía Pol apareció de entre la niebla, acompañada por Durnik, que caminaba a su lado para protegerla.

—¿Qué hacen con las espadas, padre? —preguntó con los ojos echando chispas.

—Jugaban —contestó Lobo cortante—, al menos eso es lo que dicen. Este es Lelldorin, creo que te he hablado de él.

—Un joven muy colorido —dijo tía *Pol* mirando a Lelldorin de arriba abajo con las cejas levantadas.

—La ropa es un disfraz —explicó Lobo—. No es tan frívolo como parece, al menos no hasta ese punto. Es el mejor arquero de Astur y es probable que necesitemos de su habilidad antes de acabar con todo este asunto.

—Ya veo —dijo ella, no demasiado convencida.

—Por supuesto, hay otra razón —continuó Lobo—, pero no creo que tengamos que entrar en eso ahora, ¿verdad?

—¿Aún estás preocupado por ese pasaje, padre? —preguntó inquieta—. El Códice Mrin es muy confuso y ninguna de las otras versiones dice nada acerca de la gente que allí se menciona. Ya sabes que podría ser una simple alegoría.

—He visto demasiadas alegorías convertirse en hechos reales para arriesgarme en este punto. ¿Por que no volvemos a la torre? —sugirió—. Aquí está demasiado húmedo y frío como para ponernos a hacer largos debates sobre las interpretaciones del texto.

Garion, desconcertado por las últimas palabras, miró a Seda, pero el pequeño hombrecillo le devolvió la mirada con igual desconcierto e incompreensión.

—¿Me ayudarás a buscar mi caballo, Garion? —preguntó Lelldorin con cortesía mientras envainaba su espada.

—Por supuesto —contestó Garion, guardando también su arma—, creo que fue hacia allí.

Lelldorin cogió su arco y los dos jóvenes siguieron las huellas del caballo en dirección a las ruinas.

—Lamento haberte tirado del caballo —se disculpó Garion cuando perdieron de vista a los demás.

—No importa —rió Lelldorin restándole importancia—. Debí tener más cuidado. — Luego miró a Garion intrigado—. ¿Por qué le mentiste a Belgarath?

—No fue *exactamente* una mentira —contestó Garion—, en realidad no intentábamos hacernos daño y a veces lleva horas explicar una cosa así.

Lelldorin volvió a reírse de una forma contagiosa y Garion no pudo evitar unírsele.

Mientras reían, avanzaron por un sendero cubierto de hierbas y flanqueado por pequeños montículos de escombros enterrados en el barro.

Lelldorin de Wildantor tenía dieciocho años, aunque su ingenuidad lo hacía parecer todavía más joven. Hasta la más mínima de sus emociones se reflejaba en su rostro y la sinceridad se traslucía en él como la luz de un faro. Era impulsivo, extravagante en sus manifestaciones, e incluso, tal como Garion concluyó de mala gana, no demasiado listo. Sin embargo, era imposible no apreciarlo.

A la mañana siguiente, cuando Garion se puso la capa para salir a esperar a Hettar, Lelldorin se le unió de inmediato. El joven arendiano había cambiado sus ropas extravagantes por calzas marrones, túnica verde y una capa de lana de color marrón oscuro. Llevaba su arco y un carcaj de flechas en el cinturón, y mientras caminaban bajo la nieve hacia la pared desmoronada del oeste, se entretuvo arrojando flechas contra blancos apenas visibles frente a sí.

—¡Eres muy bueno! —dijo Garion con admiración, después de un tiro especialmente certero.

—Soy un asturio —contestó Lelldorin con modestia—; hemos sido arqueros durante miles de años. Mi padre hizo construir este arco el día en que nací y yo ya sabía usarlo cuando contaba ocho años.

—Me imagino que cazarás mucho —dijo Garion, pensando en el denso bosque que los rodeaba y en las huellas de animales que había visto en la nieve.

—Es nuestro pasatiempo mas popular. —Lelldorin paró a recuperar la flecha que acababa de tirar contra el tronco de un árbol—. Mi padre se jacta de que en su mesa no se sirve nunca carne de carnero o de res.

—Yo fui a cazar una vez, en Cherek.

—¿Ciervos? —preguntó Lelldorin.

—No, jabalíes. Pero no usábamos arcos, los chereks cazan con lanzas.

—¿Lanzas? ¿Cómo puedes acercarte lo suficiente para matar a un animal con una lanza?

—Acercarse no es el problema —rió Garion de mala gana, recordando sus costillas magulladas y su cabeza dolorida—, lo difícil es alejarse después de clavarle la lanza. — Lelldorin no parecía entender—. Los cazadores forman una fila —explicó Garion— y se meten en el bosque con el mayor ruido posible, luego preparan sus lanzas y esperan a que pasen los jabalíes asustados por el ruido. Sentirse perseguidos los pone de mal humor y, cuando te ven, te atacan. Ese es el momento de arrojarles la lanza.

—¿Y no es peligroso? —preguntó Lelldorin con los ojos muy abiertos.

—A mi casi me rompen todas las costillas —asintió Garion sin fanfarronear, aunque encantado, en el fondo, por la reacción de Lelldorin.

—En Astur no tenemos muchos animales peligrosos —se lamentó Lelldorin—; unos pocos osos y de vez en cuando un grupo de lobos. —Pareció dudar un momento y luego miró fijamente a Garion—. *Algunos*, sin embargo, encuentran blancos más interesantes que los ciervos salvajes.

—¿Sí? —Garion no estaba demasiado seguro de lo que quería decir.

—Es raro el día en que un caballo mimbrano no vuelva a casa sin jinete. —Garion pareció impresionado—. *Algunos* piensan que hay demasiados mimbranos en Astur —explicó Lelldorin con especial énfasis.

—Pensé que la guerra civil en Arendia había acabado.

—Hay muchos que no piensan así. Muchos creen que la guerra debe continuar hasta que Astur se libere de la corona mimbrana. —El tono de Lelldorin no dejaba ninguna duda en cuanto a su propia posición sobre el tema.

—Pero ¿no se había unificado el país después de la batalla de Vo Mimbres? —objetó Garion.

—¿Unificado? ¿Cómo es posible que alguien crea algo así? Astur es tratada como una provincia sometida. La corte del rey está en Vo Mimbres. Cada gobernador, cada recaudador de impuestos, cada alguacil, y aun cada oficial de la policía en el reino, es un mimbrano. En toda Arendia no hay un solo asturiano con un cargo de autoridad. Los mimbranos incluso se niegan a reconocer nuestros títulos; mi padre, cuyo linaje se remonta a mil años atrás, es llamado *hacendado*. Cualquier mimbrano se mordería la lengua antes de llamarlo barón.

La cara de Lelldorin se había puesto blanca por la furia reprimida.

— Yo no sabía nada —dijo Garion con cuidado, no demasiado seguro de como manejar los sentimientos del joven.

—Sin embargo, la humillación de Astur casi ha llegado a su fin —declaró Lelldorin con fervor—. Hay algunos hombres en Astur para los cuales el patriotismo no está muerto, y no pasará mucho tiempo antes de que esos hombres capturen animales *reales*. —Para enfatizar su declaración arrojó una flecha contra un árbol distante.

Esto confirmaba los peores temores de Garion. Lelldorin estaba demasiado informado sobre los detalles del complot para no estar comprometido en él.

Como si se percatara de que había ido demasiado lejos, Lelldorin miró a Garion con consternación.

—Soy un tonto —prorrumpió, con una mirada amable a su alrededor—, nunca he aprendido a controlar mi lengua. Por favor, olvida lo que acabo de decir, Garion. Sé que eres mi amigo y que no traicionarás lo que dije en un momento de ofuscación.

Esto era lo que Garion más temía; con esa sencilla afirmación, Lelldorin había sellado sus labios. Garion sabía que debía advertir al señor Lobo de que se estaba urdiendo un plan descabellado, pero la declaración de amistad y confianza de Lelldorin no le permitiría hablar. Sintió deseos de hacer rechinar los dientes de frustración, consciente de que se encontraba frente a un gran dilema moral.

Siguieron la marcha, ambos callados y un poco violentos, hasta que llegaron al trozo de pared donde un día antes Garion le había tendido la emboscada. Se detuvieron un rato a contemplar la niebla, mientras el silencio se hacía cada vez más incómodo.

—¿Cómo es Sendaria? —preguntó Lelldorin de repente—, nunca he estado allí.

—No hay tantos árboles —contestó Garion, mirando por encima del muro hacía los troncos oscuros que se perdían en la niebla—. Es un lugar tranquilo.

—¿Y tú dónde vivías?

—En la hacienda de Faldor, cerca del lago Erat. —¿Faldor es un noble?

—¿Faldor? —rió Garion—. No, Faldor es tan vulgar como un par de zapatos viejos. Sólo es un granjero, decente, sincero, bueno. Lo echo de menos.

—Un plebeyo, entonces —dijo Lelldorin, dispuesto a considerar a Faldor como a un hombre intrascendente.

—Los títulos no significan, mucho en Sendaria —dijo Garion con un deje sarcástico—. Lo que un hombre hace es mas importante que lo que es. —Hizo una mueca de disgusto—. Yo era pinche de cocina; no es muy agradable, pero alguien tiene que hacerlo.

—Supongo que no serías un siervo. —Lelldorin parecía asombrado.

—En Sendaria no hay siervos.

—¿No hay siervos? —El joven arendiano lo miró incrédulo. —No —dijo Garion con firmeza—. nunca consideramos necesario tener siervos.

La expresión de Lelldorin reflejaba a las claras que la noticia lo había desconcertado. Garion recordó las voces que habían surgido de entre la niebla el día anterior, pero reprimió su impulso de decir algo sobre la esclavitud. Lelldorin nunca lo entendería y los dos jóvenes estaban muy cerca de ser amigos. Garion sentía que necesitaba un amigo y no quería estropear las cosas con algo que pudiera ofender al simpático muchacho.

—¿A qué se dedica tu padre? —preguntó Lelldorin con cortesía.

—Mi padre murió, y también mi madre. —Garion sabía que si lo decía deprisa no dolía tanto.

Los ojos de Lelldorin se llenaron de una súbita e impulsiva compasión y apoyó su mano sobre el hombro de Garion en actitud reconfortante.

—Lo lamento —dijo con una voz casi quebrada—, debe de haber sido una pérdida terrible.

—Yo era sólo un bebé —dijo Garion, y con un encogimiento de hombros trató de aparentar naturalidad—; no los recuerdo.

Todavía era un tema demasiado íntimo para hablar de él.

—¿Alguna epidemia? —preguntó Lelldorin con suavidad.

—No —respondió Garion con el mismo tono inexpresivo—, fueron asesinados. —Lelldorin quedó boquiabierto y sus ojos se agrandaron—. Un hombre entró furtivamente en el pueblo por la noche e incendió su casa —continuó Garion sin demostrar emoción—; mi abuelo intentó atraparlo, pero se escapó. Según tengo entendido, ese hombre es un antiguo enemigo de la familia.

—Sin duda no consentirás en que las cosas queden así, ¿verdad? —preguntó Lelldorin.

—No —contestó Garion, todavía con la vista fija en la neblina—, en cuanto tenga edad suficiente, voy a encontrarlo y a matarlo.

—¡Buen chico! —exclamó Lelldorin, quien de repente estrechó a Garion en un rudo abrazo—. Lo encontraremos y lo haremos pedazos.

—¿Lo «haremos»? —preguntó Lelldorin.

—Yo iré contigo, por supuesto —aseguró Lelldorin—, es lo mínimo que puede hacer un verdadero amigo. —Era obvio que hablaba movido por un impulso, pero también que lo hacía con absoluta sinceridad. Estrechó con firmeza la mano de Garion—. Te juro, Garion, que no descansaré hasta que el asesino de tus padres caiga muerto a tus pies.

La súbita declaración era tan previsible que Garion se maldijo a sí mismo por no mantener la boca cerrada. Sus sentimientos sobre este asunto eran muy íntimos y no estaba demasiado seguro de querer compañía en la búsqueda de su desconocido enemigo. Otra parte de sí mismo, sin embargo, se alegraba del apoyo impulsivo pero incuestionable. Decidió cambiar de tema, ya conocía a Lelldorin lo suficiente como para advertir que sin duda el joven haría una docena de fervorosas promesas al día, ofrecidas con absoluta sinceridad y olvidadas con la misma rapidez.

Arrebujados en sus capas y sentados detrás de la pared semiderruida, se pusieron a hablar de otras cuestiones.

Poco antes del mediodía, Garion oyó las sordas pisadas de caballos desde algún lugar del bosque. Unos minutos después, Hettar surgió de la niebla seguido de una docena de caballos de aspecto salvaje. El alto algarío llevaba una capa corta de piel forrada de vellón. Sus botas estaban salpicadas de barro y su ropa manchada por el viaje, pero aparte de esos detalles no parecía afectado por las dos semanas que había pasado encima de la montura.

—Garion —dijo gravemente, a modo de saludo, y Garion y Lelldorin se acercaron a recibirlo.

—Te esperábamos —dijo Garion, y le presentó a Lelldorin—. Te indicaremos dónde están los demás.

Hettar asintió y siguió a los dos jóvenes a través de las ruinas hacia la torre donde aguardaban el señor Lobo y los demás.

—Nieve en las montañas —señaló lacónicamente el algario como explicación por su demora, mientras bajaba del caballo—, eso hizo que me retrasara un poco.

Echó hacia atrás la capucha que cubría su cabeza rapada y agitó la larga y oscura coleta.

—No tiene importancia —contestó el señor Lobo—. Entra, acércate al fuego y come algo. Tenemos mucho de que hablar.

Hettar miró a los caballos y su rostro bronceado y curtido se volvió inexpresivo de un modo extraño, como si deseara concentrarse. Todos los caballos lo miraron con los ojos alerta y las orejas puntiagudas hacia delante. Luego se volvieron y se internaron entre los árboles.

—¿No se perderán? —quiso saber Durnik.

—No —contestó Hettar—, les dije que no lo hicieran.

Durnik pareció asombrado, pero lo dejó pasar.

Todos entraron en la torre y se sentaron cerca del fuego. Tía Pol les cortó pan negro y un queso pálido y amarillento mientras Durnik echaba más leña al fuego.

—Cho-Hag envía un mensaje a los jefes del clan —informó Hettar mientras se quitaba la capa. Llevaba una chaqueta negra de manga larga, hecha en piel de caballo y discos de acero remachados que formaban una especie de armadura flexible—. Se reunirán en la Fortaleza para un consejo.

Se quitó el sable curvo que llevaba atado a la cintura, lo puso a un lado y se sentó a comer cerca del fuego.

Lobo asintió.

—¿Hay alguien que intenta llegar a Prolgu?

—Antes de irme, envié una tropa de mis propios hombres a ver al Gorim —respondió Hettar—; si es posible llegar, ellos lo harán.

—Eso espero —dijo Lobo—, el Gorim es un viejo amigo y necesitaré su ayuda antes de que todo esto acabe.

—¿No tenéis miedo de pasar por la tierra de los ulgos? —se interesó cortés Lelldorin—. He oído que allí hay monstruos que se alimentan de carne humana.

Hettar se estremeció.

—Durante el invierno se quedan en sus madrigueras. Además, rara vez son lo bastante valientes como para atacar a una tropa entera de hombres a caballo. —Miró al señor Lobo—. El sur de Sendaria está llena de murgos, ¿lo sabías?

—Me lo imaginaba —contestó Lobo—. ¿Parecían buscar algo en particular?

—Yo no hablo con los murgos —contestó Hettar con brusquedad.

En aquel momento, su nariz torcida y sus ojos feroces le daban el aspecto de un halcón listo para el ataque.

—Me sorprende que no te hayas demorado aún mas —se burló Seda—; todo el mundo conoce tus sentimientos hacia los murgos.

—Me di el gusto una vez —admitió Hettar—. Halle a dos de ellos solos en el camino. No me llevó mucho tiempo.

—Dos menos por los que preocuparse —gruñó Barak con aprobación.

—Creo que es hora de que vayamos al grano —dijo el señor Lobo mientras sacudía unas migas de su túnica—. Casi todos vosotros tenéis alguna idea de lo que planeamos, pero no quiero que nadie se meta en dificultades por accidente. Perseguimos a un hombre llamado Zedar. Antes era uno de los discípulos de mi maestro, pero luego se fue con Torak. Durante la última contienda logró meterse furtivamente en el palacio de Riva y robó el Orbe a Aldur. Vamos a cazarlo y a recuperar el Orbe.

—¿No es también un hechicero? —preguntó Barak, tirando con aire ausente de su espesa trenza roja.

—Ése no es el término que nosotros usamos —contestó Lobo—, pero sí, tiene un cierto dominio de ese tipo de poder. Todos lo tuvimos, Beltira, Belkira, Belzedar y yo; todos nosotros. Eso es algo sobre lo cual quería advertiros.

—Todos vosotros tenéis el mismo tipo de nombres —señaló Seda.

—Nuestro Maestro nos cambió los nombres cuando nos tomó como discípulos. Fue un simple cambio, pero significó mucho para nosotros.

—¿Significa eso que tu nombre original era Garath? —preguntó Seda con sus ojos de hurón fruncidos con astucia.

El señor Lobo se sorprendió y luego se rió.

—No había escuchado ese nombre en miles de años. He sido Belgarath durante tanto tiempo que casi me había olvidado por completo de Garath. Y tal vez sea mejor así; Garath era un joven problemático, ladrón y mentiroso, entre otros muchos defectos.

—Algunas cosas nunca cambian —comentó tía Pol.

—Nadie es perfecto —admitió Lobo imperturbable.

—¿Por qué Zedar robó el Orbe? —preguntó Hettar, apartando a un lado su plato.

—Siempre lo quiso para sí —respondió el viejo—, ésa podría ser una razón, pero lo más probable es que lo quiera para llevárselo a Torak. Aquel que le entregue el Orbe al Tuerto será su favorito.

—Pero Torak está muerto —objetó Lelldorin—, el Guardián de Riva lo mató en Vo Mimbre.

—No —dijo Lobo—, Torak no está muerto, solo dormido. La espada de Brand no estaba destinada a matarlo. Zedar se lo llevó después de la batalla y lo escondió en algún sitio. Un día despertará, tal vez muy pronto, si es que mi interpretación de las señales es correcta. Tenemos que recuperar el Orbe antes de que esto ocurra.

—Este Zedar ha causado un montón de problemas —gruñó Barak—, debiste encargarte de él mucho tiempo antes.

—Quizás —admitió Lobo.

—¿Por qué no te limitas a agitar la mano y lo haces desaparecer? —sugirió Barak, trazando un gesto indefinido con sus gruesos dedos.

—No puedo —contestó Lobo, con un movimiento de cabeza—, ni siquiera los dioses pueden hacerlo.

—Pues entonces tenemos graves problemas —dijo Seda con el entrecejo fruncido—; cada murgó, de aquí a Rak Goska, intentará impedirnos que capturemos a Zedar.

—No necesariamente —objetó Lobo—. Zedar tiene el Orbe, pero Ctuchik manda a los grolims.

—¿Ctuchik? —preguntó Lelldorin.

—El sumo sacerdote de los grolims; él y Zedar se profesan un odio mutuo. Creo que podemos contar con él para evitar que Zedar le lleve el Orbe a Torak.

—¿Y para qué lo necesitamos? —dijo Barak encogiéndose de hombros—. Si nos encontramos con dificultades, tú y Polgara podéis usar vuestra magia, ¿verdad?

—Hay límites para ese tipo de cosas —dijo Lobo un poco evasivo.

—No entiendo —contestó Barak con un gesto preocupado.

El señor Lobo dejó escapar un profundo suspiro.

—Muy bien. Ya que ha salido el tema, aclaremos también este punto. La magia, si así queréis llamarla, es una alteración del orden natural de las cosas. A veces tiene efectos imprevisibles, así que hay que tener mucho cuidado con lo que se hace con ella. Y eso no es todo, además produce..., digamos que una especie de ruido, o no exactamente un ruido, pero la comparación sirve para explicarlo. Otras personas con las mismas facultades pueden oír este ruido, y tan pronto como Polgara y yo empezamos a modificar las cosas, todos los grolims del Oeste sabrán con precisión dónde estamos y qué

estamos haciendo. Se la pasarán interponiendo dificultades a nuestro paso hasta dejarnos exhaustos.

—Se necesita casi tanta energía para solucionar las cosas de ese modo como para hacerlo con los brazos y la espalda —explicó tía Pol mientras se sentaba junto al fuego a remendar un pequeño agujero en una de las túnicas de Garion—, es agotador.

—No lo sabía —reconoció Barak.

—No mucha gente lo sabe.

—Si es necesario, Pol y yo podemos tomar ciertas medidas —continuó Lobo—, pero no podemos hacerlo siempre y tampoco podemos hacer que las cosas desaparezcan sin más. Sin duda lo comprenderéis.

—Por supuesto —aseguró Seda, aunque su tono indicaba que no lo entendía.

—Todo lo que existe depende de alguna otra cosa —explicó tía Pol con suavidad—, si uno hace desaparecer algo es muy posible que desaparezca todo.

El fuego chisporroteó y Garion tuvo un pequeño sobresalto. De repente la sala abovedada pareció más oscura y las sombras acechaban desde los rincones.

—Por supuesto, eso no puede suceder —les dijo Lobo—. Cuando uno intenta hacer desaparecer algo, su voluntad se vuelve contra uno mismo. Si uno dice: «esfúmate», es *uno* el que desaparece. Por eso es que debemos tener mucho cuidado con lo que decimos.

—Ya lo entiendo —dijo Seda, agrandando los ojos.

—Casi todas las dificultades con que nos encontremos podrán solucionarse por medios normales —continuó Lobo—; ésa es la razón por la cual os reunimos, o al menos es una de las razones. Entre vosotros seréis capaces de solucionar los problemas que se presenten en el camino. Lo importante es recordar que Pol y yo debemos capturar a Zedar antes de que pueda llegar hasta Torak con el Orbe. Zedar ha encontrado la forma de tocar el Orbe, no sé cómo, y si le enseña a Torak, ningún poder de la tierra será capaz de impedir que el Tuerco se convierta en rey y dios del mundo entero.

Estaban todos sentados alrededor de la luz centelleante del fuego, con las caras serias ante tal posibilidad.

—Creo que esto es todo, ¿verdad, Pol?

—Así es, padre —contestó ella, alisando la parte delantera de su túnica gris de confección casera.

Más tarde, fuera de la torre, mientras caía la noche sobre las ruinas brumosas de Vo Wacune y les llegaba el aroma del espeso potaje que tía Pol cocinaba para la cena, Garion se dirigió a Seda.

—¿Es todo eso cierto? —preguntó.

—Actuemos como si creyéramos que lo es —sugirió el hombrecillo, con la vista perdida en la niebla—. En estas circunstancias, creo que no es conveniente equivocarse.

—¿Tú también tienes miedo, Seda? —preguntó Garion.

—Si —admitió Seda con un suspiro—, pero podemos comportarnos como si no lo tuviéramos, ¿verdad?

—Supongo que podemos intentarlo —dijo Garion.

Luego ambos volvieron a la sala inferior de la torre, donde el fuego danzaba sobre los bajos arcos de piedra y los protegía del frío y de la niebla.

A la mañana siguiente Seda salió de la torre con una casaca de color rojo oscuro y una gorra abombada y ladeada con elegancia.

—¿A qué vienen esas ropas? —le preguntó tía Pol.

—Me encontré con un viejo amigo en uno de los sacos —contestó Seda con resolución—, su nombre es Radek de Boktor.

—¿Qué ocurrió con Ambar de Kotu?

—Supongo que Ambar es un buen tipo —dijo Seda, un tanto despreciativo—, pero un murgu llamado Asharak conoce su existencia y puede haber hablado de él en ciertos círculos. Mejor no buscar problemas si podemos evitarlos.

—No es un mal disfraz —aprobó el señor Lobo—. Otro comerciante drasniano en la Gran Ruta del Oeste no llamará la atención, sea cual fuere su nombre.

—Por favor —protestó Seda con tono ofendido—, el nombre es muy importante. En realidad, todo el disfraz depende del nombre.

—No veo ninguna diferencia —declaró Barak.

—Hay muchísima diferencia. Sin duda reconocerás que Ambar es un vagabundo con muy poco respeto por la moral, mientras que Radek es un hombre de bien cuya palabra es digna de confianza en todos los centros comerciales del Oeste. Además, Radek siempre va acompañado de sirvientes.

—¿Sirvientes? —Tía Pol levantó una ceja.

—Sólo para dar credibilidad al personaje —le aclaró enseguida Seda—. Por supuesto, tú nunca podrías ser una sirvienta, señora Polgara.

—Gracias.

—Nadie lo creería. Tú serás mi hermana y viajarás conmigo para disfrutar de las bellezas de Tol Honeth.

—¿*Tu* hermana?

—Si lo prefieres, podrías ser mi madre —sugirió persuasivo—; una madre que hace un peregrinaje religioso a Mar Terrin para expiar sus culpas por un pasado turbulento.

Por un instante tía Pol miró fijamente al hombrecillo, mientras él le sonreía con insolencia.

—Algún día tu sentido del humor te va a traer graves problemas, príncipe Kheldar.

—Yo siempre tengo problemas, señora Polgara; si no los tuviera, no sabría cómo actuar.

—¿Os parece que ya podemos partir? —preguntó el señor Lobo.

—Sólo un momento —respondió Seda—, si encontramos a alguien y hemos de dar explicaciones, tú, Lelldorin y Garion sois los sirvientes de Polgara; y Hettar, Barak y Durnik, los míos.

—Lo que tú digas —convino Lobo ya cansado. —Hay razones para ello.

—De acuerdo.

—¿No quieres escucharlas?

—La verdad es que no. —Seda quedó un poco dolido—. ¿Estáis listos?

—Todo está fuera de la torre —dijo Durnik—; oh, un momento, me olvidaba de apagar el fuego. —Y volvió adentro. Lobo lo miró con exasperación.

—¿Qué importancia tiene? —murmuró—, si de todos modos este lugar es una ruina.

—Déjalo, padre —dijo tía Pol con tranquilidad—, es su forma de ser.

Mientras se preparaban para montar, el caballo de Barak, un tordo grande y robusto, suspiró y dirigió una mirada de reproche a Hettar. El algarío rió entre dientes.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —preguntó Barak con suspicacia.

—Lo que dijo el caballo —contestó Hettar—, pero no tiene importancia.

Luego se subieron a las monturas y se abrieron paso entre las ruinas tapadas por la niebla a lo largo del estrecho y fangoso sendero que conducía al bosque. La nieve líquida yacía a los pies de los árboles húmedos y el agua caía con constancia desde sus ramas. Todos se cubrieron con las capas para protegerse del frío y la humedad. Cuando se internaron en el bosque, Lelldorin alcanzó a Garion y cabalgó junto a él.

—¿El príncipe Kheldar es siempre tan..., bueno, tan complicado? —preguntó.

—¿Seda? Ah, si, es muy astuto. Es un espía, ¿sabes?, y los disfraces y las mentiras son algo natural en él.

—¿Un espía? ¿De verdad? —Los ojos de Lelldorin brillaban al imaginárselo.

—Trabaja para su tío, el rey de Drasnia —explicó Garion—. Según tengo entendido, los drasnianos se han dedicado a eso durante siglos.

—Tenemos que parar a recoger el resto de los sacos —le recordó Seda al señor Lobo.

—No lo he olvidado —respondió el viejo. —¿Sacos? —preguntó Lelldorin.

—Seda trajo algunas telas de lana de Camaar —le explicó Garion—, dijo que nos daría una excusa legítima para andar por esta ruta. Las escondimos en el camino antes de llegar a Vo Wacune.

—Piensa en todo, ¿verdad?

—Lo intenta. Tenemos suerte de que este con nosotros.

—Tal vez podríamos pedirle que nos enseñara algunos trucos sobre disfraces —sugirió Lelldorin con ingenio—, podrían resultarnos muy útiles cuando vayamos a buscar a tu enemigo.

Garion creía que Lelldorin había olvidado su impulsiva promesa. La mente del joven arendiano parecía demasiado voluble como para concentrarse en una idea por mucho tiempo, pero ahora descubrió que Lelldorin sólo aparentaba olvidarse de las cosas. La perspectiva de una persecución en serio del asesino de sus padres junto a este joven entusiasta, con el añadido del suspenso y la improvisación a cada paso, comenzó a parecerle alarmante.

A media mañana, después de recoger los sacos de Seda y cargarlos sobre los lomos de los caballos de reserva, volvieron a salir a la Gran Ruta del Oeste, el camino principal de Tolnedra que cruzaba el corazón del bosque. Cabalgaron hacia el sur a un medio galope que les permitía cubrir leguas con rapidez.

Pasaron junto a un siervo que llevaba una pesada carga, vestido con harapos y trozos de tela de saco atados con cuerdas. Tenía la cara demacrada y los sucios harapos ocultaban su terrible delgadez. El hombre se apartó del camino y se quedó mirándolos con temor hasta que pasaron. Garion sintió una súbita punzada de compasión, recordó por un instante a Lammer y a Detton y se preguntó que ocurriría con ellos; por alguna razón le parecía importante.

—¿Es realmente necesario mantenerlos en la indigencia? —le preguntó entonces a Lelldorin, sin poder contenerse por más tiempo.

—¿A quién? —preguntó Lelldorin, mirando a su alrededor.

—A aquel criado. —Lelldorin miró por encima de su hombro en dirección al hombre harapiento—. Ni siquiera has reparado en él —acusó Garion.

—Hay tantos... —dijo Lelldorin con un encogimiento de hombros.

—Y todos se visten con harapos y viven al borde de la inanición.

—Los impuestos de los mimbranos —contestó Lelldorin, como si eso lo explicara todo.

—Tú siempre has tenido con qué alimentarte.

—Yo no soy un siervo, Garion —contestó Lelldorin, paciente—. La gente pobre siempre sufre más: así es el mundo. —No tiene por qué ser así —contestó Garion. —Tú no lo entiendes. —No, y nunca lo entenderé.

—Por supuesto que no —dijo Lelldorin con exasperante complacencia—, tú no eres arendiano.

Garion apretó los dientes para reprimir la obvia respuesta. Al caer la tarde ya habían recorrido diez leguas y el camino estaba casi libre de nieve.

—¿No deberíamos buscar un sitio para pasar la noche, padre? —sugirió tía Pol.

El señor Lobo se rascó la barba pensativo mientras echaba una ojeada a las sombras que proyectaban los árboles a su alrededor.

—Tengo un tío que vive no muy lejos de aquí —ofreció Lelldorin—, el conde Reldegen. Estoy seguro de que se alegrará de darnos alojamiento.

—¿Delgado? —preguntó el señor Lobo—. ¿Y de cabello oscuro?

—Ahora es gris —contestó Lelldorin—. ¿Lo conoces?

—Hace veinte años qué no lo veo —dijo Lobo—. Si no recuerdo mal, solía ser bastante impetuoso.

—¿El tío Reldegen? Lo confundes con otra persona, Belgarath.

—Tal vez —dijo Lobo—. ¿A qué distancia está la casa? —A unos ocho kilómetros de aquí. —Vamos a verlo —decidió Lobo.

Lelldorin agitó las riendas y se puso al frente para enseñarles el camino.

—¿Qué tal os lleváis tú y tu amigo? —preguntó Seda, que se había adelantado a la altura de Garion.

—Supongo qué bien —contestó Garion, no demasiado seguro de lo que aquel hombrecillo con cara de rata intentaba averiguar—; aunque resulta un poco difícil hacerle entender ciertas cosas.

—Eso es lógico —observó Seda—, después de todo es un arendiano.

—Es sincero y muy valiente. —Garion salió enseguida en defensa de Lelldorin.

—Todos lo son, eso es parte del problema. —Me cae bien —aseguró Garion.

—A mí también, Garion, pero eso no me impide ver la verdad acerca de él.

—Si lo que intentas es insinuar algo, ¿por que no lo dices de una vez?

—Muy bien, lo haré. No dejes que la amistad te haga olvidar tu sentido común. Arendia es un lugar muy peligroso y los arendianos se meten en líos con bastante frecuencia. No dejes que tu joven y apasionado amigo te enrede en algo que no es de tu incumbencia. — La mirada de Seda era sincera y Garion advirtió que el hombrecillo hablaba en serio.

—Tendré cuidado —prometió.

—Sabía que podía confiar en ti —dijo Seda con seriedad.

—¿Te mofas de mí?

—¿Haría yo algo así? —preguntó a su vez Seda con tono burlón.

Luego se rió y siguieron cabalgando juntos en la tarde sombría.

La casa de piedra del conde Reldegen estaba dentro del bosque, a un kilómetro y medio del camino principal y en medio de un claro que se encontraba fuera del alcance de tiro en cualquier dirección. A pesar de que carecía de murallas, tenía un aspecto similar al de un fuerte. Las ventanas que daban al frente eran estrechas y estaban cubiertas con barrotes de hierro. Pesadas torrecillas coronadas con almenas se erguían a cada extremo y el portón que daba acceso al patio central de la casa estaba construido con troncos de árboles, ajustados y unidos entre sí con listones de hierro. A medida que se aproximaban, bajo la luz mortecina del día, Garion miró atento el estandarte del linaje. La casa tenía un aspecto de ostentosa fealdad, una tétrica solidez que parecía desafiar al mundo.

—No es un lugar muy agradable, ¿verdad? —le dijo a Seda.

—La arquitectura de los asturios es un reflejo de su sociedad —contestó Seda—. Una casa sólida no es mala idea en una región donde las disputas entre vecinos suelen escaparse de las manos.

—¿Tienen tanto miedo los unos de los otros? —Es sólo precaución Garion; sólo precaución.

Lelldorin desmontó frente al pesado portón y se dirigió a alguien al otro lado a través de una pequeña rendija. Por fin se oyó un rechinar de cadenas y el ruido de los pesados cerrojos de hierro al abrirse.

—Será mejor que no hagáis ningún movimiento imprevisto cuando estemos dentro —advirtió Seda en voz baja—, lo más probable es que haya arqueros vigilando. —Garion lo miró intrigado—. Una curiosa costumbre de la región —informó Seda.

Entraron a un patio cubierto de grava y desmontaron.

Entonces apareció el conde Reldegen, un hombre alto, delgado y con el cabello y la barba de color gris acerado, que caminaba con la ayuda de un grueso bastón. Vestía una espléndida chaqueta verde y calzas negras, y, a pesar de encontrarse en su propia casa, llevaba una espada amarrada a su costado. Salió a recibirlos con un visible renqueo al descender por las amplias escalinatas de la entrada.

—Tío —dijo Lelldorin con una inclinación respetuosa.

—Sobrino —contestó el conde en cortés reconocimiento.

—Mis amigos y yo nos encontrábamos cerca de aquí —explicó Lelldorin— y pensamos que podríamos abusar de tu hospitalidad y pasar la noche en tu casa.

—Siempre serás bien recibido, sobrino —contestó Reldegen con una especie de seria formalidad—. ¿Habéis comido ya?

—No, tío.

—Entonces todos debéis cenar conmigo. ¿Vas a presentarme a tus amigos?

El señor Lobo se quitó la capucha y dio un paso al frente.

—Tú y yo ya nos conocemos, Reldegen —dijo.

—¿Belgarath? —dijo el conde asombrado—. ¿Eres tú de verdad?

—Pues sí —sonrió Lobo—, aún sigo mi recorrido por el mundo haciendo travesuras.

Reldegen rió y cogió a Lobo del brazo con afecto.

—Entrad todos, no os quedéis fuera con este frío. —Se giro y subió, cojeando, los escalones que conducían a la casa.

—¿Qué le pasó a tu pierna? —le preguntó Lobo.

—Un flechazo en la rodilla —el conde se encogió de hombros—, una antigua disputa que he olvidado hace tiempo. —Si mal no recuerdo, solías meterte en muchas de esas disputas. En aquella época pensaba que tenías la intención de pasar por la vida con la espada siempre desenvainada.

—Era un joven impulsivo —admitió el conde, mientras abría la amplia puerta al final de la escalera.

Los condujo por un largo pasillo hasta una habitación de tamaño imponente con un gran fuego encendido en cada extremo. El techo se apoyaba sobre grandes arcos de piedra. El suelo era de piedra negra pulida, cubierto de alfombras de piel, y las paredes, los arcos y el techo estaban blanqueados con cal, lo que producía un marcado contraste. Aquí y allá había toscas sillas talladas de madera parda oscura y en un extremo, cerca de una de las chimeneas, había una gran mesa con un candelabro de hierro en el centro. Una docena de libros encuadernados en piel estaban desparramados sobre su superficie pulida.

—¿Libros, Reldegen? —dijo Lobo asombrado, mientras los demás se quitaban las capas y se las entregaban a los criados que aparecieron de inmediato—. Te has reblandecido, amigo mío. —El hombre sonrió por el comentario del viejo—. He olvidado mis modales —se disculpó Lobo—. Mi hija Polgara. Pol, éste es el conde Reldegen, un viejo amigo.

—Señora —saludó el conde con una refinada reverencia—, es un honor teneros en mi casa.

Tía Pol estaba a punto de contestar cuando dos jóvenes irrumpieron en la sala en medio de una vehemente discusión.

—¡Eres un idiota, Berentain! —gritó el primero, un muchacho de cabello oscuro que llevaba una chaqueta escarlata.

—Os conviene pensar eso, Torasin —respondió el segundo, un joven con cabello claro y ensortijado que llevaba una túnica a rayas verdes y amarillas—, pero os guste o no, el futuro de Astur está en manos de los mimbranos. Vuestras declaraciones de rencor y vuestra encendida retórica no van a alterar este hecho.

—No me trates de vos, Berentain —dijo burlón el del cabello moreno—; tu imitación de la cortesía mimbrana me revuelve las tripas.

—¡Caballeros, ya es suficiente! —dijo cortante el conde Reldegen, y golpeó el bastón contra el suelo de piedra—. Si os empeñáis en discutir de política tendré que separaros, incluso a la fuerza si fuera necesario.

Los dos jóvenes se miraron con desprecio y luego se retiraron hacia ambos extremos de la habitación.

—Mi hijo Torasin —admitió el conde en tono de disculpa mientras señalaba al joven de cabello oscuro— y su primo Berentain, hijo del hermano de mi difunta mujer. Han estado así durante las últimas dos semanas, tuve que quitarles las espadas al día siguiente de la llegada de Berentain.

—La discusión política es buena para la circulación, señor —observe Seda—, especialmente en invierno. El calor evita que se formen coágulos en las venas.

El conde rió entre dientes ante la afirmación del hombrecillo.

—El príncipe Kheldar de la casa real de Drasnia —presentó Lobo a Seda.

—Majestad —respondió el conde con una reverencia.

—Por favor, mi señor —dijo Seda con un imperceptible sobresalto—, me he pasado la vida intentando huir de ese trato ceremonioso y estoy seguro de que mi relación con la casa real avergüenza a mi tío tanto como a mi.

El conde volvió a reír con desenfadado buen humor.

—¿Por qué no nos acercamos a la mesa del comedor? —sugirió—. En la cocina hay dos grandes ciervos en el asador desde el alba y hace poco he conseguido un barril de vino tinto del sur de Tolnedra. Según recuerdo, Belgarath siempre fue muy aficionado a la buena mesa y al buen vino.

—No ha cambiado, señor —dijo tía Pol—, mi padre es muy fácil de calar cuando se lo conoce un poco.

El conde sonrió y le ofreció el brazo mientras todos se dirigían a una puerta en el extremo de la habitación.

—Dime, señor —dijo tía Pol—, ¿por casualidad tendrás una bañera en casa?

—Bañarse en invierno es peligroso, señora Polgara —le advirtió el conde.

—Señor —aseguró ella seria—, me he bañado en invierno y en verano durante más años de los que puedas imaginar.

—Déjala que se bañe, Reldegen —insistió el señor Lobo—, su humor se deteriora de modo notable cuando se siente sucia.

—Un baño tampoco te haría daño a ti, viejo Lobo —contestó tía Pol con acritud—, empiezas a oler mal cuando hay viento a favor.

El señor Lobo adoptó un aire algo ofendido.

Mucho más tarde, después de hartarse de comer carne de venado, pan mojado en salsa y pasteles de cereza, tía Pol se disculpó y fue a supervisar los preparativos de su baño con una doncella. Todos los hombres se demoraron en la mesa saboreando sus vasos de vino, sus caras inundadas con la luz dorada de las múltiples velas que había en el comedor de Reldegen.

—Permitidme que os enseñe vuestras habitaciones —sugirió Torasin a Lelldorin y a Garion, al tiempo que retiró su silla y dedicó una mirada de velada satisfacción a Berentain por encima de la mesa.

Salieron del comedor detrás de él y subieron unas altas escaleras hasta llegar a los pisos superiores de la casa.

—No quiero ofenderte, Tor —dijo Lelldorin mientras ascendían—, pero tu primo tiene unas ideas muy peculiares.

—Berentain es un idiota —gruñó Torasin—, cree que puede conquistar a los mimbranos con la imitación de su forma de hablar y mediante la adulación. —Bajo la luz de la vela que llevaba en la mano, la cara morena reflejaba su enfado.

—¿Por qué lo hace?

—Está desesperado por conseguir una propiedad —respondió Torasin—. El hermano de mi madre no tenía muchas tierras para dejarle. El imbécil ha perdido la cabeza por la hija de uno de los barones de su distrito, y como el barón ni siquiera tomaría en consideración a un pretendiente sin tierras, Berentain intenta conseguir una hacienda del gobernador de Mimbres. Juraría fidelidad al fantasma del mismísimo Kal Torak si creyera que de ese modo lograría sus tierras.

—¿No se da cuenta de que no tiene ninguna posibilidad? —preguntó Lelldorin—. Hay demasiados mimbranos deseosos de conseguir tierras alrededor del gobernador como para que le concedan una hacienda a un asturio.

—Yo le dije lo mismo —declaró Torasin con mordaz satisfacción—, pero con él no hay razonamiento que valga. Su conducta degrada a toda la familia.

Lelldorin agitó la cabeza, comprensivo. Llegaron a la planta superior y echó una rápida mirada en torno.

—Tengo que hablar contigo, Tor —prorrumpió, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro. Torasin lo miró intrigado—. Mi padre me puso al servicio de Belgarath para un asunto de gran importancia —se apresuró a decir en un murmullo— y no sé cuánto tiempo estaré fuera, así que tú y los otros tendréis que matar a Korodullin sin mi.

Los ojos de Torasin se agrandaron con horror.

—¡No estamos solos, Lelldorin! ¡Cuidado con lo que dices! —dijo con voz contenida.

—Te espero en el otro extremo del pasillo —se apresuró a decir Garion.

—No —dijo Lelldorin con firmeza mientras lo cogía de un brazo—, Garion es mi amigo, Tor, y no tengo secretos para él.

—Lelldorin, por favor —protestó Garion—, yo no soy un asturio, ni siquiera un arendiano. No quiero conocer tus planes.

—Pero los *conocerás*, Garion, como prueba de mi confianza en ti —declaró Lelldorin—. El próximo verano, cuando Korodullin viaje a la ciudad en ruinas de Vo Astur para presidir la corte durante seis semanas y mantener así la ficción de la unidad arendiana, le tenderemos una emboscada en el camino...

—¡Lelldorin! —interrumpió Torasin, mientras su cara palidecía.

Pero Lelldorin seguía explayándose.

—No será una simple emboscada, Garion, sino un golpe maestro al corazón de Mimbres. Vamos a atacarlo llevando uniformes de legionarios tolnedranos y lo mataremos con espadas de Tolnedra. Nuestro ataque obligará a Mimbres a declarar la guerra al Imperio de Tolnedra y Tolnedra destruirá a Mimbres como si se tratara de una cáscara de huevo. ¡Mimbres será destruida y Astur será libre!

—Nachak te hará matar por esto, Lelldorin —dijo Torasin—. Hemos jurado mantener el secreto en un pacto de sangre.

—Dile al murgos que escupo sobre su juramento —dijo Lelldorin enfadado—. ¿Para qué necesitamos a un escudero murgos los patriotas de Astur?

—¡Él es quien nos da el oro, cabeza hueca! —se enfureció Torasin, casi fuera de sí—. Necesitamos su maravilloso oro rojo para comprar los uniformes y las espadas y para convencer a algunos de nuestros amigos más débiles.

—Yo no quiero débiles conmigo —dijo Lelldorin con vehemencia—, un patriota hace lo que hace por amor a su país, y no por el oro de los angaraks.

La mente de Garion sacaba conclusiones con rapidez. El primer momento de asombro había pasado.

—Había un hombre en Cherek —recordó—, el conde de Jarvik. También él cogió oro de los murgos para matar a un rey. —Los dos jóvenes lo miraron sin comprender—. Algo le ocurre a un país cuando uno mata a su rey —explicó Garion—; no importa lo malo que sea el rey ni lo buena que sea la gente que lo mata, el país se viene abajo por un tiempo; reina la confusión y no hay nadie capaz de encaminarlo en ninguna dirección. Además, si uno provoca una guerra entre otros dos países al mismo tiempo, sólo se consigue aumentar el caos. Creo que si yo fuera murgos ése es el tipo de confusión que querría ver en todos los reinos del Oeste. —Garion escuchó su propia voz con sorpresa; había un dejo seco y desapasionado en ella que reconoció de inmediato. Esa voz había estado allí desde su infancia, dentro de su mente; ocupaba algún rincón silencioso y oculto, y le indicaba cuándo estaba equivocado o actuaba con necedad. Pero nunca antes había participado de forma activa en su comunicación con otra gente. Ahora, sin embargo, había

hablado sin tapujos con aquellos dos jóvenes, y les había explicado las cosas con paciencia—. El oro de Angarak no es lo que parece —continuó Garion—, tiene una especie de poder que corrompe a la gente, tal vez por eso sea del color de la sangre. Yo, en vuestro lugar, lo pensaría muy bien antes de aceptar más oro rojo de ese murgo llamado Nachak. ¿Por qué creéis que os da el oro y os ayuda con vuestro plan? No es un asturio, así que no es el patriotismo lo que lo mueve, ¿verdad? También habría que reflexionar acerca de eso. —De repente Lelldorin y su primo parecían preocupados—. No pienso decir nada de esto a nadie —dijo Garion—, me lo dijisteis como una confidencia y no debía haberlo oído, pero recordad que en este momento, en el mundo, están ocurriendo muchas cosas además de lo que sucede en Arendia. Ahora creo que me gustaría irme a dormir; si me indicáis dónde está mi habitación, os dejo para que discutáis toda la noche, si así os place. En términos generales, Garion pensó que había manejado el asunto bastante bien, al menos les había creado unas cuantas dudas. Conocía lo suficiente a los arendianos como para saber que aquello no bastaría para detenerlos, pero al menos era un comienzo.

A la mañana siguiente salieron temprano, cuando la bruma aún cubría los árboles. El conde Reldegen había salido al portón a despedirse envuelto en una capa oscura, y Torasin, de pie junto a su padre, parecía incapaz de quitar los ojos de la cara de Garion. El joven y ardiente asturio estaba lleno de dudas que quizá le impidieran meterse de cabeza en algún desastre. No era mucho, Garion lo reconocía, pero era lo máximo que podía lograr en aquellas circunstancias.

—Vuelve pronto, Belgarath —dijo Reldegen—, alguna vez que puedas quedarte por más tiempo. Aquí estamos muy aislados y me gustaría enterarme de lo que ocurre en el resto del mundo. Nos sentaremos junto al fuego y hablaremos durante uno o dos meses.

—Tal vez cuando acabe con este asunto, Reldegen —asintió el señor Lobo seriamente.

Luego hizo girar su caballo y guió el camino a través del amplio claro que rodeaba la casa de Reldegen para volver a penetrar en el bosque sombrío.

—El conde es un arendiano atípico —dijo Seda con suavidad mientras cabalgaban—; anoche creo que incluso llegué a detectar en él uno o dos pensamientos originales.

—Ha cambiado mucho —reconoció Lobo.

—Sabe servir una buena comida —dijo Barak—. No me había sentido tan satisfecho desde que dejamos Val Alorn.

—No me extraña —dijo tía Pol—, te has comido la mayor parte del ciervo tú solo.

—Exageras, Polgara —dijo Barak.

—Pero no mucho —observó Hettar con voz suave.

Lelldorin cabalgaba junto a Garion, pero no había dicho ni una palabra. Su cara tenía un aspecto tan preocupado como la de su primo, era obvio que quería decir algo y también lo era que no sabía por dónde empezar.

—Adelante —dijo Garion con calma—, somos demasiado amigos para que me ofenda si no lo explicas muy bien.

—¿Se me nota tanto? —preguntó Lelldorin un poco avergonzado.

—Yo diría que eres franco —dijo Garion—; nunca aprendiste a esconder tus sentimientos, eso es todo.

—¿Era verdad? —prorrumpió Lelldorin—. No es que dude de tu palabra, pero ¿es cierto que había un murgo en Cherek que conspiraba contra el rey Anheg?

—Pregúntale a Seda —sugirió Garion—, a Barak, a Hettar, a cualquiera de ellos. Todos estábamos allí.

—Pero Nachak no es así —dijo Lelldorin de prisa, como a la defensiva.

—¿Cómo puedes estar seguro? —le preguntó Garion—. Para empezar, el plan fue idea suya, ¿verdad? ¿Cómo lo conocisteis?

—Todos habíamos ido al Gran Mercado, Torasin, yo y otros más. Le compramos varias cosas a un comerciante murgu y Tor hizo unas cuantas alusiones a los mimbranos, ya sabes cómo es Tor. El comerciante dijo que podría interesarnos conocer a alguien y nos presentó a Nachak. Cuanto más habíamos con él, más parecía coincidir con nuestras ideas.

—Es natural.

—Nos contó lo que está planeando el rey, no lo creerás.

—Es probable que no.

—Va a repartir nuestras tierras —dijo Lelldorin dirigiéndole una mirada rápida y preocupada— para dárselas a nobles mimbranos sin hacienda. —Lo decía con un tono acusatorio.

—¿Habéis corroborado eso con alguna otra persona?

—¿Cómo íbamos a hacerlo? Los mimbranos nunca lo admitirían si se lo preguntáramos, pero es el tipo de cosa que ellos *harían*.

—Así que sólo tenéis la palabra de Nachak, ¿y cómo surgió vuestro plan?

—Nachak dijo que si él fuera un asturio, no permitiría que nadie se adueñara de *sus* tierras, pero que cuando llegaran con soldados y caballeros, sería demasiado tarde para detenerlos. Dijo que si él fuera a hacerlo, atacaría antes de que estuvieran preparados y de modo que los mimbranos no supieran quién lo había hecho. Luego sugirió lo de los uniformes tolnedranos.

—¿Cuándo comenzó a daros dinero?

—No estoy seguro, Tor se ocupó de esa cuestión.

—¿Alguna vez explicó por qué os daba dinero? —Dijo que lo hacía por amistad.

—¿No te parece un poco extraño?

—Yo le daría dinero a alguien por amistad —protestó Lelldorin.

—Tú eres un asturio —dijo Garion— y darías tu vida por amistad. Pero Nachak es un murgu, y yo nunca he escuchado que fueran tan generosos. En resumen, un extraño os dice que el rey piensa adueñarse de vuestras tierras, luego os ofrece un plan para matar al rey y provocar una guerra con Tolnedra y, para asegurarse de que lleváis a cabo su plan, os da dinero. ¿No es así? —Lelldorin asintió en silencio, con los ojos tristes—. ¿Ninguno de vosotros tuvo ni siquiera una mínima sospecha?

Lelldorin parecía a punto de llorar.

—Era un plan tan bueno —dijo por fin—, que sólo podía triunfar.

—Eso es lo que lo hace tan peligroso —contestó Garion.

—Garion, ¿qué voy a hacer? —La voz de Lelldorin sonaba angustiada.

—No creo que puedas hacer nada por el momento —dijo Garion—. Tal vez más adelante, cuando hayamos tenido tiempo para pensar en ello, se nos ocurra algo. De lo contrario, siempre podremos consultarlo con mi abuelo, él encontrará la forma de evitarlo.

—No podemos decírselo a cualquiera —le recordó Lelldorin, hemos prometido mantener el secreto.

—Es probable que tengamos que romper esa promesa —dijo Garion de mala gana—. No creo que ninguno de los dos le deba nada a los murgos, pero dependerá de tu decisión, yo no le diré nada a nadie sin tu permiso.

—Decide *tú* —suplicó Lelldorin—, yo no puedo hacerlo, Garion.

—Tendrás que hacerlo —dijo Garion—, estoy seguro de que si reflexionas sobre ello, comprenderás por qué.

Entonces llegaron a la Gran Ruta del Oeste y Barak los condujo hacia el sur a todo galope, impidiendo que siguieran la discusión.

Cinco kilómetros más allá pasaron por una tétrica aldea compuesta por una docena de chozas con techos de turba y paredes de juncos adheridos con barro. Los campos que rodeaban la aldea estaban llenos de estacas de tronco y unas pocas vacas desnutridas

pastaban cerca del borde del bosque. Garion no pudo disimular su indignación ante la pobreza implícita en aquel miserable conjunto de chozas.

—Lelldorin —dijo con gravedad—, ¡mira!

—¿Qué? ¿Dónde? —El joven rubio, sumido en sus preocupaciones, volvió de prisa a la realidad, como si esperara un peligro.

—La aldea —le dijo Garion—, mírala.

—Es sólo una aldea de siervos —dijo Lelldorin con indiferencia—, he visto cientos como ésta.

—En Sendaria no guardaríamos ni a los cerdos en sitios así. —La voz de Garion sonó vehemente: ¡Si pudiera hacer que su amigo *comprendiera!*

Dos siervos, vestidos con harapos y con aspecto cansado, cortaban leña de los troncos caídos al borde del camino para el fuego. Al ver acercarse al grupo, soltaron sus hachas y huyeron hacia el bosque.

—¿Te sientes orgulloso, Lelldorin? —preguntó Garion—. ¿Te complace saber que tus propios campesinos te tienen tanto miedo que huyen apenas te ven?

Lelldorin parecía intrigado.

—Son *siervos*, Garion —dijo como si eso lo explicara todo. —Son hombres, no animales. Los hombres merecen ser mejor tratados.

—Yo no puedo hacer nada al respecto, no son *mis* criados.

Con estas palabras Lelldorin volvió a concentrarse en sus propios pensamientos, tratando de resolver el dilema que Garion le había planteado.

Al caer la tarde habían recorrido cincuenta kilómetros y el cielo se oscurecía cada vez más para dejar paso a la noche.

—Creo que vamos a tener que pasar la noche en el bosque, Belgarath —dijo Seda mirando a su alrededor—. No hay posibilidades de llegar a tiempo al hostel más cercano de Tolnedra.

El señor Lobo, a punto de quedarse dormido mientras cabalgaba, levantó la vista y parpadeó.

—Muy bien —dijo—, pero apartémonos un poco del camino. Nuestro fuego podría llamar la atención y ya hay demasiada gente enterada de que estamos en Arendia.

—Hay un sendero de leñadores allí mismo —dijo Durnik, señalando hacia un claro entre los árboles, un poco más adelante—, nos llevará de nuevo al interior del bosque.

—De acuerdo —asintió Lobo.

Volviéron a internarse entre los árboles por el estrecho sendero, las hojas empapadas del suelo del bosque enmudecieron las pisadas de los caballos. Cabalgaron en silencio durante casi un kilómetro y medio hasta llegar a un claro.

—¿Qué tal aquí? —preguntó Durnik, que indicaba hacia un extremo del claro donde un arroyuelo caía suave sobre las piedras cubiertas de musgo.

—Está bien —dijo Lobo.

—Vamos a necesitar un lugar donde cobijarnos —observó el herrero.

—Compré tiendas en Camaar —le contestó Seda—, están en los sacos.

—Ésa fue una buena previsión —lo felicitó tía Pol.

—He estado antes en Arendia, señora, y conozco el clima.

—Garion y yo iremos a buscar leña para el fuego —dijo Durnik, se bajó del caballo y desató el hacha de la silla.

—Yo os ayudaré —dijo Lelldorin, todavía con cara de preocupación.

Durnik asintió y guió a los jóvenes hacia el interior del bosque. Los troncos estaban empapados, pero el herrero parecía reconocer de forma instintiva donde encontrar leña seca. Trabajaron de prisa bajo la luz mortecina del crepúsculo y pronto reunieron tres grandes fardos de ramas y palos. Luego volvieron al claro donde Seda y los demás se ocupaban de levantar varias tiendas grisáceas. Durnik dejó la leña en el suelo e hizo un espacio para el fuego con el pie. Luego se agachó, comenzó a frotar su cuchillo contra

una piedra para sacar chispas y encendió un trozo de mecha seca que siempre llevaba con él. En sólo un momento consiguió encender una hoguera y tía Pol preparó sus cacharros, mientras canturreaba suavemente para sí.

Hettar volvió de atender a los caballos y todos se quedaron mirando cómo tía Pol preparaba la cena con las provisiones que el conde Reldegen les había obligado a aceptar aquella mañana, antes de partir.

Después de comer, se sentaron a charlar tranquilamente alrededor del fuego.

—¿Cuánto camino hemos recorrido hoy? —preguntó Durnik.

—Unos sesenta kilómetros —calculó Hettar.

—¿Y cuántos más debemos recorrer para salir del bosque? —Hay cuatrocientos kilómetros de Camaar a la llanura central —contestó Lelldorin.

—Una semana, o más —suspiró Durnik—. Yo esperaba que sólo fueran unos pocos días.

—Sé lo que quieres decir —convino Barak—, es horroroso andar bajo todos estos árboles.

Los caballos, que estaban amarrados cerca del arroyuelo, se movieron intranquilos y Hettar se puso de pie.

—¿Algo va mal? —dijo Barak, y también se levantó.

—No debería... —comenzó Hettar, pero se detuvo—. ¡Atrás! —dijo de repente—. ¡Alejaos del fuego!, los caballos dicen que se acercan unos hombres. Muchos... y armados. —Se apartó del fuego y desenvainó el sable.

Lelldorin lo miró asombrado y corrió hacia una de las tiendas. La desilusión de Garion por la actitud de su amigo fue como un golpe en el estómago.

Una flecha voló hacia la luz y dio en la cota de malla de Barak.

—¡Coged vuestras armas! —rugió el hombre corpulento al tiempo que sacaba la espada.

Garion cogió a tía Pol por la manga e intentó apartarla de la luz.

—¡Para! —dijo con brusquedad, soltándose la manga.

Otra flecha llegó con un zumbido del bosque brumoso. Tía Pol agitó la mano como si espantara una mosca y murmuró una sola palabra. Entonces la flecha rebotó, como si hubiese pegado en algo sólido, y cayó al suelo.

En ese momento, un grupo de hombres brutos y corpulentos salieron de entre los árboles con un grito feroz y se metieron en el arroyuelo agitando las espadas. Cuando Barak y Hettar salían a su encuentro, Lelldorin salió de la tienda con su arco y comenzó a disparar flechas con tal rapidez que sus manos parecían invisibles. Garion se avergonzó de haber dudado del valor de su amigo.

Uno de los atacantes lanzó un grito ahogado y cayó hacia atrás con una flecha atravesada en la garganta; otro se dobló bruscamente, agarrándose el vientre, y se desplomó gimiendo en el suelo; un tercero, bastante joven y con una barba clara y suave en las mejillas, se derrumbó pesadamente, se sentó y tiró de las plumas de la flecha que salía de su pecho con una expresión de incredulidad en su rostro infantil. Luego suspiró y cayó hacia un costado con un hilo de sangre en la nariz.

Los hombres harapientos vacilaron bajo la lluvia de flechas que arrojaba Lelldorin, y Barak y Hettar aprovecharon la oportunidad para abalanzarse sobre ellos. Con gran rapidez, la pesada espada de Barak golpeó contra la de un hombre con bigote negro y se incrustó en el ángulo entre el hombro y el cuello. El hombre se desplomó. Hettar hizo un rápido florete con su sable y lo hundió limpiamente en el cuerpo de un rufián con cicatrices de viruela. El hombre se puso rígido y un chorro de sangre roja salió a borbotones de su boca mientras Hettar retiraba su sable. Durnik fue hacia ellos con su hacha y Seda sacó su larga daga de la chaqueta y se abalanzó sobre un hombre con una rala barba castaña. En el último momento se lanzó hacia delante, rodó sobre sí mismo y golpeó al hombre barbudo con los pies. Sin detenerse, se levantó y hundió su daga en el

vientre de su enemigo. Al cortar hacia arriba, la daga desgarró la carne con un sonido húmedo y el hombre herido, gritando, se cogió el vientre en un intento de atajar las tripas azules que se asomaban hirvientes entre sus dedos.

Garion se lanzó hacia los sacos para coger su espada, pero en ese momento alguien lo sujetó con fuerza desde atrás. Luchó por un instante, pero luego sintió un fuerte golpe en la nuca y, sus ojos se llenaron de una luz ennegrecida.

—Éste es el que queremos —susurró una voz tosca mientras se desvanecía en la inconsciencia.

Lo llevaban a cuestas, de eso estaba seguro. Podía sentir los brazos fuertes que lo sostenían. No sabía cuánto tiempo había pasado desde el golpe en la cabeza, todavía le zumbaban los oídos y sentía el estómago revuelto. Se quedó inmóvil, pero abrió un ojo con cuidado. Tenía la vista borrosa y poco clara, pero pudo reconocer la cara barbuda de Barak inclinada sobre él en la oscuridad, y una vez más, como en aquella ocasión en los bosques de Val Alorn, le pareció contemplar el rostro peludo de un enorme oso. Cerró los ojos, se estremeció e intentó defenderse débilmente.

—Ya está bien, Garion —dijo Barak, con un tono casi desesperado—, soy yo.

Garion volvió a abrir los ojos y el oso ya no estaba allí, ni siquiera estaba seguro de haberlo visto alguna vez.

—¿Estás bien? —preguntó Barak mientras lo dejaba en el suelo.

—Me golpearon en la cabeza —masculló Garion, y se llevó la mano al chichón, detrás de la oreja.

—No volverán a hacerlo —murmuró Barak todavía con desesperación.

Luego, aquel hombre enorme se dejó caer al suelo y escondió la cara entre las manos. Estaba oscuro y era difícil ver algo, pero parecía que los hombros de Barak temblaban con un terrible dolor contenido, una serie de sollozos convulsivos, mudos pero desesperados.

—¿Dónde estamos? —preguntó Garion escudriñando la oscuridad que los rodeaba.

—Bastante lejos de las tiendas. Me llevó un buen rato alcanzar a los dos tipos que te llevaban.

—¿Qué pasó? —Garion todavía se sentía un poco atontado.

—Están muertos. ¿Puedes tenerte en pie?

—No lo sé. —Garion intentó incorporarse, pero se sintió muy mareado y con náuseas.

—No importa, yo te llevaré —dijo Barak con tono resuelto.

Un búho chilló desde un árbol cercano y su figura blanca y espectral levantó el vuelo delante de ellos. Mientras Barak lo levantaba, Garion cerró los ojos e intentó controlar las náuseas.

Después de un rato llegaron al claro todavía iluminado por el fuego.

—¿Está bien? —preguntó tía Pol levantando la vista del vendaje en el brazo de Durnik.

—Un chichón en la cabeza, eso es todo —contestó Barak mientras dejaba a Garion en el suelo—. ¿Los perseguiste? —Su voz era dura, casi brutal.

—A aquellos que todavía podían correr —contestó Seda con tono de excitación y un brillo en sus ojos de hurón—. Quedaron unos cuantos en el camino —señaló algunas figuras inmóviles tendidas cerca del límite de la luz del fuego.

Lelldorin volvió al claro con el arco listo para disparar y mirando por encima de su hombro. Estaba sin aliento, con la cara pálida y las manos temblorosas.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto vio a Garion. Garion asintió mientras se palpaba con cuidado el chichón en la nuca—. Intenté alcanzar a los dos que te llevaban —aseguró el joven—, pero eran demasiado rápidos para mí. Ahí fuera hay algún tipo de animal, lo escuché gruñir mientras te buscaba, era un gruñido espantoso.

—La bestia se ha ido —dijo Barak categóricamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Seda al hombre corpulento. —Nada.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó Garion.

—Ladrones, sin duda —aseguró Seda mientras guardaba la daga—. Es una de las desventajas de las sociedades que tienen esclavos. Se aburren y salen al bosque en busca de diversión y dinero.

—Hablas igual que Garion —protestó Lelldorin—. ¿Es que no podéis comprender que la esclavitud en estas regiones forma parte del orden natural? Nuestros siervos no podrían arreglárselas solos, así que los que nos encontramos en una posición más alta aceptamos la responsabilidad de cuidar de ellos.

—Por supuesto que lo hacéis —aceptó Seda con sarcasmo—, no están tan bien alimentados como vuestros cerdos ni tienen casas tan buenas como vuestros perros, pero cuidáis de ellos, ¿verdad?

—Ya es suficiente, Seda —dijo tía Pol cortante—, no empecemos a discutir entre nosotros. —Ató un último nudo en el vendaje de Durnik y fue a examinar la cabeza de Garion. Palpó con cuidado el chichón y Garion dio un respingo—. No parece demasiado serio —dijo.

—Pero duele igual —se quejó él.

—Por supuesto que sí, cariño —dijo con calma, mojó un trapo en un cubo de agua fría y lo llevó al chichón—. Tendrás que aprender a proteger tu cabeza, Garion. Si sigues golpeándola así se te va a reblandecer el cerebro.

Garion estaba a punto de contestar cuando Hettar y el señor Lobo volvieron a aparecer bajo la luz del fuego.

—Todavía están corriendo —anunció Hettar.

Los discos metálicos de su chaqueta de piel de caballo producían destellos rojos bajo la luz vacilante de las llamas y su sable estaba manchado de sangre.

—Eso sí que lo saben hacer como nadie —dijo Lobo—. ¿Estáis todos bien?

—Unos pocos chichones y morados, eso es todo —le dijo tía Pol—. Podría haber sido mucho peor.

—No empecemos a preocuparnos por lo que podría haber ocurrido.

—¿Sacamos a éstos? —rugió Barak señalando los cuerpos tendidos en el suelo junto al arroyuelo.

—¿No deberíamos enterrarlos? —preguntó Durnik con voz temblorosa y la cara muy pálida.

—Demasiado trabajo —dijo Barak con brusquedad—, que lo hagan sus amigos más tarde, si tienen ganas. —¿No es un poco brutal? —objetó Durnik.

—Es lo habitual —respondió Barak, y se encogió de hombros. El señor Lobo volteó uno de los cuerpos y examinó con detenimiento la cara grisácea del hombre.

—Parece un vulgar ladrón arendiano —gruñó—, aunque es difícil asegurarlo.

Lelldorin recuperaba sus flechas, sacándolas con cuidado de los cadáveres.

—Arrastrémoslos un poco más allá —le dijo Barak a Hettar—, me estoy cansando de verlos.

Durnik desvió la mirada y Garion vio dos grandes lágrimas en sus ojos.

—¿Te duele, Durnik? —preguntó comprensivo, mientras se sentaba en un tronco junto a su amigo.

—Maté a uno de esos hombres, Garion —dijo el herrero con voz temblorosa—. Le di con el hacha en la cara. El gritó y su sangre me salpicó, luego se desplomó y pataleó contra el suelo hasta que murió.

—No tuviste alternativa, Durnik —le dijo Garion—, ellos pretendían matarnos a nosotros.

—Nunca había matado a nadie —dijo Durnik, ahora con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. ¡Pataleó contra el suelo durante tanto tiempo, durante un tiempo tan horriblemente largo!

—¿Por qué no te vas a la cama, Garion? —sugirió tía Pol con firmeza, sus ojos fijos en la cara llorosa de Durnik.

Garion comprendió.

—Buenas noches, Durnik —dijo.

Se levantó y se dirigió hacia una de las tiendas. Luego se volvió a mirar. Tía Pol se había sentado en el tronco junto al herrero y le hablaba en voz baja mientras con sus brazos le rodeaba los hombros en actitud tranquilizadora.

El fuego se había consumido y convertido en una pequeña llama naranja que oscilaba junto a las tiendas. El bosque que rodeaba el claro estaba silencioso. Garion intentaba dormir, pero le latía la cabeza. Por fin, pasada medianoche, dejó de intentarlo, salió de entre las mantas y fue a buscar a tía Pol.

Encima de la niebla plateada había salido la luna y su luz iluminaba la bruma. Mientras elegía el camino a seguir a través del campamento silencioso, el aire parecía brillar.

—¿Tía Pol? —murmuró rozando la puerta de la tienda—. ¿Tía Pol? —repitió un poco mas alto—, soy yo, Garion. ¿Puedo entrar? —No hubo respuesta, ni el mas leve sonido. Con cuidado levantó la puerta y espió adentro. La tienda estaba vacía.

Intrigado, incluso un poco alarmado, se volvió y miró alrededor del claro. Hettar montaba guardia no muy lejos de los caballos, cubierto con la capa y con su cara de halcón vuelta hacia el bosque brumoso. Garion dudó un momento y luego se metió con sigilo detrás de las tiendas. Cruzó a través de los árboles y de la niebla delgada y luminosa en dirección al arroyuelo, pensando que si se mojaba la cabeza en el agua fría se sentiría mejor. Estaba a unos cincuenta metros de las tiendas cuando advirtió un leve movimiento entre los árboles, entonces se detuvo.

Un enorme lobo pardo salió de la niebla y se detuvo en el centro de un pequeño espacio abierto entre los árboles. Garion contuvo la respiración y se quedó inmóvil junto a un roble alto y torcido. El lobo se sentó sobre las hojas húmedas, como si se pusiera a esperar a alguien. La bruma luminosa alumbraba detalles que Garion no podría haber visto en una noche común. El cuello y los hombros del lobo eran plateados y su hocico estaba salpicado de manchas grises. Llevaba sus años con gran dignidad y sus ojos amarillos parecían tranquilos y muy sabios.

Garion permanecía inmóvil, sabía que el más mínimo sonido llegaría en un instante a los oídos aguzados del lobo, pero había algo más. El golpe en la cabeza lo había hecho sentir mareado y la extraña neblina iluminada por la luna convertía este encuentro en algo irreal. Descubrió que estaba conteniendo el aliento. Un búho grande y blanco como la nieve bajó en picado, con sus alas espectrales, hasta aquel claro entre los árboles, se apoyó sobre una rama baja, y se quedó allí, mirando al lobo sin parpadear. El lobo pardo le devolvió la mirada con calma. Luego, aunque no había nada de viento, un súbito remolino volvió las imágenes del lobo y del búho borrosas e indistintas. Cuando se aclararon otra vez, el señor Lobo estaba en el centro del claro y tía Pol, con su túnica gris, estaba sentada, bastante serena, sobre una rama encima de él.

—Hacia mucho tiempo que no cazábamos juntos, Polgara —dijo el anciano.

—Es cierto, padre —levantó los brazos y pasó los dedos a través de su cabello largo y espeso—, casi había olvidado cómo era. —Entonces pareció conmovida por un extraño placer—. Es una noche muy buena para la caza.

—Un poco húmeda —contestó él mientras sacudía un pie. —Encima de los árboles está muy claro y las estrellas están muy brillantes. Es una noche hermosa para volar.

—Me alegro de que te hayas divertido, pero ¿en algún momento recordaste lo que tenías que hacer?

—No seas irónico, padre.

—¿Y bien?

—No hay nadie en los alrededores, excepto algunos arendianos, y casi todos están dormidos.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No hay un solo grolim en veinticinco kilómetros a la redonda. ¿Tú encontraste a los que buscabas?

Lobo asintió.

—Hay un hombre en una de las aldeas cercanas que vigila el camino y les informa cuando aparece alguien a quien vale la pena robar.

—Entonces, ¿son simples ladrones?

—No exactamente. Nos esperaban a nosotros, nos describieron con todo detalle.

—Creo que voy a ir a hablar con ese hombre —dijo ella bastante seria y doblando los dedos en un ademán desagradablemente sugestivo.

—No vale la pena perder el tiempo con eso —le dijo Lobo mientras se rascaba la barba pensativo—, todo lo que podrá decirte es que un murgo le ofreció oro. Los grolims no les dan demasiados detalles a sus mercenarios.

—Deberíamos ocuparnos de él, padre —insistió ella—, no nos conviene que nos espíe y que compre a todos los bandidos de Arendia para que nos persigan.

—Mañana ya no podrá comprar a nadie —contestó Lobo con una risita—, sus amigos piensan tenderle una emboscada en el bosque por la mañana y cortarle la garganta..., entre otras cosas.

—Muy bien. Aun así me gustaría saber quién es ese grolim.

—¿Qué importancia tiene? —Lobo se encogió de hombros—, hay montones de ellos en Arendia, y todos causan tantos problemas como pueden. Saben lo que va a ocurrir tan bien como nosotros, no podemos esperar que se queden tranquilos y permitan que suceda.

—¿No deberíamos detenerlos?

—No tenemos tiempo —dijo él—, es casi imposible hacer entender las cosas a los arendianos. Si nos damos prisa, es probable que lleguemos antes de que los grolims estén listos.

—¿Y si no lo logramos?

—Entonces lo haremos de otro modo. Tengo que alcanzar a Zedar antes de que llegue a Cthol Murgos. Si se interponen demasiados problemas, tendré que ser más directo.

—Deberías haber hecho eso desde un comienzo, padre. A veces eres demasiado delicado.

—¿Vas a empezar otra vez? Siempre tienes la misma respuesta para todo, Polgara. Siempre estás ocupada en componer cosas que se compondrían solas si tú no te metieras y en modificar otras que no deberías modificar.

—No te enfades, padre, y ayúdame a bajar.

—¿Por que no bajas volando? —sugirió él. —No seas absurdo.

Garion se escabulló entre los árboles cubiertos de musgo; temblaba con violencia al andar.

Cuando tía Pol y el señor Lobo regresaron al claro, despertaron a los demás.

—Será mejor que nos vayamos —les dijeron—, aquí somos vulnerables. El camino es más seguro y me gustaría dejar atrás estos bosques.

Levantaron el campamento en menos de una hora y salieron por el sendero de los leñadores en dirección a la Gran Ruta del Oeste. A pesar de que faltaban unas horas para el amanecer, la niebla bañada por la luz de la luna inundaba la noche con un brumoso resplandor y parecía como si cabalgaran sobre una nube brillante caída entre los árboles oscuros. Llegaron al camino principal y giraron hacia el sur.

—Me gustaría que estuviéramos bastante lejos de aquí cuando salga el sol —dijo Lobo en voz baja—, pero tenemos que tener cuidado de no caer en una emboscada, así que mantened los ojos y los oídos alerta.

Partieron al galope, y cuando la niebla comenzó a tomar un color gris perla, con la llegada de la mañana, ya habían recorrido más de quince kilómetros. De repente, al llegar a una curva pronunciada, Hettar levantó el brazo y les indicó que se detuvieran.

—¿Qué pasa? —preguntó Barak.

—Hay caballos más adelante —contestó Hettar— y vienen hacia aquí.

—¿Estás seguro? Yo no oigo nada.

—Por lo menos cuarenta —contestó Hettar con certeza.

—Allí —dijo Durnik con la cabeza inclinada hacia un lado.— ¿oís?

Todos oyeron un débil sonido tintineante en la neblina, a una distancia considerable.

—Podríamos escondernos en el bosque hasta que pasaran —sugirió Lelldorin.

—Es mejor seguir en el camino —contestó Lobo.

—Permitidme que me encargue de todo —dijo Seda confiado, tomando la delantera—, ya he hecho esto antes.

Continuaron a paso normal. Los jinetes que salieron de entre la bruma estaban vestidos con trajes metálicos, armaduras completas y lustrosas y cascos redondeados con viseras puntiagudas que les conferían el aspecto de gigantescos insectos. Llevaban lanzas largas con gallardetes de colores en la punta, y sus caballos, unas bestias enormes, también tenían armaduras.

—Caballeros mimbranos —gruñó Lelldorin con la mirada apagada.

—Guarda tus sentimientos para ti —le dijo Lobo—; si alguno de ellos te dice algo, hazles creer que eres simpatizante de los mimbranos, como el joven Berentain en la casa de tu tío.

La cara de Lelldorin se endureció.

—Haz lo que te dice, Lelldorin —dijo tía Pol—; éste no es momento para heroicidades.

—¡Alto! —ordenó el jefe de la columna, bajando su lanza hasta que la punta de acero quedó a la altura de sus cuerpos—. Que se adelante uno para que yo pueda hablar con él. —El tono del caballero era apremiante.

Seda se acercó al hombre vestido de metal con una sonrisa aduladora.

—Nos alegramos de verlo, caballero —mintió con desenvoltura—; anoche unos bandidos nos tendieron una emboscada y temíamos por nuestras vidas.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó el caballero levantando su visera—. ¿Y quiénes son los que os acompañan?

—Soy Radek de Boktor —contestó Seda con una reverencia, al tiempo que se quitaba la gorra de terciopelo—, un comerciante de Drasnia de camino a Tol Honeth con telas sendarias, con la esperanza de llegar al mercado de invierno.

El caballero lo miró con expresión de sospecha.

—Vuestro grupo parece demasiado grande para una tarea tan simple, respetable comerciante.

—Aquellos tres son mis sirvientes —dijo Seda y señaló a Barak, Hettar y Durnik—, el viejo y el chico sirven a mi hermana, una viuda de recursos propios que me acompaña para visitar Tol Honeth.

—¿Y qué hay del otro? —insistió el caballero—. Me refiero al asturio.

—Es un joven noble que viaja a Vo Mimbres a visitar a unos amigos y ha consentido con amabilidad en indicarnos el camino a través del bosque.

Las sospechas del caballero parecieron diluirse un poco. —Vos mencionasteis ladrones, ¿dónde ocurrió la emboscada?

—Unos quince kilómetros atrás. Nos atacaron cuando acabábamos de levantar las tiendas para pasar la noche. Logramos vencerlos, pero mi hermana se asustó mucho.

—En esta provincia de Astur abundan las rebeliones y los bandidos —dijo el caballero con firmeza—. Mis hombres y yo tenemos la misión de reprimir estos desmanes. Ven aquí, asturio.

Los orificios nasales de Lelldorin temblaron, pero se adelantó obediente.

—Decidme vuestro nombre.

—Mi nombre es Lelldorin, caballero. ¿En que puedo servirlos?

—Los ladrones de quiénes habla vuestro amigo, ¿eran plebeyos o nobles?

—Eran siervos, señor —contestó Lelldorin—, brutos y harapientos. Sin duda huidos de sus señores para dedicarse a la delincuencia en el bosque.

—¿Cómo podemos esperar que los siervos se sometan y cumplan con su deber, cuando los mismos nobles se levantan contra la corona?

—Tenéis razón, señor —asintió Lelldorin con una expresión de pena un poco exagerada—. ¡Cuántas veces he dicho lo mismo a los que hablan de la opresión mimbrana y de su petulante arrogancia! Sin embargo, mis llamadas a la razón y al respeto obediente hacia vuestra majestad, nuestro rey y señor, son recibidas con burlas y frío desprecio —suspiró.

—Vuestra sabiduría os honra, joven Lelldorin —aprobó el caballero—, pero por desgracia debo deteneros a vos y a vuestros compañeros para verificar ciertos detalles.

—¡Caballero! —protestó Seda con energía—. Un cambio de clima podría disminuir el valor de mis mercancías en Tol Honeth. Le ruego que no me demore.

—Lo lamento, pero es necesario, mi buen mercader —contestó el caballero—. Astur está llena de agitadores y conspiradores y no puedo permitir que nadie la atravesase sin una escrupulosa investigación.

Se oyó cierta agitación al fondo de la columna de mimbranos. Unos cincuenta tolnedranos enfilados de uno en uno, con resplandecientes petos bruñidos, cascos con plumas y capas carmesí, cabalgaban lentos junto a la columna de los caballeros.

—¿Cuál es el problema? —preguntó amablemente el comandante de la legión, un hombre delgado y pálido de unos cuarenta años, y se detuvo a pocos pasos del caballo de Seda.

—No necesitamos la ayuda de las legiones en este asunto —dijo el caballero con frialdad—. Nuestras órdenes proceden de Vo Mimbres, nos han enviado para restablecer el orden en Astur e interrogábamos a estos viajeros con ese fin.

—Tengo un gran respeto por el orden, caballero —respondió el tolnedrano—, pero la seguridad del camino es *mi* responsabilidad. —Miró inquisitivo a Seda.

—Soy Radek de Boktor, capitán —dijo Seda—, un comerciante drasniano en camino a Tol Honeth. Tengo documentos, Si queréis mirarlos.

—Los documentos pueden falsificarse con facilidad —declaró el caballero.

—Así es —asintió el tolnedrano—, pero para ganar tiempo tengo por costumbre aceptar todos los documentos como válidos. Un comerciante drasniano con mercancías en sus sacos tiene una razón legítima para pasar por la Ruta Imperial, caballero. No hay motivo para detenerlo, ¿verdad?

—Nosotros pretendemos acabar con el pillaje y con la rebelión —afirmó el caballero con vehemencia.

—Acabad con ello —dijo el capitán—, pero *fuera* de la ruta, si no os importa. Según los tratados, la Ruta Imperial es territorio tolnedrano. Lo que hagáis cincuenta metros más allá, en el bosque, es asunto vuestro, pero lo que ocurre en este camino es asunto mío. Estoy seguro de que ningún caballero tolnedrano desearía humillar a su rey violando un acuerdo solemne entre la corona de Arendia y el emperador de Tolnedra, ¿verdad? —El caballero lo miró indefenso—. Creo que debes continuar tu viaje, buen hombre —dijo el tolnedrano a Seda—. Estoy seguro de que todo Tol Honeth espera impaciente tu llegada.

Seda le sonrió, le dedicó una extravagante reverencia desde su montura, luego hizo un gesto a los demás y todos cabalgaron lentamente junto al encolerizado caballero mimbrano. Después de que pasaran, los legionarios cerraron filas en medio del camino, con lo que evitaron cualquier intento de persecución.

—Ése sí que es un buen hombre —dijo Barak—. En general, los tolnedranos no me caen muy bien, pero éste es diferente.

—Démonos prisa —dijo el señor Lobo—, preferiría no volver a encontrarme con esos caballeros después de que se vayan los tolnedranos.

Partieron al galope y dejaron atrás a los caballeros en plena discusión acalorada con el comandante de la legión, en el medio del camino.

Aquella noche se hospedaron en un hostel tolnedrano de gruesos muros y, acaso por primera vez en su vida, Garion se bañó sin necesidad de la insistencia, ni siquiera la sugerencia, de su tía Pol. A pesar de que no había tenido oportunidad de participar de forma activa en la lucha de la noche anterior, se sentía como si estuviera manchado de sangre o de algo peor. Nunca antes se había percatado de la forma grotesca en que los hombres podían mutilarse en una batalla. La visión de un hombre vivo con las tripas o los sesos afuera le había hecho sentir una profunda vergüenza al advertir que los más íntimos secretos del cuerpo humano pudieran quedar al descubierto de una forma tan grosera. Se sentía sucio. Se quitó la ropa en el baño frío y también, sin pensarlo, el amuleto que el señor Lobo y tía Pol le habían regalado, luego entró en la bañera llena de vapor, donde frotó su cuerpo con un cepillo duro y jabón, con más fuerza de la que hubiese requerido la más escrupulosa obsesión por el aseo personal.

Durante los días siguientes se dirigieron hacia el sur a paso constante, se detuvieron cada noche en los hostales tolnedranos que se hallaban distribuidos de modo uniforme por el territorio, donde la presencia de los recios legionarios les recordaba que el poder de la Tolnedra Imperial garantizaba la seguridad de los viajeros que buscaban allí cobijo.

Sin embargo, seis días después de la pelea en el bosque, el caballo de Lelldorin quedó cojo. Durnik y Hettar, bajo la supervisión de tía Pol, se pasaron varias horas calentando cataplasmas en un pequeño fuego junto al camino y aplicándolas a la pata del animal, mientras Lobo se enfurecía por la demora. Cuando el caballo estuvo en condiciones de continuar, todos advirtieron que no podrían llegar al hostel antes de que anocheciera.

—Bueno, viejo Lobo —dijo tía Pol después de que volvieran a montar—, ¿qué hacemos ahora? ¿Seguimos la cabalgada durante la noche o volvemos a acampar en el bosque?

—Aún no lo he decidido —contestó Lobo, cortante.

—Si no recuerdo mal, hay una aldea cerca de aquí —dijo Lelldorin, ahora montado en un caballo algario—. Es un sitio humilde, pero creo que tiene una especie de posada.

—Eso suena fatal —dijo Seda—. ¿Qué quieres decir exactamente con «una especie de posada»?

—El señor de estas tierras es más bien avaro —contestó Lelldorin—, sus impuestos son tremendos y a la gente le queda muy poco dinero para sí. La posada no es buena.

—Tendremos que arriesgarnos —dijo Lobo, y se puso al frente a un galope rápido.

A medida que se acercaban a la aldea, las grandes nubes comenzaron a aclarar y el sol se asomó en un débil reflejo. La aldea era aún peor de lo que las palabras de Lelldorin les había inducido a imaginar. En los lodazales de las afueras se amontonaba media docena de mendigos harapientos, chillando y con las manos extendidas en actitud implorante. Las casas eran sólo vulgares chozas y despedían el humo de los fuegos miserables que encendían adentro. Cerdos raquíticos hozaban en las calles de barro y despedían un olor hediondo.

Una procesión fúnebre avanzaba con dificultad sobre el barro en dirección al cementerio, al otro lado de la aldea. El cadáver, cargado sobre una tabla, estaba envuelto en una harapienta manta marrón, y los sacerdotes encapuchados y con túnicas ostentosas de Chaldan, el dios arendiano, entonaban un antiguo himno con muchas referencias a la guerra y a la venganza, pero pocas al consuelo. La viuda, que seguía el cortejo con un niño sollozante en su regazo, tenía la cara inexpresiva y la mirada apagada.

La posada olía a cerveza rancia y a comida podrida. El fuego había destruido un extremo de la sala común y el techo bajo de vigas se hallaba chamuscado y ennegrecido.

El agujero de la pared estaba oculto con un trozo de lona podrida, la chimenea que había en medio de la habitación humeaba y el posadero, un hombre de facciones duras, era un tipo hosco. Para la cena les ofreció unos cuencos de gachas aguadas, una mezcla de cebada y nabos.

—Encantador —dijo Seda con sarcasmo, e hizo a un lado su bol sin siquiera probar su contenido—. Me has sorprendido, Lelldorin. Tu pasión por corregir injusticias parece haber olvidado este sitio. ¿Puedo sugerir que en tu próxima cruzada incluyas una visita al señor de estas tierras? Creo que hace tiempo que merece un linchamiento.

—No me había dado cuenta de que estuvieran tan mal —contestó Lelldorin en voz baja.

Miró a su alrededor como si viera ciertas cosas por primera vez. En su cara expresiva se reflejaba un espantoso horror.

Garion, con el estómago descompuesto, se puso en pie.

—Voy a salir —dijo.

—No demasiado lejos —advirtió tía Pol.

Afuera el aire estaba algo más limpio y Garion caminó con cautela en dirección a las afueras de la aldea.

—Por favor, señor —imploró una niña pequeña de ojos enormes—, ¿tenéis un trozo de pan?

Garion la miró impotente.

—Lo siento.

Rebuscó en su ropa, por si encontraba algo para darle, pero la niña comenzó a llorar y se fue.

En el campo lleno de estacas, más allá de las calles hediondas, un chico harapiento de edad aproximada a la de Garion tocaba la flauta mientras vigilaba a unas pocas vacas raquíticas. La melodía era conmovedora y pura, aunque pasaba inadvertida entre las chozas bajo los rayos oblicuos del sol pálido. El chico vio a Garion, pero no dejó de tocar. Aunque no hablaron, sus ojos se encontraron en una especie de sombrío reconocimiento.

En el límite del bosque y el campo, un hombre con ropas oscuras montado en un caballo negro salió de entre los árboles y se sentó a mirar la aldea. Aquella figura oscura le resultaba siniestra y vagamente familiar. Por alguna razón, Garion pensó que debía reconocer al jinete, pero aunque rebuscó en su mente, no logró recordar su nombre. Siguió mirando a aquella figura durante un largo rato y notó, de un modo casi inconsciente, que aunque el jinete y su caballo estaban bajo la luz del crepúsculo, no proyectaban ninguna sombra. En lo más profundo de su mente algo lo inducía a gritar, pero se quedó absorto en la contemplación. No le contaría nada a tía Pol ni a los demás, porque en realidad no había nada que contar; en cuanto volviera la espalda, se olvidaría de todo.

La luz comenzaba a palidecer y Garion sintió un escalofrío, así que volvió a la posada con la dolorosa melodía de la flauta elevándose hacia el cielo sobre su cabeza.

A pesar de la promesa de la breve puesta de sol, el día siguiente amaneció frío y oscuro, con una llovizna que caía sobre los árboles y convertía al bosque en un lugar húmedo y siniestro. Salieron de la posada temprano y al poco tiempo penetraron en una zona del bosque que prometía ser más siniestra que los oscuros pasajes que ya habían recorrido. Aquí los árboles eran enormes y los robles grandes y nudosos levantaban sus ramas desnudas por encima de los pinos y abetos oscuros. El suelo estaba cubierto por un musgo grisáceo que tenía un aspecto enfermo e insalubre.

Aquella mañana Lelldorin había hablado poco y Garion supuso que su amigo seguía preocupado por el asunto de Nachak. El joven asturio cabalgaba bajo la llovizna, envuelto en su pesada capa verde, con el cabello rojizo húmedo y el semblante desanimado.

Garion se puso a la altura de su amigo y, después de cabalgar un rato en silencio le preguntó:

—¿Qué es lo que te preocupa, Lelldorin? —preguntó por fin.

—Creo que he estado ciego toda mi vida, Garion —contestó Lelldorin.

—¿En qué? —dijo Garion con cautela, con la esperanza de que su amigo hubiera decidido contarle todo a Lobo.

—Sólo vi la opresión de Mimbres sobre Astur, nunca me percaté de nuestra opresión sobre nuestro propio pueblo.

—He intentado decírtelo —señaló Garion—. ¿Qué hizo que por fin lo comprendieras?

—La aldea donde paramos anoche —explicó Lelldorin—. Nunca había visto un lugar tan pobre y miserable, ni a la gente abrumada por una miseria tan desesperante. ¿Cómo pueden soportarlo?

—¿Tienen alguna otra opción?

—Mi padre, por lo menos, cuida a la gente de sus tierras —aseguró el joven a la defensiva—, a nadie le falta comida ni vivienda, pero a esa gente la tratan peor que a animales. Siempre había estado orgulloso de mi rango, pero ahora me avergüenza.

Había lágrimas en sus ojos y Garion no sabía cómo actuar ante el súbito desfallecimiento de su amigo. Por un lado estaba contento de que Lelldorin descubriera por fin lo que siempre había sido obvio, pero por el otro tenía bastante miedo de las consecuencias que este descubrimiento pudiera acarrear en su voluble compañero.

—Renunciaré a mi rango —declaró Lelldorin de repente, como si hubiese leído los pensamientos de Garion— y, cuando regrese de esta misión, viviré con los siervos y compartiré sus vidas y sus pesares.

—¿Y eso de qué servirá? Tu sufrimiento no aliviará el de ellos. Lelldorin lo miró incisivo y una serie de sentimientos diversos se superpusieron en su cara franca. Por fin sonrió, pero sus ojos azules reflejaban resolución.

—Tienes razón —dijo—, siempre la tienes. Es sorprendente cómo siempre ves con claridad el meollo de una cuestión.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó Garion un poco asustado.

—Los conduciré a la rebelión. Arrasaré Arendia con un ejército de siervos. —Su voz resonaba a medida que su imaginación se encendía con la idea.

—¿Por qué tienes siempre la misma respuesta para todo? —protestó Garion—. En primer lugar, los siervos no tienen armas y no saben pelear, así que por más que les hables, nunca te seguirán. En segundo lugar, incluso si lo hicieran, todos los nobles de Arendia se unirían en tu contra. Destruirían tu ejército y después las cosas serían diez veces peores. En tercer lugar, sólo estarías comenzando otra guerra civil y eso es justo lo que pretenden los murgos.

Lelldorin parpadeó varias veces mientras digería las palabras de Garion. Su cara volvió a entristecerse. —No había pensado en eso —confesó.

—Sabía que no lo habías hecho. Mientras sigas guardando tu mente en la misma funda que tu espada, cometerás los mismos errores.

Lelldorin se sonrojó y luego se rió de buena gana.

—Es una forma muy mordaz de describirlo, Garion —dijo con tono de reproche.

—Lo siento —se disculpó deprisa Garion—, he debido expresarlo de otro modo.

—No —dijo Lelldorin—, soy un arendiano y no entiendo las cosas si no me las dicen de un modo directo.

—No es que seas estúpido, Lelldorin —protestó Garion—. Ése es el error que comete todo el mundo, los arendianos no son estúpidos, sino impulsivos.

—Todo esto es algo más que un impulso—insistió Lelldorin con tristeza mientras señalaba con un gesto el musgo húmedo bajo los árboles.

—¿Esto? —preguntó Garion con una mirada alrededor.

—Éste es el último tramo de bosque antes de entrar en las llanuras del centro de Arendia —explicó Lelldorin—; es el límite natural entre Mimbre y Asturia.

—El bosque tiene el mismo aspecto —observe Garion.

—En realidad, no —dijo Lelldorin sombrío—. Éste era el terreno favorito para las emboscadas y el suelo de este bosque está cubierto de huesos. ¡Mira! —señaló.

Al principio a Garion le pareció que lo que su amigo señalaba era sólo un par de ramas retorcidas asomándose entre el musgo con sus extremos enredados en un arbusto cubierto de malezas. Luego advirtió con repulsión que eran los huesos verdosos de un brazo humano, con los dedos aferrados al arbusto en las últimas convulsiones de su agonía.

—¿Por qué no lo enterraron? —preguntó enfurecido. —Mil hombres necesitarían mil años para juntar todos los huesos que yacen aquí y darles sepultura —dijo Lelldorin con tono morbos—. Generaciones enteras de arendianos descansan aquí, y mimbranos, wacites y asturios. Todos yacen allí donde cayeron y el musgo cubre su sueño eterno.

Garion sintió un escalofrío y desvió los ojos de la llamada muda del brazo solitario que se levantaba entre un mar de musgo en el suelo del bosque. Las extrañas protuberancias de aquel musgo permitían adivinar todo el horror que se pudría en su interior. Cuando levantó los ojos, descubrió que la superficie irregular se extendía hasta donde llegaba la vista.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a la llanura? —preguntó en un susurro.

—Tal vez dos días.

—¡Dos días! ¿Y es todo así? —Lelldorin asintió con la cabeza—. ¿Por qué? —El tono de Garion era más duro y acusatorio de lo que había pretendido.

—Al principio por orgullo y honor —contestó Lelldorin—; más tarde, por dolor y venganza. Al final, simplemente no sabíamos cómo parar. Como dijiste antes, a veces los arendianos no somos demasiado listos.

—Pero siempre valientes —contestó Garion con presteza.

—¡Oh, sí! —admitió Lelldorin—. Siempre valientes, es nuestra maldición nacional.

—Belgarath —dijo Hettar en voz baja detrás de ellos—, los caballos huelen algo.

El señor Lobo se despertó del sopor en que acostumbraba cabalgar.

—¿Qué?

—Los caballos —repitió Hettar—. Creo que hay algo que los asusta.

Lobo entrecerró los ojos y por un momento se quedó curiosamente desconcertado. Luego lanzó un profundo suspiro y una maldición.

—Algroths —dijo.

—¿Qué es un algroth? —preguntó Durnik.

—Un ser no humano, emparentado de forma lejana con los trolls.

—Yo una vez vi un troll —dijo Barak—, una criatura horrible con garras y colmillos.

—¿Nos atacarán? —preguntó Durnik.

—Casi con seguridad —dijo Lobo con voz contenida—. Hettar, tendrás que controlar a los caballos, no debemos separarnos.

—¿De dónde han salido? —preguntó Lelldorin—. En este bosque no hay monstruos.

—A veces, cuando tienen hambre, bajan de las montañas de Ulgo —respondió Lobo—. No dejan supervivientes para que comenten su presencia.

—Será mejor que hagas algo, padre —dijo tía Pol—, nos tienen rodeados.

—No estamos lejos del Tolmo de Elgon —dijo Lelldorin mirando a su alrededor como para orientarse—; si llegamos allí, podremos quitárnoslos de encima.

—¿El Tolmo de Elgon? —dijo Barak, que ya había desenvainado su enorme espada.

—Es un monte algo cubierto de rocas —explicó Lelldorin—, casi como un fuerte. Elgon se sostuvo durante un mes sitiada por un ejército mimbrano.

—Suena prometedor —dijo Seda—, al menos saldremos de entre los árboles de una vez. —Miró nervioso alrededor del bosque que los envolvía bajo la llovizna persistente.

—Intentémoslo —decidió Lobo—, todavía no se han decidido a atacar y la lluvia confunde su sentido del olfato.

Un extraño rugido vino desde el fondo del bosque. —¿Son ellos? —preguntó Garion con una voz chillona que le sorprendió a él mismo.

—Se llaman entre ellos —contestó Lobo—, algunos nos han visto. Apuremos un poco el paso, pero no comencemos a correr hasta que veamos el tolmo.

Era difícil controlar a los caballos y todos miraban aterrorizados los árboles que los rodeaban. Garion sentía los latidos de su corazón y tenía la boca seca. Comenzó a llover un poco más fuerte, notó que algo se movía y dirigió su vista hacia allí rápidamente. Una figura de aspecto humano corría a lo largo del camino unos cien pasos más atrás, se movía medio encorvada, las manos tocaban el suelo. Parecía de un repulsivo color gris.

—¡Allí! —gritó Garion.

—Ya lo vi —gruñó Barak—, no es tan grande como un troll.

—Es lo suficientemente grande —dijo Seda con una mueca muy expresiva.

—Si os atacan, tened cuidado con sus garras —advirtió Lobo—, son venenosas.

—¡Qué emocionante! —dijo Seda.

—Allí está el tolmo —anunció tía Pol bastante serena.

—¡Corramos! —gritó Lobo.

Los asustados caballos, de repente libres, se lanzaron hacia delante y volaron hacia el camino, con las patas revolviéndose. Un rugido colérico surgió del bosque y los gruñidos se hicieron cada vez más fuertes a su alrededor.

—¡Lo conseguiremos! —gritó Durnik alentándolos.

Pero, de repente, media docena de gruñones algoths se cruzaron en el camino, con los brazos extendidos y la boca repulsivamente abierta. Eran enormes, tenían brazos simiescos y garras en lugar de dedos. Sus caras caprinas estaban coronadas por cuernos puntiagudos y tenían largos colmillos amarillentos. Su piel pardusca era escamosa como la de los reptiles.

Los caballos relincharon y retrocedieron, intentando huir. Garion se sujetó a la montura con una mano y luchó con las riendas con la otra.

Barak golpeó el anca de su caballo con la empuñadura de su espada y le pegó con salvajismo en los costados con los pies hasta que el animal, más asustado de él que de los algoths, cargo contra ellos. Con dos grandes golpes, uno a cada lado, Barak mató a dos de las bestias y se abrió camino. Una tercera, con las garras abiertas, intentó saltar a su espalda, pero una de las flechas de Lelldorin la alcanzó en la espalda y se desplomó en el barro, rígida y boca abajo. Barak hizo girar su caballo y acabó con las tres bestias restantes.

—¡Vamos! —gritó.

Garion oyó el jadeo de Lelldorin y se volvió rápidamente. Entonces vio con horror que un algoth había salido del bosque y sujetaba a su amigo con sus garras; trataba de derribarlo del caballo. Lelldorin golpeó débilmente la cabeza caprina con su arco. Garion, desesperado, desenvainó la espada, pero Hettar, que venía detrás de ellos, ya estaba allí. Su sable curvo rajó el cuerpo de la bestia y el algoth cayó con un gruñido bajo las patas de los animales que llevaban los sacos.

Los caballos, que ahora corrían aterrorizados, bregaban por llegar a la cuesta del tolmo cubierto de rocas. Garion miró hacia atrás y vio a Lelldorin inclinado peligrosamente en la montura mientras se cubría con la mano la herida del costado. Garion tiró con fuerza de las riendas e hizo girar a su caballo.

—¡Sálvate, Garion! —gritó Lelldorin con la cara mortalmente pálida.

—¡No!

Garion guardó su espada, se acercó a su amigo, lo cogió del brazo y lo enderezó en la montura. Luego cabalgaron juntos hacia el tolmo, mientras Garion luchaba por sostener a su compañero herido.

El tolmo era un gran revoltijo de tierra y piedras que se levantaba por encima de los árboles de alrededor. Los caballos subían apiñados y chapaleaban entre las rocas húmedas. Cuando llegaron a la pequeña planicie en lo alto del tolmo, los animales de carga se acurrucaron unos junto a otros, temblando bajo la lluvia, y Garion bajó de su caballo justo a tiempo para atajar a Lelldorin, que se deslizaba paulatinamente hacia un lado.

—Allí —ordenó tía Pol con gravedad, mientras sacaba el pequeño paquete de hierbas y vendas de uno de los sacos—. Durnik, necesito un fuego enseguida.

Durnik miró desesperado los escasos trozos de leña esparcidos bajo la lluvia en lo alto del tolmo.

—Lo intentaré —dijo inseguro.

La respiración de Lelldorin era superficial y muy rápida. Su cara tenía todavía un color blanco cadavérico y sus piernas ya no lo sostenían. Garion lo levantó y sintió un espantoso temor en la boca del estómago. Hettar cogió el otro brazo del joven herido y entre los dos lo llevaron al lugar donde tía Pol, de rodillas, abría su paquete.

—Tengo que sacarle el veneno de inmediato —dijo—. Garion, dame tu cuchillo.

Garion sacó su daga y se la dio. Enseguida rasgó la túnica marrón de Lelldorin y dejó a la vista las tremendas heridas que el algoth le había hecho con sus garras.

—Esto dolerá —dijo—, cogedle.

Garion y Hettar cogieron los brazos de Lelldorin, sujetándolo contra el suelo.

Tía Pol respiró hondo y luego abrió con destreza todas las heridas hinchadas. La sangre salió a borbotones y Lelldorin gritó, luego se desmayó.

—¡Hettar! —gritó Barak desde lo alto de una roca, al borde de la cuesta—, te necesitamos.

—Ve —le dijo tía Pol al algario con cara de halcón—, ya podemos arreglarnos. Garion, tú quédate aquí. —Estaba moliendo algunas hojas secas y esparcía los fragmentos sobre las heridas sangrantes—. Durnik, el fuego —ordenó.

—No enciende, señora Polgara —dijo Durnik impotente—, está demasiado húmedo.

Echó una breve mirada a la pila de ramas mojadas que el herrero había juntado, luego entrecerró los ojos e hizo un movimiento rápido. A Garion le zumbaron los oídos de un modo extraño y oyó un silbido. Una nube de humo brotó de la madera y las llamas chispeantes surgieron de las ramas. Durnik, atónito, se echó hacia atrás.

—La olla pequeña, Garion —indicó tía Pol—, y agua, rápido. Se quitó la capa azul y cubrió a Lelldorin con ella.

Seda, Barak y Hettar apilaban grandes rocas al borde de la ladera. Garion podía oír el estruendo de las rocas al golpear con las piedras de abajo y los rugidos de los algoths, interrumpidos de vez en cuando por un gemido de dolor. Acunó la cabeza de su amigo sobre su regazo, terriblemente asustado.

—¿Se pondrá bien? —preguntó a tía Pol.

—Todavía es demasiado pronto para asegurarlo —contestó ella—, no me molestes con tus preguntas justo ahora.

—¡Están huyendo! —gritó Barak.

—Todavía tienen hambre —contestó Lobo con voz muy grave—, volverán.

Desde lo más profundo del bosque les llegó el sonido de un cuerno de metal.

—¿Qué es eso? —preguntó Seda, aún sin aliento por el esfuerzo de tirar las rocas.

—Alguien a quien esperaba —contestó Lobo con una sonrisa extraña, luego se llevó las manos a la boca y emitió un silbido agudo.

—Ya puedo arreglármelas sola, Garion —dijo tía Pol, mientras untaba una pasta espesa sobre una cataplasma de lino húmeda y caliente—. Tú y Durnik podéis ir a ayudar a los demás.

De mala gana, Garion apoyó la cabeza de Lelldorin sobre la hierba húmeda y fue corriendo hacia Lobo. La ladera del peñasco estaba cubierta de algoths muertos o moribundos, aplastados por las rocas que Barak y los demás les habían arrojado.

—Van a intentarlo de nuevo —dijo Barak y levantó otra roca—. ¿Pueden llegar aquí por atrás?

—No —Seda meneó la cabeza—, ya lo comprobé. La parte trasera de la colina es una pendiente abrupta.

Los algoths salieron del bosque entre rugidos y gruñidos mientras subían encorvados. El primero ya había cruzado el camino cuando el cuerno volvió a sonar, esta vez muy cerca.

Luego, de pronto, un caballo enorme con un jinete vestido con armadura salió del bosque y se lanzó fulminante contra las bestias que los atacaban. El hombre de la armadura inclinaba la lanza y la hundía en los cuerpos de los desconcertados algoths. El enorme caballo relinchaba cada vez que el jinete atacaba, y sus patas herradas levantaban grandes nubes de barro. La lanza dio de lleno en el pecho de uno de los algoths más grandes y se partió por la fuerza del impacto. El trozo partido se hundió en la cara de otra bestia. El caballero tiro la lanza rota y desenvainó la espada con un simple movimiento del brazo. Con amplios floretes a derecha e izquierda se abrió camino entre el montón, mientras su caballo de guerra pisoteaba a vivos y a muertos por igual en el barro del camino. Al final se giró con violencia y volvió a atacar, otra vez abriéndose camino con la espada. Los algoths se dieron la vuelta y huyeron rugiendo hacia el bosque.

—¡Mandorallen! —gritó Lobo—. ¡Aquí arriba!

El caballero de la armadura levantó su visera salpicada de sangre y miró hacia lo alto del monte.

—Deja que primero me ocupe de esta escoria, viejo amigo —contestó divertido, bajó su visera y se internó entre los árboles detrás de los algoths.

—¡Hettar! —gritó Barak, listo para la acción.

Hettar asintió y los dos corrieron hacia los caballos. Montaron de un salto y bajaron por la húmeda ladera a ayudar a aquel extraño.

—Tu amigo demuestra una falta total de sentido común —le comentó Seda al señor Lobo, y se secó la lluvia de la cara—, esas bestias se echarán sobre él en cualquier momento.

—Tal vez no se le haya ocurrido pensar que está en peligro —contestó Lobo—. Es un mimbrano y los mimbranos suelen creerse invencibles.

La lucha en el bosque duró bastante tiempo, se oían gritos, sonidos metálicos y aullidos de terror de los algoths. Luego Hettar, Barak y el extraño caballero salieron de entre los árboles y cabalgaron hacia la cima de la colina. Cuando llegaron arriba, el hombre de la armadura saltó del caballo.

—Me alegro de veros, viejo amigo —le dijo al señor Lobo—; vuestros amigos de allí abajo eran de lo más juguetones.

Su armadura húmeda brillaba bajo la lluvia.

—Me alegro de haberte proporcionado un poco de diversión —contestó Lobo con sequedad.

—Todavía puedo oírlos —dijo Durnik—, creo que aún están corriendo.

—Su cobardía nos ha privado de una tarde divertida —observó el caballero, envainó la espada de mala gana y se quitó el casco.

—Todos tenemos que sacrificarnos —sentenció Seda.

—Es la pura verdad —suspiró el caballero—. Sois un hombre con filosofía, según veo.

El extraño sacudió el agua de la pluma blanca de su casco.

—Perdonadme —dijo el señor Lobo—, éste es Mandorallen, barón de Vo Mandor, y vendrá con nosotros. Mandorallen, éste es el príncipe Kheldar de Drasnia, y éste, Barak,

conde de Trelheim y primo del rey Anheg de Cherek. Nuestro hombre practico es el señor Durnik de Sendaria y éste joven es Garion, mi nieto, bueno, varias veces nieto.

Madorallen hizo una gran reverencia a cada uno.

—Os saludo a todos, camaradas —declamó con su voz altisonante—, nuestra aventura ha tenido un feliz comienzo. Ahora os ruego que me digáis quién es esa dama cuya belleza deslumbra mis ojos.

—Un bonito discurso, caballero —contestó tía Pol con una risa franca, mientras se pasaba la mano por el pelo casi inconscientemente—. Creo que éste hombre va a gustarme, padre.

—¿La legendaria Polgara? —preguntó Madorallen—. Por fin mi vida ha cobrado sentido. —El rechinar de la armadura echó a perder hasta cierto punto su cortés reverencia.

—Nuestro amigo herido es Lelldorin, hijo del barón de Wildantor —continuó Lobo—, debes de haber oído hablar de él.

—Así es —la cara de Madorallen se endureció un poco—, rumores que nos llegan como los ladridos de un perro sugieren que Lelldorin de Wildantor planea una rebelión contra la corona.

—Eso ahora no importa —aseguró Lobo—. El asunto que nos ha unido es mucho más serio. Tendréis que dejar a un lado esas cuestiones.

—Se hará como vos digáis, noble Belgarath —declaró Madorallen de inmediato, aunque sus ojos seguían fijos en el inconsciente Lelldorin.

—¡Abuelo! —gritó Garion y señaló hacia un jinete que había aparecido de repente a un extremo de la cima rocosa.

Las ropas y el caballo del individuo eran negros. Se quitó la capucha para revelar una mascara brillante de metal que era al mismo tiempo hermosa y curiosamente repulsiva. En el fondo de su conciencia, una voz le dijo a Garion que había algo importante con respecto a aquel jinete, algo que debía recordar. Pero fuera lo que fuese, se le escapaba.

—Abandona esta misión, Belgarath. —La voz que surgía de la mascara era hueca.

—Me conoces demasiado para pensar que lo haría, Chamdar —dijo con calma el señor Lobo, que, como era obvio, había reconocido al jinete—. ¿Ese juego con los algoths fue idea tuya?

—Me conoces demasiado bien para pensar algo así —respondió la figura en tono burlón—. Cuando me enfrente contigo, puedo asegurarte que las cosas serán un poco más serias. Por el momento, tengo suficientes subordinados para entretenerte. En realidad, eso es todo lo que necesitamos. Una vez que Zedar le haya entregado el Cthrag Yaska a mi amo, podrás enfrentar tus fuerzas contra el poder y la voluntad de Torak, si así te place.

—Entonces, ¿eres el recadero de Zedar? —preguntó Lobo. —Yo no le hago recados a nadie —contestó con marcado desdén.

El jinete parecía tangible, tan real como cualquiera de los que se encontraban en la cima de aquella colina, pero Garion veía como la fina llovizna caía directo sobre las rocas que había debajo del hombre y de su caballo. Fuera quien fuese este ser, el agua lo atravesaba.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, Chamdar? —preguntó Lobo.

—Digamos que por curiosidad, Belgarath. Quería ver con mis propios ojos cómo te las arreglabas para traducir la profecía en el lenguaje cotidiano. —La figura miró a los demás—. Muy listo —dijo con rencorosa admiración—. ¿Dónde los encontraste?

—No he necesitado encontrarlos, Chamdar —contestó Lobo—. Siempre han estado allí. Si una parte de la profecía es verdad, la profecía completa será cierta, ¿no crees? No es ninguna invención, cada uno de ellos ha venido a mi a través de más generaciones de las que tú puedas imaginar.

—Aún no se ha cumplido, viejo. —El hombre hacía silbar las palabras con profundas inspiraciones.

—Pero se cumplirá, Chamdar —respondió Lobo confiado—. Ya me he encargado de ello.

—¿Quién es el que vivirá dos veces? —preguntó el hombre de repente.

Lobo sonrió con frialdad, pero no respondió.

—¡Salud, mi reina! —exclamó la figura, dirigiéndose a tía Pol con tono burlón.

—La cortesía de los grolims no me impresiona —contestó con una mirada gélida—. Yo no soy tu reina, Chamdar.

—Pero lo serás, Polgara. Mi amo dice que te casarás con él cuando llegue al trono. Serás la reina del mundo.

—Eso no te conviene mucho, ¿verdad, Chamdar? Si yo soy tu futura reina, tú no puedes interponerte en mi camino.

—Puedo hacerte cambiar de opinión, y una vez que te conviertas en la esposa de Torak, su voluntad será la tuya. Estoy seguro de que entonces no guardarás ninguno de tus antiguos rencores.

—Creo que ya es suficiente, Chamdar —dijo el señor Lobo—. Tu conversación ya empieza a aburrirme, aquí tienes tu sombra. —Agitó su mano con indiferencia, como si espantara una mosca molesta—. Vete —ordenó.

Por segunda vez Garion percibió aquel extraño zumbido y una sensación de vacío en la cabeza. El jinete desapareció.

—No acabaste con él, ¿verdad? —dijo impresionado Seda.

—No —le contestó el señor Lobo—, solo fue una ilusión. Es un truco infantil que suele impresionar a los grolims. Si uno se toma la molestia, puede proyectar una sombra a bastante distancia. Todo lo que hice fue devolverle la suya. —De repente sonrió con una mueca astuta—. Por supuesto, yo elegí una vía bastante indirecta, así que el viaje puede llevarle varios días. No le hará daño, pero se sentirá algo incómodo... y va a llamar bastante la atención.

—Un fantasma de lo más desagradable —opinó Mandorallen—. ¿Quién era ese espectro maleducado?

—Era Chamdar —dijo tía Pol y volvió su atención al joven herido—, uno de los sumos sacerdotes de los grolims. Mi padre y yo lo habíamos visto antes.

—Creo que es mejor que salgamos de esta cima —dijo Lobo—. ¿Cuándo podrá volver a cabalgar Lelldorin?

—Como mínimo dentro de una semana —contestó tía Pol—, con suerte.

—Eso es imposible, no podemos quedarnos aquí.

—No puede cabalgar —dijo ella con firmeza.

—¿No podríamos construir una especie de camilla? —sugirió Durnik—. Estoy seguro de que podré hacer una para colgar entre dos caballos, así podremos transportarlo sin que sufra ningún daño.

—¿Y bien, Pol? —preguntó Lobo.

—Supongo que no habrá problema —dijo un poco indecisa.

—Entonces, hagámoslo. Aquí estamos demasiado expuestos al peligro, debemos seguir.

Durnik asintió y fue a buscar cuerdas en los sacos para construir la camilla.

Sir Mandorallen, barón de Vo Mandor, era un hombre de estatura algo superior a la media. Tenía el cabello negro y rizado, ojos de un azul intenso y una voz altisonante con la que expresaba sus opiniones con firmeza. A Garion no le caía bien. La desmesurada seguridad en sí mismo, un egocentrismo tan puro que resultaba casi ingenuo, confirmaba las peores apreciaciones de Lelldorin sobre los mimbranos y, para él, la extravagante

cortesía de Mandorallen hacia tía Pol excedía los límites de la buena educación. Para colmo, tía Pol aceptaba encantada las lisonjas del caballero.

Mientras cabalgaban bajo una persistente llovizna sobre la Gran Ruta del Oeste, Garion notó con satisfacción que sus compañeros parecían compartir su opinión. La expresión de Barak no necesitaba palabras, las cejas de Seda se elevaban con ironía ante cada uno de los comentarios del caballero y Durnik tenía aspecto ceñudo.

Sin embargo, Garion tuvo poco tiempo para meditar sobre sus sentimientos hacia los mimbranos. Cabalgaba junto a la camilla que llevaba a Lelldorin, dolorido por el veneno de los algoths que hervía en sus heridas, y ofrecía a su amigo todo el consuelo que podía mientras intercambiaba frecuentes miradas de preocupación con la tía Pol. En uno de los peores momentos de delirio, Garion, impotente, cogió la mano del joven, incapaz de hacer otra cosa para aliviar su dolor.

—Soportad vuestro dolor con entereza, joven —aconsejó Mandorallen con tono jovial al asturio herido, después de una crisis bastante fuerte que dejó a Lelldorin sumido en jadeos y gemidos—. Vuestro sufrimiento es solo una ilusión, vuestra mente puede calmarlo si así se lo ordenáis.

—Ése es justo el tipo de consuelo que se puede esperar de un mimbrano —repuso Lelldorin con los dientes apretados—. Preferiría que no cabalgaras tan cerca, tus opiniones huelen casi tan mal como tu armadura.

La cara de Mandorallen se sonrojó de forma casi imperceptible.

—Por lo visto, el veneno que enferma el cuerpo de nuestro amigo herido le ha hecho perder los modales, además de la cordura —comentó con finalidad.

Lelldorin se incorporó a medias en la camilla para contestarle con furia, pero el movimiento precipitado agravó su estado y el joven quedó inconsciente.

—Sus heridas son graves —aseguró Mandorallen—. Es probable que vuestras cataplasmas, señora Polgara, no sean suficientes para salvarle la vida.

—Necesita descanso —dijo ella—, intenta no ponerlo tan nervioso.

—Me pondré fuera del alcance de su vista —contestó Mandorallen—. Aunque no es culpa mía, mi visión le resulta odiosa y no deseo avivar en él una cólera malsana.

Hizo galopar a su caballo de guerra hasta que estuvo a una distancia considerable delante de los demás.

—¿Todos hablan así? —preguntó Garion con inquina—. ¿Con «vos», «vuestro» y demás?

—Los mimbranos suelen ser muy formales —explicó tía Pol—, ya te acostumbrarás.

—A mi me parece estúpido —murmuró Garion con desprecio mientras miraba directo al caballero.

—Un ejemplo de buenos modales no te hará daño, Garion. Siguieron la cabalgada a través del bosque húmedo mientras la tarde caía sobre los árboles.

—¿Tía Pol? —preguntó por fin Garion.

—¿Sí, cariño?

—¿A que se refería ese grolim cuando habló de ti y de Torak? —Se refería a algo que dijo Torak una vez, mientras deliraba.

Los grolims lo tomaron en serio, eso es todo —dijo ella, y se arropó aún más con su capa azul.

—¿No te preocupa? —No demasiado.

—¿Cuál es la profecía que mencionó el grolim? —Por alguna razón, la palabra profecía lo inquietaba profundamente—. Yo no entendí nada.

—El Códice Mrin —contestó ella—, es una versión muy antigua y la escritura es casi ilegible. Habla de compañeros, el oso, la rata y el hombre que vivirá dos veces. Es la única versión que dice algo sobre ellos y nadie está seguro de que tenga algún significado.

—El abuelo lo está, ¿verdad?

—Tu abuelo tiene unas cuantas ideas curiosas. Las cosas antiguas le impresionan, acaso porque él mismo es muy viejo.

Garion estaba a punto de preguntarle sobre la profecía, que por lo visto tenía más de una versión, pero Lelldorin se quejó y ambos se volvieron hacia él.

Poco después llegaron a un hostel tolnedrano con gruesas paredes blanqueadas con cal y un techo de tejas rojas. Tía Pol se ocupó de que Lelldorin fuera alojado en una habitación templada y pasó la noche junto a él, cuidándolo. Garion, preocupado, atravesó de puntillas y en calcetines el oscuro corredor media docena de veces durante la noche para ver cómo se encontraba su amigo, pero no había cambios.

Al amanecer, la lluvia había parado. Partieron al alba, con Mandorallen todavía a cierta distancia por delante, hasta que llegaron al final del bosque oscuro y vieron la amplia y abierta extensión de la llanura central de Arendia, grisácea y marchita tras aquellas últimas semanas del invierno. El caballero se detuvo y esperó a los demás con cara de preocupación.

—¿Algún problema? —le preguntó Seda.

Mandorallen señaló afligido la columna de humo negro que se elevaba unos kilómetros más allá.

—¿Qué es eso? —preguntó Seda, con su cara de rata intrigada.

—El humo en Arendia sólo puede significar una cosa —contestó el caballero y se puso el casco con la pluma—. Esperad aquí, queridos amigos, voy a investigar, aunque me temo lo peor.

Clavó los talones en los costados de su caballo y se alejó a todo galope.

—¡Espera! —gritó Barak, pero Mandorallen siguió sin volverse—. ¡Ese idiota! —se enfadó el enorme cherek—; será mejor que vaya con él por si tiene problemas.

—No es necesario —opinó muy débilmente Lelldorin desde su Camilla—, ni siquiera un ejército se atrevería a enfrentarse a él.

—Creí que no te gustaba —dijo Barak un poco sorprendido. —Y no me gusta —admitió Lelldorin—, pero es el hombre más temido de Arendia, incluso en Astur hemos oído hablar de Mandorallen. Ningún hombre en su sano juicio se cruzaría en su camino.

Retrocedieron hacia el cobijo del bosque y esperaron el regreso del caballero. Cuando volvió estaba enfurecido.

—Es lo que me temía —anunció—, hay una guerra en nuestro camino, una guerra sin sentido, ya que los dos barones implicados son parientes y buenos amigos.

—¿Podemos desviarnos un poco y pasar por un costado? —preguntó Seda.

—No, príncipe Kheldar —contestó Mandorallen—, la guerra está tan extendida que nos atacarían antes de que hiciéramos quince kilómetros. Por lo visto, tendré que comprar un salvoconducto.

—¿Crees que aceptarán dinero para dejarnos pasar? —preguntó Durnik, no muy convencido.

—En Arendia hay otras formas de hacer estas transacciones, señor —contestó Mandorallen—. ¿Puedo rogaros que hagáis cinco o seis pértigas de unos seis metros de largo y la punta del grosor de mi muñeca?

—Por supuesto —dijo Durnik, y cogió su hacha.

—¿Qué pretendes hacer? —gruñó Barak.

—Los desafiaré —anunció Mandorallen con calma—, a uno o a todos. Ningún caballero de verdad puede negarse a enfrentarse conmigo sin que lo llamen cobarde. ¿Actuaréis como mi lugarteniente y les comunicaréis mi desafío, señor?

—¿Qué ocurrirá si pierdes? —sugirió Seda.

—¿Si pierdo? —Mandorallen estaba atónito—. ¿Perder? ¿yo?

—Dejémoslo así —dijo Seda.

Cuando Durnik volvió con las pértigas, Mandorallen acababa de apretar varias correas en la parte inferior de su armadura. Cogió una de las pértigas, saltó a la montura y se encaminó al trote hacia la columna de humo, con Barak a su lado.

—¿Es realmente necesario, padre? —preguntó tía Pol. —Tenemos que pasar, Pol —contestó el señor Lobo—. No te preocupes, Mandorallen sabe lo que hace.

Tres kilómetros más adelante llegaron a la cima de una colina y desde allí observaron la batalla que tenía lugar abajo. Había dos sombríos castillos negros frente a frente en un amplio valle y varias aldeas se extendían a ambos lados del camino. La aldea más cercana estaba ardiendo y una enorme columna de humo sucio se elevaba hacia el cielo encapotado. En medio del camino, los siervos, armados con guadañas y horquillas, se atacaban unos a otros con una ferocidad demencial. A escasa distancia, los primeros se preparaban para atacar y el viento estaba cargado de flechas. En dos colinas distintas, grupos de caballeros con armaduras y estandartes de vivos colores en sus lanzas contemplaban la batalla. Varias catapultas arrojaban piedras al aire que caían sobre los hombres que luchaban y, según pudo observar Garion, mataban a amigos y enemigos sin discriminación. El valle estaba cubierto de muertos y moribundos.

—¡Estúpidos! —murmuró hosco Lobo.

—Que yo sepa, nadie ha calificado nunca a los arendianos de brillantes —observó Seda.

Mandorallen se llevó el cuerno a los labios y soltó un estridente soplo. La batalla se detuvo, pues tanto los soldados como los siervos pararon para mirarlo. Volvió a tocar el cuerno y cada nota metálica constituía un desafío por sí sola. Mientras los dos grupos de caballeros galopaban sobre la hierba alta y marchita para investigar, Mandorallen se volvió hacia Barak.

—Si así os place, señor —pidió con cortesía—, comunicadles mi desafío en cuanto estén cerca.

—Es tu piel —dijo Barak encogido de hombros; luego miró hacia los caballeros y alzó la voz hasta convertirla en un potente rugido—. El señor Mandorallen, barón de Vo Mandor, desea divertirse —declamó—, y le agradecería que eligierais un campeón de cada uno de los bandos para enfrentarse con él. Si, por el contrario, sois todos tan cobardes que no os atrevéis a enfrentaros a él, cesad este alboroto y dejad paso a vuestros superiores.

—¡Muy bien dicho, Barak, mi señor! —exclamó Mandorallen con admiración.

—Siempre he sido bueno con las palabras —repuso modesto Barak.

Los dos grupos de caballeros se acercaban con cautela.

—¡Qué vergüenza, señores! —los increpó Mandorallen—. ¡No ganaréis ningún honor con esta deshonrosa guerra! Sir Derigen, ¿qué es lo que ha provocado esta contienda?

—Un insulto, sir Mandorallen —contestó el noble. Era un hombre robusto y su brillante casco de acero tenía un rodete dorado encima de la visera—, un insulto tan grande que no puede quedar impune.

—Yo fui el insultado —dijo con vehemencia un noble del otro grupo.

—¿Y cuál fue la naturaleza del insulto, sir Oltorain? —preguntó Mandorallen.

Los dos hombres desviaron la vista y ninguno respondió.

—¿Habéis ido a la guerra por un insulto que ni siquiera recordáis? —preguntó Mandorallen con incredulidad—. Yo creía, señores, que erais hombres serios, pero ahora comprendo que estaba en un error.

—¿Es que los nobles de Arendia no tienen nada mejor que hacer? —dijo Barak con una voz cargada de desprecio.

—Todos habíamos oído hablar del bastardo de Mandorallen —dijo un caballero moreno que llevaba una armadura pintada de negro—, pero ¿quién es ese mono de barba roja que insulta a sus superiores?

—¿Piensas tolerar eso? —le preguntó Barak a Mandorallen.

—Es bastante cierto —admitió Mandorallen con expresión triste—, ya que hubo ciertas irregularidades respecto a la fecha de mi nacimiento que ponen en duda mi legitimidad. Este caballero es sir Haldorin, primo tercero mío, pariente lejano. Como en Arendia está mal visto derramar la sangre de los parientes, él gana su reputación insultándome sin ningún riesgo.

—¡Estúpida costumbre! —gruñó Barak—. En Cherek matamos a los parientes con mayor entusiasmo que a los desconocidos.

—¡Qué pena que no estemos en Cherek! —suspiró Mandorallen.

—¿Te ofendes si yo me encargo de esto? —preguntó Barak con cortesía.

—En absoluto.

Barak se acercó al caballero moreno.

—Soy Barak, conde de Trelheim —anunció en voz alta—, pariente del rey Anheg de Cherek, y, por lo que veo, ciertos nobles de Arendia tienen menos modales que sesos.

—Los nobles de Arendia no nos dejamos impresionar por los títulos que se conceden a sí mismos los miembros de los inmundos reinos del norte.

—Tus palabras me resultan ofensivas, amigo —dijo Barak amenazador.

—Pues a mi tu cara de mono y tu barba rala me resultan divertidas —contestó Haldorin.

Barak ni siquiera se molestó en desenvainar la espada. Hizo un gran movimiento circular con su enorme brazo y golpeó el puño con una fuerza asombrosa contra el casco del caballero moreno. Haldorin saltó despedido de la montura, sus ojos se nublaron y cayó al suelo con gran estrépito.

—¿Alguien más desea hacer algún comentario sobre mi barba? —preguntó Barak.

—Tranquilo, señor —aconsejó Mandorallen, y miró con satisfacción a su imprudente pariente, que se removía inconsciente entre la alta hierba.

—¿Vamos a aceptar sin más esta afrenta contra nuestro valiente compañero? —preguntó uno de los caballeros del barón Derigen con tono severo—. ¡Matadlo! —gritó, y se dispuso a desenvainar la espada.

—En el mismo instante en que vuestra espada salga de su funda, seréis hombre muerto, caballero —le advirtió Mandorallen con frialdad, y la mano del caballero quedó inmóvil sobre la empuñadura de la espada—. Es una vergüenza, caballeros —continuó Mandorallen en tono acusatorio—. Sin duda sabréis que, por tradición y cortesía, mi desafío garantiza mi seguridad y la de mis compañeros hasta tanto me hayáis contestado. Elegid a vuestros campeones o retiraos. Me estoy cansando de todo esto y pronto me pondré nervioso.

Los dos grupos de caballeros se alejaron un poco para conferenciar y varios soldados subieron a la cima para recoger a Haldorin.

—El que estuvo a punto de sacar la espada es un murgo —dijo Garion en voz baja.

—Ya me di cuenta —murmuró Hettar con sus ojos oscuros brillantes.

—Ya vuelven —advirtió Durnik.

—Me enfrentaré a vos, Mandorallen —anunció el barón Derigen al acercarse—. No dudo de que vuestra reputación sea merecida, pero yo también he triunfado en innumerables torneos. Tendré el honor de combatir contra vos.

—Yo también demostraré mi destreza frente a vos, caballero —declaró el barón Oltorain—. Soy temido en muchos lugares de Arendia.

—Muy bien —contestó Mandorallen—, busquemos un terreno uniforme y enfrentémonos. El día se acaba y mis compañeros y yo tenemos asuntos pendientes en el sur.

Todos descendieron la colina hasta llegar al campo, donde dos grupos de caballeros se alineaban a ambos lados de una pista que había sido rápidamente aplanada entre la hierba alta y amarilla. Derigen cabalgó hasta un extremo, se volvió y esperó con la punta roma de su lanza descansando sobre el estribo.

—Vuestro valor os honra, señor —dijo Mandorallen, y cogió una de las pértigas que Durnik había cortado—. Intentaré no haceros demasiado daño. ¿Estáis preparado para el combate?

—Lo estoy —dijo el caballero, y bajó su visera.

Mandorallen cerró la suya, bajó la lanza y clavó los talones en los flancos de su caballo de guerra.

—Aunque no sea lo más conveniente en estas circunstancias, no puedo evitar desear que nuestro poderoso amigo sufra una humillante derrota —murmuró Seda.

—¡Ni lo sueñes! —dijo el señor Lobo con una mirada fulminante.

—¿Es realmente *tan* bueno? —preguntó Seda pensativo. —¡Míralo! —le contestó Lobo.

Los dos caballeros se encontraron en el centro de la llanura con un tremendo estrépito, las dos lanzas se quebraron por el tremendo impacto y sus astillas se desparramaron por la hierba. Pasaron brevemente uno al lado del otro, luego se volvieron y cabalgaron de vuelta hacia el lugar de partida. Garion notó que Derigen se inclinaba hacia un lado al cabalgar.

Los dos caballeros volvieron a la carga y sus lanzas nuevas se rompieron por segunda vez.

—Debí cortar más pértigas —dijo Durnik, pensativo.

Pero esta vez el barón Derigen se inclinaba aún más en la montura y en la tercera embestida su lanza titubeante chocó contra el escudo de Mandorallen. Sin embargo, la pértiga de Mandorallen dio en el blanco y el barón cayó de su silla por la fuerza del golpe. Mandorallen detuvo su caballo y lo miró desde arriba.

—¿Estáis en condiciones de continuar? —preguntó con cortesía.

Derigen se levantó con dificultad.

—Yo no me rindo —jadeó, y sacó su espada.

—Magnífico —contestó Mandorallen—, temía haberos hecho daño. —Se bajó del caballo, desenvainó su espada y la dirigió directamente a la cabeza de Derigen. El arma rebotó contra el escudo levantado con precipitación y Mandorallen asestó otro golpe sin ninguna pausa. Derigen hizo uno o dos débiles floretes, pero la espada de Mandorallen le dio de lleno a un costado del casco. Derigen rodó y se desplomó boca abajo en el suelo.

—¿Mi señor? —preguntó Mandorallen solícito. Se inclinó, dio la vuelta a su oponente y abrió la visera dentada del casco del barón—. ¿No os encontráis bien, mi señor? —preguntó—. ¿Deseáis continuar?

Derigen no contestó. La sangre manaba a borbotones por la nariz y el lado derecho de su cuerpo se estremecía de manera espasmódica.

—Ya que el valiente caballero no puede hablar —anunció Mandorallen—, lo declaro vencido. —Miró a su alrededor con la espada todavía en la mano—. ¿Alguno de vosotros quiere contradecir mis palabras? —Se hizo un profundo silencio—. ¿Podrías retirarlo del campo? —Sugirió Mandorallen—. Sus heridas no parecen graves y después de unos pocos meses en cama quedará otra vez como nuevo. —Se volvió hacia el barón Oltorain, cuyo rostro había palidecido visiblemente—: Bien, mi señor —dijo jovial—, ¿comenzamos? Mis amigos y yo estamos impacientes por continuar nuestro viaje. —Oltorain cayó al suelo en la primera embestida y se rompió una pierna—. Mala suerte, señor —dijo Mandorallen mientras se acercaba a pie con la espada en la mano—; ¿os rendís?

—No puedo ponerme en pie —dijo Oltorain con los dientes apretados—, no tengo otra alternativa que rendirme.

—¿Y mis compañeros y yo podremos seguir nuestro viaje?

—Podéis partir con entera libertad —contestó Oltorain, dolorido, desde el suelo.

—Aún no —interrumpió una voz hosca. El murgo de la armadura avanzó con su caballo entre los demás caballeros hasta quedar frente a Mandorallen.

—Creo que tengo que interferir —dijo tía Pol en voz baja, luego desmontó y caminó sobre la hierba aplastada por las patas de los caballos—. Apártate, Mandorallen —le dijo al caballero.

—No, señora —protestó Mandorallen.

—Apártate, Mandorallen —rugió Lobo con brusquedad.

Mandorallen, sorprendido, se hizo a un lado.

—¿Bien, grolim? —desafió tía Pol al tiempo que se quitaba la capucha. Los ojos del jinete se agrandaron al ver el mechón blanco en su cabello y levantó la mano desesperado, murmurando algo entre dientes. Garion volvió a sentir aquella extraña agitación y esa sensación de vacío en la cabeza. Por un instante una luz verdosa rodeó la silueta de la tía Pol; entonces ella agitó la mano con indiferencia y la luz desapareció—. Te falta práctica —le dijo—, ¿quieres probar otra vez? —Esta vez el grolim levantó las dos manos, pero no logró llegar más lejos. Con cuidado, Durnik acercó su caballo poco a poco hasta el hombre de la armadura. Levantó el hacha con las dos manos y golpeó directamente el casco del grolim—. ¡Durnik! —gritó la tía Pol—. ¡Vete! —Pero el herrero, con una mueca sombría en la cara, asestó otro golpe y el grolim perdió el sentido y cayó con estrépito al suelo—. ¡Loco! —gritó la tía Pol—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Él te estaba atacando, señora Pol —explicó Durnik con la mirada ardiente.

—¡Bájate del caballo! —El bajó—. ¿Tienes idea de lo peligroso que fue eso? —preguntó—. Podría haberte matado.

—Yo te protegeré, señora Pol —contestó Durnik, obcecado—. No soy un guerrero ni un mago, pero no permitiré que nadie te haga daño.

Los ojos de Pol se agrandaron sorprendidos, luego se achicaron y por fin se ablandaron. Garion, que la conocía desde la infancia, estaba acostumbrado a los cambios rápidos en sus sentimientos. De repente abrazó al desconcertado Durnik.

—¡Grandísimo, torpe, querido loco! —le dijo—. ¡Nunca vuelvas a hacer eso! Casi me has hecho parar el corazón.

Garion desvió la mirada con un extraño nudo en la garganta y vio cómo el señor Lobo esbozaba una sonrisa breve y socarrona.

Un curioso cambio había tenido lugar entre los caballeros que rodeaban la pista de combate. Muchos de ellos miraban alrededor con expresión de asombro, como si acabaran de despertarse de una horrible pesadilla. Otros se quedaron súbitamente pensativos. Oltorain hacía grandes esfuerzos por levantarse.

—No, mi señor —le dijo Mandorallen y lo empujó con suavidad para que volviera a recostarse—. Así os haréis daño.

—¿Qué hemos hecho? —gimió el barón con expresión de angustia.

El señor Lobo desmontó y se arrodilló junto al herido.

—No fue culpa tuya —le dijo al barón—, esta guerra fue obra de un murgo. Fue él quien manipuló vuestras mentes y os enfrentó.

—¿Magia? —preguntó Oltorain palideciendo. Lobo asintió:

—No es un murgo, sino un sacerdote grolim.

—¿Y ahora se ha roto el hechizo?

Lobo volvió a asentir mientras miraba al grolim inconsciente.

—¡Encadenad al mago! —ordenó el barón a los caballeros. Luego miró a Lobo—. Tenemos nuestros propios métodos para castigar a los hechiceros. Aprovecharemos la ocasión para celebrar el fin de esta alocada guerra. Este hechicero grolim ha realizado su último hechizo.

—Bien —dijo Lobo con una débil sonrisa.

—Sir Mandorallen —dijo el barón Oltorain, dando un respingo al levantar su pierna herida—, ¿de que forma podremos recompensaros a vos y a vuestros compañeros por devolvernos la cordura?

—La restauración de la paz es suficiente recompensa —respondió Mandorallen con solemnidad—, ya que todo el mundo sabe que soy el mayor amante de la paz de este reino. —Luego dirigió la mirada hacia Lelldorin, que estaba echado en la camilla, y tuvo una idea—. Sin embargo, os pediré un favor. Tenemos con nosotros a un joven asturio de familia noble que ha sufrido heridas graves y, si fuera posible, lo dejaríamos a vuestro cuidado.

—Su presencia me honrará, Mandorallen —aseguró Oltorain de inmediato—. Las mujeres de mi casa lo cuidarán con el mayor esmero.

Le dijo algo a uno de sus criados y el hombre montó y cabalgó de prisa hacia uno de los castillos cercanos.

—No iréis a dejarme atrás —protestó débilmente Lelldorin—. Estaré en condiciones de montar en un día o dos. —Y comenzó a toser de modo angustiante.

—No lo creo —repuso Mandorallen con frialdad—, vuestras heridas aún no han seguido su curso natural.

—No me quedaré con los mimbranos —insistió Lelldorin—. Prefiero correr el riesgo de morir en la ruta.

—Joven Lelldorin —contestó Mandorallen con brusquedad, casi con rudeza—, conozco vuestra aversión por los hombres de Mimbres. Vuestras heridas, sin embargo, pronto se convertirán en abscesos y supurarán, entonces sufriréis fiebres y delirios y vuestra presencia se convertirá en una carga para nosotros. No tenemos tiempo para ocuparnos de vos, y vuestra lastimosa condición demorará nuestra misión.

Garion se quedó boquiabierto ante la brutal franqueza de las palabras de Mandorallen y lo miró con una expresión muy cercana al odio.

Mientras tanto la cara de Lelldorin había palidecido.

—Gracias por hacérmelo ver, Mandorallen —dijo con formalidad—, debí darme cuenta por mí mismo. Si me ayudáis a montar en mi caballo, me iré de inmediato.

—Tú te quedas donde estás —le dijo categórica tía Pol.

El criado del barón Oltorain regresó con un grupo de sirvientes y una joven rubia vestida con una túnica de brocado rosa y una capa de terciopelo.

—Mi hermana menor, Ariana —la presentó Oltorain—, es una muchacha despierta y, a pesar de ser tan joven, ya tiene experiencia en el cuidado de enfermos.

—No la molestaré durante mucho tiempo, señor —aseguró Lelldorin—. Volveré a Astur dentro de una semana.

Ariana puso su mano sobre la frente de Lelldorin, con un gesto de experta.

—No, joven —negó ella—, creo que vuestra visita se prolongará por más tiempo.

—Me iré dentro de una semana —repitió Lelldorin, obcecado.

—Como preferáis —dijo ella encogiéndose de hombros—. Espero que mi padre disponga de algunos criados para que os sigan y os den la debida sepultura que, si no me equivoco, requeriréis antes de haber recorrido cincuenta kilómetros.

Lelldorin la miró sorprendido.

Tía Pol llevó a Ariana a un lado, habló un rato con ella y le dejó instrucciones además de un pequeño paquete de hierbas. Lelldorin hizo un gesto a Garion y éste se arrodilló de inmediato junto a la Camilla.

—Aquí se termina —murmuró el joven—. ¡Ojalá pudiera seguir con vosotros!

—Te pondrás bien en poco tiempo —le aseguró Garion, aunque sabía que no era verdad—. Tal vez puedas alcanzarnos más adelante.

—No —dijo Lelldorin meneando la cabeza—, me temo que no. —Comenzó a toser otra vez, con espasmos que parecían desgarrar sus pulmones—. No tenemos mucho tiempo, amigo mío —jadeó débilmente—, así que escúchame con atención. —Garion, a punto de llorar, cogió la mano de su amigo—. ¿Recuerdas lo que hablamos la mañana que dejamos la casa de mi tío? —Garion asintió—. Dijiste que sólo yo debía tomar la decisión de romper la promesa de guardar secreto que hice a Torasin y a los demás.

—Lo recuerdo —dijo Garion.

—Muy bien —dijo Lelldorin—. He decidido liberarte de la promesa, así que haz lo que tengas que hacer.

—Sería mejor que fueras tú quien se lo dijera a mi abuelo, Lelldorin —protestó Garion.

—No puedo —se quejó Lelldorin—, no me saldrían las palabras. Lo siento, pero así soy yo. Sé que Nachak sólo está utilizándonos, pero les di mi palabra a los demás. Soy arendiano, Garion, y mantendré mi palabra aunque reconozca mi error. Así que está en tus manos, tú deberás evitar que Nachak destruya mi país. Quiero que vayas directamente al rey.

—¿Al rey? Nunca me creerá. —Haz que te crea, díselo todo.

—Nunca le diré tu nombre —declaró Garion con firmeza— y tampoco el de Torasin. Sabes lo que os haría si os descubriera.

—Nosotros no importamos —insistió Lelldorin y volvió a toser.

—Le hablaré de Nachak —dijo Garion, obcecado—, pero en absoluto de ti. ¿Dónde le digo que podrá encontrar al murgo?

—Él lo sabrá —contestó Lelldorin con voz muy débil—. Nachak es embajador en la corte de Vo Mimbre. Es el representante personal de Taur Urgas, rey de los murgos. —Garion quedó atónito por lo que eso significaba—. Consigue el oro de las insondables minas de Cthol Murgos, que están a su cargo —continuó Lelldorin—. La conspiración que planeó para mi y mis amigos puede ser sólo una de las tantas destinadas a destruir Arendia. Tienes que detenerlo, Garion, prométemelo.

El joven estaba pálido y tenía los ojos vidriosos por la fiebre. Apretó aún más la mano de Garion.

—Lo detendré —prometió Garion—. Aún no sé cómo lo haré, pero lo conseguiré de un modo u otro.

Lelldorin se dejó caer suavemente en la Camilla, como si se hubiese quedado sin fuerzas y la necesidad de lograr esa promesa hubiese sido lo único que lo había mantenido consciente.

—Adiós, Lelldorin —musitó Garion con los ojos llenos de lágrimas.

—Adiós, querido amigo —apenas pudo suspirar Lelldorin antes de que se cerraran sus ojos y de que la mano que cogía la de Garion se abriera laxa.

Garion se quedó mirándolo aterrorizado hasta que descubrió el tímido movimiento de su pulso en el hueco de su garganta. Lelldorin todavía estaba vivo, al menos por el momento. Garion dejó la mano de su amigo con ternura y lo arrojó con la gruesa manta gris. Luego se puso de pie y se alejó a toda prisa al tiempo que las lágrimas le caían por las mejillas.

El resto de la despedida fue breve, volvieron a montar y cabalgaron al trote en dirección a la Gran Ruta del Oeste. Unos cuantos criados y piqueros dieron vivas a su paso, pero a lo lejos se oían otros ruidos. Las mujeres de las aldeas buscaban a sus hombres entre los cuerpos que cubrían los campos y sus lamentos y gritos ridiculizaban los vivas.

Garion llevó su caballo junto al de Mandorallen con un propósito determinado.

—Tengo algo que decirte —dijo con vehemencia—; no va a gustarte, pero eso no me importa.

—¿Ah, si? —contestó apacible el caballero.

—Creo que la forma en que le hablaste a Lelldorin fue cruel y despreciable —dijo Garion—. Tú te consideras el caballero más grande del mundo, pero yo creo que eres un fanfarrón con menos sensibilidad que una piedra y eso no me gusta. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¡Ah! —dijo Mandorallen—. Creo que vos me habéis malinterpretado, mi joven amigo. Aquellas palabras fueron necesarias para salvarle la vida. El joven asturio es muy valiente y no piensa en sí mismo, si yo no le hubiese hablado así, sin duda habría insistido en continuar con nosotros y habría muerto muy pronto.

—¿Muerto? —se burló Garion—. Tía Pol lo hubiese curado.

—Fue la propia señora Polgara quien me informó que su vida estaba en peligro —contestó Mandorallen—. Su honor no le permitía exigir los cuidados apropiados, pero ese mismo honor lo convenció de que se quedara atrás para no demorarnos. —El caballero sonrió con ironía—. Creo que él me tendrá tanta simpatía como vos por mis palabras, pero vivirá y eso es lo que importa, ¿verdad?

Garion miró al mimbrano de apariencia arrogante y de repente su ira perdió sentido. Advirtió, con dolorosa claridad, que acababa de quedar como un tonto.

—Lo siento —se disculpó de mala gana—, no me di cuenta de lo que intentabas hacer.

—No tiene importancia —dijo Mandorallen, y se encogió de hombros—. Estoy acostumbrado a que me malinterpreten, pero mientras *yo* sepa que *mis* motivos son justos, no me preocupan las opiniones de los demás. Sin embargo, me alegro de haber tenido la oportunidad de explicarme ante vos. Seréis mi compañero y es malo que haya malentendidos entre compañeros.

Siguieron cabalgando en silencio mientras Garion intentaba modificar sus ideas. Por lo visto, Mandorallen era muy distinto de lo que él creía.

Entonces llegaron al camino principal y giraron hacia el sur bajo un cielo amenazador.

La llanura arendiana era un extenso prado ondulado, sólo poblado parcialmente. El viento que barría la hierba seca era intenso y frío y las nubes grisáceas se movían delante de ellos mientras cabalgaban. La necesidad de dejar a Lelldorin los había puesto a todos de un humor melancólico y durante los días siguientes viajaron casi todo el tiempo en silencio. Garion iba detrás, con Hettar y los caballos de carga, y evitaba acercarse a Mandorallen.

Hettar era un hombre silencioso al que no le importaba viajar sin hablar durante horas, pero después de dos días, Garion hizo un esfuerzo deliberado para comunicarse con el algario de cara de halcón.

—¿Por qué odias tanto a los murgos, Hettar? —preguntó a falta de un tema mejor que comentar.

—Todos los alorns odian a los murgos —dijo Hettar tranquilamente.

—Si —admitió Garion—, pero en tu caso parece algo personal, ¿por qué?

—Mataron a mis padres —contestó Hettar, y se acomodó en la montura haciendo crujir su ropa de cuero.

Garion quedó impresionado por los sentimientos que las palabras del algario despertaron en sí mismo.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó, sin pensar que tal vez el algario prefiriera no hablar de ello.

—Yo tenía siete años —dijo Hettar en un tono inexpresivo—. Ibamos a visitar a la familia de mi madre, ya que ella procedía de otro clan. Teníamos que pasar cerca de los acantilados del este y allí nos atacó un grupo de murgos. El caballo de mi madre tropezó y ella cayó. Los murgos se echaron sobre nosotros antes de que mi padre y yo pudiéramos volver a subirla al caballo. Los mataron muy despacio y recuerdo que, casi al final, mi madre gritó. —La cara del algario permanecía inmovible como una roca y su voz baja e inexpresiva hacía que la historia pareciera aún más horrible—. Después de matar a mis padres, los murgos me ataron una cuerda a los pies y me arrastraron detrás de un caballo —continuó—. Cuando la soga se rompió, pensaron que yo había muerto y se alejaron; recuerdo que se reían de nosotros. Cho-Hag me encontró un par de días después. —Por un instante, Garion vio la imagen del niño tan clara como si hubiese estado allí, solo y con espantosas heridas, vagando en el desierto del este de Algaria, mientras sólo el dolor y un odio terrible lo mantenían vivo—. Maté a mi primer murgos cuando tenía diez años —continuó Hettar con el mismo tono monótono—. Intentaba escapar de nosotros y le clave una jabalina en la espalda. Cuando la jabalina lo atravesó, el murgos gritó y eso me hizo

sentir mejor. Cho-Hag pensó que si me hacía presenciar la muerte del murgo, mi odio desaparecería, pero estaba equivocado.

La cara del alto algario seguía inexpresiva, y la coleta que llevaba en medio de la cabeza rapada se agitaba y ondeaba hacia atrás empujada por el viento. Daba la impresión de que era un hombre vacío, privado de cualquier otro sentimiento aparte de aquella poderosa compulsión.

Por un momento, Garion comprendió, en parte, a qué se había referido el señor Lobo cuando le previno sobre el peligro de obsesionarse con el deseo de venganza, pero enseguida se quitó esa idea de la cabeza. Si Hettar podía vivir con ese deseo, él también podría. Sintió una admiración súbita y enorme por aquel cazador solitario vestido de cuero negro.

El señor Lobo y Mandorallen estaban tan enfrascados en su conversación que ambos se retrasaron. Hettar y Garion los alcanzaron y durante un rato cabalgaron todos juntos.

—Es nuestra naturaleza —decía el caballero de la brillante armadura con voz melancólica—. Somos demasiado orgullosos y nuestra arrogancia ha condenado a la pobre Arendia a guerras mortíferas.

—Eso puede evitarse —dijo el señor Lobo.

—¿Cómo? —preguntó Mandorallen—. Lo llevamos en la sangre. Yo mismo soy un hombre muy pacífico, pero soy víctima de nuestra enfermedad nacional. Además, nuestras diferencias son muy acentuadas y están demasiado arraigadas en la historia como para desaparecer. La paz no durará, amigo mío. Ahora mismo las flechas de los asturios vuelan por el bosque, en busca de blancos mimbranos, y Mimbre, en represalia, quema las casas de los asturios y masacra a los rehenes. Me temo que la guerra es inevitable.

—No —repuso Lobo—, no lo es.

—¿Cómo puede evitarse? —preguntó Mandorallen—. ¿Quién puede curar nuestra locura?

—Yo lo haré, si es necesario —dijo Lobo con tranquilidad mientras volvía a ponerse la capucha gris.

—Aprecio vuestras buenas intenciones, Belgarath —dijo Mandorallen con una débil sonrisa—, pero eso es imposible, incluso para vos.

—Nada es realmente imposible, Mandorallen —contestó Lobo con tono resuelto—. Por lo general prefiero no interferir en las diversiones de los demás, pero no puedo consentir en que Arendia se destruya justo ahora. Si es necesario, tendré que entrometerme y detener toda esta locura.

—¿De verdad tenéis tanto poder? —preguntó Mandorallen, en cierto modo esperanzado pero como si no acabara de creerle.

—Si —contestó prosaico Lobo, mientras se mesaba la corta barba blanca—, la verdad es que lo tengo.

La cara de Mandorallen reflejó preocupación e incluso un poco de temor ante la tranquila declaración del viejo, y Garion la encontró profundamente turbadora. Si Lobo podía parar una guerra sin ayuda, no tendría ninguna dificultad para desbaratar sus propios planes de venganza. Ahora tenía un nuevo motivo de preocupación.

Luego Seda se volvió y vino hacia ellos.

—El Gran Mercado está apenas un poco más adelante —anunció el hombre con cara de rata—. ¿Vamos a detenernos o pasamos de largo?

—Será mejor que paremos —decidió Lobo—, ya anochece y necesitamos provisiones.

—Además, a los caballos les vendrá bien un descanso —dijo Hettar—, empiezan a quejarse.

—Debiste decírmelo —dijo Lobo, y echo una mirada hacia atrás, a los caballos de carga.

—Todavía no están tan mal —informó Hettar—, pero comienzan a compadecerse de sí mismos. Exageran, por supuesto, pero un poco de descanso no les vendrá mal.

—¡Exageran! —dijo Seda asombrado—. No irás a decirnos que los caballos pueden mentir, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Hettar con un encogimiento de hombros—. Lo hacen todo el tiempo; mentir se les da muy bien.

Por un momento, Seda pareció enfurecido ante la idea, pero de repente lanzó una carcajada.

— Eso me devuelve la fe en la naturaleza del universo —declaró.

Lobo se sintió herido.

—Seda —dijo con tono sarcástico—, eres un hombre muy perverso, ¿lo sabías?

—Hago todo lo que puedo —contestó Seda burlón.

El mercado arendiano se levantaba en la intersección de la Gran Ruta del Oeste con el sendero de montaña que conducía a Ulgoland. Estaba compuesto por una serie de tiendas azules, amarillas y rojas y pabellones con anchas rayas que se extendían más de cinco kilómetros a la redonda. Parecía una ciudad multicolor en medio de la llanura gris, y el viento persistente agitaba los estandartes brillantes y majestuosos bajo el cielo encapotado.

—Espero tener tiempo para hacer algunos negocios —dijo Seda mientras bajaban la colina en dirección a la feria. La nariz puntiaguda del hombrecillo olfateaba nerviosamente—. Ya empiezo a perder la práctica.

Una media docena de mendigos manchados de barro se agachaba miserablemente al borde del camino, con las manos extendidas. Mandorallen se detuvo y repartió algunas monedas entre ellos.

—No deberías animarlos —gruñó Barak.

—La caridad es al mismo tiempo un deber y un privilegio, señor Barak —repuso Mandorallen.

—¿Por que no construyen casas aquí? —le preguntó Garion a Seda al llegar a la parte central del mercado.

—Nadie se queda el tiempo suficiente —explicó Seda—. El mercado está siempre aquí, pero la población va y viene. Además, las casas pagan impuestos y las tiendas no.

Muchos de los comerciantes que salieron de sus tiendas a verlos pasar reconocieron a Seda y lo saludaron con cautela, mientras la desconfianza se reflejaba claramente en sus rostros.

—Veo que tu reputación te precede, Seda —observó Barak con sequedad.

—El precio de la fama —contestó Seda encogiéndose de hombros.

—¿No hay peligro de que alguien te identifique con aquel otro mercader? —preguntó Durnik—. Aquel que buscan los murgos.

—¿Te refieres a Ambar? No es muy probable, Ambar no viene por Arendia muy a menudo, y, por otra parte, él y Radek no se parecen en nada.

—Pero si son el mismo hombre —objetó Durnik—, tú eres ambos.

—Si —dijo Seda con un dedo en alto—, tú y yo lo sabemos, pero *ellos* no. Para ti yo siempre parezco el mismo, pero para los demás tengo un aspecto bastante distinto.

La expresión de Durnik era del todo escéptica.

—Radek, viejo amigo —lo llamó un comerciante calvo de una tienda cercana.

—Delvor —respondió Seda encantado—, hace años que no te veía.

—Parece que has prosperado —observó el hombre calvo.

—Voy tirando —contestó Seda con modestia—. ¿Y tú qué vendes ahora?

—Tengo unas pocas alfombras de Malloreia —le dijo Delvor—, algunos nobles de por aquí están interesados, pero no les gustan los precios. —Sus manos, sin embargo, hablaban de otras cuestiones—: *Tu tío nos comunicó que te ayudaríamos si lo necesitabas. ¿Precisas algo? ¿Qué llevas en esos sacos?* —preguntó en voz alta.

—Telas sendarias —contestó Seda— y unas pocas cosillas más. *¿Has visto algún murgu en el mercado?*

—Uno, pero se fue a Vo Mimbire hace una semana. Sin embargo hay algunos nadraks al final del mercado.

—*Están muy lejos de casa* —gesticuló Seda—. *¿De verdad están haciendo negocios?*

—*No hay forma de asegurarlo* —respondió Delvor.

—*¿Podrás alojarnos por un día?*

—*Estoy seguro de que llegaremos a algún acuerdo* —contestó Delvor con un guiño cómplice. Las manos de Seda reflejaron su asombro por la insinuación—: *Después de todo, el negocio es el negocio* —gesticuló—. Tenéis que entrar —dijo en voz alta—, tomaremos un vaso de vino y cenaremos. Hace años que no nos vemos y tenemos que ponernos al día.

—Estaremos encantados —repuso Seda con cierta acritud.

—*¿Es probable que hayas encontrado la horma de tu zapato, príncipe Kheldar?* —preguntó dulcemente la tía Pol con una leve sonrisa mientras el pequeño hombre la ayudaba a bajarse del caballo frente a la tienda de rayas coloridas de Delvor.

—*¿Delvor?* Difícilmente. Ha estado intentando vengarse de mí durante años, desde que un truco mío le costó una fortuna en Yar Gurak. Sin embargo, le dejaré creer que me tiene cogido por un tiempo. Lo hará sentirse bien y yo me divertiré mucho más cuando tire de la alfombra bajo sus pies.

—Eres incorregible —rió ella.

El le hizo un guiño.

El interior de tienda principal de Delvor tenía un tono rojizo a la luz de varios braseros que le conferían una agradable calidez. El suelo estaba cubierto con una alfombra de color azul oscuro y por todos lados había grandes cojines rojos donde sentarse. Una vez dentro, Seda se apresuró a hacer las presentaciones.

—Es un honor, Anciano —murmuró Delvor al tiempo que hacía una gran reverencia a Lobo y luego a la tía Pol—. *¿Qué puedo hacer para ayudar?*

—Ahora mismo necesitamos información más que ninguna otra cosa —contestó Lobo y se quitó la pesada capa—. Hace unos días, al norte de aquí, nos encontramos con un grolim que nos ocasionó problemas. *¿Podrías husmear por ahí y averiguar qué ocurre de aquí a Vo Mimbire?* Preferiría no encontrarme con otra reyerta entre vecinos.

—Haré averiguaciones —prometió Delvor.

—Yo también daré una vuelta —dijo Seda—. Entre Delvor y yo podremos recoger casi toda la información que hay en el mercado. —Lobo lo miró intrigado—. Radek de Boktor nunca pierde una oportunidad de hacer negocios —explicó el hombrecillo tal vez demasiado deprisa—, resultaría muy extraño que se quedara en la tienda de Delvor.

—Ya veo —dijo Lobo.

—No queremos que nada estropee mi interpretación, *¿verdad?* —preguntó Seda con inocencia, aunque su larga nariz se movía cada vez con mayor violencia.

—Muy bien —se rindió Lobo—. Pero no seas muy extravagante. No quiero encontrarme con una multitud de enfurecidos clientes pidiendo tu cabeza a las puertas de la tienda.

Los ayudantes de Delvor bajaron los sacos de los caballos de carga y uno de ellos le señaló a Hettar el camino a los establos, a las afueras del mercado. Seda metió sus rápidas manos entre los pliegues y rincones de las telas, sacó una cantidad de objetos pequeños y caros y los apiló sobre la alfombra de Delvor.

—Me preguntaba en que habías gastado tanto dinero en Camaar —comentó Lobo con sequedad.

—Es parte del disfraz —contestó Seda—. Radek siempre lleva unas cuantas curiosidades para comerciar en el camino.

—Una explicación muy convincente —observó Barak—, pero yo en tu lugar no las iría dejando por ahí.

—Si no consigo doblar el dinero de nuestro anciano amigo en la próxima hora, me retiraré para siempre —prometió Seda—. Ah, me olvidaba, necesito que Garion me sirva de cargador; Radek siempre lleva al menos un ayudante.

—Intenta no corromperlo demasiado —dijo la tía Pol. Seda hizo una gran reverencia y se acomodó la gorra con elegancia, y, con Garion detrás cargando un gran saco de tesoros, salió jactancioso al Gran Mercado de Arendia como un hombre que entra a una batalla.

Un tolnedrano gordo, tres tiendas más abajo, resultó duro de pelar y logró quedarse con una daga adornada con piedras preciosas por sólo tres veces su valor, pero dos comerciantes arendianos compraron unas copas de plata idénticas a precios que, a pesar de ser muy diferentes, compensaban con creces aquella primera rebaja.

—Me encanta tratar con los arendianos —se regocijó Seda mientras caminaban por las calles embarradas entre las tiendas del mercado.

El astuto hombrecillo drasniano se movía por el mercado causando estragos a su paso. Cuando no podía vender, compraba; cuando no podía comprar, cambiaba; y cuando no podía cambiar, cotilleaba y conseguía información. Algunos de los mercaderes, más listos que sus compañeros, se escondían en cuanto lo veían venir. Garion, arrastrado por el entusiasmo del hombrecillo, comenzó a comprender la fascinación de su amigo por este juego en que los beneficios pasaban a segundo lugar ante la satisfacción de ganar al adversario.

La depredación de Seda no hacía distinciones, estaba dispuesto a tratar con cualquiera y se enfrentaba a cada uno según sus leyes. Tolnedranos, arendianos, chereks, conciudadanos drasnianos, sendarios, todos acababan por doblegarse ante él. A media tarde ya se había deshecho de todo lo que había comprado en Camaar. Su monedero retintineaba, repleto, y el saco que Garion llevaba al hombro aún pesaba, pero ahora estaba lleno de mercancía nueva.

Sin embargo, Seda estaba ceñudo. Llevaba en la mano un pequeño y exquisito frasco de vidrio soplado que le había cambiado a un rivano por dos libros de poesía wacite encuadernados en marfil.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Garion en el camino de vuelta a la tienda de Delvor.

—No estoy seguro de quién salió ganando —respondió Seda bruscamente.

—¿Qué?

—No tengo idea de lo que vale.

—¿Y entonces por qué lo cogiste?

—No quería que él se enterara de que no sabía su valor. —Véndeselo a otro.

—¿Cómo puedo venderlo si no sé cuánto pedir por él? Si pido demasiado, nadie volverá a hablarme y si me quedo corto todo el mercado se reirá de mí. —Garion se desternilló de risa—. No le veo la gracia —dijo Seda, susceptible, y cuando entraron a la tienda seguía malhumorado e irritable—. Aquí están los beneficios que te prometí —le dijo al señor Lobo con displicencia y dejó caer las monedas en la mano del viejo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lobo al ver la cara enfurruñada del hombrecillo.

—Nada —contestó Seda con frialdad, pero de repente miró a tía Pol y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios. Se acercó a ella y le hizo una reverencia—. Mi querida Polgara, acepta por favor esta insignificante muestra de mi aprecio por ti. —Y con un ademán ceremonioso le entregó el frasco de perfume.

La tía Pol lo miró con una mezcla de alegría y desconfianza. Cogió el frasco y sacó con cuidado el apretado tapón. Luego, con un gesto delicado, tocó con el mismo la parte anterior de su muñeca y se llevó el brazo a la nariz para oler la fragancia.

—¡Kheldar —exclamó encantada—, éste es un regalo digno de una reina!

Seda, con una sonrisa un tanto insegura, la miró inquisitivo para descubrir si hablaba en serio o no. Después suspiró y salió de la estancia al tiempo que murmuraba malhumorado algo sobre la falsedad de los rivanos.

Delvor volvió poco después, dejó su capa a rayas en un rincón y acercó las manos a uno de los braseros encendidos.

—Por lo que he podido averiguar, las cosas están tranquilas de aquí a Vo Mimbre —le informó al señor Lobo—, pero cinco murgos acaban de entrar en el mercado seguidos de dos docenas de thulls.

Hettar levantó la vista deprisa, con su cara de halcón alerta, y Lobo frunció el entrecejo.

—¿Vienen del norte o del sur?

—Dicen que vienen de Vo Mimbre, pero las botas de los thulls están manchadas de arcilla roja, y en el camino de Vo Mimbre hasta aquí no hay arcilla, ¿verdad?

—No —declaró Mandorallen con seguridad—, sólo la hay en el norte.

Lobo asintió.

—Dile a Seda que vuelva adentro —le dijo a Barak.

Barak se dirigió a la puerta de la tienda.

—¿No podría ser solamente una coincidencia? —preguntó Durnik.

—No podemos correr ese riesgo —contestó Lobo—. Esperaremos a la noche y cuando el mercado se levante nos iremos a escondidas.

Seda volvió a entrar y él y Delvor intercambiaron unas pocas palabras.

—A los murgos no les costará mucho descubrir que estamos aquí —gruñó Barak, tirando pensativo de su barba roja—, y nos pisarán los talones de aquí a Vo Mimbre. ¿No sería más práctico que Hettar, Mandorallen y yo nos enfrentásemos con ellos? Cinco murgos muertos no pueden seguir a nadie.

Hettar asintió con una especie de pavorosa ansiedad.

—No creo que eso les cayera muy bien a los legionarios tolnedranos que vigilan el mercado —señaló Seda—. La policía suele preocuparse cuando aparecen cadáveres de forma imprevista: va contra su devoción por la limpieza.

—Era sólo una ocurrencia —Barak se encogió de hombros.

—Creo que tengo una idea —dijo Delvor y volvió a ponerse la capa—. Los murgos han acampado cerca de las tiendas de los nadraks y yo tengo algunos negocios con ellos. —Fue hacia la puerta de la tienda, pero de repente se detuvo—. No se si esto os dirá algo —dijo—, pero averigüé que el jefe es un murgo llamado Asharak.

Garion se sobresaltó al escuchar el nombre. Barak silbó y su expresión se volvió muy seria.

—Tarde o temprano tendremos que ocuparnos de él, Belgarath —declaró.

—¿Lo conoces? —Delvor no parecía sorprendido.

—Nos encontramos una o dos veces —contestó Seda con naturalidad.

—Está empezando a resultar pesado —convino la tía Pol.

—Me pondré en marcha —dijo Delvor.

Garion levantó la puerta de la tienda para dejar salir a Delvor, pero al mirar afuera dejó escapar una exclamación de asombro y cerró la puerta con precipitación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Seda.

—Creo que acabo de ver a Brill en la calle. —Déjame ver —dijo Durnik.

Entreabrió la puerta con los dedos y tanto él como Garion espionaron afuera. Un tipo desaliñado vagaba por las calles embarradas. Brill no había cambiado mucho desde la última vez que lo habían visto en la hacienda de Faldor. Su túnica y sus calzas estaban remendadas y sucias; su cara, sin afeitado, y su ojo bizco seguía brillando con una especie de blancura enfermiza.

—Es cierto, es Brill —confirmó Durnik—, lo tengo lo bastante cerca como para olerlo.

—Delvor miró al herrero, intrigado—. Brill no se baña muy a menudo —explicó Durnik—, es un tipo muy pestilente.

—¿Me permites? —preguntó Delvor con cortesía, y espió por encima del hombro de Durnik—. Ah —dijo—, ése. Trabaja para los nadraks; pensé que era un poco extraño, pero no me pareció importante, así que no me molesté en investigar.

—Durnik —dijo Lobo enseguida—, ve un momento afuera, asegúrate de que te vea, pero simula no haberlo visto. Después vuelve adentro. ¡Date prisa, no quiero que se nos escape!

Durnik parecía intrigado, pero levantó la puerta de la tienda y salió.

—¿Qué te traes entre manos, padre? —preguntó tía Pol, incisiva—. No te quedes ahí sonriendo con presunción, me pones nerviosa.

—Es perfecto —dijo Lobo con una risita ahogada mientras se frotaba las manos.

Durnik volvió con cara de preocupación. —Ya me vio —dijo—. ¿Estás seguro de que es una buena idea? —Por supuesto —contestó Lobo—. Es obvio que Asharak está aquí por nosotros y nos buscará por todo el mercado.

—¿Y por qué se lo ponemos tan fácil? —preguntó la tía Pol, intrigada.

—No lo haremos —contestó Lobo—. Asharak ha usado a Brill antes, en Murgos, ¿os acordáis? Trajo a Brill aquí porque sabe que él nos reconocerá a ti, a mi, a Durnik, a Garion y tal vez incluso a Barak o a Seda. ¿Todavía está allí?

Garion espió a través de una pequeña abertura. Después de un momento, vio al desaliñado Brill medio escondido entre dos tiendas al otro lado de la calle.

—Sigue allí —contestó.

—Nos conviene que se quede —dijo Lobo—. Tenemos que asegurarnos de que no se aburra y vaya a decirle a Asharak que nos ha encontrado.

Seda miró a Delvor y ambos rieron.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Barak, intrigado.

—Sólo un drasniano puede comprenderlo —contestó Seda y miró a Lobo con admiración—. A veces me asombras, viejo amigo.

El señor Lobo le hizo un guiño.

—Aún no alcanzo a entender vuestro plan —confesó Mandorallen.

—¿Puedo? —le preguntó Seda a Lobo y se volvió hacia el caballero—: Es así, Mandorallen; Asharak cuenta con que Brill nos encontrará, pero mientras mantengamos a éste suficientemente interesado, no irá a comunicarle a Asharak dónde nos encontramos. Hemos capturado al espía de Asharak y eso lo deja en desventaja.

—¿Y ese extraño sendario no nos seguirá al abandonar la tienda? —preguntó Mandorallen—. Cuando nos vayamos del mercado, tendremos a los murgos detrás.

—La parte posterior de la tienda es de lona, Mandorallen —señaló Seda suavemente—; con un cuchillo afilado puedes hacer en ella cuantas puertas quieras.

Delvor se sobresaltó de forma imperceptible y luego suspiró.

—Voy a ver a los murgos —dijo—, creo que puedo demorarlos aún más.

—Durnik y yo saldremos contigo —le dijo Seda a su amigo calvo—. Tú vas para un lado y nosotros para el otro. Brill nos seguirá y nosotros lo conduciremos de vuelta aquí.

Delvor asintió y salieron los tres.

—¿No es todo esto mucho más complicado de lo necesario? —preguntó Barak con acritud—. Brill no conoce a Hettar, así que ¿por qué no dejamos que Hettar salga por atrás, dé la vuelta a la tienda y le clave un cuchillo entre las costillas? Luego podríamos meterlo en un saco y tirarlo en alguna zanja fuera del mercado.

—Asharak lo echaría en falta —contestó Lobo meneando la cabeza—. Quiero que le diga a los murgos que estamos en esta tienda. Con un poco de suerte, se quedarán vigilando la tienda un par de días antes de descubrir que no estamos.

Durante las horas siguientes, varios miembros del grupo salieron a la calle e hicieron breves e innecesarios recados para captar la atención del acechante Brill. Cuando empezaba a oscurecer, Garion salió con aspecto despreocupado, pero la piel le picaba al sentir los ojos de Brill sobre él. Entró a la tienda que Delvor usaba como almacén y se

quedó adentro unos minutos. Mientras hacía tiempo, nervioso, dentro de la tienda, el ruido de la taberna que había varias tiendas más allá le pareció muy fuerte en medio del silencio creciente del mercado. Por fin dejó escapar un profundo suspiro y volvió a salir, con un brazo doblado como si llevara algo.

—Lo encontré, Durnik —dijo al volver a entrar a la tienda de Delvor.

—No hay necesidad de actuar, cariño —señaló tía Pol.

—Sólo quería parecer natural —replicó con inocencia. Delvor volvió enseguida y todos esperaron al calor de la tienda mientras afuera caía la noche y las calles se vaciaban. Cuando oscureció por completo, los ayudantes de Delvor sacaron los sacos a través de una rendija en la parte trasera de la tienda. Seda, Delvor y Hettar los acompañaron hasta las caballerizas, en las afueras del mercado, mientras los demás se quedaban para evitar que Brill perdiera interés. Para terminar de confundirlo, el señor Lobo y Barak salieron a la puerta a comentar el estado de la carretera de Prolgu a Ulgoland.

—Es probable que no funcione —admitió Lobo mientras él y el hombretón de la barba roja volvían a entrar—. Asharak está convencido de que seguimos a Zedar hacia el sur pero si Brill le dice que vamos a Prolgu, tal vez divida sus fuerzas para cubrir ambos caminos. —Echo una mirada al interior de la tienda—. Muy bien —dijo—, vámonos.

Salieron uno por uno a través de la abertura en la parte de atrás de la tienda y se arrastraron hasta la calle siguiente. Después caminaron hacia las caballerizas a paso normal, como gente seria dedicada a un negocio honesto. Pasaron frente a la taberna, donde varios hombres cantaban, pero las calles estaban casi vacías y el viento nocturno acariciaba la ciudad de tiendas, agitando los estandartes y las banderas.

Por fin llegaron a las afueras del mercado, donde Seda, Delvor y Hettar esperaban con los caballos.

—Buena suerte —dijo Delvor cuando se disponían a montar—. Yo retrasaré a los murgos tanto como pueda.

—Todavía me gustaría saber donde conseguiste esas monedas de plomo —dijo Seda y estrechó la mano de su amigo. Delvor le hizo un guiño.

—¿De que habláis? —preguntó Lobo.

—Delvor tiene varias coronas tolnedranas de plomo bañadas en oro —dijo Seda—. Escondió algunas en la tienda de los murgos y mañana les enseñará unas cuantas a los legionarios y acusará a los murgos de haberlas pasado. Cuando los legionarios revisen la tienda de los murgos, encontrarán las demás.

—Para los tolnedranos el dinero es algo muy serio —observo Barak—; si los legionarios se ponen nerviosos al descubrir estas monedas, pueden colgar a alguna gente.

—¿No sería una verdadera pena? —sonrió Delvor. Montaron y salieron de las caballerizas en dirección al camino principal. Estaba nublado, y cuando salieron a campo abierto, el viento soplaba muy fuerte. Las luces del mercado resplandecían y parpadeaban a sus espaldas como si se tratara de una gran ciudad. Garion se envolvió en su capa; andar por un camino solitario en una noche ventosa, mientras el resto de la humanidad tenía un fuego, una cama y paredes a su alrededor, lo hacía sentir solo. Entonces llegaron a la Gran Ruta del Oeste, que se extendía pálida y desierta en la oscuridad, bordeaba la llanura de Arendia y luego torcía hacia el sur.

Poco antes de la madrugada volvió a levantarse viento, y cuando el cielo comenzó a iluminarse sobre las bajas colinas del este, soplaba con fuerza. Para entonces, Garion se sentía agotado y su mente había caído en una especie de trance onírico. Mientras crecía la luz pálida de la madrugada, las caras de sus compañeros empezaban a resultarle extrañas. Por momentos casi olvidaba por qué cabalgaban y tenía la impresión de estar atrapado en la compañía de extraños con caras sombrías, andando sin rumbo a través de un paisaje desolado y monótono, con sus capas al viento al igual que las bajas nubes

grises que se movían sobre sus cabezas. De repente lo invadió una extraña idea: aquellos desconocidos lo habían capturado y lo llevaban lejos de sus verdaderos amigos. A medida que avanzaban, la idea se hizo más fuerte y Garion se asustó.

De súbito, sin saber por qué, hizo girar a su caballo, salió del camino y cabalgó a través del campo.

—¡Garion! —lo llamó una voz de mujer a sus espaldas, pero él clavó los talones a los costados del caballo y cabalgó aún más deprisa a campo traviesa.

Uno de ellos lo perseguía, un hombre temerario con ropas de cuero negro, la cabeza afeitada y una coleta oscura que se agitaba al viento detrás de él. Presa del pánico, Garion pateó a su caballo para que el animal corriera todavía más aprisa, pero el temible jinete que lo seguía lo alcanzó y le quitó las riendas de las manos.

—¿Qué haces? —le preguntó con brusquedad. Garion lo miró atónito, incapaz de responder.

Para entonces, la mujer de la capa azul ya estaba allí y los demás no muy lejos de ella. Desmontó muy rápido y lo miró con expresión severa. Era alta para ser mujer y tenía una expresión fría y autoritaria; su cabello era muy oscuro y le caía un mechón blanco sobre la frente. Garion tembló; aquella mujer le daba muchísimo miedo.

—¡Baja del caballo! —le ordenó ella.

—Tranquila, Pol —dijo un hombre de cabello plateado con una cara siniestra.

Un gigante con barba roja se acercó con su caballo, amenazador, y Garion, a punto de llorar por el miedo, se bajó de su silla.

—Ven aquí —ordenó la mujer, y Garion se acercó, vacilante—. Dame la mano —dijo.

El levantó la mano a regañadientes, ella le cogió la muñeca con firmeza y le abrió los dedos, revelando aquella señal en la palma de la mano que él siempre había odiado. Luego llevó la mano de Garion al mechón blanco de su pelo.

—Tía Pol —jadeó como si la pesadilla se desvaneciera de repente.

Ella lo rodeo con sus brazos y lo abrazó durante un rato. Era extraño, pero Garion no se sentía avergonzado por esta muestra de afecto delante de los demás.

—Esto es serio, padre —le dijo ella al señor Lobo.

—¿Qué ocurrió, Garion? —preguntó el señor Lobo con voz calma.

—No lo sé —replicó Garion—. Era como si no reconociera a ninguno de vosotros. Erais mis enemigos y todo lo que yo deseaba era escaparme para volver con mis verdaderos amigos.

—¿Aún llevas el amuleto que te regale? —Sí.

—¿Te lo has quitado en alguna ocasión desde que te lo di? —Sólo una vez —admitió Garion—, cuando tomé un baño en el hostel Tolnedrano.

—No puedes quitártelo nunca —dijo Lobo con un suspiro—, por ninguna razón. Sácalo de abajo de tu túnica.

Garion sacó el colgante de plata con aquella curiosa imagen.

El viejo sacó a su vez un medallón del interior de su propia túnica; era muy brillante y tenía grabada la figura de un lobo tan real que parecía dispuesto a salir corriendo en cualquier momento.

Tía Pol, con un brazo aún alrededor de los hombros de Garion, sacó un amuleto similar de debajo de su blusa. Sobre el círculo de su medallón se encontraba la imagen de un búho.

—Cógelo con la mano derecha —le indicó a Garion, haciéndole cerrar los dedos con firmeza sobre el amuleto.

Luego apretó el amuleto en su mano derecha y puso la mano izquierda sobre el puño de Garion. Lobo, que también sujetaba su medallón, puso a su vez su mano encima de las de ellos.

La mano de Garion comenzó a cosquillear, como si de repente el amuleto hubiese cobrado vida.

El señor Lobo y tía Pol se miraron largamente y el cosquilleo en la mano de Garion se hizo muy fuerte. Tuvo la impresión de que su mente se abría y por delante de sus ojos pasaban imágenes extrañas; vio una habitación circular en algún lugar muy alto. El fuego ardía, a pesar de no tener leña, y había un hombre sentado a la mesa que se parecía al señor Lobo, aunque era evidente que no era él. Aquel hombre miraba a Garion con fijeza y sus ojos eran bondadosos, incluso afectuosos. De repente Garion se sintió invadido por un profundo cariño hacia aquel viejo.

—Con esto debería ser suficiente —estimó Lobo y soltó la mano de Garion.

—¿Quién era ese viejo? —preguntó Garion. —Mi maestro —contestó Lobo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Durnik con cara de preocupación.

—Tal vez sea mejor no hablar de ello —dijo tía Pol—. ¿Crees que podrías encender un fuego? Es hora de desayunar.

—Por allí hay algunos árboles que nos resguardarán del viento —sugirió Durnik.

Todos volvieron a montar y cabalgaron en dirección a aquellos árboles.

Después de desayunar, se sentaron un rato junto al pequeño fuego. Estaban cansados y ninguno tenía demasiadas ganas de volver a enfrentarse con la mañana ventosa. Garion se sentía agotado y le hubiese gustado ser más joven para sentarse junto a tía Pol, apoyar la cabeza sobre su regazo y dormir, como hacía cuando era pequeño. El extraño incidente que había vivido lo hacía sentir solo y muy asustado.

—Durnik —dijo, más para olvidarse de sus sentimientos que por verdadera curiosidad—, ¿qué pájaro es aquel?

—Creo que un cuervo —respondió Durnik después de mirar al pájaro que volaba en círculos sobre sus cabezas.

—A mi también me lo había parecido —dijo Garion—, pero los cuervos no suelen volar en círculos, ¿verdad?

—Tal vez haya visto algo en el suelo —dijo Durnik con el entrecejo fruncido.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —dijo Lobo, al tiempo que miraba de reojo al enorme pájaro.

—Creo que lo vi por primera vez cuando cruzábamos el campo —le dijo Garion.

—¿Tú qué opinas? —preguntó el señor Lobo a tía Pol. Ella levantó la vista del calcetín de Garion que estaba zurciendo.

—Veré —dijo, y su cara cobró una expresión extraña e inquisitiva.

Garion volvió a sentir un curioso cosquilleo y tuvo el impulso de concentrar su propia mente en el pájaro.

—Garion —dijo tía Pol, sin siquiera mirarlo—, para ya.

—Lo siento —se disculpó rápido y dejó que su mente volviera al estado normal.

El señor Lobo lo miró con una expresión extraña y luego le hizo un guiño.

—Es Chamdar —anunció tía Pol con calma.

Pinchó la aguja con cuidado en el calcetín y lo dejó a un lado. Luego se puso de pie y se sacudió la capa azul.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lobo.

—Creo que voy a tener una pequeña charla con él —respondió ella y curvó sus dedos como si fueran garras.

—Nunca lo alcanzarás —le dijo Lobo—. Tus plumas son demasiado débiles para este tipo de vientos, pero hay una forma más sencilla. —El viejo recorrió el cielo ventoso con una mirada escrutadora—. Allí —señaló una manchita apenas visible sobre las colinas del oeste—. Será mejor que lo hagas tú, Pol, yo no me llevo bien con los pájaros.

—Por supuesto, padre —convino ella. Miró con intensidad la manchita y Garion sintió un cosquilleo mientras ella dejaba escapar su mente otra vez. La manchita comenzó a moverse en círculos y se elevó cada vez más alto hasta desaparecer.

El cuervo no vio al águila que bajaba en picado hasta el último instante, justo antes de que el animal lo apresara con sus garras. Hubo un súbito revuelo de plumas negras y el cuervo, entre chillidos de terror, huyó despavorido con el águila detrás.

—Muy bien hecho, Pol —aprobó Lobo.

—Le dará algo con que entretenerse —sonrió ella—. No te quedes mirando, Durnik.

Durnik se había quedado boquiabierto.

—¿Cómo has hecho eso?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó ella.

Durnik sintió un escalofrío y desvió la vista de inmediato.

—Creo que con esto queda claro —dijo Lobo—. Lo más probable es que los disfraces resulten inútiles a partir de ahora. No estoy muy seguro de qué es lo que pretende Chamdar, pero estará vigilándonos todo el camino. Tal vez deberíamos armarnos y dirigirnos directos a Vo Mimbres.

—¿Ya no vamos a seguir el sendero? —preguntó Barak. —El sendero va hacia el sur —contestó Lobo—, y podremos seguir en él una vez que crucemos Tolnedra, pero primero quiero parar e intercambiar unas palabras con el rey Korodullin. Hay ciertas cosas que debe saber.

—¿Korodullin? —Durnik parecía intrigado—. ¿No era ése el nombre del primer rey arendiano? Creo que alguien me lo dijo una vez.

—Todos los reyes de Arendia se llaman Korodullin —le explicó Seda—, y todas las reinas se llaman Mayaserana. Es parte de la ficción que mantiene la familia real para evitar que el reino se desmiembre. Tienen que casarse entre miembros del mismo linaje para mantener la ilusión de la unidad de las casas de Mimbres y Astur. Esto hace que todos sean un poco enfermos, pero no hay otra solución, si consideramos extraña la naturaleza de la política arendiana.

—Ya está bien, Seda —dijo tía Pol en tono de reprobación.

—¿Es posible que este Chamdar que sigue nuestros pasos —preguntó Mandorallen pensativo— sea alguien muy importante en la siniestra sociedad de los grolims?

—Le gustaría llegar a serlo —respondió Lobo—. Zedar y Ctuchik son discípulos de Torak, y Chamdar también pretende serlo. Siempre ha sido ayudante de Ctuchik, pero tal vez piense que ésta es su oportunidad para ascender en la jerarquía de los grolims. Ctuchik es muy viejo y se pasa casi todo el tiempo en el templo de Torak en Rak Cthol. Es probable que Chamdar crea que ya es hora de que otra persona ocupe el puesto de Sumo Sacerdote.

—¿El cuerpo de Torak está en Rak Cthol? —preguntó Seda con presteza.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —contestó Lobo—, pero yo lo dudo. Zedar se lo llevó del campo de batalla de Vo Mimbres y no creo que lo hiciera para dárselo a Ctuchik. Podría estar en Malloreia o en algún otro punto al sur de Cthol Murgos. Es difícil saberlo.

—Pero, por el momento, debemos preocuparnos de Chamdar —concluyó Seda.

—No, si no nos detenemos —le dijo Lobo.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Barak y se puso de pie.

A media mañana las nubes tormentosas habían empezado a disiparse y se veían claros azules a un lado y a otro del cielo. Enormes rayos de sol cubrían majestuosos los campos ondulados, que aguardaban, húmedos y expectantes, las primeras señales de la primavera. Guiados por Mandorallen cabalgaron con rapidez y recorrieron más de seis leguas. Al final disminuyeron el galope para que sus agitados caballos pudieran descansar.

—¿Cuánto falta para Vo Mimbres, abuelo? —preguntó Garion al tiempo que acercaba su caballo al de Lobo.

—Más de trescientos kilómetros —contestó Lobo—, quizá cerca de cuatrocientos.

—Eso es mucho. —Garion dio un respingo y cambió de posición en la montura.

—Sí.

—Lamento haber salido disparado hace un rato —se disculpó Garion.
—No fue culpa tuya. Chamdar fue quien hizo el truco.
—¿Por qué me eligió a mi? ¿No podría haberle hecho lo mismo a Durnik o a Barak?
—Tú eres más joven y más sensible —dijo el señor Lobo.
—Ésa no es la verdadera razón, ¿no es cierto? —le reprochó Garion.
—No —admitió Lobo—, en realidad no lo es, pero es una respuesta.
—Ésta es otra de las tantas cosas que no vais a decirme, ¿verdad?
—Supongo que sí —contestó Lobo con suavidad.

Garion rezongó y estuvo de malhumor por un rato, pero el señor Lobo siguió cabalgando sin preocuparse por el silencio rencoroso del muchacho.

Esa noche pararon en un hostel tolnedrano que, como todos ellos, era sencillo, aceptable y caro. A la mañana siguiente el cielo estaba limpio con la excepción de unas nubecillas blancas y ondulantes que se movían impulsadas por los fuertes vientos. Todos se sintieron mejor al ver el sol e incluso Seda y Barak bromeaban mientras cabalgaban, cosa que Garion no había visto nunca durante todas las semanas que habían viajado bajo los cielos encapotados del norte de Arendia.

Sin embargo, aquella mañana Mandorallen casi no hablaba y su expresión se volvía más sombría a medida que avanzaban. No llevaba puesta su armadura, sino un traje de malla y un sobreveste azul oscuro. Llevaba la cabeza desnuda y el viento agitaba su cabello rizado.

Un castillo desolado se erguía sobre ellos desde una colina cercana, con sus altos y tétricos muros de aspecto majestuoso. Parecía que Mandorallen evitaba mirarlo y su expresión se volvía aún más melancólica.

A Garion le resultaba difícil entender a Mandorallen. Era lo bastante honesto consigo mismo como para reconocer que sus ideas estaban influidas por los prejuicios de Lelldorin. No es que intentara apreciarlo, pero aparte de su habitual seriedad, característica en los arendianos, del estudiado y anticuado arcaísmo de su lenguaje y de su gran arrogancia, no había otras razones para que Mandorallen le desagradara.

A dos kilómetros del castillo había unas ruinas en lo alto de una cuesta. No quedaba más que una pared con una arcada alta en el centro y columnas desmoronadas a ambos lados. Cerca de las ruinas había una mujer montada a caballo, con una capa de color rojo oscuro que se agitaba al viento.

Sin una palabra, casi sin pensar en ello, Mandorallen desvió del camino a su caballo de guerra y subió la cuesta en dirección a la mujer, que lo miraba subir sin sorpresa aparente, pero tampoco con especial agrado.

—¿Adónde va? —preguntó Barak.
—Ella es una conocida de él —dijo el señor Lobo con sequedad.
—¿Se supone que debemos esperarlo?
—Podrá alcanzarnos luego —contestó Lobo.

Mandorallen detuvo su caballo junto a la mujer y desmontó. Le hizo una reverencia y extendió las manos para ayudarla a bajar. Caminaron hacia las ruinas, muy juntos el uno del otro aunque sin tocarse, y cuando llegaron a la arcada se detuvieron a conversar. Detrás de las ruinas, las nubes se movían en el cielo ventoso y sus enormes sombras cubrían indiferentes los tristes campos de Arendia.

—Debimos haber tomado otra ruta —dijo Lobo—, no se me había ocurrido.
—¿Hay algún problema? —preguntó Durnik.
—Nada inusual en Arendia —observó Lobo—. Supongo que es culpa mía, a veces olvido las cosas que le ocurren a la gente joven.

—No seas misterioso, padre —le dijo tía Pol—, resulta exasperante. ¿Hay algo que debamos saber?

—No es ningún secreto —dijo Lobo—, todo Arendia lo sabe. Una generación entera de vírgenes arendianas lloran por ello cada noche hasta que se quedan dormidas.

—¡Padre! —exclamó tía Pol con exasperación.

—Está bien —dijo Lobo—. Cuando Mandorallen tenía la edad de Garion, era toda una promesa, era fuerte, valiente y no demasiado inteligente, o sea que reunía todas las condiciones para ser un buen caballero. Su padre me pidió consejo y yo hice gestiones para que el joven viviera un tiempo con el barón de Vo Ebor, en aquel Castillo de allí atrás. El barón tenía una gran reputación y le dio el tipo de instrucción que necesitaba. El barón y Mandorallen eran casi como padre e hijo, ya que el primero era bastante mayor. Todo iba muy bien hasta que el barón se casó; su esposa era mucho más joven, de una edad cercana a la de Mandorallen.

—Creo que sé lo que sigue —señaló Durnik con tono de reprobación.

—No exactamente —negó Lobo—. Después de su luna de miel, el barón volvió a sus acostumbradas misiones de caballero y dejó a su joven y aburrida esposa vagando por la casa. Es una situación que da pie a todo tipo de posibilidades interesantes y así fue como Mandorallen y la dama intercambiaron primero miradas, luego palabras..., lo típico en estos casos.

—Esto también ocurre en Sendaria —apuntó Durnik—, pero estoy seguro de que el nombre que le damos es distinto al de aquí. —Su tono era crítico e incluso parecía agraviado.

—Estás sacando conclusiones apresuradas —dijo Lobo—. Las cosas no fueron nunca más allá, tal vez hubiese sido mejor que lo hicieran. El adulterio no es algo tan serio y con el tiempo se hubieran cansado del asunto, pero como ambos amaban y respetaban demasiado al barón como para deshonrarlo, Mandorallen se fue del castillo antes de que las cosas se salieran de cauce. Ahora ambos sufren en silencio. Es todo muy conmovedor, pero a mí me parece una pérdida de tiempo. Por supuesto, yo ya soy mayor.

—Tú eres mayor que todo el mundo, padre —dijo tía Pol.

—No era necesario que lo recordaras, Pol.

—Me alegra comprobar que nuestro maravilloso amigo ha tenido el mal gusto de enamorarse de la mujer de otro hombre. Su nobleza empezaba a resultar empalagosa —rió Seda con sorna y con la expresión amarga y burlona que Garion ya le había observado en Val Aron, al hablar con la reina Porenn.

—¿El barón lo sabe? —preguntó Durnik.

—Por supuesto —replicó Lobo—. Eso es lo que hace que los arendianos se reblandezcan con el asunto. Una vez hubo un caballero, más estúpido que la mayoría de los arendianos, que hizo un chiste malo al respecto. El barón lo desafió enseguida y lo atravesó con una lanza durante el duelo. Desde entonces casi nadie ha encontrado graciosa la situación.

—Aun así es deshonrosa —dijo Durnik.

—Su conducta es intachable, Durnik —aseguró tía Pol con convicción—. Mientras no pasen de ahí, no tienen de qué avergonzarse.

—La gente decente no permite que esto ocurra en primer lugar —apuntó Durnik.

—Nunca la convencerás, Durnik —le dijo el señor Lobo al herrero—. Polgara pasó demasiados años con los wacite arendianos, que eran iguales o peores que los mimbranos. Uno no puede vivir rodeado de ese tipo de sentimentalismos durante tanto tiempo sin que se te pegue algo. Por suerte, no le ha eclipsado del todo el sentido común y sólo es infantil y sensiblera en ocasiones. Si uno la evita durante esos arranques, es casi como una persona normal.

—Yo aproveché el tiempo mejor que tú, padre —dijo tía Pol con acritud—; creo recordar que en aquella época tú te la pasabas de juerga en los muelles de Camaar. Luego está la edificante temporada en que te dedicaste a divertir a las mujeres depravadas de Maragor. Estoy convencida de que aquellas experiencias ampliaron en gran medida tu concepto de la moral.

El señor Lobo tosió, incómodo, y desvió la mirada. Detrás de ellos, Mandorallen había vuelto a montar su caballo y galopaba cuesta abajo. La dama estaba bajo la arcada, con su capa roja agitada por el viento, mirándolo partir.

Cabalaron durante cinco días antes de llegar al río Arend, el límite entre Arendia y Tolnedra. A medida que se acercaban al sur, el tiempo mejoraba, y, por la mañana, cuando llegaron a la colina que daba al río, estaba casi templado. El sol era muy brillante y unas pocas nubes de algodón se movían sobre sus cabezas en la fresca brisa.

—El camino principal a Vo Mimbres se desvía hacia la izquierda justo aquí —apuntó Mandorallen.

—Si —dijo Lobo—. Entremos en ese bosquecillo cerca del río y pongámonos más presentables. En Vo Mimbres las apariencias son muy importantes y no nos conviene que nos tomen por vagabundos.

En el cruce había tres humildes figuras encapuchadas con túnicas marrones con las cabezas gachas y las manos extendidas en actitud de súplica. El señor Lobo tiró de las riendas y se acercó a ellos, les habló brevemente y les dio una moneda a cada uno.

—¿Quiénes son? —preguntó Garion.

—Monjes de Mar Terrin —contestó Seda.

—¿Y eso dónde está?

—Es un monasterio en el sur de Tolnedra, donde se alzaba Maragor —le explicó Seda—. Los monjes intentan calmar los espíritus de los maragos.

El señor Lobo se acercó y todos cabalaron dejando a las tres humildes figuras a la vera del camino.

—Dicen que no ha pasado ningún murgo en las últimas dos semanas.

—Pero ¿estás seguro de que puedes creerles? —preguntó Hettar.

—Bastante, los monjes no acostumbran mentir.

—Por lo tanto, de dirán a cualquiera que pase que hemos estado aquí? —preguntó Barak.

—Contestarán cualquier pregunta que les hagan —asintió Lobo.

—Ése es un hábito deplorable —gruñó sombrío Barak.

El señor Lobo se encogió de hombros y guió el camino entre los árboles que bordeaban el río.

—Aquí estaremos bien —resolvió; desmontó en un claro cubierto de hierba y esperó a que desmontaran los demás—. Bueno —les dijo—, iremos a Vo Mimbres y quiero que todos tengáis cuidado con lo que decís allí. Los mimbranos son muy quisquillosos y cualquier palabra puede considerarse un insulto.

—Creo que deberías usar la túnica blanca que te dio Fulrach, padre —interrumpió tía Pol mientras abría uno de los sacos.

—Por favor, Pol —dijo Lobo—, estoy intentando explicar algo.

—Ya te oyeron, padre. Tiendes a explayarte demasiado. —Levantó la túnica blanca y la miró con ojo crítico—. Deberías haberla doblado mejor, se ha arrugado toda.

—No pienso ponerme eso —dijo él, resuelto.

—Claro que lo harás, padre —dijo ella con dulzura—. Podemos discutir sobre ello una hora o dos, pero al final acabarás poniéndotela. ¿Por qué no ahorras el tiempo y la ofuscación?

—Es ridícula —se quejó él.

—Hay muchas cosas ridículas, padre. Conozco a los arendianos mejor que tú y te respetarán más si interpretas bien tu papel. Mandorallen, Hettar y Barak usarán su armadura; Durnik, Seda y Garion podrán llevar los jubones que Fulrach les dio en Sendar; yo usaré la túnica azul, y tú, la blanca. Insisto en que lo hagas, padre.

—¿Que tú *qué*? Escucha un momento, Polgara...

—Para ya, padre —dijo con aire ausente mientras examinaba el jubón azul de Garion. Entonces la cara de Lobo se ensombreció y sus ojos se salieron amenazadores de sus órbitas—. ¿Algo más, padre? —preguntó, mirándolo de igual a igual, y el señor Lobo lo dejó estar.

—Es tan sabio como dicen —apuntó Seda.

Una hora más tarde estaban en camino a Vo Mimbres bajo el cielo luminoso. Una vez más, Mandorallen iba al frente, con la armadura y un estandarte azul y rojo en la punta de su lanza, seguido por Barak, vestido con la brillante cota de malla y la capa negra de piel de oso. Ante la insistencia de la tía Pol, el enorme cherek había desenredado su barba roja e incluso se había vuelto a hacer las trenzas. El señor Lobo cabalgaba malhumorado con la bata blanca y murmuraba para sí; tía Pol iba modestamente a su lado, con una capa corta forrada de piel y un tocado de raso azul sobre la pesada mata de cabello oscuro. Garion y Durnik estaban muy incómodos con sus atavíos, pero Seda lucía su jubón y su capa de terciopelo negro con extravagante elegancia. La única concesión de Hettar a la formalidad había consistido en reemplazar por un anillo de plata la tirilla de cuero con que solía sujetar su coleta.

Los siervos, e incluso los pocos caballeros que encontraron en el camino, se hicieron a un lado y los saludaron con respeto. El día estaba templado, el camino era bueno y sus caballos, fuertes. A media tarde llegaron a la cumbre de la alta colina sobre la planicie que conducía a las puertas de Vo Mimbres.

La ciudad de Vo Mimbres se alzaba casi como una montaña a la vera del río espumoso. Sus altos y gruesos muros terminaban en enormes almenas y en el interior se levantaban grandes torres y delgados capiteles coronados con banderas que brillaban bajo la luz dorada del sol de la tarde.

—¡Mirad, Vo Mimbres! —exclamó Mandorallen con orgullo—, la reina de las ciudades. Sobre aquella roca la marea de los angaraks se estrelló, retrocedió y volvió a estrellarse. Sobre estos campos encontraron su ruina. El alma y el honor de Arendia residen dentro de este fuerte, y el poder del Siniestro no podrá alzarse contra él.

—Ya hemos estado aquí antes, Mandorallen —dijo Lobo con acritud.

—No seas descortés, padre —le dijo tía Pol al viejo. Luego se volvió hacia Mandorallen y, ante el asombro de Garion, le habló en un lenguaje que nunca antes le había oído pronunciar—: ¿Accederéis, señor caballero, a presentarnos en el palacio de vuestro rey? Necesitamos hablar con él por un asunto de suma urgencia. —Decía todo esto sin el menor atisbo de timidez, como si aquella formalidad arcaica fuera algo natural en ella—. Y como vos sois el caballero más poderoso del mundo, nos ponemos bajo la protección de vuestras armas.

Después de un instante de desconcierto, Mandorallen bajó con estrépito de su caballo y se arrodilló ante ella.

—Mi señora Polgara —respondió con voz cargada de respeto, incluso con reverencia—. Acepto vuestro encargo y os llevaré sin riesgos hasta el rey Korodullin. Si algún hombre osara cuestionar vuestro derecho para ver al rey, sufrirá en carne propia su necedad.

Tía Pol le sonrió alentadora, y él volvió a subir al caballo con gran alboroto y los guió a todo galope, con el porte de alguien impaciente por entrar en batalla.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Lobo. —Mandorallen necesitaba que alguien le hiciera olvidar sus problemas —respondió ella—. Ha estado como ausente durante los últimos días.

Cuando se acercaron a la ciudad, Garion distinguió en los muros las señales de las rocas que los angaraks habían arrojado con sus catapultas. Más arriba, las almenas estaban desconchadas y picadas por el impacto de lluvias de flechas con puntas de acero. La arcada de piedra que conducía a la ciudad revelaba el increíble grosor de las paredes y el portón de hierro era enorme. Pasaron con mucho ruido a través de la arcada

y por las calles estrechas y retorcidas. Los que circulaban a su lado eran en su mayoría plebeyos que se hacían a un costado con presteza. Las caras de los hombres, vestidos con túnicas de colores opacos, y de las mujeres, con ropas llenas de remiendos, eran sombrías e indiferentes.

—No parecían interesados en nosotros —le comentó Garion a Durnik en voz baja.

—No creo que por aquí la nobleza y la gente vulgar se presten demasiada atención entre sí —repuso Durnik—. Viven codo con codo, pero no saben nada los unos de los otros. Tal vez ése sea el problema de Arendia.

Garion asintió con seriedad.

Si bien la gente vulgar parecía indiferente, los nobles del palacio ardían de curiosidad. Por lo visto, la noticia de su visita había llegado antes que ellos a través de las estrechas calles de la ciudad, pues las ventanas y los parapetos del palacio estaban atiborrados de gente con coloridos atuendos.

—Detened vuestro paso, caballero —le dijo a Mandorallen un hombre de barba y cabello oscuro con un sobreveste de terciopelo negro sobre su brillante malla, cuando entraban en la amplia plaza frente al palacio—. Levantad vuestra visera, para que pueda veros.

Mandorallen se detuvo asombrado ante la puerta cerrada y levantó su visera.

—¿Qué clase de descortesía es ésta? —preguntó—. Como todo el mundo sabe, soy Mandorallen, barón de Vo Mandor. Sin duda veréis el penacho que llevo sobre mi escudo.

—Cualquiera puede llevar el penacho de otro hombre —declaró altivo el hombre.

La cara de Mandorallen enrojeció.

—¿Acaso ignoráis que ningún hombre en el mundo osaría hacerse pasar por mi? —preguntó con tono amenazador.

—Andorig —le dijo otro caballero al hombre de cabello oscuro del parapeto—, ése es sin duda el caballero Mandorallen. Lo conocí en el gran torneo del año pasado y aquel encuentro me costó un hombro roto y un zumbido en los oídos que todavía no ha desaparecido.

—Ah —respondió Andorig—, si dais fe de ello, Helbergin, tendré que admitir que éste es el bastardo de Vo Mandor.

—Un día de éstos tendrás que hacer algo con ése —le dijo Barak a Mandorallen en voz baja.

—Eso parece —contestó Mandorallen.

—¿Pero quiénes son los que os acompañan y desean pasar, caballero? —preguntó Andorig—. No haré abrir la puerta para unos extranjeros desconocidos.

Mandorallen se enderezó en la montura.

—¡Mirad! —anunció en una voz tan alta que quizá se oyera en toda la ciudad—. Os traigo el más grande de los honores. Abrid las puertas del palacio y preparad a todos y cada uno de vuestros hombres para rendir homenaje. Tenéis frente a vos el sagrado rostro de Belgarath el Hechicero, el Hombre Eterno, con la divina compañía de su hija, señora Polgara, que han venido a Vo Mimbres a consultar al rey de Arendia en varios asuntos.

—¿No está exagerando un poco? —le susurró Garion a tía Pol.

—Es el protocolo, cariño —respondió ella con calma—. Cuando tratas con los arendianos, tienes que ser un poco extravagante para captar su atención.

—¿Y quién os ha dicho que ése es el señor Belgarath? —preguntó Andorig con un ligero deje de ironía—. No pienso arrodillarme frente a un vagabundo cuya identidad no ha sido probada.

—¿Dudáis de mi palabra, caballero? —repuso Mandorallen con voz téticamente calma—. ¿Bajaréis vos a comprobarlo? ¿O es que preferís esconderos como un perro detrás de vuestro parapeto y ladrar a tus superiores?

—¡Eso estuvo muy bien! —dijo Barak con admiración. Mandorallen le dedicó una débil sonrisa.

—Creo que esto no conduce a ninguna parte —murmuró el señor Lobo—, parece que voy a tener que darle alguna prueba a ése escéptico si queremos ver a Korodullin. —Se bajó de la silla y, con aire pensativo, sacó una ramita de la cola de su caballo, que sin duda se le habría enganchado durante el viaje. Luego caminó a grandes zancadas hasta el centro de la plaza y se detuvo allí, con su brillante túnica blanca—. Caballero —se dirigió a Andorig con suavidad—, veo que eres un hombre precavido. Ésa es una buena cualidad siempre que no se lleve demasiado lejos.

—Ya no soy un niño, viejo —repuso el caballero moreno en un tono casi insultante—, y sólo creo lo que mis propios ojos me confirman.

—Debe de ser triste tener tan poca fe —apuntó Lobo, luego se arrodilló y colocó la ramita entre dos de las anchas baldosas de granito que había a sus pies. Retrocedió un paso y extendió su mano por encima de la ramita, con una expresión curiosamente tierna en la cara—. Voy a hacerte un favor, caballero Andorig —anunció—, te haré recuperar la fe. Mira con atención.

Luego susurró una sola palabra que Garion casi no oyó, pero que le produjo aquella ansiedad, ya familiar, y el leve zumbido en los oídos. Al principio no pasó nada, pero luego las dos baldosas comenzaron a levantarse con un crujido, mientras la ramita se hacía cada vez más gruesa y crecía en dirección a la mano extendida del señor Lobo. Cuando la ramita, al tiempo que crecía, comenzó a brotar, se escucharon exclamaciones de admiración desde los muros del palacio. Lobo alzó la mano y la ramita creció, obediente ante su gesto, mientras sus vástagos se abrían cada vez más. Una de las baldosas se rompió con gran estrépito.

Había un silencio absoluto y todos los ojos estaban fijos en el árbol, llenos de asombro y fascinación. El señor Lobo extendió las dos manos y las volvió palmas arriba. Volvió a hablar y las puntas de las ramas se hincharon y comenzaron a brotar. Luego el árbol se llenó de flores con pétalos de un delicado tono rosa y blanco.

—Manzano, ¿no crees, Pol? —preguntó Lobo por encima de su hombro.

—Eso parece, padre —contestó ella.

Dio con dulzura unas palmaditas al árbol y se volvió al caballero moreno, que había caído de rodillas, pálido y tembloroso.

—Pues bien, caballero Andorig —preguntó—, ¿me crees ahora?

—Por favor, perdonadme, sagrado Belgarath —rogó Andorig con voz contenida.

El señor Lobo se enderezó y habló con severidad, pronunciando las palabras al son de la rítmica cadencia del lenguaje mimbrano, con la misma facilidad con que antes lo había hecho tía Pol:

—Os encomiendo a vos, señor caballero, a que cuidéis de este árbol. Ha crecido aquí para restaurar vuestra fe y confianza y debéis pagar vuestra deuda con la más tierna y amorosa atención a sus necesidades. Con el tiempo dará frutos y vos los recogeréis y los daréis gratuitamente a cualquiera que os los pida. Por el bien de vuestra alma, no rechazaréis a nadie, no importa cuán humilde sea. El árbol ofrece su fruto con generosidad y así lo haréis también vos.

—Ése es un buen toque final —aprobó tía Pol.

Lobo le hizo un guiño.

—Haré todo lo que me encomiendes, Sagrado Belgarath —dijo Andorig con voz ahogada—; os lo juro por mi alma.

—Al menos hará *una* cosa útil en su vida —murmuró el señor Lobo mientras volvía a montar.

Después de esto no hubo más discusiones. Las puertas del palacio se abrieron con un chirrido y todos penetraron en el patio interior y desmontaron. Mandorallen los guió y pasaron junto a nobles arrodillados, algunos incluso llorosos, que estiraban los brazos

para tocar la túnica del señor Lobo. Siguieron a Mandorallen a través de los amplios corredores, cubiertos de tapices, con una creciente multitud a sus espaldas. Se abrió la puerta de la sala del trono y entraron.

La sala era una habitación enorme y abovedada con contrafuertes esculpidos que se alzaban sobre las paredes. Entre los contrafuertes había ventanas altas y estrechas y la luz se engalanaba al colarse a través de los vitrales de colores. El suelo era de mármol pulido y al fondo, sobre una plataforma de piedra alfombrada, se encontraba el doble trono de Arendia, con una pesada cortina púrpura a su espalda. A un lado de la cortina estaban colgadas las armas antiguas de veinte generaciones de la realeza arendiana. Lanzas, mazas y enormes espadas, más altas que cualquier hombre, lucían entre las banderas harapientas de reyes olvidados.

Korodullin de Arendia era un hombre joven, de aspecto enfermizo, con una túnica púrpura bordada en oro, que llevaba su gran corona de oro como si fuera demasiado pesada para él. A su lado, en el doble trono, se sentaba su reina, pálida y hermosa. Ambos miraban con un cierto temor a la multitud que rodeaba al señor Lobo y se acercaba a los amplios peldaños que conducían al trono.

—Mi rey —anunció Mandorallen hincando una rodilla—, traigo ante vuestra presencia al Sagrado Belgarath, discípulo de Aldur y el soporte sobre el cual los reyes del Oeste se han apoyado desde el comienzo de los tiempos.

—Ya sabe quién soy, Mandorallen —dijo el señor Lobo, se adelantó e hizo una pequeña reverencia—. ¡Salud, Korodullin y Mayaserana! —saludó al rey y a la reina—. Lamento no haber tenido oportunidad de conocerlos antes.

—El honor es nuestro, noble Belgarath —respondió el joven rey, cuya voz, de una sonoridad firme y enérgica, traicionaba su frágil apariencia.

—Mi padre me hablaba a menudo de vos.

—Eramos buenos amigos —dijo Lobo—. Permitidme que os presente a mi hija Polgara.

—Gran dama —respondió el rey con una respetuosa inclinación de cabeza—, todo el mundo conoce vuestro poder, pero los hombres olvidan mencionar vuestra belleza.

—Tú y yo nos llevaremos bien —respondió tía Pol con una afectuosa sonrisa.

—Mi corazón se estremece al contemplar la flor de la feminidad —declaró la reina.

Tía Pol miró a la reina con aire pensativo.

—Debemos hablar, Mayaserana —dijo con seriedad—, en privado y muy pronto.

La reina se quedó atónita.

El señor Lobo presentó a todos los demás y cada uno hizo una reverencia ante el joven rey.

—Seáis todos bienvenidos, caballeros —dijo Korodullin—; mi humilde reino se honra de tan noble compañía.

—No tenemos mucho tiempo, Korodullin —señaló el señor Lobo—. La cortesía del trono arendiano es la mayor maravilla del mundo y no quiero ofenderos a ti y a tu hermosa reina con una interrupción de esas solemnes observaciones que tanto honran a vuestra corte, pero tengo ciertas noticias que debo comunicaros en privado. El asunto es de extrema urgencia.

—Entonces ya mismo estoy a vuestra disposición —respondió el rey mientras se levantaba del trono—. Perdonadnos, queridos camaradas —les dijo a los nobles que estaban allí reunidos—, pero este antiguo amigo de nuestro linaje real tiene información que debe comunicarme con extrema urgencia. Os ruego que nos dejéis reunirnos a solas por un breve espacio de tiempo para recibir sus instrucciones. Volveremos muy pronto.

—Polgara... —dijo el señor Lobo.

—Ve, padre —respondió ella—; yo tengo que hablar con Mayaserana ahora mismo sobre una cuestión muy importante para ella.

—¿No puede esperar? —No, padre.

Tras estas palabras cogió a la reina de un brazo y ambas se marcharon. El señor Lobo se quedó mirándola por un momento, pero luego se encogió de hombros y él y Korodullin también abandonaron la sala. Después de su salida se hizo un silencio casi reprobatorio.

—Muy impropio —desaprobó un viejo cortesano de cabello blanco y ralo.

—Una prisa necesaria, señor —informó Mandorallen—. Tal como el venerado Belgarath ha señalado, nuestra misión es crucial para la supervivencia de los reinos del Oeste. Nuestro antiguo enemigo podría reaparecer pronto y me temo que no pasará mucho tiempo antes de que los caballeros mimbranos deban volver a luchar en una guerra titánica.

—Bendita sea, pues, la voz que trae estas noticias —declaró el viejo de cabello blanco—. Temía haber visto mi última batalla y morir en mi cama en la senectud. Agradezco al gran Chaldan porque aún conservo mis fuerzas y porque mi valentía no ha sucumbido por el simple paso de ochenta años.

Garion se retiró a un rincón de la habitación para intentar resolver su problema: los acontecimientos lo habían arrastrado hasta la corte del rey Korodullin antes de que tuviera tiempo de prepararse para su desagradable deber. Le había prometido a Lelldorin que le comunicaría ciertas cosas al rey, pero no tenía ni la menor idea de cómo empezar. La exagerada formalidad de la corte arendiana lo intimidaba; esto no se parecía en nada a la ruda y bonachona corte del rey Anheg de Val Alorn ni a la casi hogareña residencia del rey Fulrach en Sendar. Estaba en Vo Mimbre y tenía que descartar por completo la idea de desvelar las escandalosas noticias sobre un grupo de agitadores asturios del modo en que había comunicado las del conde de Jarvik en Cherek.

De repente se sintió invadido por el recuerdo de aquel incidente; entonces la situación había sido tan similar que todo parecía parte de un juego elaborado. Los movimientos sobre el tablero eran casi idénticos, y en ambos casos él había estado en la incómoda posición de hacer el último movimiento crucial para evitar que muriera un rey y que un reino se derrumbara. Se sintió curiosamente impotente, como si su vida entera estuviera en manos de dos jugadores invisibles que maniobraran las piezas según esquemas idénticos sobre el extenso tablero de un juego que, por lo que él sabía, había durado una eternidad. No había dudas sobre lo que era apropiado hacer, pero los jugadores parecían dispuestos a dejar en sus manos la decisión de cómo hacerlo.

Media hora después, cuando volvió a la sala del trono con el señor Lobo, el rey Korodullin parecía aturdido, pero controló sus facciones con evidente dificultad.

—Perdonadme, caballeros —se disculpó—, pero me han llegado noticias desagradables. Por el momento, dejemos a un lado nuestras preocupaciones y celebremos esta histórica visita. Llamad a los músicos y ordenad que se prepare un banquete.

Se oyó un pequeño alboroto cerca de la puerta y entró un hombre con una túnica negra seguido de cerca por media docena de caballeros mimbranos con armaduras, sus ojos entrecerrados por la desconfianza y las manos en las empuñaduras de sus espadas, dispuestos a desafiar a cualquiera que se interpusiera en el camino de su jefe. Cuando el hombre con la túnica negra se acercó, Garion reconoció sus ojos rasgados y sus mejillas llenas de cicatrices: era un murgo.

Barak sujetó el brazo de Hettar con firmeza.

Era obvio que el murgo se había vestido de prisa y que estaba sin aliento por el viaje apresurado hacia la sala del trono.

—Majestad —dijo con voz estridente y con una exagerada reverencia a Korodullin—, acaban de comunicarme que han llegado visitantes a vuestra corte y me he apresurado en venir a saludarlos en nombre de mi rey, Taur Urgas.

Las facciones de Korodullin se helaron en su rostro.

—No recuerdo haberte convocado a ti, Nachak —le dijo.

—Entonces es lo que me temía —replicó Nachak—; estos mensajeros han hablado mal de mi raza con la intención de destruir la amistad que existe entre los tronos de Arendia y Cthol Murgos. Me mortifica descubrir que vuestros oídos han dado crédito a difamaciones sin darme oportunidad de responder. ¿Es eso justo, augusta majestad?

—¿Quién es éste? —le preguntó el señor Lobo a Korodullin. —Nachak —contestó el rey—, el embajador de Cthol Murgos.

¿Puedo presentártelo, venerado anciano?

—No será necesario —repuso cortante el señor Lobo—, todos los murgos saben quién soy yo. Las madres de Cthol Murgos asustan a sus niños pronunciando mi nombre para que las obedezcan.

—Pero yo no soy un niño, anciano —se burló Nachak—, a mi no me asustas.

—Ése podría ser un grave error —apuntó Seda.

Para Garion, oír el nombre del murgo había sido como si le asestaran un golpe. Al mirar la cara con cicatrices del hombre que había engañado a Lelldorin y a sus amigos, advirtió que una vez más los jugadores habían colocado las piezas en una posición crucial, y que la victoria o la derrota volvían a depender de él.

—¿Qué mentiras le has dicho al rey? —preguntó Nachak al señor Lobo.

—Ninguna mentira —respondió Lobo—, sólo la verdad. Con eso es suficiente.

—Protesto, majestad —rogó Nachak al rey—, protesto con todas mis fuerzas. Todo el mundo conoce su odio por mi pueblo. ¿Cómo puedes permitir que envenene tu mente contra nosotros?

—Esta vez olvidó los «vos» y los «vuestros» —comentó Seda con ironía.

—Está nervioso —contestó Barak—, los murgos se vuelven torpes cuando están nerviosos. Es una de sus limitaciones.

—¡Alorns! —exclamó Nachak con desprecio.

—Así es, murgo —dijo con frialdad Barak, que sujetaba aún el brazo de Hettar.

Nachak los miró y sus ojos se agrandaron cuando vio a Hettar. Retrocedió ante la mirada llena de odio del algario y la media docena de caballeros se cerraron protectores a su alrededor.

—Majestad —dijo con voz estridente—, conozco a ese hombre. Es Hettar, de Algaria, un conocido asesino. Exijo que lo arrestes.

—¿Exiges, Nachak? —preguntó el rey con un peligroso brillo en los ojos—. ¿Os presentáis con exigencias en mi propia corte?

—Perdóname, majestad —se disculpó Nachak de inmediato—, la visión de ese animal me ha alterado tanto que he perdido el control.

—Ahora sería conveniente que te fueras, Nachak —le recomendó el señor Lobo—. No es buena idea que un murgo esté solo en presencia de tantos alorns. En situaciones así pueden ocurrir accidentes.

—Abuelo —dijo Garion apremiante. Sin saber muy bien por qué, estaba seguro de que aquél era el momento de hablar. Nachak no debía abandonar la sala del trono. Los jugadores invisibles habían hecho los movimientos finales y el juego debía acabar allí—. Abuelo —repitió—, tengo que decirte algo.

—Ahora no, Garion —dijo Lobo con la mirada todavía fija en el murgo.

—Es importante, abuelo. *Muy* importante.

El señor Lobo se volvió, dispuesto a dar una respuesta brusca, pero entonces vio algo, algo que nadie más en la sala podía ver y sus ojos se agrandaron con repentino asombro.

—Muy bien, Garion —dijo con voz curiosamente suave—, adelante.

—Algunos hombres planean asesinar al rey de Arendia y Nachak es uno de ellos —lo dijo mas fuerte de lo que pretendía y tras sus palabras la corte quedó sumida en un profundo silencio.

La cara de Nachak palideció, su mano se movió de forma involuntaria hacia la empuñadura de la espada y allí quedó inmóvil. De repente Garion era plenamente

consciente de la corpulencia de Barak a sus espaldas y de la presencia de Hettar, con un aspecto tan tétrico en sus ropas de cuero negro como la muerte. Nachak retrocedió e hizo un rápido gesto a sus caballeros vestidos de acero, que a su vez formaron un círculo a su alrededor para protegerlo, con las manos sobre sus armas.

—No me quedaré para oír infamias como éstas —declaró el murgo.

—Aún no os he dado permiso para retiraros, Nachak —le informó Korodullin con frialdad—; requiero vuestra presencia un rato más. —La cara del joven rey era severa y sus ojos se clavaron en los del murgo. Luego se volvió a Garion—: Me gustaría escuchar algo más sobre esta cuestión. Hablad con franqueza, joven, y no temáis ninguna represalia por vuestras palabras.

Garion hizo una profunda inspiración y habló con cautela:

—En realidad no conozco todos los detalles, majestad —explicó—; lo descubrí por casualidad.

—Decid lo que podáis —le dijo el rey.

—Por lo que he sabido, majestad, el próximo verano, cuando viajes a Vo Astur, un grupo de hombres intentarán asesinarte en algún punto del camino real.

—Asturios traidores, sin duda —sugirió un cortesano de pelo cano.

—Se llaman a sí mismos patriotas —respondió Garion.

—Es inevitable —se burló el cortesano.

—Estos atentados son frecuentes —afirmó el rey—, tomaremos medidas para protegernos. Os agradezco vuestra información.

—Hay algo más, majestad —agregó Garion—. Cuando ataquen usarán uniformes tolnedranos. —Seda lanzó un agudo silbido—. La idea es hacer creer a tus nobles que has sido asesinado por tolnedranos —continuó Garion—. Estos hombres están seguros de que Mimbres declarará la guerra de inmediato al Imperio y de que en cuanto esto ocurra los legionarios atacarán. Entonces, cuando aquí todo el mundo esté peleando, anunciarán que Astur ya no forma parte del trono de Arendia. Están seguros de que a esas alturas el resto de Astur los seguirá.

—Ya veo —respondió el rey con aire pensativo—. Es un plan bien concebido, aunque con una sutileza impropia de nuestros hermanos asturios. Pero aún no he oído nada que vincule al emisario de Taur Urgas con esta traición.

—Todo el plan le pertenece, majestad. El les dio los detalles y el oro para comprar los uniformes tolnedranos y para convencer a otra gente para que se uniera a ellos.

—¡Miente! —exclamó Nachak.

—Ya tendréis oportunidad de defenderos, Nachak —le aseguró el rey y se volvió a Garion—: Sigamos con nuestro asunto, ¿cómo llegó todo esto a vuestro conocimiento?

—No puedo decirlo, majestad —contestó Garion apenado—: di mi palabra de que no lo haría. Uno de los hombres me contó todo esto para probarme su amistad y puso su vida en mis manos para demostrar cuanto confiaba en mí. No puedo traicionarlo.

—Vuestra lealtad os honra, joven Garion —lo alabó el rey—, pero vuestra acusación contra el embajador murgo es muy grave. ¿No podéis darnos una prueba sin violar vuestra promesa?

Garion, impotente, negó con la cabeza.

—Este es un asunto muy serio, majestad —afirmó Nachak—. Soy el representante personal de Taur Urgas, mientras que este chiquillo mentiroso es un muñeco de Belgarath, y su historia escandalosa e incoherente es una maniobra evidente para desacreditarme y abrir una brecha entre los tronos de Arendia y Cthol Murgos. Esta acusación no puede permitirse y el joven debe ser obligado a identificar a esos conspiradores imaginarios o a reconocer que miente.

—Ha dado su palabra, Nachak —señaló el rey.

—Eso *dice*, majestad —repuso Nachak con ironía—. Pongámoslo a prueba, una hora en el potro de tormento podría persuadirlo para que hablara libremente.

—Nunca he tenido mucha fe en las confesiones obtenidas mediante la tortura —dijo Korodullin.

—Si me permitís, majestad —interrumpió Mandorallen—, es probable que yo pueda ayudar a resolver esta cuestión.

Garion dirigió una mirada afligida al caballero. Mandorallen conocía a Leildorin y para él sería muy fácil adivinar la verdad. Además, Mandorallen era un mimbrano y Korodullin, su rey. No solo no había razones para que callara, sino que su deber lo obligaba a hablar.

—Caballero Mandorallen —respondió el rey con solemnidad—, vuestra devoción a la verdad y al deber es legendaria. ¿Podéis vos, acaso, identificar a los conspiradores?

La pregunta quedó en el aire.

—No, señor —respondió Mandorallen con firmeza—, pero sé que Garion es un joven veraz y honesto y respondo por él.

—Ésa es una prueba muy pobre —afirmó Nachak—, yo os aseguro que él miente, así que ¿dónde nos conduce esto?

—El joven es mi compañero —dijo Mandorallen— y no intervendré para que rompa su promesa, ya que su honor es tanpreciado para mi como el mío propio. Sin embargo, según nuestra ley, una causa que no pueda probarse puede decidirse por las armas y yo defenderé a este joven. Declaro ante todos los presentes que Nachak es un asqueroso villano que se ha aliado a varios otros para asesinar a mi rey. —Se quitó el guante de acero y lo arrojó. El ruido que hizo al tocar el suelo fue como un trueno—. Aceptad mi desafío, murgo —dijo Mandorallen con frialdad—, o permitid al menos que uno de tus serviles caballeros lo acepte por ti. Probaré vuestra vileza en vuestro propio cuerpo o en el del campeón que os represente.

Nachak miró primero al guante de acero y luego al corpulento caballero que estaba frente a él en actitud desafiante. Se pasó la lengua por los labios, nervioso, y echó un vistazo en torno a la sala del trono. A excepción de Mandorallen, ninguno de los nobles mimbranos presentes llevaba armas. Los ojos del murgo se entrecerraron en un gesto de súbita desesperación.

—¡Matadlo! —ordenó a los seis hombres con armaduras que lo rodeaban. Los caballeros parecían abrumados y dubitativos—. ¡Ofrezco mil lingotes de oro para el hombre que acabe con su vida!

Las caras de los seis caballeros cambiaron de expresión al oír sus últimas palabras. Desenvainaron las espadas como un solo hombre y se separaron; luego avanzaron hacia Mandorallen con los escudos en alto. Se oyeron exclamaciones y gritos de alarma, al tiempo que los nobles y sus damas se hacían a un lado.

—¿Qué clase de traición es ésta? —preguntó Mandorallen—. ¿Estáis tan enamorados de este murgo y de su oro que sacáis vuestras espadas en presencia del rey y desafiáis la prohibición de la ley? ¡Guardad vuestras armas!

Sin embargo, los caballeros ignoraron sus palabras y continuaron su tétrico avance.

—Defendeos, Mandorallen —lo apremió el rey Korodullin, levantándose a medias del trono. Os libero de la prohibición de la ley.

Barak, sin embargo, ya había empezado a moverse. Al notar que Mandorallen no había entrado su escudo a la sala del trono, el hombre de la barba roja cogió una enorme espada de doble filo de la exposición de banderas y armas que había a un lado del estrado.

—¡Mandorallen! —gritó, y con gran esfuerzo hizo deslizar la enorme cuchilla, que se arrastró y se balanceó por el suelo de piedra hasta llegar a los pies del caballero. Mandorallen detuvo el arma con su pie cubierto de acero, se agachó y la recogió.

Cuando Mandorallen alzó la cuchilla de casi dos metros con ambas manos, los caballeros perdieron gran parte de su confianza.

Barak, con una enorme sonrisa, sacó su espada de un costado y su hacha de guerra del otro. Hettar, con el sable en la mano a la altura de la cintura, caminaba con cautela

alrededor de los torpes caballeros. Sin pensarlo dos veces, Garion hizo el amago de desenvainar su propia espada, pero el señor Lobo le cogió la muñeca.

—Manténte fuera de esto —dijo el viejo, y lo apartó del lugar de la pelea.

El primer golpe de Mandorallen dio contra un escudo oportunamente alzado, quebró el brazo del caballero que llevaba un sobreveste carmesí sobre la armadura y lo arrojó con estrépito contra el suelo a tres metros de allí. Barak paró con el hacha un golpe de espada de un corpulento caballero y batió su propia y pesada espada contra el escudo levantado del hombre. Hettar jugaba con destreza de experto contra un caballero que llevaba una armadura pintada de verde, evitaba con facilidad las torpes embestidas de su adversario y agitaba amenazadoramente la punta del sable frente a su cara oculta tras el casco.

El sonido metálico de las espadas retumbaba en la sala y una lluvia de chispas caía en cascada al chocar unas cuchillas con las otras. Mandorallen derribó a un segundo hombre con un enorme golpe, blandió la doble espada por debajo del escudo y el hombre gritó cuando la gran cuchilla atravesó la armadura y se hundió en su costado. Luego se desplomó y la sangre brotó a borbotones de la herida que surcaba sus carnes hasta la mitad de su cuerpo.

Barak, con un hábil golpe de hacha, hundió un costado del casco del caballero corpulento. El hombre giro sobre si mismo y cayó al suelo. Hettar fingió un movimiento rápido y luego metió su sable a través de la visera del caballero de la armadura verde. El hombre herido se quedó tieso cuando el sable se hundió en su cabeza.

A medida que la refriega se extendía sobre el suelo encerado, los nobles y las damas iban de un lado a otro para evitar ser atropellados por los hombres que luchaban. Nachak contempló con aflicción cómo sus hombres eran abatidos uno tras otro, pero de pronto dio media vuelta y huyó.

—¡Se escapa! —gritó Garion.

Pero Hettar ya lo perseguía, apartando con su cara temible y su sable manchado de sangre a los cortesanos y a las damas que gritaban mientras iba a detener la huida de Nachak. El murgo casi había llegado al otro extremo de la sala cuando Hettar se abrió paso a grandes zancadas entre la multitud para bloquear la salida. Con un grito desesperado, el embajador desenvainó su espada y Garion sintió un extraño y momentáneo sentimiento de pena por él.

Cuando el murgo alzó su espada, Hettar agitó el sable como si se tratara de un látigo, azotándolo una vez en cada hombro. Nachak intentó levantar sus brazos torpes para protegerse la cabeza, pero la cuchilla de Hettar apuntó hacia abajo. Luego, con un extraño y desenvuelto donaire, el algarío de cara sombría rajó la carne del murgo. Garion vio cómo la punta del sable se asomaba entre sus hombros, en ángulo ascendente. El embajador jadeó, tiro su espada y cogió la muñeca de Hettar con ambas manos, pero el hombre con cara de halcón giro su mano, inexorable, y removió la hoja afilada y curva del sable en el interior del cuerpo del murgo. Nachak gimió y tembló de una forma horrible. Después, sus manos soltaron la muñeca de Hettar y sus piernas se doblaron. Con un suspiro entre gorjeos, se balanceó hacia atrás, y cayó inerte soltándose del sable de Hettar.

Después de la muerte de Nachak siguió un momento de espantoso silencio en la sala del trono. Luego, los dos hombres de su guardia que seguían en pie arrojaron sus armas al suelo salpicado de sangre con un inesperado estruendo. Mandorallen se levantó la visera y se volvió hacia el trono.

—Señor —dijo respetuoso—, la traición de Nachak ha sido probada con este enfrentamiento.

—Es verdad —asintió el rey—, lo único que lamento es que vuestro entusiasmo en resolver esta causa nos haya privado de la oportunidad de indagar más a fondo sobre la falsedad de Nachak.

—Supongo que los planes que él concibió se desmoronarán en cuanto se conozca la noticia de lo que ha ocurrido aquí —apuntó el señor Lobo.

—Tal vez —reconoció el rey—; sin embargo, yo habría llevado el asunto más lejos. Me habría enterado de si esta villanía era sólo idea de Nachak o si el propio Taur Urgas estaba detrás de ella. —Frunció el entrecejo, y luego agitó la cabeza como para ahuyentar ciertas ideas lúgubres—. Arendia esta en deuda con vos, anciano Belgarath. Vuestros acompañantes han evitado la restauración de una guerra que es mejor olvidar. —Miró con tristeza el suelo manchado de sangre y los cuerpos que lo cubrían—. Mi sala del trono se ha convertido en un campo de batalla, hasta aquí llega la maldición de Arendia —suspiró—. Limpiadlo —ordenó resuelto, y giro la cabeza para no tener que contemplar la desagradable tarea de la limpieza.

Mientras sacaban a los muertos y limpiaban el suelo para quitar las manchas pegajosas de sangre, las damas y los nobles comenzaron a cuchichear.

—¡Buena pelea! —comentó Barak mientras limpiaba con cuidado el filo de su hacha de guerra.

—Estoy en deuda con vos, Barak —dijo Mandorallen con solemnidad—, vuestra ayuda ha sido providencial.

—Me pareció apropiada —dijo Barak con un encogimiento de hombros.

Hettar se unió a ellos con una expresión sombría pero satisfecha.

—Has hecho un buen trabajo con Nachak —lo felicitó Barak.

—Tengo mucha práctica —respondió Hettar—. Los murgos siempre cometen los mismos errores cuando pelean, creo que hay una laguna en su entrenamiento.

—Es una pena, ¿verdad? —sugirió Barak con sorna. Garion se alejó de ellos. Aunque sabía que era irracional, no podía evitar sentirse personalmente responsable de la carnicería que acababa de presenciar. La sangre y las muertes violentas eran consecuencia de sus palabras; si no hubiese hablado, los hombres que ahora estaban muertos seguirían con vida. Por mas justificadas o necesarias que hubiesen sido sus palabras, lo embargaba un sentimiento de culpa. En aquel momento no deseaba hablar con sus amigos; le habría gustado hacerlo con tía Pol, pero ella aún no había regresado a la sala del trono, así que se quedó solo en la lucha con su conciencia.

Se acercó a uno de los alféizares formado por los contrafuertes sobre la pared sur de la sala del trono y se quedó allí, sumido en sus oscuras cavilaciones, hasta que se le acercó una joven. Tendría unos dos años más que él y su rígido brocado carmesí se deslizaba con un susurro por el suelo. El cabello de la joven era oscuro, casi negro, y su piel tenía un tono beige. Llevaba un corpiño bastante escotado y a Garion le resultaba difícil encontrar un punto respetable donde fijar la vista.

—Sumo mi agradecimiento al del resto de Arendia, señor Garion —dijo en un suspiro. Su voz vibraba con toda clase de emociones, todas incomprensibles para Garion—. Vuestra oportuna revelación de la conspiración del murgos ha salvado la vida de nuestro soberano.

Garion se sintió conmovido por sus palabras. —Yo no hice gran cosa, señora —respondió con un aire de falsa modestia—, mis amigos se encargaron de la lucha.

—Pero fue *vuestra* valiente denuncia la que descubrió la diabólica conspiración —insistió ella— y las vírgenes cantarán a la nobleza con que protegisteis la identidad de vuestro equivocado amigo desconocido. —Garion no estaba preparado para oír la palabra «virgen», se sobresaltó y se ruborizó sin poder evitarlo—. ¿Sois de verdad, noble Garion, el nieto del Eterno Belgarath?

—El parentesco es un poco más lejano, pero lo simplificamos por conveniencia.

—¿Pero pertenecéis a su linaje? —insistió ella con un brillo en sus ojos violeta.

—Eso dice él.

—¿La señora Polgara es, acaso, tu madre? —Mi tía.

—Un parentesco cercano, de todos modos —aprobó con afecto y apoyó su mano levemente en la muñeca de Garion—. Vuestra sangre, señor Garion, es la más noble del mundo. Decidme, ¿aún no estáis prometido?

Garion parpadeó y sus orejas se pusieron aún más rojas.

—¡Ah, Garion! —gritó Mandorallen con su voz estridente, interrumpiendo el embarazoso momento—, os estaba buscando. ¿Nos excusáis, condesa?

La joven dama dirigió una mirada llena de odio a Mandorallen, pero la mano firme del caballero ya se llevaba a Garion de allí.

—Volveremos a hablar, señor Garion —dijo ella mientras se alejaban.

—Eso espero, señora —respondió Garion por encima del hombro.

Luego él y Mandorallen se perdieron en la sala, entre la multitud de cortesanos.

—Quiero darte las gracias, Mandorallen —dijo por fin Garion con cierta reticencia.

—¿Por qué, chico?

—Tú sabías a quién protegía cuando le dije al rey lo de Nachak, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó el caballero sin rodeos.

—Podrías habérselo dicho al rey; de hecho, era tu obligación hacerlo, ¿no es cierto?

—Vos habíais dado vuestra palabra.

—Pero tú no.

—Vos sois mi compañero, chico. Vuestra promesa es tan válida para mí como lo es para vos. ¿Acaso no lo sabíais?

Garion se quedó atónito ante las palabras de Mandorallen. Las exquisitas complicaciones de la ética arendiana iban más allá de su comprensión.

—Por eso has luchado por mí.

—Por supuesto —respondió Mandorallen con una risa franca—, aunque debo confesaros, Garion, con total sinceridad, que mi deseo de representaros no ha sido sólo producto de nuestra amistad. La verdad es que el murgo Nachak me ha caído mal y no me ha gustado la arrogancia de sus ayudantes. Yo estaba dispuesto a pelear antes de que vos necesitarais un representante. Tal vez sea yo quien deba agradeceros por darme la oportunidad de luchar con ellos.

—No te entiendo en absoluto, Mandorallen —admitió Garion—; a veces pienso que eres el hombre más complicado que he conocido.

—¿Yo? —Mandorallen se quedó atónito—. Yo soy el más simple de los hombres. —Miró a su alrededor y luego se inclinó un poco hacia Garion—: Debo advertiros que tengáis cuidado con lo que le decís a la condesa Vasrana —dijo—, me vi obligado a separaros.

—¿A quién?

—La bonita y joven dama con quien estabais hablando. Se considera a sí misma la más hermosa del reino y está en busca de un marido digno de ella.

—¿Marido? —repitió Garion con voz titubeante.

—Vos sois una presa codiciada, chico. Vuestra sangre es de la más noble por tu parentesco con Belgarath. Seríais un bien preciado por la condesa.

—¿Marido? —titubeó Garion otra vez mientras le temblaban las rodillas—. ¿Yo?

—No sé cómo son las cosas en la brumosa Sendaria —afirmó Mandorallen—, pero en Arendia vos estáis en edad de casaros. Cuidad vuestras palabras, chico. La más inocente de las frases puede ser considerada una promesa, si un noble así lo interpreta.

Garion tragó saliva con dificultad y miró atemorizado a su alrededor. Tras este incidente, hizo todo lo posible por esconderse, pues sabía que sus nervios no podrían soportar nuevas impresiones.

Sin embargo, la condesa Vasrana demostró ser una hábil cazadora. Con feroz resolución lo siguió y al final lo retuvo junto a otro alféizar, con los ojos ardientes y el pecho agitado.

—Acaso ahora podamos continuar nuestra interesante conversación, señor Garion —dijo con un ronroneo.

Garion estaba pensando en cómo escapar cuando tía Pol, acompañada por la ahora radiante Mayaserana, volvió a entrar en la sala. Mandorallen le dijo unas pocas palabras y Pol se dirigió de inmediato al lugar donde la condesa de los ojos violeta tenía cautivo a Garion.

—Garion, cariño —dijo al acercarse—, es la hora de tu medicina.

—¿Medicina? —preguntó Garion confuso.

— Es un joven muy olvidadizo —le dijo a la condesa —, tal vez sea por los nervios, pero él sabe que si no toma la pócima cada tres horas, le volverá la locura.

— ¿Locura? —repitió la condesa Vasrana, incisiva.

—La maldición de la familia —suspiró tía Pol—. La sufren todos los hijos varones. La pócima funciona por unas horas, pero su efecto es temporal. Tendremos que encontrar una joven paciente y sacrificada pronto, para que pueda casarse y tener hijos antes de que su cerebro comience a reblandecerse. Después su pobre esposa estará condenada a pasar el resto de su vida cuidando de él. —Miró a la joven condesa con ojo crítico—. Me pregunto... —dijo—, ¿es posible que aún no estés prometida? Debes de tener la edad apropiada. —Extendió el brazo y cogió el brazo bien formado de Vasrana—. Bonita y fuerte —dijo con aprobación—, hablaré de inmediato con mi padre, el señor Belgarath.

La condesa comenzó a retroceder, nerviosa y asustada con los ojos muy abiertos.

—Vuelve —le dijo tía Pol—, sus ataques no comenzarán hasta dentro de unos minutos. —La joven huyó—. ¿No puedes evitar meterte en líos? —le preguntó a Garion, mientras se lo llevaba de allí.

—¡Pero si no he dicho nada! —se quejó él.

Mandorallen se les unió con una amplia sonrisa.

—Veo que por fin habéis derrotado a la rapaz condesa, señora. Pensé que sería más persistente.

—Le he dado algo por lo cual preocuparse y le he sacado el entusiasmo por el matrimonio.

—¿Qué asunto habéis tratado con nuestra reina? —le preguntó—. No la había visto sonreír así desde hace años.

—Mayaserana tenía un problema femenino, no creo que tú pudieras entenderlo.

—¿Su incapacidad para alumbrar un hijo?

—¿Los arendianos no tienen nada mejor que hacer que cotillear sobre asuntos que no son de su incumbencia? ¿Por qué no vas a buscar otra pelea en lugar de hacer preguntas íntimas?

—El asunto nos preocupa mucho a todos nosotros, señora —se disculpó Mandorallen—. Si nuestra reina no nos da un heredero para el trono, corremos peligro de enfrentarnos en una guerra dinástica. Arendia entera podría arder en llamas.

—No va a haber llamas, Mandorallen. Por fortuna llegué a tiempo, aunque faltaba muy poco. Tendréis un príncipe de la corona antes del invierno.

—¿Es posible?

—¿Quieres todos los detalles? —preguntó irónica—. He notado que los hombres prefieren no enterarse de la mecánica exacta de un embarazo.

—Aceptaré vuestra palabra —respondió Mandorallen con presteza, tras sonrojarse un poco.

—Me alegro mucho.

—Debo informar al rey —afirmó él.

—Tú debes ocuparte de tus propios asuntos, Mandorallen. La reina le dirá a Korodullin todo lo que necesita saber. ¿Por qué no vas a limpiar tu armadura? Parece que acabarás de salir de un matadero.

Él hizo una reverencia, aún sonrojado, y se retiró.

—*¡Hombres!* —dijo ella a su espalda y luego se volvió a Garion—: Por lo que he oído, has estado muy ocupado.

—Tenía que advertir al rey —contestó él.

—Parece que tienes un talento especial para meterte en este tipo de asuntos. ¿Por qué no me lo dijiste a mí o a tu abuelo?

—Prometí que no diría nada.

—Garion —dijo ella con firmeza—, en las actuales circunstancias, los secretos pueden ser muy peligrosos. Sabías que lo que Lelldorin te había confiado era importante, ¿verdad?

—Yo no he dicho que se tratara de Lelldorin.

—Querido Garion —dijo ella con brusquedad, al tiempo que le dirigía una mirada fulminante—, nunca cometas el error de tomarme por estúpida.

—No ha sido mi intención —balbució él—, de verdad, tía Pol. Le di mi palabra de que no se lo diría a nadie.

—Tendremos que sacarte de Arendia —suspiró ella—, este lugar está afectando tu sentido común. La próxima vez que sientas la necesidad de hacer uno de estos asombrosos anuncios públicos, háblalo primero conmigo, ¿de acuerdo?

—Si, señora —titubeó, avergonzado.

—Ay, Garion, ¿qué voy a hacer contigo? —dijo con una risa afectuosa, pasó el brazo por encima de su hombro y todo volvió a estar bien.

Después de aquellos incidentes, la tarde acabó sin novedades. El banquete fue aburrido y los brindis del final interminables, pues cada noble arendiano se levantó por turnos para saludar al señor Lobo y a tía Pol con discursos barrocos y formales. Se fueron a la cama tarde y Garion durmió intranquilo, acosado por pesadillas donde la condesa de los ojos brillantes lo perseguía a través de interminables pasillos cubiertos de flores.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y después del desayuno tía Pol y el señor Lobo volvieron a hablar en privado con la reina y el rey. Garion, todavía preocupado por su encuentro con la condesa Vasrana, se quedó cerca de Mandorallen, pues el caballero mimbrano parecía el mejor dotado para ayudarle a evitar ese tipo de aventuras. Esperaron en la antecámara de la sala del trono y Mandorallen, que llevaba un sobreveste azul, le explicó en detalle un complicado tapiz que cubría toda la pared.

A media mañana, Andorig, el caballero moreno a quien el señor Lobo había encomendado cuidar el árbol de la plaza por el resto de su vida, vino en busca de Mandorallen.

—Caballero —dijo respetuoso—, el barón de Vo Ebor ha llegado del norte acompañado por su esposa. Han preguntado por vos y me han encomendado que os conduzca a ellos.

—Sois muy amable, señor Andorig —contestó Mandorallen, levantándose muy rápido del banco donde se hallaba sentado—. Vuestra cortesía os honra.

—No siempre fue así —suspiró Andorig—. He pasado toda la noche en vela frente al árbol milagroso que el Sagrado Belgarath puso a mi cuidado y tuve tiempo de reflexionar sobre mi vida pasada. No he sido un hombre admirable, me arrepiento con amargura de mis errores y lucharé con tesón para enmendarme.

Mandorallen estrechó la mano del caballero sin pronunciar palabra y luego lo siguió a través de un largo pasillo hasta la estancia donde esperaban los visitantes.

Sólo después de entrar en la luminosa habitación, Garion recordó que la esposa del barón de Vo Ebor era la dama con quien Mandorallen había hablado unos días antes en aquella colina azotada por el viento, junto a la Gran Ruta del Oeste.

El barón era un hombre de aspecto robusto, llevaba un sobreveste verde, y su cabello y su barba tenían unas pocas hebras blancas. Tenía los ojos hundidos y en ellos se reflejaba una profunda tristeza.

—Mandorallen —dijo con afecto mientras abrazaba al caballero más joven—, sois poco amable al alejaros de nosotros durante tanto tiempo.

—El deber, señor —contestó Mandorallen en voz baja.

—Ven, Nerina —le dijo el barón a su esposa—, saluda a nuestro amigo.

La baronesa era mucho más joven que su esposo. Tenía el cabello oscuro y muy largo, llevaba una túnica rosada y era hermosa, aunque, según pensó Garion, no más que una media docena de damas que había visto en la corte de Arendia.

—Querido Mandorallen —dijo, besando al caballero tras un breve y casto abrazo—, os hemos echado de menos en Vo Ebor.

—Y para mi el mundo es muy triste, pues me veo obligado a estar lejos de sus amadas habitaciones.

Andorig había saludado y se había retirado, dejando a Garion de pie junto a la puerta en una posición embarazosa.

—¿Y quién es este joven bien agraciado que os acompaña, hijo mío? —preguntó el barón.

—Un joven sendario —contestó Mandorallen—, su nombre es Garion. Me he unido a él y a varios más en una peligrosa misión.

—Me llena de alegría conocer al compañero de mi hijo —declaró el barón.

Garion hizo una inclinación, pero buscó en su mente una excusa para retirarse. La situación era muy incómoda y él no quería quedarse.

—Debo saludar al rey —anunció el barón—. La tradición y el protocolo exigen que me presente ante él tan pronto llegue a esta corte. ¿Acompañaréis a la baronesa hasta mi regreso, Mandorallen?

—Así lo haré, señor.

—Te llevaré hasta donde el rey está reunido con mi tía y mi abuelo —ofreció Garion con presteza.

—No, joven —objetó el barón—, vos debéis quedaros. A pesar de que no tengo motivos para preocuparme por la fidelidad de mi esposa y de mi queridísimo amigo, las malas lenguas podrían organizar un escándalo si los dejáramos solos. La gente prudente no da lugar a falsos rumores ni a viles difamaciones.

—Entonces me quedaré, señor —contestó Garion con rapidez. —Buen chico —aprobó el barón, y con una mirada inquieta abandonó el salón.

—¿Deseáis sentaros, señora? —le preguntó Mandorallen a Nerina al tiempo que le señalaba un banco esculpido junto a la ventana.

—Lo haré —dijo ella—, nuestro viaje fue muy fatigoso.

—Vo Ebor está muy lejos —asintió Mandorallen mientras se sentaba en otro banco—. ¿Vos y mi señor habéis encontrado los caminos en buen estado?

—Tal vez no lo bastante secos como para hacer agradable el viaje —dijo ella.

Hablaron durante un rato sobre los caminos y el tiempo, sentados no muy lejos el uno del otro, pero tampoco demasiado cerca como para que alguien que pasara junto a la puerta pudiera malinterpretar su inocente conversación. Sus ojos, sin embargo, hablaban con mayor intimidad. Garion, penosamente avergonzado, simulaba mirar por una ventana que había elegido con cuidado para tener una vista completa de la puerta.

A medida que la conversación avanzaba, se hacían pausas cada vez más largas y Garion se encogía por dentro con cada silencio angustioso, temeroso de que Mandorallen o Nerina, en el punto crítico de su amor desesperado, cruzaran el límite atroz y pronunciaran una palabra o una frase que acabara con la moderación y el honor, arrastrando sus vidas al desastre. Sin embargo, una parte de sí deseaba que aquella palabra o frase se pronunciara y que su amor pudiera arder, aunque sólo fuera por un breve instante.

Fue allí, en aquella tranquila estancia iluminada por el sol, donde Garion atravesó una pequeña barrera. Los prejuicios contra Mandorallen, creados por su insensata lealtad hacia Lelldorin, se vinieron abajo y desaparecieron. Tuvo un sentimiento apremiante, no de pena, pues ellos no hubieran aceptado la pena, sino de compasión. Además,

comenzaba a comprender el honor y el portentoso orgullo que, aunque por completo bien intencionados, eran la base de la tragedia que tenía lugar en Arendia desde tiempos ancestrales.

Estuvieron allí media hora o más, Mandorallen y Nerina casi sin hablar, con los ojos perdidos en el rostro del otro, mientras Garion, a punto de llorar, seguía con su forzada vigilancia. Entonces vino Durnik y les dijo que tía Pol y el señor Lobo estaban listos para partir.

SEGUNDA PARTE - Tolnedra

Al salir de Vo Mimbres, acompañados por dos caballeros con armaduras y por el propio rey Korodullin, los saludó un coro metálico de cuernos desde las almenas de la ciudad. Garion miró hacia atrás y le pareció ver a la baronesa Nerina en un muro sobre la arcada de la puerta, pero no estaba muy seguro. La dama no saludó y Mandorallen tampoco miró hacia atrás. Sin embargo, Garion no estuvo tranquilo hasta que Vo Mimbres estuvo fuera de su vista.

A media tarde llegaron al vado que cruzaba el río Arend para pasar a Tolnedra. El fulgor del sol resplandecía sobre el agua, el cielo tenía un profundo color azul y el viento agitaba los brillantes estandartes de las lanzas de los caballeros. Garion sintió una desesperada ansiedad, una necesidad apremiante de cruzar el río y dejar atrás las cosas terribles que habían sucedido en Arendia.

—¡Adiós, Sagrado Belgarath! —dijo Korodullin a la orilla del río—. Haré lo que me habéis aconsejado, comenzaré los preparativos y Arendia estará lista. Lo juro por mi vida.

—Y yo te mantendré informado de nuestros progresos —dijo el señor Lobo.

—También vigilaré las actividades de los murgos en mi reino —añadió Korodullin—. Si lo que me habéis dicho fuera cierto, y no tengo dudas de que lo sea, los expulsaré de Arendia. Perseguiré a todos y cada uno de ellos hasta echarlos de mis tierras. Haré que sus vidas sean una carga y un pesar para ellos mismos, por haber sembrado la discordia y la rivalidad entre mis súbditos.

—Me parece una buena idea —sonrió Lobo—, los murgos son arrogantes y un poco de pesar de vez en cuando puede enseñarles un poco de humildad. —Extendió la mano para estrechar la del rey—. Adiós, Korodullin. Espero que la próxima vez que nos encontremos, el mundo sea más feliz.

—Rezará para que así sea —dijo el joven rey.

Luego el señor Lobo guió el camino por las aguas turbulentas y poco profundas del vado. Más allá del río los aguardaba la Tolnedra Imperial y del otro lado de la orilla los caballeros mimbranos los despedían con algarabía al son de los cuernos.

Una vez que cruzaron el río, Garion miró a su alrededor para intentar descubrir alguna diferencia entre Arendia y Tolnedra en el suelo o en la vegetación, pero no parecía existir ninguna. La tierra, indiferente a las fronteras humanas, se extendía inmutable a sus pies.

A unos setecientos metros del río entraron en el bosque de Vordue, un vasto tramo de selva bien conservada que se extendía desde el mar hasta el pie de las montañas del este. Una vez bajo los árboles, se detuvieron a cambiarse de ropas.

—Creo que nos convendría seguir con el disfraz de mercaderes —dijo el señor Lobo, mientras se ponía, con evidente satisfacción, la remendada túnica grisácea y sus zapatos desiguales—. No engañaremos a los grolims, por supuesto, pero si a los tolnedranos que encontremos en el camino. Con los grolims tendremos que utilizar otros métodos.

—¿Hay algún signo del Orbe por aquí? —gruñó Barak mientras guardaba su capa de piel de oso y su casco en uno de los sacos.

—Una pista o dos —respondió Lobo tras mirar alrededor—. Creo que Zedar pasó por aquí hace unas semanas.

—No hemos ganado mucho terreno —dijo Seda al tiempo que se ponía su chaqueta de piel.

—Pero tampoco lo hemos perdido. ¿Nos vamos?

Volieron a montar y siguieron bajo el sol de la tarde por el camino principal de Tolnedra, que atravesaba el bosque de lado a lado. Después de una legua, aproximadamente, llegaron a un amplio claro donde se levantaba una sólida construcción baja, con paredes de piedra blanqueada y techo rojo. Varios soldados aburridos vagaban alrededor y Garion tuvo la impresión de que sus armas y sus armaduras estaban menos cuidadas que las de los legionarios que había visto antes.

—Es la aduana —dijo Seda—. Los tolnedranos suelen ponerla lo bastante lejos de la frontera como para no interferir con el contrabando legítimo.

—Estos legionarios tienen un aspecto muy desaliñado —señaló Durnik con tono de reprobación.

—No son legionarios —explicó Seda—, sino soldados del servicio de aduanas, tropas locales.

—Ya veo —dijo Durnik.

Un soldado con el peto oxidado y una lanza corta se cruzó en su camino y levantó la mano.

—Inspección de aduana —anunció con voz monótona—. Su excelencia estará con vosotros dentro de un momento. Podéis dejar vuestros caballos allí —señaló una especie de patio a un lado del edificio.

—¿Tendremos problemas? —preguntó Mandorallen, que se había quitado la armadura y ahora llevaba el traje de malla y el sobreveste con que acostumbraba viajar.

—No —contestó Seda—. El agente de aduanas hará varias preguntas, nosotros lo sobornaremos y seguiremos viaje.

—¿Sobornar? —preguntó Durnik.

—Por supuesto —dijo Seda encogiéndose de hombros—, así son las cosas en Tolnedra. Será mejor que me dejéis hablar a mi, ya he pasado por esto antes.

El agente de aduanas, un hombre fuerte y casi calvo que vestía una túnica de color marrón óxido y un cinturón, salió del edificio de piedra sacudiéndose las migas de la ropa.

—Buenas tardes —dijo con tono profesional.

—Buenas tardes, excelencia —respondió Seda con una breve reverencia.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el agente al tiempo que miraba los sacos con ojo crítico.

—Soy Radek de Boktor —contestó Seda—, un mercader drasniano, y llevo telas de lana sendaria a Tol Honeth.

Abrió uno de los sacos y sacó el extremo de un tejido gris.

—Tendrás buenas ganancias, respetable mercader —dijo el agente de aduanas señalando la tela—. Ha sido un invierno muy frío y la lana se paga bien. —Varias monedas cambiaron de manos con un ligero sonido metálico. El agente de aduanas sonrió y sus modales se volvieron más relajados—. No creo que sea necesario abrir los sacos —dijo—. Es evidente que eres un hombre de honor, estimado Radek, y no quisiera demorararte.

Seda le dedicó otra reverencia.

—¿Hay algo que deba saber sobre el camino, excelencia? —preguntó mientras volvía a atar el extremo del saco—. He aprendido a confiar en los consejos de los agentes de aduana.

—El camino está bien —dijo el agente—, las legiones se encargan de que así sea.

—Por supuesto, pero ¿hay alguna irregularidad en algún sitio?

—Sería conveniente que no os tratarais con nadie en el camino hacia el sur —recomendó el hombre fornido—. Hay algunos problemas políticos en Tolnedra, aunque

estoy seguro de que si demostráis que sólo estáis aquí por negocios, no seréis importunados.

—¿Problemas? —preguntó Seda, un poco preocupado—. No sabía nada.

—Es por la sucesión. En este momento las cosas están un poco revueltas.

—¿Acaso Ran Borune está enfermo? —preguntó Seda sorprendido.

—No —respondió el hombre corpulento—, sólo viejo, y ésa es una enfermedad de la que nadie se recupera. Como no tiene un hijo que pueda sucederle, la dinastía Borune pende de un hilo. Las grandes familias ya están en lucha por ganar posiciones. Por supuesto, todo esto resulta muy caro, y los tolnedranos solemos ponernos nerviosos cuando se trata de dinero.

—¿Acaso no nos pasa a todos? —dijo Seda con una breve risita—. Tal vez me convenga hacer algunos contactos con los círculos más adecuados. ¿Qué familia dirías que está en mejor posición en este momento?

—Creo que nosotros les llevamos una pequeña ventaja a los demás —dijo el agente con presunción.

—¿«Nosotros»?

—Los Vordue. Yo tengo un parentesco lejano con la familia por parte de mi madre. El gran duque Kador de Tol Vordue es la única opción lógica para el trono.

—No creo que lo conozca —dijo Seda.

—Es un hombre excelente —dijo efusivo el agente—; un hombre fuerte, valiente y prudente. Si la elección se basara en los méritos, al gran duque Kador se le daría el trono por unanimidad. Pero por desgracia la elección está en manos del Consejo de Asesores.

—¡Ah!

—Así es —asintió el agente con amargura—. No me creerías si te contara la magnitud de los sobornos que piden algunos de estos hombres por su voto, respetable Radek.

—Supongo que es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida —replicó Seda.

—Yo no niego a ningún hombre el derecho a un soborno decente y razonable —protestó el corpulento agente—, pero algunos de los miembros del Consejo se han vuelto locos de codicia. Por más alto que sea el cargo que obtenga en el nuevo gobierno, me llevará años recuperar lo que ya me he visto forzado a contribuir; y lo mismo ocurre en todo el territorio de Tolnedra. Los hombres de bien se arruinan de modo inexorable entre los impuestos y estas suscripciones de emergencia. Uno no puede permitir que aparezca una lista sin su nombre, y sale una lista nueva todos los días. Los gastos están llevando a todo el mundo al borde de la desesperación y en las calles de Tol Honeth los hombres se matan entre sí.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Seda.

—Peor de lo que puedas imaginar —dijo el agente—. Los Horbit no tienen suficiente dinero para conducir una campaña política, así que han comenzado a envenenar a los miembros del Consejo. Gastamos millones para comprar un voto y al día siguiente nuestro hombre cae muerto con la cara amoratada; en consecuencia, necesitamos gastar más millones para comprar a su sucesor. Me están destruyendo, yo no tengo carácter para meterme en política.

—Es terrible —se compadeció Seda.

—Si al menos Ran Borune *se muriera* —se lamentó el agente, desesperado—. Ahora tenemos el control, pero los Honeth son más ricos que nosotros y si se unen para apoyar a un candidato, comprarán el trono delante de nuestras propias narices. Y mientras tanto Ran Borune se queda en su palacio, donde malcría a ese pequeño monstruo que llama hija y se rodea de tantos guardias que ni el asesino más valiente osaría atentar contra él. A veces creo que se propone vivir para siempre.

—Paciencia, excelencia —aconsejó Seda—. Cuanto más suframos, mayor será la recompensa final.

—Si es así, algún día seré muy rico —suspiró el tolnedrano—. Pero ya te he retenido bastante, respetable Radek. Te deseo que llegues pronto a Tol Honeth y que el tiempo sea frío para que suba el precio de la lana.

Seda saludó con formalidad, volvió a montar y condujo al grupo al trote fuera de la aduana.

—¡Qué alegría volver a Tolnedra! —exclamó efusivo el hombrecillo con cara de hurón cuando ya no podían oírlo desde la aduana—. Me encanta el olor a engaño, corrupción e intrigas.

—Eres un mal hombre, Seda —dijo Barak—. Este lugar es una letrina.

—Claro que lo es —rió Seda—, pero no es aburrido, Barak. Tolnedra nunca resulta aburrida.

Cuando caía la tarde llegaron a una pulcra ciudad tolnedrana y se quedaron a pasar la noche en una posada maciza bien cuidada, donde la comida era buena y las camas estaban limpias. A la mañana siguiente se levantaron temprano y después del desayuno salieron del patio hacia las calles adoquinadas bajo la peculiar luz plateada que alumbraba poco después del amanecer.

—Un buen lugar —aprobó Durnik al tiempo que miraba las blancas paredes de piedra y el techo de tejas rojas—, todo está limpio y ordenado.

—Es un reflejo de la mente de los tolnedranos —explicó el señor Lobo—. Prestan mucha atención a los detalles.

—No es una mala cualidad —apuntó Durnik. Lobo estaba a punto de contestar cuando dos hombres con túnicas marrones salieron de una oscura calle lateral.

—¡Cuidado! —gritó el que iba detrás—. ¡Se ha vuelto loco! El hombre que iba delante se agarraba la cabeza y su cara tenía una mueca de horror indescriptible. Fue directo hacia el caballo de Garion y éste dio un respingo, extendió el brazo derecho e intentó empujar a aquel loco de ojos desorbitados fuera de su camino. Sin embargo, en cuanto tocó la frente del hombre, sintió una descarga en la mano que le llegó hasta el hombro, una especie de cosquilleo, como si de repente su brazo fuera enormemente fuerte. Luego resonó en su mente un poderoso rugido y el individuo se desplomó con los ojos en blanco, como si el leve roce de Garion hubiese sido un golpe colosal.

Barak llevó su caballo entre Garion y el hombre caído.

—¿Qué significa esto? —le preguntó al hombre con túnica marrón que corría detrás, sin aliento.

—Somos de Mar Terrin —respondió el hombre—. El hermano Obor no podía soportar más a sus fantasmas, así que me dieron permiso para traerlo a casa hasta que recobrarla la lucidez. —Se arrodilló junto al individuo caído—. No era necesario que le pegaras tan fuerte —le dijo a Garion en tono acusador.

—No lo hice —protestó Garion—, sólo lo toque. Creo que se ha desmayado.

—Tienes que haberle pegado —dijo el monje—, mira las marcas en su cara.

En la frente del hombre había una horrible herida sangrante.

—Garion —dijo tía Pol—, ¿harás lo que te diga sin hacer preguntas?

—Bueno —asintió Garion.

—Bájate del caballo, acércate al hombre que está en el suelo y pon la palma de tu mano sobre su frente. Luego pídele disculpas por lo sucedido.

—¿Estás segura de que no es arriesgado, Polgara? —preguntó Barak.

—No habrá problemas. Haz lo que te digo, Garion.

Garion, titubeante, se acercó al hombre caído, se agachó y puso la palma de la mano sobre la herida. Volvió a sentir una descarga, pero esta vez era muy diferente a la anterior. Los ojos del loco se aclararon y parpadeó.

—¿Que ocurrió? —Su voz sonaba normal y la herida de su frente había desaparecido.

—Ya ha pasado todo —dijo Garion sin saber muy bien por qué—; has estado enfermo, pero ahora estás bien.

—Vuelve aquí, Garion —dijo tía Pol—, su amigo se ocupará de él.

Garion volvió a su caballo embargado por un montón de sentimientos confusos.

—¡Es un milagro! —exclamó el segundo monje.

—No lo creas —le reconvino tía Pol—. El golpe curó la mente de tu amigo, eso es todo. A veces sucede.

Pero ella y el señor Lobo intercambiaron una larga mirada que confirmaba que había ocurrido algo más, algo inesperado.

Dejaron a los dos monjes en medio de la calle y siguieron su camino.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Durnik, con expresión de asombro.

—Polgara tuvo que usar a Garion —respondió el señor Lobo tras encogerse de hombros—, no había tiempo para hacerlo de otro modo.

Durnik no parecía convencido.

—No lo hacemos muy a menudo —explicó Lobo—. Meterse en otra persona resulta un poco engorroso, pero a veces no tenemos otra elección.

—Pero Garion lo curó —objetó Durnik.

—Hay que hacerlo con la misma mano que dio el golpe, Durnik —dijo tía Pol—. Por favor, no hagas tantas preguntas.

Sin embargo, la voz seca en la mente de Garion se negaba a aceptar aquellas explicaciones y le decía que el poder no había venido de afuera. Examinó la señal de la palma de su mano con cara de preocupación; por alguna razón, ahora parecía diferente.

—No pienses en ello, cariño —dijo tía Pol en voz baja mientras se dirigían al sur por el camino principal, tras abandonar la ciudad—. No hay razón para preocuparse, después te lo explicaré todo.

Luego, mientras los pájaros saludaban al sol naciente con su canto, ella extendió el brazo y cerró con firmeza la mano de Garion con sus dedos.

Atravesar el bosque de Vordue les llevó tres días. Garion, que recordaba los peligros del bosque arendiano, estaba un poco asustado y vigilaba con nerviosismo las sombras ocultas entre los árboles, pero cuando transcurrió la primera jornada sin que ocurriera nada extraordinario, se tranquilizó. El señor Lobo, por el contrario, se ponía de peor humor a medida que avanzaban hacia el sur.

—Están planeando algo. ¡Ojalá lo hicieran de una vez! Odio cabalgar vigilando por encima del hombro a cada paso.

En todo el camino, Garion no tuvo oportunidad de hablar con tía Pol sobre lo que le había sucedido al monje loco de Mar Terrin. Tenía la impresión de que lo evitaba con deliberación, y, cuando por fin logró acercarse a su caballo al de ella y le preguntó por el incidente, tía Pol le respondió con vaguedades que no consiguieron calmar su ansiedad.

A media mañana del tercer día salieron de entre los árboles y se encontraron en campo abierto. A diferencia de la llanura arendiana, donde había grandes extensiones de tierra yerma, todos los campos tolnedranos estaban cultivados y separados entre sí por pequeños muros de piedra. Aunque todavía faltaba mucho para que hiciera calor, el sol brillaba con fuerza y la tierra removida de los campos, lista para la siembra, era rica y oscura. El camino era ancho y recto, y en él se cruzaron con muchos viajeros. Intercambiaban saludos breves, aunque corteses, y Garion comenzó a sentirse mejor.

Este país parecía demasiado civilizado para el tipo de peligros con que se habían topado en Arendia.

Ya promediaba la tarde cuando llegaron a una ciudad bastante grande donde los mercaderes, vestidos con capas de los más variados colores, los llamaban con súplicas desde los puestos que abarrotaban las calles para que pararan a mirar sus mercancías.

—Parecen desesperados —dijo Durnik.

—Los tolnedranos no pueden soportar que se les escape un cliente —le explicó Seda—; son codiciosos.

Más adelante, presenciaron un incidente en una pequeña plaza. Una media docena de soldados desaliñados y sin afeitarse importunaban a un individuo de aspecto arrogante que llevaba una capa verde.

—¡Haceos a un lado! —protestó el hombre con severidad.

—Sólo queremos decirte un par de cosas, Lembor —repuso uno de los soldados con una mirada perversa. Era un hombre delgado y tenía una enorme cicatriz en una mejilla.

—¡Qué idiota! —dijo un transeúnte con una risa irónica—. Lembor se cree tan importante que ya no se molesta en tomar precauciones.

—¿Lo están arrestando, amigo? —preguntó Durnik con amabilidad.

—Sólo por un breve tiempo —dijo el transeúnte.

—¿Y qué le van a hacer? —preguntó Durnik.

—Lo habitual.

—¿Qué es lo habitual?

—Observa y verás. El muy tonto debió salir con sus guardaespaldas.

Los soldados habían rodeado al hombre de la capa verde y dos de ellos le sujetaron los brazos con brusquedad.

—¡Dejadme ir! —protestó Lembor—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Acompáñanos sin rechistar, Lembor —ordenó el soldado con la cicatriz en la cara—. De ese modo será mucho más fácil. —Y comenzaron a tirar de él en dirección a una callejuela estrecha.

—¡Socorro! —gritó Lembor desesperado, mientras intentaba zafarse.

Uno de los soldados le dio un puñetazo en la boca y lo arrastraron hasta la callejuela. Se oyó un breve chillido y el ruido de un forcejeo. También les llegaban otros ruidos, unos pocos gemidos, el sonido metálico de acero golpeando los huesos, y por fin un largo y jadeante quejido. Un ancho riachuelo de brillante sangre roja salió de la callejuela y cayó a la cuneta. Unos minutos después los soldados volvieron a la plaza sonrientes mientras limpiaban sus espadas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Garion, descompuesto de rabia y horror.

—No —dijo Seda, cortante—. Lo que tenemos que hacer es ocuparnos de nuestros asuntos. No estamos aquí para meternos en problemas de política local.

—¿Política? —protestó Garion—. Eso fue un asesinato deliberado. Al menos deberíamos comprobar si sigue vivo.

—No es muy probable —dijo Barak—; sin duda, seis hombres con espadas son capaces de hacer un buen trabajo.

Otra docena de soldados, de aspecto tan desaliñado como los primeros, entró en la plaza con las espadas desenvainadas.

—Demasiado tarde, Rabbas —rió el soldado de la cicatriz dirigiéndose al jefe de los recién llegados—. Lembor ya no te necesita. Acaba de caer muerto, así que parece que te has quedado sin trabajo.

El individuo llamado Rabbas se detuvo con una expresión sombría. Luego sus facciones se transformaron con una feroz astucia.

—Tal vez tengas razón, Kragger —admitió con voz igualmente grave—, pero es probable que podamos crear algunas vacantes en la guardia de Elgon. Estoy seguro de que él se alegrará de contratar a unos buenos sustitutos.

Comenzó a avanzar mientras blandía su corta espada dibujando un arco bajo y peligroso.

Entonces se oyó el retintín de una marcha y aparecieron unos veinte legionarios en columnas de a dos; golpeaban al unísono con sus botas los adoquines de la plaza y llevaban lanzas cortas en las manos. Se detuvieron delante de los soldados y cada columna se enfrentó a un grupo con las lanzas levantadas. Los caballeros llevaban petos pulidos y brillantes y armas sin mácula.

—Muy bien, Rabbas, Kragger, ya es suficiente —dijo severo el sargento a cargo—. Quiero que os vayáis de esta calle de inmediato.

—Este cerdo ha matado a Lembor, sargento —protestó Rabbas.

—Eso está muy mal —dijo el sargento sin darle demasiada importancia—. Ahora despejad la calle, no va a haber ninguna refriega mientras yo esté de servicio.

—¿No va a hacer nada? —preguntó Rabbas.

—Sí —dijo el legionario—, voy a despejar la calle. Ahora, fuera de aquí.

Rabbas se volvió de mala gana y condujo a sus hombres fuera de la plaza.

—También va por ti, Kragger —ordenó el sargento.

—Por supuesto, sargento —dijo Kragger con una sonrisa sarcástica—. De todos modos, ya nos íbamos.

Se había reunido una multitud y cuando los legionarios escoltaron a los desaliñados soldados fuera de la plaza, se oyeron abucheos. El sargento miró a su alrededor con una expresión temible y los abucheos cesaron en el acto.

De repente Durnik lanzó un agudo silbido.

—Allí, al otro lado de la plaza —le indicó a Lobo en un murmullo ronco—. ¿No es Brill?

—¿Otra vez? —La voz de Lobo reflejaba exasperación—. ¿Cómo hace para adelantarse a nosotros todo el tiempo?

—Vayamos a averiguar lo que se propone —sugirió Seda con un brillo en los ojos.

—Reconocería a cualquiera de nosotros que intentara seguirlo —advirtió Barak.

—Dejádmelo a mí —dijo Seda, al tiempo que se apeaba de la silla.

—¿Nos ha visto? —preguntó Garion.

—No lo creo —respondió Durnik—. Está hablando con unos hombres y no mira hacia aquí.

—Al sur de la ciudad hay una posada —dijo enseguida Seda mientras se quitaba la chaqueta y la ataba a su montura—. Os encontraré allí dentro de una hora, más o menos.

Luego el hombrecillo dio media vuelta y desapareció entre la muchedumbre.

Todos desmontaron y guiaron a los animales despacio alrededor de la plaza, lo más cerca posible de los edificios y ocultándose de Brill entre éstos y los caballos.

Garion echó una mirada hacia la callejuela donde Kragger y sus hombres habían arrastrado a Lembor. En un rincón oscuro había un bulto cubierto con la capa verde y grandes salpicaduras de sangre sobre las paredes y los mugrientos adoquines de la callejuela.

Más allá de la plaza la ciudad hervía de excitación y, en algunos casos, de consternación.

—¿Lembor, dices? —le decía un mercader de rostro ceniciento y capa azul a otro de aspecto nervioso—. Imposible.

—Mi hermano acaba de hablar con un hombre que estaba allí —dijo el segundo mercader—. Cuarenta soldados de Elgon lo atacaron en medio de la calle y lo mataron delante de la gente.

—¿Qué será de nosotros? —preguntó el primer hombre con voz temblorosa.

—No sé qué harás tú, pero yo voy a esconderme. Ahora que Lembor está muerto, es probable que los soldados de Elgon nos maten a todos los demás.

—No se atreverían.

—¿Quién va a detenerlos? Me voy a casa.

—¿Por qué habremos escuchado a Lembor? —gimoteó el primer mercader—. Podríamos habernos mantenido al margen de todo este asunto.

—Ya es demasiado tarde para lamentarse —dijo el segundo hombre—. Me iré a casa y protegeré las puertas.

Dio media vuelta y se marchó veloz. El primer hombre lo miró con fijeza y luego él también salió a la carrera.

—Se juegan la vida, ¿verdad? —apuntó Barak.

—¿Y por qué lo permiten las legiones? —preguntó Mandorallen.

—En estos asuntos las legiones mantienen una posición neutral —dijo Lobo—; forma parte de su juramento.

La posada donde Seda los había enviado era un bonito edificio cuadrado rodeado de muros bajos. Amarraron sus caballos en el patio y entraron.

—Podríamos aprovechar para comer, padre —sugirió tía Pol mientras se sentaba a la limpia mesa de roble que había en la luminosa sala de estar.

—Yo sólo iba a... —Lobo miró hacia la puerta de la taberna.

—Ya lo sé —dijo ella—, pero creo que primero debemos comer.

—De acuerdo, Pol —suspiró Lobo.

El posadero les trajo una fuente de chuletas humeantes y gruesas rebanadas de pan negro untadas con mantequilla. Después de lo que había presenciado en la plaza, Garion tenía el estómago un poco revuelto, pero el aroma de las chuletas pronto se impuso. Casi habían terminado de comer cuando entró un hombrecillo zarrapastroso con una camisa de hilo, guardapolvo de cuero y un sombrero harapiento, y sin ninguna ceremonia se acomodó en la mesa. Por alguna razón, su cara les resultaba ligeramente familiar.

—¡Vino! —gritó al posadero—. ¡Y comida!

Escudriñó a su alrededor en la luz dorada que se colaba por los cristales amarillos de la sala.

—Hay otras mesas, amigo —dijo Mandorallen con frialdad. —A mí me gusta ésta —afirmó el desconocido, luego miró a cada uno de ellos por turno y lanzó una inesperada carcajada. Garion contempló atónito cómo la cara del hombre se relajaba y los músculos se movían bajo la piel hasta volver a su posición natural. Era Seda.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Barak asombrado. Seda le dedicó una sonrisa y luego se llevó las manos a la cara para masajearse las mejillas con las pumas de los dedos.

—Concentración, Barak; concentración y mucha práctica. Sin embargo, me deja las mandíbulas un poco doloridas.

—Supongo que en ciertas circunstancias esa habilidad resultará muy útil —dijo Hettar con suavidad.

—Sobre todo para un espía —dijo Barak. Seda, irónico, le hizo una reverencia.

—¿De dónde has sacado esa ropa?

—La he robado —dijo Seda con un encogimiento de hombros mientras se quitaba el guardapolvo.

—¿Qué hace Brill aquí? —preguntó Lobo.

—Buscar problemas, como siempre —respondió Seda—. Le dice a la gente que un murgu llamado Asharak ofrece una recompensa por cualquier información sobre nosotros. Te describe bastante bien, viejo amigo, aunque de un modo no demasiado halagador.

—Creo que tendremos que ocuparnos de Asharak muy pronto —dijo tía Pol—, está empezando a ponerme nerviosa.

—Hay algo más —dijo Seda mientras se servía una chuleta—. Brill le dice a todo el mundo que Garion es el hijo de Asharak, que nosotros lo hemos secuestrado y que ofrece una gran recompensa por su liberación.

—¿Garion? —preguntó tía Pol, incisiva. Seda asintió.

—La magnitud de la recompensa que ofrece hará que todos los tolnedranos mantengan los ojos bien abiertos —explicó, al tiempo que cogía un trozo de pan.

—¿Por qué a mí? —preguntó Garion, que sentía ya una aguda punzada de temor.

—Para demorarnos —dijo Lobo—. Asharak, sea quien sea, sabe que Polgara se quedaría para rescatarte, y también nosotros, casi con seguridad. De ese modo Zedar tendría tiempo de escapar.

—¿Pero *quién* es Asharak? —preguntó Hettar entrecerrando los ojos.

—Supongo que un grolim —dijo Lobo—. Sus actividades son demasiado importantes para un vulgar murgo.

—¿En qué se nota la diferencia? —preguntó Durnik.

—No se nota —respondió Lobo—, son muy parecidos. Pertenecen a distintas tribus pero tienen un parentesco más cercano que con cualquier otro de los pueblos angaraks. Cualquiera puede distinguir un nadrak de un thull, o un thull de un malloreano, pero los murgos y los grolims son tan parecidos que no se nota la diferencia.

—Yo nunca he tenido problemas —dijo tía Pol—; sus mentes son muy distintas.

—Eso nos lo pone mucho más fácil —comentó Barak con frialdad—. Sólo tendremos que abrirle la cabeza al próximo murgo que encontremos, y tú nos enseñas la diferencia.

—Últimamente has pasado demasiado tiempo con Seda —afirmó tía Pol con acritud— y empiezas a hablar como él.

Barak miró a Seda y le hizo un guiño.

—Dejémoslo aquí y veamos si podemos salir de la ciudad sin complicaciones —dijo Lobo—. ¿Hay alguna callejuela trasera para salir de este lugar? —le preguntó a Seda.

—Por supuesto —dijo Seda, aún comiendo.

—¿La conoces bien?

—¡Por favor! —Seda parecía algo ofendido—, por supuesto que la conozco bien.

La callejuela por donde Seda los condujo era estrecha, estaba desierta y olía bastante mal, pero los llevó a la salida sur de la ciudad y pronto estuvieron otra vez en la ruta.

—No vendría mal que nos apresuráramos un poco —dijo Lobo.

Clavó los talones en las ancas del caballo y salió a todo galope. Cabalgaron hasta bien entrada la noche. La luna, de aspecto abultado y enfermizo, se levantaba lenta sobre el horizonte y llenaba la noche de una luz pálida que desvaneció los colores. Por fin Lobo se detuvo.

—En realidad no tiene sentido cabalgar toda la noche —dijo—. Salgamos del camino y durmamos unas horas. Mañana saldremos temprano, esta vez quiero adelantarme a Brill.

—¿Allí? —sugirió Durnik señalando un bosquecillo que apenas se vislumbraba a la luz de la luna, no muy lejos del camino.

—Servirá —decidió Lobo—. No creo que necesitemos hacer fuego.

Penetraron en el bosquecillo con los caballos y sacaron las mantas de los sacos. La luz de la luna se filtraba entre los árboles y le daba un aspecto moteado al suelo cubierto de hojas. Garion tanteó con los pies hasta encontrar un sitio plano, se envolvió en las mantas, y después de dar unas cuantas vueltas, se quedó dormido.

De repente se despertó sobresaltado, encandilado por la luz de una media docena de antorchas. Alguien le apretaba el pecho con un enorme pie y le apoyaba con firmeza la punta de una espada en la garganta.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó una voz ronca—. ¡Mataremos a cualquiera que haga un movimiento!

Garion se quedó rígido de pánico y la punta de la espada se afirmó aún más en su garganta. Volvió la cabeza hacia ambos lados y vio que todos sus amigos estaban sujetos del mismo modo. A Durnik, que hacía guardia, lo sostenían entre dos rudos soldados y le habían puesto un trapo en la boca.

—¿Qué significa esto? —exigió saber Seda.

—Ya te enterarás —dijo con brusquedad el que mandaba al grupo—. Coged sus armas.

Mientras gesticulaba, Garion observó que le faltaba un dedo de la mano derecha.

—Aquí hay algún error —dijo Seda—. Soy Radek de Boktor, un mercader, y ni yo ni mis amigos hemos hecho nada malo.

—¡Ponte en pie! —ordenó el soldado de cuatro dedos ignorando las objeciones del hombrecillo—. Si cualquiera de vosotros intenta escapar, mataremos a todos los demás.

—Te arrepentirás de esto, capitán —dijo Seda mientras se incorporaba y se acomodaba la gorra—. Tengo amigos muy poderosos en Tolnedra.

—Eso a mi no me importa —afirmó el soldado mientras se encogía de hombros—. Yo recibo órdenes del conde Dravor y él me dijo que os apresara.

—Muy bien —dijo Seda—. Entonces vayamos a ver al conde Dravor. Aclaremos esto ahora mismo. No hay necesidad de que vayáis blandiendo vuestras espadas, pues os acompañaremos sin resistencia. Ninguno de nosotros hará nada que pueda ponerlos nerviosos.

—No me gusta tu tono, mercader —dijo el soldado de cuatro dedos mientras sus facciones se ensombrecían bajo la luz de la antorcha.

—No te pagan para que te guste mi tono, amigo —dijo Seda—, sino para que nos escoltes hasta la residencia del conde Dravor. Ahora será mejor que marchemos. Cuanto antes lleguemos allí, más pronto podré darle un informe completo de tu conducta.

—Coged sus caballos —gruñó el soldado.

Garion se volvió hacia tía Pol.

—¿No puedes hacer nada? —le preguntó en voz baja.

—¡Silencio! ¡No habléis! —rugió el soldado que los había capturado.

Garion, impotente, contempló la espada que le apuntaba al pecho.

La casa del conde Dravor era un enorme edificio blanco en el centro de un amplio prado, rodeado de arbustos podados y cuidados jardines. Cabalgaban despacio bajo la luna, que ahora se encontraba sobre sus cabezas e iluminaba cada detalle del ondulado camino de piedrecillas blancas que conducía a la casa.

Cuando llegaron al patio, situado entre la casa y el jardín del oeste, los soldados les ordenaron que bajaran y los empujaron adentro. Recorrieron un largo corredor hasta llegar a una puerta maciza y pulida.

El conde Dravor era un hombre delgado y de aspecto endeble, con grandes bolsas bajo los ojos. Estaba repantigado en una silla en el centro de la lujosa habitación y, cuando entraron, los miró con una sonrisa agradable, casi encantadora. Llevaba una túnica de color rosa pálido, con un festón plateado en los bordes y alrededor de las mangas que indicaba su rango. La túnica estaba muy arrugada y no del todo limpia.

—¿Quiénes son estos invitados? —farfulló de forma casi inaudible.

—Los prisioneros, señor —explicó el soldado de cuatro dedos—. Los que ordenaste que arrestáramos.

—¿Yo ordené que arrestarais a alguien? —volvió a farfullar el conde—. ¡Qué cosa tan poco habitual en mi! Espero no haberos molestado, amigos.

—Estamos un poco sorprendidos, eso es todo —dijo Seda con cautela.

—Me pregunto por qué lo habré hecho —declaró el conde—. Debo de haber tenido una razón, yo nunca hago nada sin motivo. ¿Qué habéis hecho?

—No hemos hecho nada malo, señor —le aseguró Seda.

—Entonces, ¿por qué iba a arrestaros? Tiene que haber algún error.

—Eso es lo que pensamos, señor —dijo Seda.

—Bueno, me alegro de que todo quede aclarado —dijo el conde con alegría—. ¿Puedo ofrecerles algo de comer?

—Ya hemos cenado, señor.

—¡Oh! —La cara del conde reflejó su decepción—. ¡Tengo tan pocas visitas!

—Tal vez Y'diss, tu chambelán, recuerde la razón para detener a esta gente, señor —sugirió el soldado de cuatro dedos.

—Por supuesto —dijo el conde—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? Y'diss lo recuerda todo. Por favor, envía a buscarlo enseguida.

—Si, señor —asintió el soldado con una reverencia e hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres.

El conde Dravor, como en sueños, comenzó a jugar con los pliegues de su túnica mientras aguardaba tarareando una desentonada canción.

Después de unos minutos se abrió la puerta de la sala y entró un hombre con una túnica iridiscente cubierta de bordados. Tenía la cabeza afeitada y un rostro muy sensual.

—¿Enviaste por mí, señor? —Su voz áspera era casi un silbido.

—¡Ah, Y'diss! —exclamó el conde Dravor contento—, eres muy amable al acompañarnos.

—Es un placer servirte, señor —dijo el chambelán con una sinuosa reverencia.

—Me pregunto por qué había invitado a venir a estos amigos —dijo el conde—, parece que lo he olvidado. ¿Lo recuerdas tú, por casualidad?

—Es un asunto sin importancia, señor —respondió Y'diss—, y yo puedo ocuparme de él con facilidad. Tú necesitas descansar, ya sabes que no debes agotarte.

—Ahora qué lo dices, me siento un poco fatigado, Y'diss. Tal vez tú puedas atender a nuestros invitados mientras yo descanso.

—Por supuesto que sí, señor —asintió Y'diss con otra reverencia.

El conde se acomodó en el sillón y se quedó dormido casi en el acto.

—El conde tiene una salud muy delicada —explicó Y'diss con voz aduladora— y rara vez abandona su sillón. Alejémonos un poco para no molestarlo.

—Sólo soy un mercader drasniano, eminencia —dijo Seda—, y éstos son mi hermana y mis sirvientes. Estamos desconcertados con todo esto.

—¿Por qué sigues con ese cuento absurdo, príncipe Kheldar? —rió Y'diss—. Te conozco a ti y a todos los demás, y sé cuál es vuestra misión.

—¿Y para qué nos quieres, nyissano? —preguntó Lobo con brusquedad.

—Sirvo a mi señora, la eterna Salmisra —respondió Y'diss.

—¿La mujer serpiente se ha convertido en instrumento de los grolims? —preguntó tía Pol—. ¿O acaso se somete a la voluntad de Zedar?

—Mi reina no se somete a la voluntad de nadie, Polgara —repuso Y'diss con desdén.

—¿De veras? —Ella alzó las cejas—. Entonces es sorprendente encontrar a su siervo bailando al son de su música.

—Yo no tengo tratos con los grolims —aseguró Y'diss—. Os buscan por toda Tolnedra, pero he sido yo el que os ha encontrado.

—Eso no significa que puedas retenernos, Y'diss —señaló el señor Lobo con tranquilidad—. Ahora dínos qué significa todo esto.

—Te diré sólo lo que me dé la gana, Belgarath.

—Creo que ya es suficiente, padre —dijo tía Pol—. No tenemos tiempo para acertijos nyissanos, ¿verdad?

—No lo hagas, Polgara —le advirtió Y'diss—. Conozco todo lo referente a tus poderes y mis soldados matarán a tus amigos en cuanto levantes la mano.

Garion sintió que alguien lo sujetaba desde atrás y apoyaba con firmeza una espada en su garganta.

—¡Te estás metiendo en un terreno peligroso! —exclamó tía Pol lanzando chispas por los ojos.

—No es necesario que intercambiamos amenazas —dijo el señor Lobo—. Entonces ¿no tienes intención de entregarnos a los grolims?

—No me interesan los grolims —respondió Y'diss—. Mi reina me ha dado órdenes de llevaros ante ella a Sthiss Tor.

—¿Qué interés tiene Salmisra en este asunto? —preguntó Lobo—. No es nada que le concierna a ella.

—Dejaré que os lo explique ella misma cuando lleguemos a Sthiss Tor. Mientras tanto, quiero que me expliques unas cuantas cosas.

—Creo que no vais a tener mucha suerte —apuntó Mandorallen con solemnidad—. No acostumbramos discutir nuestros asuntos con desconocidos inmorales.

—Creo que te equivocas, mi querido barón —repuso Y'diss con una fría sonrisa—. Esta casa tiene sótanos profundos y lo que en ellos ocurre puede ser muy desagradable. Tengo sirvientes muy diestros en la aplicación de tormentos exquisitamente persuasivos.

—No temo vuestros tormentos, nyissano —aseguró Mandorallen con desdén.

—No, supongo que no los teméis. El temor requiere imaginación, y vosotros, los arendianos, no sois lo suficientemente listos como para tenerla. Sin embargo, los tormentos harán tambalear tu voluntad y servirán de entretenimiento a mis sirvientes. Es difícil encontrar buenos torturadores, y si no se les permite practicar, se vuelven perezosos, estoy seguro de que lo comprenderás. Mas tarde, cuando hayáis tenido una o dos sesiones con ellos, intentaremos alguna otra cosa. Nyissa es una región rica en raíces, hierbas y pequeños frutos con propiedades curiosas. Aunque parezca mentira, casi todos los hombres prefieren el potro de tormento o la rueda antes que mis pequeñas infusiones. —Y'diss lanzó una carcajada, un ruido brutal sin trazas de alegría—. Discutiremos todo esto más tarde, después de que acompañe al conde a sus habitaciones. Por ahora los guardianes os llevarán a las habitaciones que os he preparado abajo.

El conde Dravor se despertó y miró a su alrededor con expresión soñolienta.

—¿Nuestros amigos se retiran tan pronto? —preguntó.

—Sí, mi señor —contestó Y'diss.

—Bueno —dijo el conde con una leve sonrisa—, id con Dios, queridos amigos. Espero que regreséis algún día para que podamos reanudar nuestra encantadora conversación.

Garion fue conducido a una celda húmeda y pegajosa que olía a cloacas y a comida podrida, pero lo peor era la oscuridad. Se acurrucó junto a la puerta de hierro y las tinieblas se cernieron sobre él. Desde un extremo de la celda llegaban ruidos de rasguños y pequeños pasos. Pensó que serían ratas e intentó quedarse lo más cerca posible de la puerta. Oía caer agua en algún sitio y sintió la garganta reseca de sed.

Estaba oscuro, pero no silencioso. Las cadenas retintineaban en una celda vecina y alguien se quejaba. Desde más lejos llegaba una risa demencial, un cloqueo sin sentido que se repetía sin pausa una y otra vez y retumbaba en un eco eterno en la oscuridad. Alguien gritaba, le seguía un sonido taladrante e insoportable y de nuevo gritos. Garion se agazapó contra las paredes pegajosas de la celda, mientras su mente se imaginaba los tormentos que provocaban esos aullidos.

En un lugar así el tiempo no contaba, por lo tanto no supo cuánto tiempo había pasado acurrucado en la celda, solo y asustado, antes de que escuchara un ligero sonido metálico procedente de la puerta. Se alejó a gatas y tambaleó sobre el suelo irregular mientras intentaba llegar a la pared del fondo.

—¡Vete! —gritó.

—Baja la voz, Garion —susurró Seda desde el otro lado de la puerta.

—¿Eres tú, Seda? —Garion casi lloró de alivio. —¿A quién esperabas?

—¿Cómo te soltaste?

—No hables tanto —dijo Seda entre dientes—. ¡Condenado óxido! —maldijo, luego gruñó y se oyó un chirrido metálico procedente de la puerta—. ¡Ahora! —La puerta de la celda se abrió y a través de ella se coló la luz mortecina de unas antorchas—. Ven —susurró Seda—, tenemos que darnos prisa.

Garion salió de la celda casi corriendo. Tía Pol los esperaba unos pasos más allá en el sombrío corredor y Garion se le acercó sin pronunciar palabra. Ella lo miró un instante con seriedad y luego lo rodeó con sus brazos. Ninguno de los dos dijo nada.

Seda intentaba abrir otra puerta. El cerrojo chirrió, se abrió, y dejó paso a Hettar.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó a Seda.

—¡Óxido! —protestó Seda en voz baja—. Me gustaría azotar a todos los carceleros de este lugar por tener las cerraduras en este estado.

—¿No creéis que deberíamos darnos prisa? —sugirió Barak, mirándolos de soslayo mientras montaba guardia.

—¿Prefieres hacerlo tú? —se quejó Seda.

—Ve lo más aprisa que puedas —dijo tía Pol mientras doblaba con cuidado la capa azul sobre su brazo—; ahora no tenemos tiempo para peleas.

Seda refunfuñó, enfadado, y se dirigió hacia la puerta siguiente.

—¿Toda esta oratoria es de verdad necesaria? —preguntó incisivo el señor Lobo, el último que liberaron, mientras salía de la celda—. Habéis estado cacareando aquí afuera como una bandada de gansos.

—El príncipe Kheldar sintió la necesidad de hacer observaciones sobre el estado de las cerraduras —dijo Mandorallen, divertido.

Seda lo miró ceñudo y luego los guió hacia el final del corredor, donde las antorchas de aceite humeaban bajo el techo ennegrecido.

—Tened cuidado —susurró Mandorallen apremiante—, hay un guardia.

Un hombre barbudo, cubierto con una sucia chaqueta de piel, roncaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Podremos pasar sin despertarlo? —murmuró Durnik.

—No va a despertarse hasta dentro de unas cuantas horas —dijo Barak sombrío.

El gran bulto amoratado a un lado de la cara del guardia lo explicaba todo.

—¿Creéis que puede haber otros? —preguntó Mandorallen mientras flexionaba las muñecas.

—Había varios más —dijo Barak—, también están durmiendo. —Entonces salgamos de aquí —dijo Lobo. —Nos llevaremos a Y'diss con nosotros, ¿verdad? —preguntó tía Pol.

—¿Para qué?

—Me gustaría hablar con él largo y tendido —dijo ella.

—Sería una pérdida de tiempo —opinó Lobo—. Salmisra está mezclada en este asunto y eso es todo lo que necesitamos saber, sus motivos no me interesan demasiado. Salgamos de aquí haciendo el menor ruido posible.

Pasaron junto al guardia que roncaba, giraron y caminaron en silencio por otro corredor.

—¿Murió? —preguntó una voz muy estridente, desde atrás de una puerta de barrotes que despedía una luz roja y humeante.

—No —respondió otra voz—, sólo se desmayó. Has tirado demasiado fuerte de la palanca. Tienes que mantener la presión constante, de lo contrario se desmayan y tienes que empezar otra vez.

—Esto es mucho más difícil de lo que creía —se lamentó la primera voz.

—Lo estás haciendo bien —le aseguró la segunda—. El potro tiene sus trucos. Sólo recuerda que debes mantener una presión constante y no muevas la palanca. Casi siempre se mueren si les sacas los brazos de las articulaciones.

Las facciones de tía Pol se tensaron y por un instante sus ojos despidieron chispas. Hizo un pequeño ademán y murmuró algo, al tiempo que Garion oyó un sonido sordo y apagado en su mente.

—¿Sabes? —dijo muy débil la primera voz—, de repente no me siento muy bien.

—Ahora que lo dices, yo tampoco —comentó la primera voz—. ¿Esa carne que comimos para cenar estaría en buen estado?

—Eso *parecía*. —Hubo una larga pausa—. *De verdad*, no me encuentro bien.

Pasaron de puntillas junto a la puerta de barrotes y Garion evitó mirar al interior. Al final del pasillo había una puerta maciza de roble, reforzada con hierro. Seda apoyó su mano en el pomo.

—Está cerrada por fuera —dijo.

—Viene alguien —aviso Hettar.

Del otro lado de la puerta se oían fuertes pisadas, luego el murmullo de varias voces y una feroz carcajada. Lobo se volvió con rapidez hacia la puerta de una celda cercana, rozó la oxidada cerradura de hierro con los dedos y ésta se abrió sin dificultad.

—Aquí —murmuró, y todos se apiñaron en la celda. Lobo cerró la puerta.

—Cuando tengamos tiempo, me gustaría hablar contigo de esto —dijo Seda.

—Estabas tan divertido con las cerraduras, que no quise interferir —afirmó Lobo con una ligera sonrisa—. Ahora escucha, tendremos que ocuparnos de esos hombres antes de que descubran que nuestras celdas están vacías y despierten a toda la casa.

—Podemos hacerlo —aseguró confiado Barak. Todos esperaron.

—Están abriendo la puerta —murmuró Durnik.

—¿Cuántos son? —preguntó Mandorallen. —No estoy seguro.

—Ocho —dijo tía Pol sin dudar.

—Muy bien, los dejaremos pasar y luego atacaremos por detrás —decidió Barak—. Uno o dos gritos no se notarán mucho en un sitio como éste, pero intentemos reducirlos rápido.

Aguardaron nerviosos en la oscuridad de la celda.

—Y'diss dice que no importa si uno de ellos muere en el interrogatorio —comentaba uno de los hombres de afuera—. Sólo tenemos que mantener con vida al viejo, a la mujer y al chico.

—Matemos primero al grandote de los bigotes rojos —sugirió otro—, tiene aspecto de ser peligroso y sin duda es tan estúpido que no sabrá nada.

—Ese es para *mi* —murmuró Barak.

Los hombres pasaron por el pasillo junto a la celda.

—Adelante —dijo Barak.

Fue una pelea corta y fea. Se abalanzaron sobre los carceleros con salvaje precipitación y los redujeron antes de que los hombres se dieran cuenta de lo que sucedía. Uno de ellos lanzó un grito de asombro, se desvió de la lucha y corrió hacia las escaleras. Sin pensarlo, Garion saltó a su paso, rodó por el suelo, le cogió los pies y lo hizo caer. El guarda intentó levantarse, pero Seda lo golpeó con el pie en la nuca y el hombre se desplomó como un saco de patatas.

—¿Estás bien? —preguntó Seda.

Garion salió de debajo del guarda inconsciente y se puso en pie, pero la lucha casi había terminado. Durnik golpeaba la cabeza de un hombre corpulento contra la pared, mientras Barak le daba un puñetazo a otro, Mandorallen estrangulaba a un tercero y Hettar sujetaba con los brazos a un cuarto. El guarda, con los ojos muy abiertos, lanzó un solo grito y las manos de Hettar se cerraron sobre él. El alto algarío se enderezó, giro en círculos y estrelló el cuerpo del hombre con una fuerza terrorífica. Se oyó el crujir de huesos rotos y el hombre quedó inconsciente.

—Bonita pelea —dijo Barak mientras se masajeaba los nudillos.

—Divertida —asintió Hettar, y dejó que el cuerpo laxo de su oponente se deslizara hasta el suelo.

—¿Ya estáis listos? —preguntó con voz ronca Seda desde la puerta que daba a las escaleras.

—Casi —respondió Barak—. ¿Necesitas ayuda, Durnik?

Durnik levantó la barbilla de su corpulento adversario y examinó con detenimiento sus ojos en blanco. Luego, por previsión, le golpeó la cabeza contra la pared por última vez y lo dejó caer.

—¿Vamos? —sugirió Hettar.

—Será lo mejor —asintió Barak, al tiempo que echaba una última mirada al desorden del corredor.

—La puerta de arriba no tiene llave —les dijo Seda cuando se le unieron—, y el pasillo está vacío. Parece que todos duermen, pero no hagamos ruido. —Lo siguieron en silencio

por la escalera y al llegar arriba se detuvieron—. Esperad aquí —susurró, y desapareció sin que sus pies hicieran el mas mínimo ruido.

Después de lo que pareció un tiempo interminable volvió con las armas que los soldados les habían quitado.

—Pensé que podríamos necesitarlas.

Garion se sintió mucho mejor después de amarrar la espada a su cintura.

—Vamos —dijo Seda; los condujo hacia el fondo del pasillo y allí giró.

—Creo que me gustaría un poco del verde, Y'diss —se oyó la voz del conde Dravor detrás de una puerta entreabierta.

—Desde luego, mi señor —respondió Y'diss con su voz sibilina y áspera.

—El verde tiene un sabor desagradable —dijo el conde Dravor con voz soñolienta—, pero me produce unos sueños muy hermosos. En cambio el rojo sabe mejor, pero los sueños no son tan bonitos.

—Pronto estarás listo para el azul, señor —prometió Y'diss. Se oyó un débil tintineo de cristal y el sonido de un líquido que caía en un vaso—. Luego el amarillo y por ultimo el negro. El negro es el mejor de todos.

Pasaron en puntillas junto a la puerta entreabierta, con Seda al frente. La puerta de la calle se abrió enseguida gracias a su habilidad, y todos salieron a la noche fresca alumbrada por la luna. Las estrellas titilaban sobre sus cabezas y el aire tenía un aroma dulzón.

—Traeré los caballos —dijo Hettar.

—Ve con él, Mandorallen —ordenó Lobo—. Os esperaremos allí. —Y señaló hacia el oscuro jardín. Los dos hombres desaparecieron al doblar la esquina y el resto siguió al señor Lobo hacia los arbustos sombríos que rodeaban la casa del conde Dravor.

Aguardaron allí. La noche era fresca y Garion no pudo evitar un temblequeo por el frío. Luego escucharon el ruido de las pisadas de los caballos sobre las piedras y aparecieron Hettar y Mandorallen con los animales.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Lobo—. En cuanto Dravor se quede dormido, Y'diss bajará a las mazmorras y descubrirá que nos hemos escapado. Saquemos a los caballos a pie; será mejor que nos alejemos de la casa antes de hacer ningún ruido.

Caminaron con los caballos detrás a través del jardín iluminado por la luna hasta salir a campo abierto. Entonces montaron con cuidado.

—Démonos prisa —aconsejó tía Pol, tras echar un ultimo vistazo a la casa.

—He conseguido un poco de tiempo extra para huir —dijo Seda con una risita corta.

—¿Qué has hecho? —preguntó Barak.

—Cuando he ido a buscar nuestras armas, de paso he prendido fuego a la cocina. Eso los mantendrá ocupados un rato.

Desde la parte trasera de la casa se elevaba una columna de humo.

—Muy listo —dijo tía Pol con una admiración algo reticente.

—Muchas gracias, señora —respondió Seda con una pequeña reverencia burlona.

El señor Lobo rió entre dientes y se puso al frente al trote. La nube de humo que salía de la casa se hacía cada vez más espesa y se elevaba, negra y grasienta, hacia las indiferentes estrellas.

Durante los días siguientes cabalgaron casi sin pausa; se detuvieron sólo para dormir unas pocas horas a intervalos irregulares y dar descanso a los caballos.

Garion descubrió que cuando iban al trote podía dormir sentado en la montura; de hecho, descubrió que podía dormir prácticamente en cualquier sitio. Una tarde, cuando disminuyeron la marcha para descansar, oyó que Seda hablaba con el viejo y con tía Pol. La curiosidad venció al cansancio y se puso a escuchar.

—Me gustaría saber algo más sobre el papel de Salmisra en todo este asunto —decía el hombrecillo.

—Es una oportunista —respondió Lobo—, siempre que hay problemas ella intenta sacar alguna ventaja.

—Eso significa que tendremos que eludir a los nyissanos tanto como a los murgos.

Garion abrió los ojos.

—¿Por qué la llaman Eterna Salmisra? —le preguntó a tía Pol—. ¿Es muy vieja?

—No —respondió tía Pol—, las reinas de Nyissa siempre se llaman Salmisra, eso es todo.

—¿Y tú conoces a ésta en particular?

—No necesito conocerla —le dijo—. Son todas exactamente iguales, tienen el mismo aspecto y actúan de modo similar. Si conoces a una, conoces a todas.

—Va a quedar muy decepcionada con Y'diss —apuntó Seda, sonriente.

—Me imagino que Y'diss debe de haber encontrado una forma silenciosa e inocua de escapar —dijo Lobo—. Salmisra tiende a cometer excesos cuando se enfada.

—¿Entonces es muy cruel?

—No exactamente —explicó Lobo—. Los nyissanos admiran a las serpientes y si tú molestas a una serpiente, ésta te muerde. Es una criatura simple, pero muy lógica. Una vez que muerde no guarda más rencores.

—¿Es necesario que hablemos de serpientes? —preguntó Seda con voz apenada.

—Creo que los caballos ya están descansados —dijo Hettar, que venía detrás—. Podemos irnos.

Volvieron a apurar la marcha y galoparon hacia el sur, en dirección al extenso valle del río Nedrane y a Tol Honeth. El sol se hacía cada vez más cálido y los árboles del camino comenzaban a brotar con la llegada de la primavera.

La esplendorosa Ciudad Imperial estaba situada sobre una isla en medio del río y todos los caminos conducían a ella. Erguida sobre el fértil valle, se divisaba con claridad desde lo alto del último arrecife, y parecía más grande a medida que se acercaban a ella. Estaba construida por entero en mármol blanco y, bajo el sol radiante de la mañana, su visión resultaba deslumbrante. Las murallas eran altas y gruesas y las torres del interior de la ciudad se alzaban sobre ellas.

Por encima de las turbulentas aguas del Nedrane se arqueaba un puente lleno de gracia, hasta la entrada de bronce, donde un grupo de pulcros legionarios montaban guardia constantemente.

Seda se acomodó su elegante capa y su gorra y se irguió con una expresión seria y expeditiva. Era obvio que pasaba por una íntima transición durante la cual casi se convencía a sí mismo de que era el mercader drasniano cuya identidad había asumido.

—¿Qué lo trae a Tol Honeth? —preguntó uno de los legionarios con cortesía.

—Soy Radek de Boktor —dijo Seda con el aire preocupado de un hombre con la mente en los negocios—. Traigo tejidos sendarios de la mejor calidad.

—Entonces querrá hablar con el encargado del mercado central —sugirió el legionario.

—Gracias —asintió Seda, y se internó en las calles amplias y concurridas al otro lado de la entrada.

—Creo que será conveniente que pase por el palacio a hablar con Ran Borune —dijo el señor Lobo—. No es fácil tratar con los Borune, pero son los más inteligentes. No me costará mucho convencerlo de la gravedad de la situación.

—¿Cómo vas a hacer para verlo? —le preguntó tía Pol—. Pueden pasar semanas antes de que te den una cita, ya sabes cómo son.

—Supongo que tendré que hacerle una visita protocolaria —señaló el señor Lobo con un gesto de amargura mientras se abrían paso entre la multitud.

—¿Y que toda la ciudad se entere de que estás aquí?

—¿Tengo alguna otra alternativa? Debo comprometer a los tolhedranos, no podemos permitirnos el lujo de que adopten una posición neutral.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Barak.

—A esta altura estoy dispuesto a considerar cualquier propuesta.

—¿Por qué no vamos a ver a Grinneg? —dijo Barak—. Es el embajador cherek en Tol Honeth y podría conseguírnos una cita con el emperador sin demasiadas complicaciones.

—No es mala idea, Belgarath —convino Seda—. Grinneg tiene suficientes contactos en palacio como para conseguir una cita pronta y Ran Borune lo respeta.

—Entonces sólo nos resta saber como acceder al embajador —dijo Durnik cuando se detuvieron para dejar paso a un enorme carro.

—Es mi primo —dijo Barak—. El, Anheg y yo solíamos jugar juntos cuando éramos pequeños. —El hombretón echó una mirada a su alrededor—. Creo que tiene una casa cerca del cuartel de la Tercera Legión Imperial. Podríamos preguntar el camino.

—No será necesario —dijo Seda—. Yo sé dónde está.

—He debido imaginarlo —sonrió Barak.

—Podemos llegar a través del mercado del norte —dijo Seda—. El cuartel está cerca de los muelles principales, al otro extremo de la isla.

—Guíanos —ordenó Lobo—. No quiero perder demasiado tiempo aquí.

Las calles de Tol Honeth estaban abarrotadas de gente de todas partes del mundo, drasnianos y rivanos codo a codo con nyissanos y thulls. Había unos cuantos nadraks y, a juicio de Garion, un número desproporcionado de murgos. Tía Pol cabalgaba muy cerca de Hettar, le hablaba en voz baja y a menudo apoyaba su mano con suavidad sobre la de él. Los ojos del algario echaban chispas y sus orificios nasales temblaban peligrosamente cada vez que veía la cara con cicatrices de un murgo.

A ambos lados de la amplia calle se alzaban casas majestuosas, con fachadas de mármol blanco y puertas macizas con frecuencia vigiladas por mercenarios privados que miraban a los transeúntes con expresión agresiva.

—La Ciudad Imperial está llena de desconfianza —observó Mandorallen—. ¿Tanto temen a sus vecinos?

—Corren tiempos difíciles —explicó Seda—, y los privilegiados comerciantes de Tol Honeth guardan gran parte de la riqueza del mundo en sus salas de caudales. En esta misma calle hay hombres que, si quisieran, podrían comprar Arendia entera.

—Arendia no está en venta —aseguró Mandorallen con gravedad.

—En Tol Honeth, mi querido barón, todo está en venta —le respondió Seda—: el honor, la virtud, la amistad y el amor. Es una ciudad perversa llena de gente perversa, donde el dinero es lo único que importa.

—Entonces es el sitio más indicado para ti —dijo Barak.

—Me gusta Tol Honeth —admitió Seda entre risas—. Aquí la gente no vive de ilusiones, todos son agradablemente corruptos.

—Eres un mal hombre —afirmó contundente Barak.

—Ya lo has dicho antes —respondió el hombrecillo de cara de hurón con un esbozo de sonrisa burlona.

La bandera de Cherek, con la imagen de un barco de guerra blanco sobre un fondo azul celeste, se agitaba en su mástil sobre la puerta de la casa del embajador. Barak desmontó y se dirigió a la reja de hierro que impedía la entrada.

—Dile a Grinneg que su primo Barak ha venido a verlo —anunció a los barbados guardias que se hallaban dentro.

—¿Cómo sabemos si eres de verdad su primo? —preguntó con brusquedad uno de los guardias.

Barak pasó la mano a través de las rejas como por descuido, cogió al guardia por la parte delantera de su cota de malla y lo atrajo con fuerza contra los barrotes.

—¿Te importaría volver a formular esa pregunta —exigió—, ahora que todavía te quedan fuerzas para hacerlo?

—Perdón, señor Barak —se apresuró a disculparse el hombre—. Ahora que estamos más cerca, me parece reconocer su cara.

—Estoy seguro de que lo harías —respondió Barak.

—Permitidme que os abra la puerta —suspiró el guardia.

—Excelente idea —dijo Barak a la vez que soltaba la cota de malla del guardia.

El soldado abrió la puerta con presteza y el grupo penetró en el amplio patio de la casa.

Grinneg, el embajador del rey Anheg en la Corte Imperial de Tolnedra, era un hombre corpulento, casi tan grande como Barak. Tenía una barba muy corta y llevaba una túnica azul de estilo tolnedrano. Bajó por los escalones de dos en dos y estrechó a Barak en un fuerte abrazo.

—¡Pirata! —rugió—. ¿Qué haces en Tol Honeth?

—Anheg ha decidido invadir la ciudad —bromeó Barak—, y una vez que hayamos capturado todo el oro y las mujeres jóvenes, te dejaremos quemarla.

Por un instante los ojos de Grinneg reflejaron un brillo de codicia.

—¿No crees que se enfurecerían? —dijo con una sonrisa irónica.

—¿Qué le pasó a tu barba? —preguntó Barak. Grinneg tosió, avergonzado.

—No tiene importancia —se apresuró a contestar.

—Nunca hubo secretos entre nosotros —lo acusó Barak.

Grinneg, abochornado, le dijo algo entre susurros y Barak estalló en una sonora carcajada.

—¿Cómo le permitiste que lo hiciera? —preguntó.

—Yo estaba borracho —explicó Grinneg—. Entremos, tengo una cerveza muy buena en el sótano.

Todos siguieron a los dos hombretones al interior de la casa y atravesaron un amplio pasillo hasta llegar a una estancia decorada al estilo cherek: sillones macizos, bancos cubiertos con pieles, suelos con alfombras de junco y una enorme chimenea donde ardía el extremo de un inmenso tronco.

—Así me siento como en casa —comentó Grinneg.

Un criado trajo jarras de una cerveza marrón oscura para todos y abandonó la habitación en silencio. Garion cogió su jarra y enseguida tomó un gran sorbo del amargo brebaje antes de que tía Pol sugiriera que le convendría algo más suave. Ella lo observó con una mirada inexpresiva y no hizo ningún comentario.

Grinneg se arrellanó en un sillón grande, tallado a mano y cubierto por una piel de oso.

—¿Cuál es el verdadero motivo de tu visita a Tol Honeth, Barak? —preguntó.

—Grinneg —dijo Barak con seriedad—, éste es Belgarath, sin duda habrás oído hablar de él.

El embajador miró asombrado a Lobo y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Estás en tu casa —dijo respetuoso.

—¿Puedes llevarme a ver a Ran Borune? —preguntó Lobo mientras se sentaba en un tosco banco cerca el fuego. —No habrá dificultad.

—Bien —dijo Lobo—, debo hablar con él pero no quiero armar ningún alboroto al hacerlo.

Barak presentó a todos los demás y su primo saludó a cada uno con un gesto cortés.

—Habéis venido a Tol Honeth en un momento muy agitado —dijo cuando acabaron las formalidades—. Los nobles de Tolnedra llegan a la ciudad como cuervos en torno a una vaca muerta.

—Vimos una o dos muestras de ello en el camino al sur —comentó Seda—. ¿La situación está tan mal como dicen?

—Tal vez peor —respondió Grinneg mientras se rascaba una oreja—. La sucesión dinástica sólo ocurre unas pocas veces al eón. Los Borune han estado en el poder durante más de seis siglos y las demás familias esperan el cambio con mucho entusiasmo.

—¿Quién tiene más posibilidades de suceder a Ran Borune?

—En este momento parece que el gran duque Kador de Tol Vordue —respondió Grinneg—. Por lo visto tiene más dinero que los demás. Los Honeth son más ricos, por supuesto, pero tienen siete candidatos y el dinero no llega para tanto. Lo cierto es que las demás familias no están en condiciones de competir, los Borune no tienen ningún candidato adecuado y nadie toma en serio a los Ranit.

Garion apoyó su jarra con cuidado en el suelo, junto al taburete donde estaba sentado. La cerveza amarga no tenía tan buen sabor y en cierto modo se sentía estafado. Sin embargo, la media jarra que había bebido le hacía arder las orejas y tenía la impresión de que la punta de su nariz estaba entumecida.

—Un Vordue que encontramos me dijo que los Horbit están utilizando veneno —dijo Seda.

—Todos lo utilizan —dijo Grinneg con un leve gesto de disgusto—, aunque los Horbit lo hacen de una forma un poco más evidente, eso es todo. Pero si Ran Borune muere mañana, Kador será el nuevo emperador.

—Nunca tuve demasiado éxito al tratar con los Vordue —comentó Lobo, ceñudo—. En realidad, no están a la altura de un emperador.

—El viejo emperador todavía tiene una salud bastante buena —afirmó Grinneg—, y si aguanta uno o dos años más, tal vez los Honeth se unan para apoyar a un solo candidato. En tal caso, sea quien sea el elegido, podrán reunir el dinero para hacer frente a la situación. No obstante, estas cosas llevan tiempo. Los candidatos están casi siempre fuera de la ciudad y toman todo tipo de precauciones; por lo tanto, a los asesinos les cuesta mucho dar con ellos —rió—. Son una gente muy extraña.

—¿Podríamos ir al palacio ahora? —preguntó el señor Lobo.

—Antes tendremos que cambiarnos de ropa —dijo tía Pol con firmeza.

—¿Otra vez, Pol? —Lobo le dirigió una mirada angustiada.

—Hazlo, padre —dijo ella—. No permitiré que nos avergüences yendo a palacio vestido con harapos.

—No pienso volver a usar esa túnica —aseguró el viejo con obcecación.

—No —respondió ella—, no sería apropiada. Estoy segura de que el embajador podrá prestarte una, de ese modo no estarás tan llamativo.

—Lo que tú digas, Pol —suspiró Lobo con resignación. Después de que se hubieron cambiado, Grinneg hizo formar a su guardia de honor, un grupo de guerreros chereks de aspecto sombrío que los escoltó hasta palacio a través de las amplias avenidas de Tol Honeth.

Garion, absorto ante la opulencia de la ciudad y un poco mareado por los efectos de la media jarra de cerveza, cabalgaba en silencio junto a Seda, intentando no quedarse boquiabierto ante los grandes edificios o los elegantes vestidos de los tolnedranos que caminaban con grave formalidad bajo el sol del mediodía.

El palacio imperial se alzaba sobre una alta colina en el centro de Tol Honeth. No constaba de un solo edificio, sino de varios, grandes y pequeños, todos construidos en mármol y rodeados de prados y jardines donde los cipreses ofrecían una agradable sombra. La totalidad del complejo estaba encerrada entre altos muros sobre los cuales había estatuas a distancias regulares. En la puerta del palacio los legionarios reconocieron al embajador cherek y de inmediato enviaron a buscar a uno de los chambelanes del emperador, un oficial de cabello gris y capa marrón.

—Necesito ver a Ran Borune, señor Morin —le dijo Grinneg mientras todos desmontaban en el amplio patio de mármol al otro lado de la puerta—. Es un asunto muy urgente.

—Por supuesto, señor Grinneg —asintió el hombre del pelo gris—. Su majestad imperial siempre se alegra de recibir al enviado personal del rey Anheg. Por desgracia, su

majestad está descansando, pero podré arreglar una cita para esta misma tarde o, a más tardar, para mañana por la mañana.

—Esto no puede esperar, Morin —dijo Grinneg—. Tenemos que ver al emperador de inmediato. Será mejor que lo despiertes.

—No puede ser *tan* urgente —sugirió sorprendido en tono de reprimenda.

—Me temo que sí —repuso Grinneg. Morin contempló a cada uno de los miembros del grupo con los labios apretados—. Me conoces lo bastante como para saber que yo no pediría algo así sin motivo —agregó.

—Deposito toda mi confianza en ti, Grinneg —suspiró Morin—. Muy bien, decid a vuestros soldados que esperen y entrad.

Grinneg hizo un breve ademán a sus guardias y el grupo siguió a Morin a través del amplio patio hasta una galería rodeada de columnas que bordeaba uno de los edificios.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Grinneg mientras caminaban por la sombría galería.

—Su salud continúa en buen estado —respondió Morin—. Pero su humor se deteriora cada día. Los Borune dimiten de sus cargos y vuelven a Tol Borune.

—En estas circunstancias, parece lo más conveniente —dijo Grinneg—. Sospecho que van a ocurrir unas cuantas fatalidades durante la sucesión.

—Es posible —asintió Morin—, pero para su majestad es muy doloroso que lo abandonen los miembros de su propia familia. —Se detuvo junto a una arcada de mármol donde dos legionarios con petos decorados en oro montaban guardia con solemnidad—. Por favor, dejad aquí vuestras armas. Su majestad es muy sensible a estas cosas, sin duda lo comprenderéis.

—Por supuesto —respondió Grinneg mientras sacaba una pesada espada de debajo de su capa y la apoyaba contra la pared.

Todos siguieron su ejemplo y los ojos de Morin se llenaron de asombro cuando Seda sacó tres dagas diferentes de entre sus ropas.

—*Un equipo formidable* —comentó el chambelán con los gestos del lenguaje secreto drasniano.

—*Corren tiempos difíciles* —respondieron las manos de Seda restándole importancia.

Morin esbozó una leve sonrisa y los condujo hacia el jardín que había al otro lado de la arcada. El césped estaba recortado con esmero, había fuentes con suaves cascadas y los rosales habían sido podados de modo que lograsen una total armonía. Varios árboles frutales, al parecer muy antiguos, tenían brotes casi a punto de florecer bajo el cálido sol. Los gorriones se disputaban sitio para los nidos sobre las ramas torcidas. Grinneg y los demás siguieron a Morin por un serpenteante camino de mármol que atravesaba el jardín.

Ran Borune XXIII, emperador de Tolnedra, era un anciano pequeño, casi calvo, y llevaba una túnica de color oro. Se arrellanaba en un sillón macizo bajo una parra y le daba pequeñas semillas a un gracioso canario que se apoyaba sobre un brazo del sillón. El emperador tenía una nariz pequeña y corva y ojos brillantes e inquisitivos.

—Dije que quería estar solo, Morin —dijo disgustado.

—Os pido mil perdones, alteza —explicó Morin con una profunda reverencia—. El señor Grinneg, embajador de Cherek, desea comunicaros un asunto de la mayor gravedad y urgencia. Me ha convencido de que no podía esperar.

El emperador miró inquisitivo a Grinneg, con un brillo astuto, casi malicioso en los ojos.

—Veo que la barba te está creciendo, Grinneg.

—Debí imaginar que su alteza se enteraría de este pequeño percance —dijo Grinneg, sonrojándose.

—Yo me entero de todo lo que ocurre en Tol Honeth, Grinneg —sentenció el emperador—, a pesar de que mis primos y sobrinos huyan como las ratas de una casa en llamas. Todavía me quedan unos *pocos* amigos leales. ¿Cómo se te ocurrió meterte con esa mujer nadrak? Yo creía que los alorn despreciabais a los angaraks.

Grinneg carraspeó, avergonzado, y echo una rápida mirada a la tía Pol.

—Fue una especie de broma —dijo—. Pensé que podría ridiculizar al embajador de Nadrak, y, además, su esposa es una mujer atractiva. No sabía que ocultaba una tijera bajo la cama.

—Ella guarda tu barba en una pequeña caja dorada —se burló el emperador— y se la enseña a todos sus amigos.

—Es una mujer malvada —dijo apesadumbrado Grinneg.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó el emperador con un dedo dirigido al grupo que aguardaba sobre la hierba, algo más atrás.

—Mi primo Barak y unos amigos suyos —respondió Grinneg—. Ellos son los que tienen que hablar contigo.

—¿El conde de Trelheim? —preguntó el emperador—. ¿Qué te trae a Tol Honeth, señor?

—Estamos de paso, alteza —respondió Barak con una reverencia.

Ran Borune miró intrigado a cada uno de los otros por turnos, como si acabara de advertir su presencia.

—Este debe de ser el príncipe Kheldar de Drasnia —dijo—, que se fue de Tol Honeth con mucha prisa la última vez que vino. Se hizo pasar por acróbata de un circo itinerante, según tengo entendido, y se mantuvo siempre un salto por delante de la policía. —Seda le ofreció una cortés reverencia—. Y Hettar de Algaria —continuó el emperador—, el hombre que intenta despoblar Cthol Murgos sin ayuda. —Hettar hizo una inclinación de cabeza—. Morin —lo increpó el emperador con severidad—, ¿por qué me has rodeado de alorn? Sabes que no me gustan.

—Es un asunto urgente, alteza —se disculpó Morin.

—¿Y también un arendiano? —preguntó el emperador mirando a Mandorallen—. Un mimbrano, diría yo —entrecerró los ojos—. Por las descripciones que he escuchado, sólo puede tratarse del barón de Vo Mandor.

El saludo de Mandorallen fue elegante y elaborado.

—Sois muy perspicaz, alteza, para haber reconocido a todos y a cada uno sin fallar.

—No exactamente a todos —repuso el emperador—. No reconozco al sendario ni tampoco al chico rivano.

A Garion le dio un vuelco el corazón. Barak ya le había dicho una vez que parecía rivano, pero aquel comentario casual se había perdido en el tumulto de sucesos ocurridos más tarde. Ahora, el emperador de Tolnedra, cuyos ojos parecían tener la misteriosa capacidad de descubrir la verdadera naturaleza de las cosas, también lo había tomado por rivano. Miró rápido a tía Pol, pero ella estaba absorta en la contemplación de unos pimpollos de rosas.

—El sendario es Durnik —dijo el señor Lobo—, un herrero. En Sendaria esta útil profesión está considerada como algo semejante a la nobleza. Y el chico es mi nieto, Garion.

El emperador miró al viejo.

—Al parecer, tendría que saber quién eres tú. Hay algo en ti... —se detuvo pensativo. De repente el canario que estaba en el brazo del sillón se puso a cantar. Levantó el vuelo y fue directamente hacia tía Pol. Ella extendió un dedo y el alegre pájaro se apoyó sobre él, inclinó la cabeza hacia atrás y canto extasiado como si su pequeño corazón se partiera de amor. Ella escuchó su canto con seriedad. Llevaba un vestido azul oscuro, con elegantes puntillas en el corpiño, y una capa de corta piel.

—¿Qué haces con mi canario? —le preguntó el emperador.

—Lo escuchó cantar —contestó ella.

—¿Cómo has logrado que cantara? Yo lo he intentado durante meses.

—No lo tomarías con la suficiente seriedad.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó el emperador.

—Es mi hija, Polgara —respondió el señor Lobo—; tiene un talento especial para comprender a los pájaros.

De repente el emperador se echó a reír, con una risa áspera y escéptica.

—Venga ya, no pensaréis que voy a creer una cosa así, ¿verdad?

Lobo lo miró con seriedad.

—¿Estás seguro de que no me conoces, Ran Borune? —le preguntó con suavidad. La túnica de color verde pálido que Grinneg le había prestado casi le daba aspecto de tolnedrano, pero sólo hasta cierto punto.

—Es un buen truco —afirmó el emperador—. Ambos lo hacéis bien, pero yo no soy un niño y hace tiempo que dejé de creer en cuentos de hadas.

—Es una pena. Me imagino que tu vida debe de haber estado un poco vacía desde entonces. —Lobo miró el jardín que lo rodeaba, con los criados, las fuentes y los miembros de la escolta personal apostados aquí y allá entre los setos de flores—. Incluso cuando se posee todo esto, Ran Borune, una vida sin ilusiones es anodina y pesada. —Su voz encerraba una leve tristeza—. Tal vez hayas renunciado a demasiadas cosas.

—Morin, envía a buscar a Zereel —ordenó autoritario—. Aclararemos esto ahora mismo.

—Enseguida, alteza —dijo Morin, e hizo un gesto a uno de sus criados.

—¿Me devuelves mi canario? —pidió el emperador a la tía Pol, quejumbroso.

—Por supuesto —respondió ella, y se dirigió a la silla despacio sobre la hierba para no asustar al pajarillo cantor.

—A veces me pregunto qué dicen cuando cantan —comentó Ran Borune.

—Ahora mismo está hablando del día en que aprendió a volar —dijo tía Pol—, es un día muy importante para un pájaro.

Entonces extendió la mano y el canario saltó al dedo del emperador; todavía cantando y mirando a Ran Borune con sus ojillos brillantes.

—Un truco muy divertido, supongo —sonrió el pequeño anciano mientras contemplaba el brillo de los rayos del sol sobre el agua de una de las fuentes—, pero me temo que no tengo tiempo para estas cosas. Ahora mismo la nación entera espera mi muerte con ansiedad, todos parecen opinar que lo mejor que puedo hacer por Tolnedra es morirme enseguida. Algunos incluso se han tornado la molestia de ayudarme. La semana pasada encontramos cuatro asesinos dentro del palacio. Los Borune, mi propia familia, me abandonan hasta tal punto que ni siquiera tengo la gente necesaria para llevar el palacio, y mucho menos el imperio. Ah, aquí viene Zereel.

Un hombre delgado con cejas gruesas y una túnica roja cubierta de símbolos místicos cruzó el césped con rapidez e hizo una gran reverencia al emperador.

—¿Has enviado por mí, alteza?

—Me dicen que esta mujer es Polgara la Hechicera —explicó el emperador— y aquel viejo de allí es Belgarath. Sé buen chico, Zereel, y echa un vistazo a sus credenciales.

—¿Belgarath y Polgara? —se burló el hombre de cejas gruesas—. Alteza, esto no puede ser cierto, se trata de nombres mitológicos, tales seres no existen.

—Ya ves —le dijo el emperador a tía Pol—, no existís, lo sé por muy buena fuente. El propio Zereel es un mago, ¿sabes?

—¿De veras?

—Y uno de los mejores —le aseguró—. Por supuesto, la mayoría de sus trucos son juegos de manos, pues la hechicería es sólo una farsa, pero me divierte y él se toma a sí mismo muy en serio. Puedes comenzar, Zereel, pero intenta no producir ese horrible olor, como sueles hacer.

—No será necesario, alteza —dijo Zereel, contundente—. Si fueran magos yo los habría reconocido, ya sabes que tenemos métodos especiales para comunicarnos.

Tía Pol observe al mago con una ceja ligeramente levantada.

—Creo que deberías examinarnos con más detenimiento —sugirió Pol—; a veces hay cosas que se nos escapan.

Hizo un gesto casi imperceptible y a Garion le pareció oír un suave silbido.

El mago se quedó atónito, con la vista fija en el vacío, sus ojos se salían de las órbitas y su cara cobró una palidez cadavérica. Por fin se echó al suelo, como si de repente alguien le hubiera cortado las dos piernas.

—Perdonadme, señora Polgara —graznó arrastrándose.

—Por lo visto esto debería impresionarme —dijo el emperador—, pero he visto antes gente con la mente trastocada y no es muy difícil sugestionar a Zereel.

—Esto se está volviendo pesado, Ran Borune —dijo ella con acritud.

—Deberías creerle, ¿sabes? —dijo el pajarillo con una voz suave y aguda—. Yo descubrí quién era en cuanto la vi. Claro que nosotros somos mucho más intuitivos que los seres que se arrastran sobre la tierra como vosotros. ¿Por qué lo hacéis? Estoy seguro de que si lo intentarais, podríais volar. También me gustaría que dejaras de comer ajo; créeme, hace que huelas muy mal.

—Basta —le dijo tía Pol al pájaro con dulzura—, ya podrás hablar de eso más tarde.

El emperador temblaba de forma violenta y miraba al pájaro como si se tratara de una serpiente.

—¿Por qué no actúas como si creyeras que Polgara y yo somos quienes decimos ser? —sugirió el señor Lobo—. Convencerte nos podría llevar todo el día y la verdad es que no disponemos de tanto tiempo. Hay ciertas cosas que debo decirte y son muy importantes, al margen de quién sea yo.

—Creo que puedo aceptar eso —dijo Ran Borune. Todavía temblaba y miraba fijo al ahora silencioso pájaro.

—El otoño pasado —comenzó el señor Lobo con las manos entrelazadas en la espalda y sus ojos dirigidos a una bandada de gorriones sobre la rama de uno de los árboles—, Zedar, el Apóstata, se coló en la sala del trono de Riva y robó el Orbe de Aldur.

—¿Qué hizo *qué*? —preguntó Ran Borune incorporándose en su silla con rapidez—. ¿Cómo?

—No lo sabemos —respondió Lobo—. Cuando lo coja, quizá se lo pregunte. Sin embargo, estoy seguro de que comprenderás la importancia de este hecho.

—Por supuesto —dijo el emperador.

—Los alorn y los sendarios están preparándose para la guerra en secreto —le dijo Lobo.

—¿Guerra? —preguntó Ran Borune impresionado—. ¿Contra quién?

—Contra los angaraks, por supuesto.

—¿Qué tiene que ver Zedar con los angaraks? Podría estar actuando solo, ¿verdad?

—No eres *tan* tonto como para creer eso, ¿verdad? —señaló tía Pol.

—Olvidas tus modales, señora —dijo Ran Borune con gravedad—. ¿Y dónde está Zedar ahora?

—Pasó por Tol Honeth hace dos semanas —respondió Lobo—. Si puede cruzar la frontera y entrar en uno de los reinos de Angarak antes de que yo pueda detenerlo, los alorn atacarán.

—Y Arendia junto con ellos —aseguró Mandorallen con firmeza—. El rey Korodullin ya está avisado.

—Vais a dividir el mundo —protestó el emperador.

—Quizás —admitió Lobo—, pero no podemos permitir que Zedar escape con el Orbe.

—Enviaré a mis emisarios de inmediato —afirmó Ran Borune—, hay que parar esto antes de que se nos escape de las manos.

—Ya es demasiado tarde —dijo Barak, sombrío—. En este momento, Anheg y los demás no están de humor para la diplomacia tolnedrana.

—En el norte tu pueblo tiene mala reputación, alteza —señaló Seda—. Da la impresión de que siempre esconden algún acuerdo económico bajo la manga y cada vez que Tolnedra media en una disputa, genera grandes costos. No creo que podamos hacer frente a los gastos de vuestros servicios.

El sol se escondió detrás de una nube y, a la sombra, el aire del jardín se volvió fresco.

—Estáis exagerando las cosas —protestó el emperador—. Los alorn y los angaraks se pelean por esa piedra inútil desde hace miles de años. Habéis estado esperando una excusa para arrojaros los unos sobre los otros y ahora por fin la tenéis. Bien, que os divirtáis. Mientras yo sea emperador, Tolnedra no va a verse implicada.

—No puedes quedarte al margen, Ran Borune —dijo tía Pol.

—¿Por que no? El asunto del Orbe no me concierne desde ningún punto de vista. Seguid adelante y destruíos los unos a los otros si os place. Cuando todo acabe, Tolnedra seguirá aquí.

—Lo dudo —dijo Lobo—. Tu imperio está lleno de murgos y ellos podrían venceros en una semana.

—Son mercaderes honestos y están aquí por negocios respetables.

—Los murgos no hacen negocios respetables —repuso tía Pol—. Todos los murgos que están en Tolnedra han sido enviados por el Sumo Sacerdote de los grolims.

—Exageras —dijo Ran Borune con obcecación—. Todo el mundo sabe que tú y tu padre sentís un odio obsesivo hacia los angaraks, pero los tiempos han cambiado.

—Cthol Murgos todavía es gobernada desde Rak Cthol —dijo Lobo—, y allí Ctuchik es el amo. Aunque los tiempos hayan cambiado, Ctuchik no lo ha hecho. Los mercaderes de Rak Goska te parecerán respetables, pero todos bailan al son de la música de Ctuchik, quien a su vez es discípulo de Torak.

—Torak está muerto.

—¿De veras? —dijo tía Pol—. ¿Has visto su tumba? ¿La has abierto para ver sus huesos?

—Se necesita mucho dinero para llevar este imperio —replicó el emperador— y necesito las rentas de los murgos. Tengo agentes en Rak Goska y a lo largo de toda la Ruta de las Caravanas del Sur, así que si los murgos estuvieran conspirando contra mi, ya me habría enterado. Tengo una ligera sospecha de que todo esto puede ser producto de alguna disputa interna en la Hermandad de Hechiceros. Vosotros tenéis vuestros propios intereses y yo no voy a permitir que utilicéis el imperio como instrumento en vuestras luchas de poder.

—¿Y si triunfaran los angaraks? —preguntó tía Pol—. ¿Qué piensas hacer con Torak?

—Yo no temo a Torak.

—¿Lo conoces? —le increpó Lobo.

—Claro que no. Escucha, Belgarath, tú y tu hija nunca habéis sido muy amigos de los tolnedranos. Después de la batalla de Vo Mimbres nos tratasteis como a un enemigo vencido. Vuestra información es interesante y la interpretaré de la forma que crea más apropiada, pero la política de Tolnedra no se guiará por los prejuicios de los alorn. Nuestra economía depende en gran medida del comercio a lo largo de la Ruta de las Caravanas del Sur y no pienso arruinar mi imperio sólo porque a vosotros os caen mal los murgos.

—En tal caso eres un tonto —dijo Lobo con brusquedad.

—Te sorprendería saber cuánta gente comparte tu opinión —respondió el emperador—. Acaso tengas más suerte con mi sucesor. Si es un Vordue o un Honeth, incluso podrías sobornarlo, pero los Borune no aceptan sobornos.

—Ni consejos —añadió tía Pol.

—Sólo cuando nos conviene, señora Polgara —repuso Ran Borune.

—Creo que ya hemos hecho todo lo posible —decidió Lobo.

La puerta de bronce que había en la parte trasera del jardín se abrió de golpe e irrumpió una niña con el brillante cabello alborotado y los ojos encendidos. Al principio Garion pensó que era una criatura, pero, cuando se acercó, descubrió que ya era algo mayor. A pesar de que era muy menuda, la túnica verde que usaba, corta y sin mangas, dejaba al descubierto unos brazos y piernas más maduros. Al verla, Garion tuvo una especie de sobresalto, como si la reconociera. Su cabello era una pesada mata de rizos largos y elaborados que caía como una cascada sobre el cuello y los hombros, de un color que Garion no había visto antes, un rojo oscuro y brillante que parecía irradiar una intensa luz. Su piel era dorada y daba la impresión de que, bajo las sombras de los árboles que había junto a la puerta, cobraba un tono verdoso. Estaba en un estado cercano a la desesperación.

—¿Por que me tienes prisionera? —le increpó al emperador.

—¿De que hablas? —preguntó Ran Borune.

—¡Los legionarios no me dejan abandonar el palacio! —Ah —dijo el emperador—, era eso.

—Exacto, eso.

—Proceden según mis órdenes, Ce'Nedra —le explicó el emperador.

—Eso dicen. Diles que dejen de hacerlo. —No.

—¿No? —preguntó con tono de incredulidad—. ¿Que *no*? —Su voz subió varias octavas—. ¿Qué quieres decir?

—Es muy peligroso que andes por la ciudad en estos momentos —dijo el emperador con intención de calmarla.

—Tonterías —protestó—. No pienso quedarme sentada en este lugar sofocante sólo porque tú le temes hasta a tu propia sombra. Necesito comprar algunas cosas en el mercado.

—Envía a alguien.

—¡No *quiero* enviar a nadie! —le gritó—. Quiero ir yo misma. —Pues no puedes —afirmó él, contundente—. En su lugar, dedícate a estudiar.

—¡Yo *no quiero* estudiar! —se quejó—. Jeebers es un maldito idiota y me aburre. No quiero quedarme sentada hablando de historia, política ni nada de eso. Sólo pretendo tener una tarde para mí.

—Lo siento.

—Por favor, padre —rogó con un tono lisonjero. Cogió uno de los pliegues de la túnica dorada del emperador y lo enrolló alrededor de uno de sus pequeños dedos—. Por favor —repitió con una mirada que hubiese derretido a una piedra.

—No, de ningún modo —dijo él evitando mirarla—. Mi orden sigue en pie y *no* saldrás de palacio.

—¡*Te odio!* —gritó, y salió a toda prisa del jardín en un mar de lágrimas.

—Mi hija —explicó el emperador en tono de disculpa—. No podéis imaginar lo que es tener una hija así.

—Yo sí que puedo imaginarlo —afirmó el señor Lobo mientras daba un vistazo a tía Pol.

Ella le devolvió la mirada con ojos desafiantes.

—Adelante, padre —replicó—. Estoy segura de que no estarás contento hasta que lo hayas hecho.

—Olvidalo —respondió Lobo con un encogimiento.

—Creo que tal vez podríamos negociar —sugirió Ran Borune tras contemplarlos con aire pensativo y los ojos entrecerrados.

—¿Qué propones? —preguntó Lobo.

—Vosotros tenéis autoridad sobre los alorn —comentó el emperador.

—Un poco —admitió Lobo con cautela.

—Si se lo pidierais, sin duda podrían pasar por alto uno de los acuerdos absurdos de Vo Mimbre.

—¿A cuál te refieres?

—En realidad no hay necesidad de que Ce'Nedra viaje a Riva, ¿verdad? Yo soy el último emperador de la dinastía Borune, y, cuando muera, ella ya no será la princesa del imperio. En estas circunstancias, creo que el acuerdo no puede aplicársele. Además, nada de esto tiene sentido. El linaje del rey de Riva se cortó hace mil trescientos años; por lo tanto, no habrá ningún novio esperándola en palacio. Como habréis podido comprobar, en estos momentos Tolnedra es un sitio muy peligroso; Ce'Nedra cumplirá los dieciséis dentro de un año y todos conocen la fecha. Si tengo que enviarla a Riva, la mitad de los asesinos del imperio van a estar merodeando por los alrededores de palacio, en espera de que salga, y prefiero no correr ese albur. Si vosotros pudierais explicárselo a los alorn, yo estaría dispuesto a hacer algunas concesiones con respecto a los murgos, restricciones en número, áreas vedadas para ellos y cosas por el estilo.

—No, Ran Borune —dijo tía Pol sin rodeos—. Ce'Nedra *irá* a Riva. Te equivocas si crees que los acuerdos son una mera formalidad. Si tu hija está destinada a ser la esposa del rey de Riva, ninguna fuerza de la tierra podrá evitar que esté en la sala del trono el día señalado. Las recomendaciones de mi padre con respecto a los murgos son sólo sugerencias que te hacemos por tu propio bien. Lo que decidas hacer es cosa tuya.

—En tal caso, creo que debemos acabar con esta conversación —sentenció el emperador con frialdad.

Dos oficiales de aspecto importante llegaron al jardín e intercambiaron unas pocas palabras con Morin.

—Alteza —dijo el chambelán de cabello gris, con tono respetuoso—, el ministro de Comercio desea informarte que ha llegado a un excelente acuerdo con el departamento correspondiente de Rak Goska. Los caballeros de Cthol Murgos se mostraron de lo más condescendientes.

—Me alegra muchísimo saberlo —dijo Ran Borune, al tiempo que dirigía una significativa mirada al señor Lobo.

—La comitiva de Rak Goska quisiera saludarte antes de partir —añadió Morin.

—Por supuesto —dijo el emperador—, estaré encantado de recibirlos.

Morin se volvió e hizo un breve gesto a los dos oficiales que aguardaban junto a la puerta, éstos se volvieron a hablar con alguien que estaba afuera y la puerta se abrió.

Cinco murgos entraron al jardín a grandes zancadas. Llevaban las capuchas de sus ordinarias capas negras bajas y los botones abiertos que dejaban entrever las cotas de malla brillantes a la luz del sol. El murgo que iba al frente era un poco más alto que los demás y, por su porte, se notaba que era el jefe de la comitiva. La mente de Garion se llenó de imágenes y recuerdos incompletos ante la presencia del enemigo con cicatrices en la cara que conocía desde la infancia. El joven percibió el extraño poder del lazo mudo y misterioso que los unía.

Pero algo más llamó la atención de Garion, aunque de un modo muy difuso, y no se trataba de la poderosa fuerza que el murgo había usado contra él en el oscuro pasillo del palacio de Anheg en Val Alorn. El amuleto que llevaba debajo de la túnica se volvió muy frío, aunque al mismo tiempo le daba la impresión de que quemaba.

—Alteza imperial —dijo Asharak, inclinándose hacia delante con una fría sonrisa—, nos honra estar ante tu augusta presencia.

Hizo una reverencia y su cota de malla produjo un ruido metálico. Barak sujetó con fuerza el brazo derecho de Hettar y Mandorallen se acercó y lo cogió del otro.

—Estoy contento de volver a verte, respetable Asharak —afirmó el emperador—. Según me informan, habéis llegado a un acuerdo.

—Con beneficios para ambas partes, alteza.

—El mejor tipo de acuerdo —aprobó Ran Borune.

—Taur Urgas, rey de los murgos, te envía sus saludos —dijo Asharak—. Su majestad desea con todas sus fuerzas estrechar las relaciones entre Cthol Murgos y Tolnedra y espera poder llamarte hermano algún día, alteza.

—Apreciamos las intenciones pacíficas y la legendaria sabiduría de Taur Urgas —manifestó el emperador con una sonrisa un tanto presuntuosa.

Asharak echó un vistazo a su alrededor con ojos inexpresivos.

—Bueno, Ambar —le dijo a Seda, parece que tu suerte ha mejorado desde la última vez que te vi en la sala de caudales de Mingan, en Darine.

—Los dioses han sido amables conmigo —respondió Seda, y abrió los brazos en un gesto inocente—, al menos casi todos.

Asharak le dirigió una breve sonrisa.

—¿Os conocéis? —preguntó el emperador un poco sorprendido.

—Nos habíamos visto antes —admitió Seda.

—En otro reino —añadió Asharak y miró directamente al señor Lobo—. Belgarath —musitó con una breve inclinación de cortesía.

—Chamdar —contestó el viejo. —Tienes buen aspecto.

—Gracias.

—Parece que aquí soy el único extraño —dijo el emperador.

—Chamdar y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —explicó el señor Lobo y miró al murgo con un brillo malicioso en los ojos—. Veo que has logrado recuperarte de tu reciente indisposición.

En la cara de Asharak se reflejó una ligera expresión de enfado y se apresuró a mirar su sombra sobre la hierba, como para asegurarse. Garion recordó lo que Lobo había dicho en el tolmo, después del ataque de los algoths; algo referente al regreso de su sombra a través de una «vía indirecta». Por alguna razón, el descubrimiento de que Asharak el murgo y Chamdar el grolim eran la misma persona no le sorprendió demasiado. En cierto modo, la súbita fusión de ambos personajes parecía lógica: esta certeza encajaba en su mente como una llave en la cerradura.

—Algún día tendrás que contarme cómo lo hiciste —decía Asharak—. Me pareció una experiencia interesante, aunque mi caballo se puso histérico.

—Mis disculpas a tu caballo.

—¿Por qué tengo la impresión de no entender la mitad de lo que decís?

—Perdónanos, alteza —se disculpó Asharak—; el viejo Belgarath y yo estamos restableciendo una antigua enemistad. Pocas veces tenemos oportunidad de hablar de un modo tan civilizado. —Se volvió hacia la tía Pol y le dedicó una cortés reverencia—: Mi señora Polgara, estás tan hermosa como siempre —dijo con una mirada deliberadamente sugestiva.

—Tú tampoco has cambiado mucho, Chamdar —replicó en un tono correcto, casi suave, aunque Garion, que la conocía tan bien, supo de inmediato que lo decía como un verdadero insulto al grolim.

—Encantadora —observó Asharak con una leve sonrisa. —¡Esto es mejor que una obra de teatro! —exclamó el emperador encantado—. La verdad es que rezumáis malicia y me hubiese gustado tener la oportunidad de presenciar el primer acto. —El primer acto fue *muy* largo, alteza —repuso Asharak—, y en gran medida aburrido. Como habrás podido observar, Belgarath a menudo se entusiasma demasiado con su propio ingenio.

—Estoy seguro de que podré compensarte por ello —le dijo el señor Lobo con una ligera sonrisa—. Te prometo que el último acto será muy breve, Chamdar.

—¿Me amenazas, viejo? —preguntó Asharak—. Pensé que habíamos acordado comportarnos de forma civilizada.

—No recuerdo que nunca hayamos acordado nada —repuso Lobo. Luego se volvió hacia el emperador—: Ahora nos vamos, Ran Borune —dijo—. Con tu permiso, desde luego.

—Por supuesto —contestó el emperador—. Me alegro de haberos conocido, aunque, como es natural, aún no creo en vosotros. Sin embargo, mi escepticismo es teológico y no personal.

—Me alegro de ello —dijo Lobo, y de repente le ofreció una sonrisa pícaro.

Ran Borune soltó una carcajada.

—Espero con ansiedad nuestro próximo encuentro, Belgarath —dijo Asharak.

—Yo en tu lugar no lo haría —le advirtió Lobo, luego dio media vuelta y, seguido por los demás, se marchó del jardín del emperador.

Salieron del palacio a media tarde. El verde de los amplios jardines relucía bajo la cálida luz de la primavera y una brisa suave agitaba las ramas de los cipreses.

—No creo que debamos quedarnos mucho más tiempo en Tol Honeth —dijo Lobo.

—Entonces, ¿nos vamos ahora? —preguntó Mandorallen.

—Antes tengo que hacer algo —respondió Lobo, deslumbrado por la luz del sol—. Barak y su primo vendrán conmigo, los demás volved a la casa de Grinneg y esperad allí.

—De camino pararemos en el mercado central —le informó tía Pol—. Necesito comprar algunas cosas.

—No hemos venido a hacer compras, Pol.

—Los grolims ya saben que estamos aquí, padre —dijo ella—, así que no tiene sentido que nos escondamos como si fuésemos ladrones, ¿verdad?

—Muy bien, Pol —suspiró él.

—Sabía que lo comprenderías —afirmó ella.

El señor Lobo sacudió la cabeza con resignación y se alejó con Barak y Grinneg. Los otros cabalgaron colina abajo rumbo a la deslumbrante ciudad. Al pie de la montaña, las calles eran amplias y estaban flanqueadas por casas majestuosas que parecían verdaderos palacios.

—Los ricos y los nobles —anunció Seda—. En Tol Honeth, cuanto más cerca vives de palacio, más importante eres.

—Siempre ha ocurrido así, príncipe Kheldar —apuntó Mandorallen—. A veces la riqueza y la posición social necesitan contar con la seguridad que confiere la proximidad con el poder. Gracias a la ostentación de su cercanía al trono, los mediocres evitan enfrentarse a sus propias limitaciones.

—Yo no hubiese podido expresarlo mejor —dijo Seda.

La enorme plaza que albergaba el mercado central de Tol Honeth estaba llena de puestos multicolores con un muestrario de la mayoría de los productos del mundo. Tía Pol desmontó, dejó el caballo con uno de los guardias chereks y se dedicó a pasear con diligencia de puesto en puesto y a comprar prácticamente todo lo que veía. Seda palidecía con cada nueva compra, pues era él quien pagaba.

—¿No podrías hablar con ella? —suplicó el hombrecillo a Garion—. Me está dejando seco.

—¿Y qué te hace pensar que va a escucharme? —preguntó Garion.

—Al menos *deberías intentarlo* —rogó desesperado Seda. Tres hombres con túnicas elegantes mantenían una acalorada discusión en el centro del mercado.

—Estás loco, Haldor —decía con vehemencia uno de ellos, un individuo delgado de nariz respingona—. Con tal de obtener beneficios, los Honeth serían capaces de destruir el imperio —añadió con la cara roja y los ojos desorbitados.

—¿Acaso crees que Kador, de los Vordue, sería mejor? —repuso el hombre corpulento llamado Haldor—. Tú eres el que está loco, Radan. Si ponemos a Kador en el trono nos tendrá a todos bajo el peso de sus botas, es obvio que es soberbio *en demasía*.

—¿Cómo te atreves? —casi gritó Radan, con la cara sudorosa y enrojecida—. El gran duque Kador es la única opción aceptable, yo lo votaría aunque no me hubiera pagado —

afirmó con gran profusión de movimiento de sus brazos, mientras las palabras se atropellaban en su boca.

—Kador es un cerdo —dijo cortante Haldor, al tiempo que miraba a Radan con atención, como para medir el impacto de sus palabras—. Un cerdo arrogante y brutal sin más derecho al trono que un perro callejero. Su bisabuelo compró el ingreso a la casa de los Vordue, y yo prefiero cortarme las venas antes que votar al descendiente de un ladrón rastrero de los muelles de Tol Vordue.

Los ojos de Radan por poco se salieron de sus órbitas ante los deliberados insultos de Haldor. En varias ocasiones, abrió la boca como para decir algo, pero su lengua parecía paralizada por la furia. Su cara se puso morada y cerró las mandíbulas sin pronunciar palabra. Luego su cuerpo se volvió rígido y comenzó a arquearse hacia atrás. Haldor lo observaba con total indiferencia.

Por fin Radan se desplomó sobre los adoquines con un grito ahogado, mientras sus brazos y piernas temblaban con violencia. Las convulsiones se hacían cada vez más fuertes y, con los ojos en blanco, comenzó a despedir espuma por la boca. Radan se llevó las manos a la garganta mientras su cabeza golpeaba sobre los adoquines.

—Una potencia asombrosa —le dijo el tercer hombre a Haldor—. ¿Dónde lo has conseguido?

—Un amigo mío hizo un viaje a Sthiss Tor —explicó Haldor mientras observaba con interés las convulsiones de Radan—. Lo extraordinario es que resulta completamente inofensivo a no ser que uno se ponga nervioso. Radan no quiso probar el vino hasta que yo lo hice primero para demostrarle que no tenía nada malo.

—¿Tú tienes el mismo veneno en el estómago? —preguntó el hombre atónito.

—Estoy a salvo —respondió Haldor—; nunca me dejo llevar por mis sentimientos.

Las convulsiones de Radan eran cada vez más débiles, sus talones chocaban contra las piedras con pequeños golpecitos rítmicos, luego se puso rígido, dio un largo y gorjeante suspiro y murió.

—Supongo que no te habrá sobrado un poco de esa droga, ¿verdad? —preguntó el amigo de Haldor con aire pensativo—. Yo estaría dispuesto a pagar bastante dinero por una cosa así.

—¿Por que no vienes a casa y hablamos de ello? —rió Haldor—. Podríamos discutirlo mientras bebemos un vaso de vino, ¿no te parece?

El individuo le dirigió una mirada de asombro y luego también rió, aunque con cierto nerviosismo. Por último los dos se volvieron y se alejaron dejando al muerto tirado en medio de la calle.

Garion los observó horrorizado, primero a ellos y luego al cadáver, que yacía con la cara amoratada y retorcido de un modo grotesco en el centro del mercado. Los tolnedranos próximos al cuerpo aparentaban ignorarlo.

—¿Por qué nadie hace nada? —preguntó.

—Tienen miedo —contestó Seda—. Si demuestran el más mínimo interés, pueden ser tornados por sus partidarios. La política, en Tol Honeth, es un asunto muy serio.

—¿No habría que avisar a las autoridades? —sugirió Durnik, pálido y con la voz temblorosa.

—Sin duda, ya se habrán ocupado de hacerlo —dijo Seda—. No nos quedemos aquí mirando, no nos conviene meternos en este tipo de asuntos.

Tía Pol se acercó a donde estaban los demás. Los dos guardias chereks que la acompañaban estaban cargados de bultos y parecían un poco avergonzados por ello.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó a Seda.

—Sólo estábamos contemplando la política tolnedrana en acción —respondió Seda, al tiempo que señalaba al hombre muerto en el centro de la plaza.

—¿Veneno? —preguntó ella al notar los miembros contraídos de Radan.

—De una extraña variedad —asintió Seda—. Al parecer, no funciona a no ser que uno se ponga nervioso.

—Athsat —musitó ella con un gesto sombrío.

—¿Lo conocías? —preguntó sorprendido Seda. Tía Pol afirmó con la cabeza.

—Es bastante raro y muy caro. No sabía que los nyissanos estuvieran dispuestos a venderlo.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —sugirió Hettar—. Se acerca una cuadrilla de legionarios y querrán interrogar a los testigos.

—Buena idea —dijo Seda, y los condujo hacia el otro extremo del mercado.

Frente a la plaza, ocho hombres corpulentos cargaban una tarima cubierta de velos a lo largo de la hilera de casas que marcaba los límites del mercado. Cuando los hombres se acercaron, una mano enjovada salió de entre los velos de la tarima y rozó ligeramente el hombro de uno de ellos. Los ocho individuos se detuvieron de inmediato y apoyaron la tarima en el suelo.

—Seda —dijo una voz desde el interior de la tarima—, ¿qué haces en Tol Honeth?

—Bethra —adivinó Seda—, ¿eres tú?

Alguien corrió el velo y dejó al descubierto a una mujer exuberante, echada en la tarima sobre cojines de raso. Su cabello oscuro estaba trenzado con collares de perlas en un intrincado peinado, llevaba una túnica amplia de seda rosa y anillos y pulseras dorados adornaban sus dedos y sus brazos. Su rostro era de una belleza extraordinaria, pero sus ojos, enmarcados por largas pestañas, reflejaban un brillo perverso. Tenía un aspecto sensual e irradiaba una abrumadora sensación de corrupción. De repente, Garion sintió que se sonrojaba de forma notoria sin saber por qué.

—Pensé que todavía estarías corriendo —le dijo con ironía a Seda—. Los hombres que envié a buscarte eran buenos profesionales.

Seda la saludó con una pequeña reverencia burlona y afectada.

—*Eran* bastante buenos, Bethra —asintió con una sonrisa socarrona—, aunque no lo suficiente. Espero que no los hayas vuelto a necesitar.

—Me preguntaba por qué no habrían vuelto —rió ella—. Por supuesto, debí de haberlo imaginado. Espero que no lo hayas tomado como algo personal.

—Desde luego que no, Bethra; después de todo, es parte de la profesión.

—Sabía que lo comprenderías. Tenía que deshacerme de ti, pues estabas desbaratando todos mis planes.

—Ya lo sé —dijo Seda con una sonrisa maliciosa—, a pesar de todos tus esfuerzos por ponerlos en marcha. Y con el embajador de Thull, nada menos. —Ella hizo una mueca de disgusto—. ¿Qué pasó con él?

—Se fue a nadar al Nedrane.

—No sabía que los thulls fueran buenos nadadores.

—No lo son, sobre todo cuando tienen piedras enormes atadas a sus pies. En realidad, después de que tú lo estropearas todo, ya no lo necesitaba y no me convenía que comentara ciertos asuntos en determinados círculos.

—Siempre has sido una mujer prudente, Bethra.

—¿Y ahora a qué te dedicas? —preguntó ella con curiosidad. —A un poco de todo —respondió Seda encogiéndose de hombros.

—¿La sucesión?

—Ay, no —rió él—. No soy tan tonto como para meterme en eso. Y tú ¿de qué lado estás? —Te encantaría saberlo, ¿verdad? Seda miró a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—Quisiera pedirte cierta información, Bethra. Si no tienes inconveniente en dármela, por supuesto.

—¿Con respecto a qué, Seda?

—Al parecer, la ciudad está llena de murgos —explicó Seda—. Si es que no trabajas para ellos, te agradecería que me contaras todo lo que supieras.

—¿Y qué me darías a cambio? —preguntó la mujer con una sonrisa pícaro.

—¿No podrías considerarlo una cortesía entre colegas? Ella sonrió con malicia y luego lanzó una carcajada. —¿Por qué no? Me gustas, Seda, y creo que me gustarás aún más si me debes un favor.

—Seré tu esclavo —prometió él.

—Mentiroso. —Ella reflexionó un momento—. Los murgos nunca habían demostrado tanto interés por los negocios. Pero desde hace unos años comenzaron a venir en grupos de dos o de tres, y por fin, el verano pasado, llegaron caravanas enteras procedentes de Rak Goska.

—¿Crees que pretenden influir en el asunto de la sucesión? —Yo diría que sí —asintió ella—. De repente circula mucho oro rojo por todo Tol Honeth. Yo tengo las arcas llenas. —Todo vale —sonrió Seda. —Por supuesto que sí.

—¿Han elegido algún candidato?

—Aún no, según he podido apreciar. Por lo visto, están divididos en dos grupos y hay bastante antagonismo entre ellos.

—Eso podría ser un truco, desde luego.

—No lo creo. Pienso que la rivalidad podría venir de la pelea entre Zedar y Ctuchik. Cada bando pretende controlar al nuevo emperador y están dilapidando el dinero como si fuese agua.

—¿Conoces a uno llamado Asharak?

—Ah, ése —respondió Bethra—. Todos los murgos le tienen miedo. Por el momento parece que trabaja para Ctulchik, pero yo creo que apuesta a su propio juego. Ya ha comprado al gran duque Kador, que ahora mismo es el más cercano al trono, y eso le confiere bastante poder. Eso es más o menos todo lo que sé.

—Gracias, Bethra —dijo Seda con respeto.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Tol Honeth? —Por desgracia, no.

—¡Qué pena! Esperaba que me hicieras una visita para charlar sobre los viejos tiempos. Ya no me quedan muchos amigos íntimos, ni tampoco enemigos queridos como tú.

—Me pregunto por qué será —rió Seda con frialdad—. No me creo capaz de nadar mejor que el embajador de Thull. Eres una mujer peligrosa, Bethra.

—En todos los sentidos —admitió ella mientras se estiraba con languidez—. Pero tu vida no corre peligro conmigo, Seda, ya no.

—No es mi vida lo que me preocupa —sonrió Seda.

—Esa es otra cuestión, por supuesto —admitió ella—. No olvides que me debes un favor.

—Espero con ansiedad la oportunidad de devolvértelo —afirmó él sin ningún pudor.

—Eres imposible —rió ella. Luego hizo un ademán a sus criados y éstos levantaron la tarima en hombros—. Adiós, Seda —añadió.

—Adiós, Bethra —respondió él con una gran reverencia.

—Es absolutamente deplorable —sentenció Durnik con la voz ahogada por la ira mientras los criados se alejaban con la Camilla—. ¿Cómo permiten que una mujer así viva en la ciudad?

—¿Bethra? —preguntó sorprendido Seda—. Es la mujer más inteligente y fascinante de Tol Honeth. Vienen hombres desde todas partes del mundo sólo para pasar una hora o dos con ella.

—Con un precio, claro —respondió Durnik.

—No la malinterpretes, Durnik —dijo Seda—. Su conversación es incluso más valiosa que... —carraspeó y echó una mirada furtiva a tía Pol.

—¿De veras? —preguntó Durnik con un tono cargado de sarcasmo.

—Durnik —rió Seda—, te quiero como a un hermano, pero eres un verdadero puritano, ¿lo sabías?

—Déjalo en paz, Seda —dijo tía Pol con firmeza—. A mí me gusta tal cual es.

—Sólo intento mejorarlo, Polgara —explicó con aire inocente—. Barak tiene razón, príncipe Kheldar —dijo ella—. Eres un hombre muy malo.

—Forma pare de mi deber, yo sacrifico mis sentimientos más nobles por el bien de mi patria.

—¡Por supuesto!

—No creeréis que este tipo de cosas me *divierte*, ¿verdad?

—¿Por qué no lo dejamos así? —sugirió tía Pol. Grinneg, Barak y el señor Lobo volvieron a casa poco después que los demás.

—¿Y bien? —le preguntó tía Pol a Lobo en cuanto éste entró en la habitación donde lo esperaban.

—Fue hacia el sur —respondió Lobo.

—¿Al sur y no al este, en dirección a Cthol Murgos? —No —dijo Lobo—. Tal vez no quiera enfrentarse con los hombres de Ctuchik, en cuyo caso buscará un lugar tranquilo para cruzar la frontera. También es probable que haya llegado a un acuerdo con Salmisra y vaya hacia Nyissa. Tendremos que seguirlo para averiguarlo.

—Me he encontrado con una vieja amiga en el mercado —comentó Seda, que se había arrellanado en un sillón— y me ha dicho que Asharak está implicado en la política de sucesión. Por lo visto, se las ha arreglado para comprar al gran duque de Vordue, así que si éste llega al trono, Asharak va a tener Tolnedra en la palma de la mano.

—Tarde o temprano tendremos que hacer algo con él —dijo el señor Lobo mientras se mesaba la barba con aire pensativo—. Está empezando a cansarme.

—Podríamos parar un día o dos —sugirió tía Pol— y resolver este asunto de una vez por todas.

—No —decidió Lobo—, es mejor no hacer este tipo de cosas en la ciudad. Será un asunto un poco ruidoso y los tolnedranos se ponen nerviosos cuando no entienden algo. Sin duda, tendremos otra oportunidad más adelante, en un sitio menos poblado.

—Entonces, ¿nos vamos ahora? —preguntó Seda.

—Esperemos hasta mañana al amanecer —respondió Lobo—. Es probable que nos sigan, pero si nos vamos cuando las calles estén desiertas, les pondremos las cosas un poco más difíciles.

—Entonces hablaré con el cocinero —dijo Grinneg—. Lo menos que puedo hacer es despediros con el estómago lleno para que podáis soportar el viaje. Además, todavía tenemos que ocuparnos del barril de cerveza, por supuesto.

El señor Lobo recibió aquellas palabras con una amplia sonrisa, aunque advirtió la expresión ceñuda de tía Pol.

—Se echaría a perder, Pol —explicó—. Una vez que el barril está abierto, la cerveza dura poco tiempo. Sería una pena que se estropeara, ¿verdad?

A la mañana siguiente, vestidos otra vez con las ropas de viaje, salieron de la casa de Grinneg antes del amanecer. Se escabulleron sin hacer ruido por la puerta trasera y cabalgaron por aquellos pasajes y callejuelas escondidas que Seda siempre lograba encontrar. Cuando llegaron a la enorme puerta de bronce del extremo sur de la isla, el cielo comenzaba a aclararse con la salida del sol.

—¿Cuánto falta para que se abran las puertas? —preguntó el señor Lobo a uno de los legionarios.

—No mucho —le respondió éste—. Lo haremos en cuanto se vea con claridad la otra orilla.

Lobo gruñó. La noche anterior había bebido más de la cuenta y esta mañana le dolía la cabeza. Desmontó, fue hacia uno de los caballos y bebió de una bota de cuero.

—Eso no te ayudará, ¿sabes? —le dijo tía Pol con un dejo de satisfacción. —Lobo prefirió no contestarle—. Creo que hoy va a hacer un día precioso —añadió con alegría, y miró primero al cielo y luego a los hombres que la rodeaban, repantigados en sus monturas con aspecto de miserable aflicción.

—Eres una mujer cruel, Polgara —dijo Barak con tristeza. —¿Has hablado con Grinneg sobre aquel barco? —preguntó el señor Lobo.

—Creo que sí —respondió Barak—. Me parece recordar algo al respecto.

—Es bastante importante —señaló Lobo.

—¿De qué se trata? —preguntó tía Pol.

—Pensé que sería buena idea que nos esperara un barco en la desembocadura del río de los Bosques —explicó Lobo—. Si hemos de ir a Sthiss Tor, será mejor hacerlo navegando que cruzar con los caballos vadeando los pantanos del norte de Nyissa.

—Es una idea muy buena —aprobó ella—. Me sorprende que se te haya ocurrido, sobre todo teniendo en cuenta el estado en que te encontrabas anoche.

—¿No podríamos cambiar de tema? —preguntó él en tono quejumbroso.

El día se aclaró de forma casi imperceptible y se oyó la orden de abrir las puertas desde la torre del vigía. Los legionarios soltaron la barra de hierro y abrieron las enormes puertas. Con Mandorallen a su lado, Seda los condujo a través del amplio portal al otro lado del puente que cruzaba las aguas del Nedrane.

A mediodía estaban a cuarenta kilómetros al sur de Tol Honeth y el señor Lobo había recobrado parte de su compostura, aunque de vez en cuando se sobresaltaba cuando un pájaro cantaba demasiado cerca, y sus ojos todavía se mostraban muy sensibles a la luz del sol.

—Vienen unos jinetes detrás —advirtió Hettar.

—¿Cuántos? —Dos.

—Tal vez sean simples viajeros —dijo tía Pol.

Los jinetes aparecieron tras dejar una curva y se detuvieron, hablaron unos instantes entre sí y luego se acercaron con actitud recelosa. Era una pareja extraña. El hombre llevaba una túnica tolnedrana verde, atuendo no demasiado apropiado para viajar. Su frente era bastante amplia y llevaba el pelo peinado con esmero para disimular su avanzada calvicie. Era muy delgado y sus orejas se proyectaban como alas a ambos lados de rostro. Su compañero parecía un niño, llevaba una túnica de viaje con capucha y un pañuelo sobre la cara para protegerse del polvo.

—Buenos días —saludó el hombre delgado mientras se acercaba.

—Hola —respondió Seda.

—Hace calor para esta época del año, ¿verdad? —dijo el tolnedrano.

—Lo hemos notado —asintió Seda.

—Me preguntaba si podríais darnos un poco de agua —pidió el hombre delgado.

—Por supuesto —respondió Seda. Miró a Garion y le señaló los caballos de carga.

Garion desmontó y desenganchó una bota de cuero de uno de los sacos. El desconocido le quitó el tapón de madera, limpió la abertura con cuidado y se la pasó a su acompañante. Ella se quitó el pañuelo y miró la bota con expresión perpleja.

—Así, alte..., eh, mi señora —titubeó el hombre, luego cogió de nuevo la bota, la levantó con ambas manos y bebió para demostrarle cómo se hacía.

—Ya veo —dijo la chica.

Garion la miró mejor. Por alguna razón, su voz le resultaba familiar y su cara le recordaba a alguien. No era una criatura, aunque era muy menuda, y en su cara pequeña se reflejaba una especie de presuntuosa arrogancia. Garion estaba casi seguro de que la había visto antes en algún sitio.

El tolnedrano le volvió a pasar la bota y la joven bebió con una mueca de disgusto por el sabor a resina. Tenía el cabello de un color negro azulado, pero unas manchas oscuras en el cuello de su túnica indicaban que no era su color natural.

—Gracias, Jeebers —dijo ella cuando acabó de beber—. Y gracias a ti, señor —añadió dirigiéndose a Seda.

Garion frunció el entrecejo. Una terrible sospecha comenzó a cobrar fuerza en su mente.

—¿Vais muy lejos? —le preguntó el hombre delgaducho a Seda.

—Bastante —respondió Seda—. Soy Radek de Boktor, un mercader drasniano, y llevo telas al sur. Este cambio de clima fastidió el mercado en Tol Honeth, así que decidí probar suerte en Tol Rane. Como está en la montaña, es probable que allí todavía haga frío.

—Entonces, te has equivocado —dijo el desconocido—; el camino a Tol Rane está más al este.

—He tenido problemas en esa ruta —dijo Seda sin pensarlo—. Ladrones, ¿sabes? Pensé que sería más seguro pasar por Tol Borune.

—¡Qué coincidencia! —le dijo el hombre delgado—. Mi alumna y yo también vamos a Tol Borune.

—Sí —admitió Seda—, toda una coincidencia.

—Entonces, podríamos cabalgar juntos. Seda dudó.

—No veo por que no —decidió tía Pol antes de que pudiera negarse.

—Eres muy amable, respetable dama —dijo el desconocido—. Soy el maestro Jeebers, miembro de la sociedad imperial y tutor de profesión. Tal vez hayáis oído hablar de mí.

—No lo creo —respondió Seda—, aunque es lógico, pues todos somos extranjeros.

—Supongo que será por eso —dijo Jeebers, al parecer un poco desilusionado—. Está es mi alumna, la señorita Sharell. Su padre es un insigne mercader, el barón Reldon. La acompaño a visitar a unos parientes de Tol Borune.

Garion sabía que no era verdad. El nombre del tutor había confirmado sus sospechas.

Cabalaron unas cuantas millas mientras Jeebers conversaba animado con Seda. Hablaba sin parar de su ciencia y reforzaba sus comentarios con citas de gente importante que parecía creer en su juicio. Era un hombre aburrido, pero parecía inofensivo. Su alumna cabalgaba junto a tía Pol y hablaba muy poco.

—Creo que es hora de que paremos a comer algo —dijo tía Pol—. ¿Tú y tu alumna querríais acompañarnos, maestro Jeebers? Tenemos mucha comida.

—Tu generosidad me abruma —dijo el tutor—. Estaremos encantados de acompañaros.

Detuvieron los caballos cerca de un pequeño puente que cruzaba un arroyuelo y los llevaron a la sombra de un grupo de tupidos sauces, no muy lejos del camino. Durnik encendió el fuego y tía Pol comenzó a desempacar ollas y cazos.

La alumna del maestro Jeebers se quedó sentada en la montura hasta que su tutor se acercó a ayudarla. Miró el suelo embarrado a la orilla del arroyuelo con expresión de fastidio y se dirigió a Garion:

—Tú, chico —lo llamó—. Tráeme un vaso de agua fresca.

—El arroyo está ahí mismo —le dijo él, señalándolo. Ella lo miró atónita.

—Pero el suelo está lleno de barro —objetó.

—Eso parece, ¿verdad? —admitió Garion, y luego, con total premeditación le dio la espalda y se fue a ayudar a su tía—. Tía Pol... —dijo tras meditar unos momentos.

—¿Sí, cariño?

—No creo que la señorita Sharell sea de verdad quien dice ser.

—¿Ah, no?

—No estoy del todo seguro, pero tengo la impresión de que es la princesa Ce'Nedra, la que vino al jardín cuando estábamos en el palacio.

—Sí, cariño. Ya lo sé.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. ¿Me pasas la sal, por favor?

—¿No es peligroso que esté con nosotros?

—En realidad, no —dijo ella—. Creo que podremos arreglárnoslas.

—¿No nos traerá problemas?

—Una princesa imperial siempre ocasiona problemas, cariño. Después de comer el sabroso guiso, que a Garion le resultó muy bueno, pero que al parecer no fue del gusto de su menuda invitada, Jeebers se dispuso a tocar el tema que había tenido en mente desde que se encontraron.

—A pesar de los grandes esfuerzos de los legionarios, los caminos no resultan seguros —dijo el hombrecillo remilgado—. Viajar solo es una imprudencia, y como la señorita Sharell está a mi cargo, yo soy el responsable de su seguridad. Me preguntaba si no os importaría que viajáramos todos juntos. No causaremos ninguna molestia y estaremos encantados de pagar nuestra comida.

Seda dirigió una rápida mirada a tía Pol.

—Por supuesto —dijo ella para sorpresa de Seda—. No hay ninguna razón para que no viajemos juntos —continuó—; después de todo, vamos al mismo lugar.

—Lo que tú digas —dijo Seda encogido de hombros.

Garion sabía que tía Pol cometía un terrible error, tan grave que podría acabar en un desastre. Jeebers no sería un buen compañero de viaje y su alumna pronto resultaría insoportable. Era obvio que estaba acostumbrada a tener gran cantidad de criados y daba órdenes de forma inconsciente. Así y todo, seguían siendo órdenes y Garion supo de inmediato quién sería el encargado de cumplirlas. Se puso de pie y caminó hacia el otro extremo del grupo de sauces.

Más allá de los árboles, los campos tenían un color verde claro bajo el sol de primavera y pequeñas nubes blancas se movían con indolencia por el cielo azul. Garion se apoyó en un árbol y fijó la vista en los campos, aunque sin mirarlos de verdad. Él *no* se convertiría en un criado, fuera quien fuese su pequeña invitada. Le hubiese gustado encontrar un modo de dejarlo claro desde el principio y para siempre, antes de que las cosas se les escaparan de las manos.

—¿Has perdido la cabeza, Pol? —escuchó que decía el señor Lobo desde algún lugar entre los árboles—. A esta altura Ran Borune habrá movilizado a todas las legiones de Tolnedra para que la busquen.

—Esto es asunto mío, viejo Lobo —le dijo tía Pol—, así que no interfieras. Puedo arreglármelas para que las legiones no nos molesten.

—No tenemos tiempo para cuidar de ella —dijo el viejo—. Lo siento, Pol, pero esta chica es un pequeño monstruo, ya has visto cómo trata a su propio padre.

—No es tan difícil acabar con los malos hábitos.

—¿No sería más sencillo enviarla de vuelta a Tol Honeth? —Ya se ha escapado una vez —respondió Pol—, y si la enviamos de vuelta, volverá a hacerlo. Me siento mucho más tranquila con nuestra pequeña alteza imperial al alcance de la mano, por si la necesito. Cuando llegue el momento no quiero estar obligada a recorrer el mundo para encontrarla.

—Lo haremos a tu manera, Pol —suspiró Lobo.

—Por supuesto.

—Pero mantén a esa mocosa lejos de mi —dijo—; me saca de las casillas. ¿Alguien más sabe quién es?

—Garion.

—¿Garion? Es sorprendente.

—En realidad, no lo es —dijo tía Pol—; el chico es más inteligente de lo que parece.

Una nueva emoción comenzó a tomar cuerpo en la mente confusa de Garion. El evidente interés que tía Pol demostraba por Ce'Nedra le hizo sentir una aguda punzada de angustia. Un poco avergonzado, Garion advirtió que estaba celoso de la atención que recibía la joven.

Durante los días siguientes, Garion pudo comprobar que sus temores tenían fundamento. A través de un comentario casual sobre la hacienda de Faldor, la princesa se había enterado de su trabajo como pinche de cocina y había aprovechado esa información para mandarlo a hacer cientos de estúpidos recados cada día. Para colmo, cada vez que él intentaba resistirse, tía Pol le recordaba con firmeza que debía cuidar sus modales. Como era inevitable, este asunto lo puso de mal humor.

Mientras cabalgaban hacia el sur, la princesa inventó una historia para justificar su viaje desde Tol Honeth. Cada día contaba una versión nueva y se hacía más increíble a cada kilómetro que pasaba. Al principio parecía contenta de ir a visitar a unos parientes, luego insinuó que huía para no casarse con un mercader viejo y poco agraciado. Más adelante llegó a sugerir que había un complot para capturarla y solicitar un rescate, y por último, para rematarla bien, les confió que el pretendido secuestro tenía fundamentos políticos y formaba parte de un amplio plan para hacerse con el poder en Tolnedra.

—Miente muy mal, ¿verdad? —le preguntó Garion a tía Pol una tarde a solas.

—Si, cariño —asintió tía Pol—. Mentir es un arte y no hay que adornar tanto un embuste para que funcione. Necesitará mucha práctica si tiene vocación para ello.

Por fin, unos diez días después de salir de Tol Honeth, divisaron la ciudad de Tol Borune bajo el sol de la tarde.

—Parece que aquí nos separamos —le dijo Seda a Jeebers con bastante alivio.

—¿No vais a entrar en la ciudad? —preguntó Jeebers.

—No lo creo —respondió Seda—; en realidad, no tenemos nada que hacer allí y las típicas explicaciones y trámites son una pérdida de tiempo, sin contar con el gasto de los sobornos. Rodearemos Tol Borune y cogeremos el camino a Tol Rane, al otro lado de la ciudad.

—Entonces podemos seguir un poco más con vosotros —se apresuró a sugerir Ce'Nedra—. Mis parientes viven en una finca al sur de la ciudad.

Jeebers la miró atónito. Tía Pol acercó su caballo al de la joven y la miró con las cejas arqueadas.

—Éste parece un buen lugar para tener una pequeña charla —dijo. Seda se volvió hacia ella con rapidez y luego asintió con un gesto—. Creo, mi pequeña dama —dijo cuando todos hubieron desmontado—, que ha llegado el momento de que nos digas toda la verdad.

—Ya lo he hecho —protestó Ce'Nedra.

—Vamos, pequeña —dijo tía Pol—, tus cuentos han sido muy entretenidos, pero no pensarás que los hemos creído, ¿verdad? Algunos de nosotros sabemos quién eres, pero creo que deberías aclarar todo de una vez.

—¿Lo sabéis? —titubeó Ce'Nedra.

—Por supuesto, querida —respondió tía Pol—. ¿Ahora se lo dirás a los demás, o prefieres que lo haga yo?

—Diles quién soy, Jeebers —ordenó Ce'Nedra encogiendo sus hombros menudos.

—¿De verdad lo consideras conveniente, señorita? —preguntó Jeebers nervioso.

—De cualquier modo, ya lo saben —respondió ella—. Si hubiesen querido hacernos algún daño, ya lo habrían hecho. Podemos confiar en ellos.

Jeebers hizo una profunda inspiración y luego anunció con solemnidad:

—Tengo el honor de presentaros a su alteza imperial, la princesa Ce'Nedra, hija de su majestad imperial, Ran Borune XXIII, y joya de la casa de los Borune. —Seda silbó y abrió los ojos con estupor. Los demás se mostraron igualmente asombrados—. La situación política de Tol Honeth se ha vuelto muy explosiva, demasiado peligrosa para que su alteza siguiera en la capital —continuó Jeebers—. El emperador me encargó que trajera a su hija en secreto a Tol Borune, donde los miembros de la familia Borune podrán protegerla de las conspiraciones e intrigas de los Vordue, los Honeth y los Horbit. Me siento orgulloso de haber completado mi tarea con éxito, con vuestra ayuda, desde luego.

Pienso mencionar vuestra colaboración en mi informe con una nota al pie, o incluso un apéndice.

Barak se mesaba la barba con aire pensativo.

—¿La princesa imperial recorre la mitad de Tolnedra con la única protección de un maestro? —preguntó—. ¿Y en un momento en que la gente se mata y envenena en medio de las calles?

—Parece un tanto peligroso, ¿verdad?

—¿Y vuestro emperador os encomendó esta misión personalmente? —le preguntó Mandorallen a Jeebers.

—No fue necesario —respondió Jeebers cortante—. Su alteza tiene un enorme respeto por mi juicio y prudencia y sabía que yo sería capaz de organizar un viaje seguro con un disfraz apropiado. La princesa me convenció de su absoluta fe en mí. Por supuesto, hubo que obrar con muchísima discreción, por eso la princesa vino a mis habitaciones por la noche para comunicarme las instrucciones de su majestad y salimos de palacio sin decir a nadie... —Su voz comenzó a balbucir y miró a Ce'Nedra con horror.

—Será mejor que le digas la verdad —le recomendó tía Pol a la joven princesa—, aunque tengo la impresión de que ya la ha adivinado.

—Las órdenes eran mías, Jeebers —reconoció con la barbilla levantada en actitud arrogante—. Mi padre no tiene nada que ver en esto.

Jeebers se puso mortalmente pálido y casi se desmaya.

—¿Qué locura te hizo huir del palacio de tu padre? —le preguntó Barak a la menuda joven—. Debe de estar toda Tolnedra en tu busca y nosotros estamos metidos justo en medio.

—Tranquilo —le dijo Lobo al corpulento cherek—. Será una princesa, pero también es una niña pequeña. No la asustes.

—El asunto está muy claro —apuntó Hettar—. Si nos cogen en compañía de la princesa imperial, conoceremos el interior de las mazmorras tolnedranas. —Se volvió hacia Ce'Nedra—: ¿Tienes alguna respuesta o sólo estabas jugando?

—No acostumbro dar explicaciones a los criados —respondió ella, al tiempo que se erguía con arrogancia.

—Por lo visto, vamos a tener que aclararle algunas ideas falsas.

—Responde a la pregunta, querida —le pidió tía Pol—, no importa quién lo hizo.

—Mi padre me tenía prisionera en palacio —dijo la princesa con naturalidad, como si eso lo explicara todo—. Era algo intolerable, así que me fui. También hay algo más, pero es un asunto de política y no lo entenderíais.

—Sin duda te sorprendería descubrir lo que somos capaces de entender, Ce'Nedra —observó el señor Lobo.

—Estoy acostumbrada a que me llamen señorita —dijo con acritud—, o alteza.

—Y yo estoy acostumbrado a que me digan la verdad.

—Creí que tú estabas al mando —le dijo Ce'Nedra a Seda. —Las apariencias engañan —sentenció Seda con dulzura—. Yo en tu lugar contestaría a la pregunta.

—Se trata de un antiguo tratado —explicó ella—. Yo no lo firmé, así que no veo por qué tengo que cumplirlo. Se supone que debo presentarme en la sala del trono de Riva cuando cumpla dieciséis años.

—Ya lo sabemos —dijo Barak con impaciencia—. ¿Y dónde está el problema?

—No pienso ir, eso es todo —anunció Ce'Nedra—. No voy a ir a Riva y nadie va a obligarme a hacerlo. La reina del bosque de las Dríadas es parienta mía y ella me dará cobijo.

—¿Qué has hecho? —preguntó espantado Jeebers cuando comenzó a recuperarse—. Me he metido en esto convencido de que sería recompensado, o incluso ascendido, y tú has puesto mi cabeza en la picota, pequeña idiota.

—¡Jeebers! —gritó ella, atónita ante sus palabras.

—Alejémonos un poco de aquí —sugirió Seda—. Por lo visto, tenemos que discutir muchas cosas, y si nos quedamos en medio del camino, lo más probable es que nos interrumpen.

—Buena idea —asintió Lobo—; busquemos un lugar tranquilo y acampemos para pasar la noche. Decidiremos lo que tenemos que hacer y saldremos mañana a primera hora.

Volvieron a montar y cabalgaron a través de los campos ondulados hacia una hilera de árboles, a la vera de un camino serpenteante, un kilómetro más allá.

—¿Qué tal ahí? —propuso Durnik, señalando un gran roble al costado del sendero cuyas ramas comenzaban a replegarse bajo la luz del atardecer.

—Está bien —dijo Lobo.

Las ramas extendidas del roble proyectaban una agradable sombra y el fresco sendero estaba rodeado por un pequeño muro cubierto de musgo. Unos peldaños ascendían al muro y conducían, por un estrecho camino, a un estanque cercano de aguas brillantes bajo el sol.

—Podríamos hacer fuego contra uno de esos muros —sugirió Durnik—, así no se verá desde el camino.

—Traeré leña —ofreció Garion, mirando las ramas secas que cubrían el suelo debajo del árbol.

A esta altura, la organización del campamento para pasar la noche se había convertido en una especie de rutina, así que montaron las tiendas, dieron agua a los caballos, los amarraron y encendieron el fuego en menos de una hora. Luego, Durnik, que había visto unos círculos sospechosos sobre la superficie del estanque, calentó una aguja de hierro y la martilló para convertirla en un anzuelo.

—¿Para qué es? —preguntó Garion.

—Pensé que unos peces vendrían bien para la cena —dijo el herrero mientras limpiaba el anzuelo en la falda de su túnica de cuero. Luego lo dejó a un lado y sacó otra aguja del fuego con unas pinzas—. ¿Te gustaría probar suerte?

Garion le respondió con una sonrisa. Barak, que estaba sentado cerca y se desenredaba la barba, levantó la vista, esperanzado.

—Supongo que no tendrás tiempo para hacer otro anzuelo, ¿verdad?

—Sólo lleva un par de minutos —respondió con una risita entre dientes.

—Necesitaremos una carnada —dijo Barak y se incorporó con rapidez—. ¿Dónde está tu pala?

Poco después, los tres cruzaron el campo en dirección al estanque, cortaron algunas ramas para usar como cañas y se acomodaron dispuestos a pescar en serio.

Por lo visto, los peces estaban famélicos y se abalanzaban sobre los anzuelos con gusanos. Después de una hora, unas dos docenas de truchas de considerable tamaño se apilaban, lustrosas, sobre la hierba de la orilla.

Cuando regresaron, tía Pol examinó el botín con seriedad bajo la luz rosada del crepúsculo.

—Muy bien —les dijo—, pero olvidasteis limpiarlas.

—Ah —dijo Barak un tanto herido—, pensamos que..., bueno, quiero decir que como *nosotros las pescamos...* —se interrumpió.

—Sigue —dijo tía Pol con una mirada de igual a igual. Barak suspiró.

—Creo que será mejor que las limpiemos —les dijo con tristeza a Durnik y a Garion.

Con la caída de la tarde el cielo se volvió púrpura, y, cuando se sentaron a comer, las estrellas comenzaban a brillar. Tía Pol había freído las truchas hasta que quedaron crujientes y doradas, y ni siquiera la joven princesa tuvo quejas sobre la comida.

Cuando terminaron, colocaron los platos a un lado y se dispusieron a tratar el problema de Ce'Nedra y su huida de Tol Honeth. Jeebers estaba sumido en una depresión tan espantosa que no pudo aportar mucho a la discusión del tema y Ce'Nedra repetía con

obstinación que si la llevaban de vuelta a palacio, volvería a escaparse. Al final no llegaron a ninguna conclusión.

—Hagamos lo que hagamos, tendremos problemas —resumió Seda con desconsuelo—. Aun si intentamos devolverla a su familia, tendremos que responder preguntas comprometedoras, y sin duda ella inventará una emocionante historia que nos va a dejar en la peor situación posible.

—Volveremos a hablar de esto por la mañana —dijo tía Pol con una serenidad que indicaba que ya había tomado una decisión, aunque no se expusiera sobre ella.

Jeebers se escapó poco después de medianoche. El tutor, víctima del pánico, huyó a todo galope en dirección a Tol Borune, y todos se despertaron sobresaltados por los ruidos de su caballo.

Seda, inmóvil bajo la luz mortecina del fuego, tenía una expresión de furia.

—¿Por qué no lo has detenido? —le preguntó a Hettar, que estaba de guardia.

—Me dijeron que no lo hiciera —dijo el algario vestido de piel con una mirada de soslayo a tía Pol.

—Esto resuelve el único problema real que teníamos —explicó tía Pol—. El maestro era una verdadera carga.

—¿Sabías que iba a escapar?

—Por supuesto, yo le ayudé a tomar la decisión. Irá directamente a los Borune e intentará salvar su pellejo diciéndoles que la princesa escapó del palacio sola y que ahora la tenemos nosotros.

—Entonces tenéis que detenerlo —dijo Ce'Nedra con voz estridente—. ¡Id tras él! ¡Traedlo aquí!

—¿Después de todo el trabajo que me costó convencerlo de que se largara? —preguntó tía Pol—. ¡No seas tonta!

—¿Cómo te *atreves* a hablarme de ese modo? —la riñó Ce'Nedra—. ¿Olvidas quién soy yo?

—Joven dama —dijo Seda con cortesía—, creo que te sorprendería descubrir la poca importancia que tiene para Polgara tu identidad.

—¿Polgara? —balbució Ce'Nedra—. ¿La *verdadera* Polgara? Creí que habías dicho que era tu hermana.

—He mentado —confesó Seda—, tengo ese vicio.

—Tú no eres un simple mercader —lo acusó la joven.

—Es el príncipe Kheldar de Drasnia —anunció tía Pol—, y todos los demás tienen rangos similares. Como podrás apreciar, tu título no nos impresiona en lo más mínimo; nosotros tenemos los nuestros y sabemos lo poco que significan.

—Si tú eres Polgara, él debe de ser...

La princesa se volvió hacia el señor Lobo, que se había sentado a ponerse los zapatos en el primer peldaño de la tapia.

—Si —respondió tía Pol—, aunque no lo parece, ¿verdad?

—¿Qué hacéis en Tolnedra? —preguntó Ce'Nedra con tono de asombro—. ¿Pensáis emplear algún tipo de magia para controlar la sucesión?

—¿Por qué íbamos a hacer una cosa así? —dijo el señor Lobo mientras se ponía en pie—. Los tolnedranos creen que sus problemas políticos afectan al mundo entero, pero la verdad es que al resto de la humanidad no le preocupa en lo más mínimo quién consiga llegar al trono de Tol Honeth. Estamos aquí por un asunto mucho más importante. —Fijó la vista en la oscuridad, hacia los muros de Tol Borune—. Jeebers tardará bastante en convencer a la gente de la ciudad de que no es un lunático —dijo—, pero de todos modos sería buena idea irnos de aquí. Supongo que será mejor no pasar por el camino principal.

—Eso es fácil —le aseguró Seda.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Ce'Nedra.

—Tú querías ir al bosque de las Dríadas —le respondió tía Pol— y nosotros tenemos que pasar por allí. Veremos qué dice la reina Xantha cuando te llevemos a ella.

—Entonces, ¿debo considerarme una prisionera? —preguntó la princesa con dramatismo.

—Hazlo si te hace sentirte mejor, cariño —respondió tía Pol. Luego miró a la joven con ojo crítico bajo la tenue luz del fuego—. Voy a tener que hacer algo con tu pelo. ¿Con qué te lo teñiste? Tiene un aspecto deplorable.

Durante los días siguientes cabalgaron hacia el sur con rapidez, a menudo por la noche, para evitar encontrarse con las patrullas de legionarios que recorrían los campos en busca de Ce'Nedra.

—Tal vez habría sido mejor seguir con Jeebers —musitó Barak con amargura después de que casi se toparan con los soldados—. Nos ha echado detrás a todas las patrullas desde aquí a la frontera. Habría sido preferible abandonarlo en algún lugar solitario o algo por el estilo.

—Ese «algo por el estilo» suena a conclusión irrevocable, viejo amigo —apuntó Seda con una sonrisita de astucia.

—Habría solucionado el problema —dijo Barak encogiéndose de hombros.

—Deberías evitar que el cuchillo pensara siempre por ti —rió Seda—. Esa es una de las características de nuestros primos chereks que encontramos menos atractivas.

—Y a nosotros nos parece igualmente desagradable esa obsesión de nuestros hermanos drasnianos por hacer comentarios ingeniosos todo el tiempo —replicó Barak con frialdad.

—Muy bien expresado —dijo Seda con falsa admiración.

Siguieron su camino, siempre alerta y listos para esconderse o huir. Durante aquellos días dependieron en gran medida de la extraña facultad de Hettar. Como las patrullas que los perseguían iban siempre montadas, el alto algario con cara de halcón recorría la zona con su mente en busca de caballos, y de ese modo les advertía con tiempo de la cercanía de los soldados.

—¿Cómo es? —le preguntó Garion una mañana nublada, mientras cabalgaban a lo largo del camino abandonado y cubierto de malezas al cual los había conducido Seda—. Me refiero a escuchar los pensamientos de los caballos.

—No podría describirlo con exactitud —respondió Hettar—. Yo siempre lo he hecho, así que no puedo imaginar cómo sería no hacerlo. La mente del caballo tiene otro tipo de alcance, una especie de sentimiento colectivo. Un caballo piensa en términos de «nosotros» en lugar de «yo», supongo que es debido a que en su condición natural son miembros de una manada y a menudo olvidan que no eres un caballo... —Se interrumpió de repente—. Belgarath, viene otra patrulla —anunció en tono apremiante—; allí, detrás de esa colina. Son treinta o cuarenta hombres.

El señor Lobo echó un rápido vistazo a los alrededores.

—¿Tenemos tiempo para alcanzar aquellos árboles? —dijo señalando un tupido bosquecillo de arces a unos setecientos metros.

—Si nos damos prisa.

—Entonces, ¡corramos! —ordenó Lobo, y todos espolearon sus caballos y salieron al galope. Llegaron a los árboles justo cuando caían sobre las grandes hojas las primeras gotas de una llovizna primaveral que los había amenazado durante toda la mañana. Desmontaron y se perdieron entre las ramas flexibles, tirando de sus caballos y arrastrándose para ocultarse.

La patrulla tolnedrana apareció sobre la cima de la colina y descendió hacia el valle. El capitán a cargo de los legionarios detuvo su caballo no muy lejos del grupo de arces y dispersó a sus hombres con unas cuantas órdenes estrictas. Los legionarios se separaron en pequeños grupos, recorrieron el sendero cubierto de malezas en ambas direcciones y

examinaron el campo de los alrededores desde lo alto de una pequeña elevación de terreno. El oficial detuvo su caballo a un lado del sendero y se quedó atrás junto con un civil que llevaba una capa de viaje gris. Contempló la lluvia con expresión de disgusto y elevó la mirada hacia el cielo.

—Va a ser un día húmedo —dijo mientras desmontaba y se arropaba con su capa carmesí.

Su acompañante también bajó del caballo y se giró de modo que desde los arcos pudieron divisar su cara. Garion percibió cómo Hettar se ponía en tensión, pues el hombre de la capa gris era un murgo.

—Aquí, capitán —dijo el murgo, y condujo su caballo bajo las ramas de los arcos, al borde del bosquecillo.

El tolnedrano asintió y siguió al hombre de la capa gris.

—¿Has tenido oportunidad de meditar sobre mi oferta? —preguntó el murgo.

—Creí que sólo se trataba de una especulación —respondió el capitán—. Ni siquiera tenemos la seguridad de que esos extranjeros se encuentren en esta zona.

—Tengo información de que se dirigen hacia el sur, capitán —le dijo el murgo—. Creo que puedes estar seguro de que están en algún lugar de esta región.

—Pero no hay garantías de que los encontremos —replicó el capitán—, e incluso si lo hiciéramos sería difícil hacer lo que propones.

—Capitán —explicó el murgo con paciencia—, después de todo se trata de la seguridad de la princesa. Si la devolvemos a Tol Honeth los Vordue van a matarla, ya has leído los documentos que te traje.

—Con los Borune estará a salvo —afirmó el capitán—. Los Vordue no la van a seguir al sur de Tolnedra.

—Los Borune la van a llevar de vuelta junto a su padre. Tú mismo eres un Borune, ¿desafiarías acaso la voluntad de un emperador de tu propia familia?

El capitán tenía cara de preocupación.

—Sólo estará segura con los Horbit —insistió el murgo. —¿Qué garantías tengo yo de que con ellos estará a salvo? —La mejor garantía de todas: la política. Los Horbit están haciendo todo lo posible para evitar que el gran duque Kador llegue al poder, y como éste quiere matar a la princesa, los Horbit pretenden mantenerla con vida. Es la única forma de garantizar su seguridad, y además tú te convertirás en un hombre rico —dijo el murgo en tono sugestivo mientras hacía resonar una bolsa de monedas.

El capitán todavía tenía expresión de desconfianza.

—Supongamos que doblo la cantidad —dijo el murgo con una voz casi ronroneante.

—Es por su seguridad, ¿verdad? —Por supuesto que sí.

—Y no sería una traición a la familia Borune.

—Tú eres un patriota, capitán —le aseguró el murgo con una sonrisa impersonal.

Tía Pol sujetaba el brazo a Ce'Nedra, mientras ambas se agazapaban entre los árboles. La menuda joven tenía una expresión de furia en el rostro y sus ojos echaban chispas.

Más tarde, después de que los legionarios y el murgo se hubieran ido, la princesa explotó:

—¡Cómo se *atreven!* —gritó fuera de sí—. ¡Y todo por dinero!

—Es una muestra de la política tolnedrana —comentó Seda mientras todos conducían los caballos fuera de los árboles y salían a la mañana lluviosa.

—Pero él es un Borune —protestó ella—, un miembro de mi propia familia.

—La primera lealtad de un tolnedrano es con su bolsillo —afirmó Seda—. Me sorprende que no lo hayas descubierto antes, alteza.

Pocos días después, desde lo alto de una colina, divisaron el bosque de las Dríadas, que se extendía como una enorme mancha verde en el horizonte. Las lluvias habían cesado y el sol brillaba con intensidad.

—Cuando llegemos al bosque estaremos seguros —dijo la princesa—, los legionarios no entrarán allí.

—¿Qué va a detenerlos? —preguntó Garion.

—El tratado con las dríadas —repuso ella—. ¿Es que no sabes nada?

A Garion le disgustó ese comentario.

—No viene nadie —le comunicó Hettar al señor Lobo—. Podemos ir despacio o esperar a que anochezca.

—Démonos prisa —dijo Lobo—. Me estoy cansando de esquivar a las patrullas.

Bajaron la colina al galope en dirección hacia el bosque. No había los típicos arbustos que solían señalar la transición entre el campo y el bosque, la zona de los árboles comenzaba sin más. Lobo los condujo hacia el interior de la selva y el cambio fue tan abrupto como si de repente hubiesen penetrado en una casa. El bosque era increíblemente antiguo y los enormes robles desplegaban sus ramas con tal amplitud que apenas podía verse el cielo. Garion tuvo la impresión de que las plantas eran pequeñísimas en comparación con los grandes árboles y de que el bosque tenía una cualidad extraña y secreta. El aire estaba calmo, sólo se oía el zumbido de los insectos y un coro de pájaros sobre sus cabezas.

—Es extraño —dijo Durnik mirando a su alrededor—. No veo señales de leñadores.

—¿Leñadores? —exclamó Ce'Nedra, muy asombrada—. ¿Aquí? Jamas se atreverían a entrar en este bosque.

—Es un lugar inviolable, Durnik —explicó el señor Lobo—. La familia Borune tiene un tratado con las dríadas. Nadie ha tocado uno de estos árboles en los últimos tres mil años.

—Es un sitio curioso —apuntó Mandorallen—. Tengo la impresión de percibir una presencia, y no del todo amistosa.

—El bosque está vivo —dijo Ce'Nedra— y no le gustan mucho los extraños. Pero no te preocupes, Mandorallen, mientras estéis conmigo estaréis seguros —agregó con un dejo de presunción.

—¿Estás seguro de que las patrullas no nos seguirán? —le preguntó Durnik al señor Lobo—. Jeebers sabía que veníamos hacia aquí y sin duda se lo habrá contado a los Borune.

—Los Borune no romperán el tratado con las dríadas —le aseguró Lobo—, ningún motivo los induciría a hacerlo.

—Nunca supe de ningún acuerdo que los tolnedranos no se saltaran según su conveniencia —afirmó Seda con escepticismo.

—Éste es distinto —dijo Lobo—. Las dríadas entregaron a una de sus princesas a un joven noble de la familia de los Borune que luego sería la madre del emperador de la primera dinastía. La suerte de los Borune depende en gran medida de este tratado y no arriesgarían algo así por ningún motivo.

—¿Qué es una dríada, exactamente? —preguntó Garion. Garion sintió la necesidad de hablar para romper aquel silencio opresivo y vigilante, aquella extraña sensación de que había otro tipo de presencia y de que el bosque tenía una conciencia propia.

—Forman un pequeño grupo —dijo el señor Lobo— y son bastante agradables, siempre me han gustado. No son humanas, por supuesto, pero eso no tiene ninguna importancia.

—Yo soy una dríada —afirmó Ce'Nedra orgullosa. Garion la observó con atención.

—Desde el punto de vista legal, tiene razón —reconoció Lobo—. El linaje de las dríadas se sucede a través de las mujeres de la familia Borune. Ésa es una de las razones por las cuales los hombres de la familia respetan el tratado: todas sus esposas madres los abandonarían si lo rompieran.

—Ella parece humana —objetó Garion, todavía con la vista fija en la princesa.

—Las dríadas tienen un parentesco tan cercano con los humanos que las diferencias son insignificantes —dijo Lobo—. Quizá por eso no se volvieron locas como los demás monstruos cuando Torak dividió el mundo.

—¿Monstruos? —protestó Ce'Nedra con voz estridente. —Con perdón, princesa —se disculpó Lobo—. Es el término con que los ulgos describen a los seres no humanos que apoyaron a Gorim en Prolgu cuando éste se encontró con el dios Ul.

—¿Acaso tengo aspecto de monstruo? —lo increpó ella, enfadada y con la cabeza erguida.

—Tal vez haya elegido mal las palabras —musitó Lobo—. Perdóname.

—¡Nada menos que monstruos! —repitió Ce'Nedra, enfurecida.

Lobo se encogió de hombros.

—Si no recuerdo mal, cerca de aquí hay un arroyuelo. Pararemos allí hasta que la reina Xantha se entere de nuestra llegada. No es conveniente entrar en territorio de las dríadas sin permiso de la reina. Si uno las provoca, pueden resultar bastante fastidiosas.

—Creí que habías dicho que eran agradables —apunto Durnik. —Dentro de lo razonable —respondió Lobo—. Cuando uno se encuentra en medio del bosque, es preferible no hacer enfadar a gente capaz de comunicarse con los árboles, pues podrían suceder cosas muy molestas. —Frunció el entrecejo—. Esto me recuerda que será mejor que escondas tu hacha. Las dríadas reaccionan mal ante las hachas y los fuegos, son muy sensibles al respecto. Tendremos que hacer un fuego muy pequeño y sólo para cocinar.

Se detuvieron bajo un roble enorme, junto a un arroyuelo espumoso que caía sobre unas rocas cubiertas de musgo. Allí dismantalaron y armaron sus tiendas grisáceas. Después de comer, Garion vagaba por ahí aburrido, el señor Lobo dormía la siesta y Seda había convencido a los demás para que jugaran con él a los dados. Tía Pol había hecho sentar a Ce'Nedra sobre un tronco y le estaba quitando el tinte del pelo.

—Garion —dijo—, si no tienes nada mejor que hacer, ¿por qué no te das un baño?

—¿Un baño? —preguntó él—. ¿Dónde?

—Estoy segura de que encontrarás un sitio adecuado en el arroyo —respondió mientras jabonaba con cuidado el cabello de Ce'Nedra.

—¿Quieres que me bañe en esta agua? ¿No tienes miedo de que me resfríe?

—Eres un chico saludable, cariño —replicó ella—, pero muy sucio. Ahora ve a bañarte.

Garion le dirigió una mirada sombría y se acercó a los sacos para buscar ropa limpia, jabón y una toalla. Luego caminó río arriba, refunfuñando a cada paso.

Una vez solo bajo los árboles, experimentó aún con más fuerza la sensación de que lo observaban. No era nada tangible, sólo la impresión de que los robles tenían conciencia de su presencia allí y se pasaban información sobre sus movimientos a través de un tipo de comunicación vegetal que él era incapaz de comprender. No parecía encerrar ninguna amenaza, simplemente se trataba de una especie de vigilancia.

A una distancia considerable de las tiendas, encontró un pozo bastante grande donde las aguas del arroyo caían en cascada desde unas rocas. El agua era tan transparente que Garion podía ver las piedrecillas brillantes del fondo y varias truchas de gran tamaño que lo miraban con desconfianza. Tocó el agua con la mano y sintió un escalofrío. Luego consideró la posibilidad de una triquiñuela, como salpicarse el cuerpo con agua y ponerse un poco de jabón en los lugares más visibles, pero tras meditarlo un poco, desechó la idea. Tía Pol sólo se conformaría con un baño completo, así que suspiró con amargura y comenzó a quitarse la ropa.

La primera impresión fue horrible, pero después de unos minutos descubrió que podía soportarlo y un rato más tarde le pareció divertido. La cascada hacía que se formara espuma y en poco tiempo Garion advirtió que estaba disfrutando del baño.

—Estás armando un gran alboroto —dijo Ce'Nedra, que apareció junto a la orilla y lo contempló con total serenidad.

Garion se zambulló hasta el fondo del arroyo. Sin embargo, si uno no es pez, no puede permanecer indefinidamente bajo el agua, y no transcurrió más de un minuto antes de que sacara la cabeza a la superficie en busca de aire, entre jadeos y maldiciones.

—¿Qué haces? —le preguntó Ce'Nedra.

La joven llevaba una túnica blanca, corta, sin mangas y con un cinturón, y sandalias abiertas con cintas que se cruzaban sobre sus delgados tobillos y pantorrillas hasta debajo de las rodillas. Llevaba una toalla en una mano.

—¡Vete! —barboteó Garion.

—No seas tonto —respondió ella mientras se sentaba sobre una roca y comenzaba a desatarse las sandalias. Su cabello rojizo todavía estaba húmedo y caía como una pesada mata sobre sus hombros.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero bañarme —contestó ella—. ¿Vas a tardar mucho más?

—¡Vete a otro sitio! —le gritó Garion, que aunque estaba temblando seguía acurrucado bajo el agua y asomaba sólo la cabeza.

—Este lugar me parece apropiado —dijo ella—. ¿Cómo está el agua?

—Fría —respondió él haciendo castañetear los dientes—, pero no pienso salir hasta que te vayas. —No seas tan memo —dijo ella.

Garion, ruborizado, sacudió la cabeza obcecado y ella suspiró con exasperación.

—¡Muy bien! —dijo—. No miraré, pero pienso que te comportas como un tonto. En los balnearios de Tol Honeth nadie le da importancia a estas cosas.

—No estamos en Tol Honeth —repuso él con sarcasmo.

—Me pondré de espaldas si eso hace que te sientas mejor —dijo ella al tiempo que se incorporaba y se volvía de espaldas al arroyo.

Sin creerle del todo, Garion se arrastró fuera del agua y se puso los calzoncillos y las calzas sobre el cuerpo mojado.

—Muy bien —dijo—. Ya puedes meterte en el agua. —Se secó el pelo y la cara con la toalla—. Yo vuelvo a las tiendas.

—La señora Polgara dice que debes quedarte conmigo —le comunicó ella mientras se desataba el cinturón con calma.

—¿Que tía Pol dice *qué*? —preguntó enfurecido.

—Se supone que debes quedarte a protegerme —respondió ella al tiempo que cogía los extremos de la túnica con la intención evidente de quitársela.

Garion dio media vuelta y fijó la vista en los árboles. Le ardían las orejas y le temblaban las manos de forma incontrolable. Ella dejó escapar una risita breve y cristalina, y Garion oyó el chapoteo de su cuerpo al sumergirse en el agua. La princesa chilló por el frío del agua y luego se oyeron más chapoteos.

—Alcázame el jabón —le ordenó.

Garion se agachó a recoger el jabón sin detenerse a pensarlo y no pudo evitar verla por un instante, de pie y con el agua hasta la cintura, pero después cerró los ojos con fuerza. Caminó hacia atrás en dirección al arroyo con los ojos cerrados y la mano extendida torpemente para darle el jabón.

Ella volvió a reír y cogió el jabón que le ofrecía. Después de un rato, que a Garion le pareció una eternidad, la princesa terminó de bañarse, salió del arroyo, se secó y se vistió, sin que el joven abriera los ojos en todo ese tiempo.

—Los sendarios tenéis unas ideas muy extrañas —observó ella mientras se sentaban en un claro alumbrado por el sol, junto al arroyo. La princesa peinaba su húmeda y espesa cabellera de color rojo intenso con la cabeza inclinada hacia un lado, y empujaba el peine hacia abajo para desenredar los nudos—. Los balnearios de Tol Honeth están abiertos a todos y la gente hace competiciones atléticas sin ropa. El verano pasado yo misma corrí con una docena de chicas en el Estadio Imperial. Los espectadores quedaron muy satisfechos.

—Me lo imagino —respondió Garion con sequedad.

—¿Qué es eso? —preguntó ella señalando el amuleto sobre su pecho desnudo.

—Me lo regaló mi abuelo para la última celebración del Paso de las Eras —respondió Garion.

—Déjame ver —dijo ella y extendió la mano. Él se inclinó hacia delante—. Quítatelo para que pueda verlo mejor —le ordenó ella.

—No puedo quitármelo —repuso él—. El señor Lobo y tía Pol dicen que no debo hacerlo por ningún motivo. Creo que tiene algún tipo de hechizo.

—¿Qué idea tan extraña! —exclamó ella mientras se inclinaba para examinar el amuleto—. Ellos no son hechiceros de verdad, ¿no es cierto?

—El señor Lobo tiene siete mil años —respondió Garion— y conoció al dios Aldur. He visto cómo hacía crecer un árbol de una ramita en unos pocos minutos y cómo prendía fuego a unas rocas. Tía Pol curó a una mujer ciega con una sola palabra y es capaz de convertirse en un búho.

—Yo no creo en esas cosas —dijo Ce'Nedra—. Estoy segura de que tendrán alguna otra explicación.

Garion se encogió de hombros y se puso la camisa de hilo y la túnica marrón. Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el cabello todavía húmedo.

—Te estás haciendo un lío —observó ella con reprobación—. Ven —dijo, se levantó y se puso detrás de él—, deja que lo haga yo. —Comenzó a peinarlo con cuidado—. Tienes un cabello muy bonito para ser un hombre —le dijo.

—Es sólo pelo —respondió él con indiferencia.

Siguió peinándolo en silencio durante unos minutos, luego le cogió la barbilla con la mano, le hizo girar la cabeza y lo miró con ojo crítico. Entonces le alisó el pelo de los costados con las manos una o dos veces, hasta que quedó satisfecha con el resultado.

—Así está mejor —decidió Ce'Nedra.

—Gracias —dijo él, un poco confundido por el cambio que se había operado en ella.

La princesa volvió a sentarse sobre la hierba, entrelazó las manos sobre una rodilla y miró con fijeza el agua burbujeante del arroyo.

—Garion —dijo por fin.

—¿Si?

—¿Cómo es crecer como una persona normal?

—Yo nunca he sido otra cosa —respondió él—, así que no sabría con qué compararlo.

—Ya sabes lo que quiero decir. Háblame del lugar donde te criaste, lo que hacías, todas esas cosas.

Entonces él le habló de la hacienda de Faldor, de la cocina, de la fragua de Durnik y de Doroon, Rundorig y Zubrette.

—Estás enamorado de Zubrette, ¿verdad? —preguntó ella con un tono casi acusatorio.

—Creí que lo estaba, pero han pasado tantas cosas desde que dejamos la hacienda que a veces ni siquiera puedo recordar su cara. De todos modos, creo que es mejor no enamorarse; por lo visto, casi siempre es una experiencia bastante dolorosa.

—Eres imposible —dijo ella y le sonrió, con su cara pequeña enmarcada por la refulgente mata de cabello con reflejos de sol.

—Es probable —admitió él—. Bueno, ahora dime cómo es crecer como una persona muy especial.

—¡Ah, eso! —dijo ella con una risita—. ¿Sabes una cosa?, desde que estoy con vosotros casi he olvidado que soy la princesa imperial.

—Casi —replicó él con una sonrisa—, pero no del todo. —No —reconoció ella—, no del todo. —Volvió a mirar hacia el arroyo—. Ser una princesa casi siempre resulta aburrido. Todo son formalidades y ceremonias y pasas el tiempo escuchando discursos o recibiendo visitas de Estado. Siempre estoy rodeada de guardias, aunque a veces me escapo para poder ser yo misma. Eso los pone furiosos. —Se rió otra vez y luego su

mirada se volvió pensativa—. Déjame que te lea el futuro —le dijo mientras le cogía una mano.

—¿Puedes leer el futuro? —preguntó Garion.

—Es sólo un juego —admitió ella—. A veces lo hacemos con mis doncellas y nos prometemos maridos importantes y muchos hijos. —Le dio vuelta la mano y la miró. Ahora que estaba limpio, la señal en la palma era mas clara—. ¿Qué es eso? —le preguntó.

—No lo sé.

—No es una enfermedad, ¿verdad?

—No —respondió él—, siempre ha estado aquí. Creo que tiene algo que ver con mi familia. Tía Pol no quiere que la gente la vea, así que intenta ocultarla.

—¿Cómo puedes ocultar algo así?

—Casi siempre me manda a hacer cosas para que me ensucie las manos.

—¡Qué extraño! —dijo ella—. Yo también tengo una marca de nacimiento, justo encima del corazón. ¿Quieres verla? —añadió y se llevó la mano al escote de la túnica.

—¡No! —dijo Garion, rojo como un tomate—. Te creo. —Eres un chico extraño —afirmó ella con una risa suave y cristalina—. No te pareces en nada a los demás chicos que he conocido.

—Sin duda, serán tolnedranos —señaló Garion—. Yo soy sendario, o al menos fui educado como tal, así que es lógico que haya diferencias.

—Parece que no estuvieras seguro de tu nacionalidad.

—Seda dice que no soy sendario —explicó Garion— y que no está seguro de dónde soy. Eso es muy raro, porque Seda puede reconocer la nacionalidad de cualquiera en un instante. Tu padre pensó que yo era rivano.

—Si la señora Polgara es tu tía y Belgarath tu abuelo, lo más probable es que seas un hechicero —sugirió Ce'Nedra.

—¿Yo? —rió Garion—. Eso es ridículo. Además, los hechiceros no constituyen una raza como los chereks, los tolnedranos o los rivanos. Más bien creo que se trata de una profesión, como la de abogado o mercader. Aunque no hay ninguno nuevo y todos los hechiceros tienen miles de años. El señor Lobo dice que la gente ha cambiado y por eso no hay más hechiceros.

—Garion... —dijo Ce'Nedra. Se había reclinado hacia atrás y lo miraba apoyada sobre los codos.

—¿Sí?

—¿Te gustaría besarme?

El corazón de Garion comenzó a latir con fuerza. Justo en ese momento escucharon a Durnik, que llamaba desde muy cerca. Por un instante, Garion odió a su viejo amigo.

—La señora Pol dice que ya es hora de que volváis al campamento —les dijo Durnik al llegar al claro.

En su rostro vulgar y amable había una ligera expresión divertida y miró a los dos jóvenes de una forma intencionada.

Garion se sonrojó y luego se enfadó consigo mismo por haberlo hecho. Ce'Nedra, por el contrario, no demostró la más mínima preocupación.

—¿Han llegado ya las dríadas? —preguntó ella mientras se ponía en pie y se sacudía la parte de atrás de la túnica.

—Aún no —respondió Durnik—. Lobo dice que pronto nos encontrarán. Parece que se acerca una tormenta desde el sur y la señora Pol pensó que debíais volver.

Garion levantó la vista y divisó unas nubes oscuras que avanzaban pesadamente desde el sur y cubrían el brillante cielo azul en su camino hacia el norte.

—Nunca había visto unas nubes así. ¿Y tú, Durnik?

—Son extrañas —asintió Durnik, tras mirar hacia arriba. Garion recogió las dos toallas y comenzaron a caminar arroyo abajo. De repente las nubes ocultaron el sol y el bosque

quedó muy oscuro. La impresión de que los vigilaban seguía latente, la misma sensación de peligro que habían experimentado al entrar en el bosque, pero ahora había algo más. Los enormes árboles se agitaban inquietos y parecía que sus hojas murmuraban millones de breves mensajes.

—Tienen miedo —susurró Ce'Nedra—. Hay algo que les asusta.

—¿Qué? —preguntó Durnik.

—Los árboles tienen miedo. ¿No te das cuenta?

El la miró atónito. De repente los pájaros que cantaban a lo lejos se callaron y comenzó a soplar un viento frío que levantaba a su paso un hediondo vaho a agua estancada y a vegetación putrefacta.

—¿De dónde viene ese olor? —preguntó Garion, y miró alrededor con nerviosismo.

—Nyissa queda al sur —dijo Ce'Nedra—, y está llena de pantanos.

—¿Está tan cerca? —preguntó Garion.

—La verdad es que no —dijo ella con el entrecejo fruncido—. Debe de estar a unos trescientos kilómetros o más.

—¿Y el olor llega tan lejos?

—No es posible —aseguró Durnik—; o al menos no lo sería en Sendaria.

—¿Cuánto falta para llegar al campamento? —preguntó Ce'Nedra.

—Unos setecientos metros —respondió Durnik. —Tal vez deberíamos correr —sugirió ella.

—El terreno es irregular —dijo Durnik meneando la cabeza—, y correr con poca luz es peligroso, pero podemos caminar un poco más aprisa.

Apresuraron el paso mientras la oscuridad se cernía sobre ellos. El viento comenzó a soplar más fuerte y los árboles se agitaban y se inclinaban por su intensidad. El extraño temor que parecía irradiar del bosque se hizo más apremiante.

—Allí hay algo que se mueve —susurró nervioso Garion, y señaló los árboles oscuros al otro lado del arroyo.

—No veo nada —dijo Ce'Nedra.

—Allí, detrás del árbol con la rama grande y blanca. ¿Es una dríada?

Bajo la luz mortecina divisaron una figura borrosa que iba de un árbol para otro. Había algo raro y aterrador con respecto a aquella figura y Ce'Nedra la miró con repulsión.

—No es una dríada —dijo—; es un ser extraño.

Durnik levantó una rama del suelo y la cogió con ambas manos como si fuera una porra. Garion miró rápidamente a su alrededor hasta encontrar otra rama y él también se armó con ella.

Otra figura se arrastró entre dos árboles, esta vez un poco más cerca.

—Tendremos que arriesgarnos —dijo Durnik sombrío—. Tened cuidado, pero corre hacia donde están los demás. ¡Ahora!

Garion cogió la mano de Ce'Nedra y ambos comenzaron a correr a lo largo de la orilla, tropezando con frecuencia. Durnik se quedaba cada vez más atrás y agitaba amenazador el palo que sujetaba con las dos manos.

Ahora estaban completamente rodeados por esos seres y Garion tuvo los primeros síntomas de pánico. Entonces, oyó un grito de Ce'Nedra: una de aquellas figuras había surgido de atrás de un arbusto justo enfrente de ellos. Era grande, deforme, y en la parte delantera de su cabeza no había ningún rostro. Los agujeros de sus ojos miraban al vacío mientras se arrastraban hacia delante y extendían sus brazos contrahechos para atraparlos. Aquellos seres eran del color del barro y estaban cubiertos de un musgo hediondo y putrefacto que se adhería a sus cuerpos pegajosos.

Sin detenerse a pensarlo, Garion empujó a Ce'Nedra detrás de él y saltó al ataque. El primer golpe de su palo dio de lleno en un costado de la criatura, pero se hundió en su cuerpo sin ningún efecto aparente. Una de las manos le tocó la cara y Garion retrocedió asqueado por aquel tacto baboso. Blandió el palo otra vez con desesperación, le asestó

un fuerte golpe en el antebrazo y vio horrorizado cómo el brazo se partía a la altura del codo. La criatura se detuvo un momento a recoger el brazo, que todavía se movía.

Ce'Nedra volvió a gritar y Garion dio media vuelta. Otro de los hombres de barro había aparecido detrás de ella y la cogía de la cintura con ambas manos. La princesa se resistía, pero aquel ser la había levantado del suelo y empezaba ya a girarse cuando Garion lo golpeó con todas sus fuerzas. El impacto no iba dirigido a la cabeza ni a la espalda, sino a los tobillos, y el hombre de barro se tambaleó hacia atrás con los dos pies rotos. Sin embargo, mientras caía, no dejó de sujetar la cintura de Ce'Nedra.

Garion saltó hacia delante, tiró el palo y sacó su daga. La sustancia de aquellos seres era de una dureza sorprendente, pues había hojas y ramitas secas adheridas a la arcilla que formaba sus cuerpos. Garion, desesperado, le cortó un brazo e intentó liberar a la princesa, que gritaba con histeria y que todavía estaba sujeta por el otro brazo. A punto de llorar de ansiedad, Garion intentó cortárselo.

—¡Cuidado! —gritó Ce'Nedra—. ¡Detrás de ti!

Garion miró rápido por encima de su hombro. El primer hombre de barro estaba a punto de agarrarlo, y en ese mismo momento sintió una mano fría en el tobillo. El brazo que acababa de cortar se había arrastrado por el suelo hasta cogerle la pierna.

—¡Garion! —rugió la voz de Barak bastante cerca de allí.

—¡Aquí! —gritó Garion—. ¡Date prisa!

Se oyó un ruido entre los arbustos y apareció el enorme cherek de barba roja con la espada en la mano, seguido por Hettar y Mandorallen. Con un poderoso golpe, Barak seccionó la cabeza del primer hombre de barro, que voló por los aires y aterrizó con un ruido sordo y nauseabundo varios metros más allá. La criatura sin cabeza se volvió y buscó a tientas a su atacante. Entonces Barak, visiblemente pálido, le cortó los dos brazos extendidos; pero, a pesar de todo, aquella criatura continuó su avance.

—Las piernas —dijo Garion con rapidez, se inclinó y comenzó a cortar la mano de barro que sujetaba el tobillo.

Barak se abalanzó a las piernas del hombre de barro y lo hizo caer, pero los trozos desmembrados siguieron arrastrándose hacia él.

Mientras tanto habían aparecido otros hombres de barro. Hettar y Mandorallen repartían golpes a diestra y siniestra con sus espadas, haciendo volar por el aire miembros vivos y trozos de barro.

Barak se agachó y seccionó el brazo que todavía sujetaba a Ce'Nedra, luego ayudó a la joven a levantarse y la empujó hacia donde estaba Garion.

—¡Volved a las tiendas! —ordenó—. ¿Dónde está Durnik?

—Se quedó atrás para retenerlos —respondió Garion.

—Iremos a ayudarlo —dijo Barak—. ¡Corred!

Ce'Nedra estaba histérica y Garion tuvo que arrastrarla hasta el campamento.

—¿Qué ocurre? —preguntó tía Pol.

—Hay monstruos en el bosque —dijo Garion mientras arrojaba a Ce'Nedra a los brazos de Pol—. Están hechos de barro y es imposible matarlos. Tienen a Durnik —añadió; luego se metió en una de las tiendas y salió un momento después, enfurecido, con una espada en la mano.

—¡Garion! —gritó tía Pol al tiempo que intentaba desembarazarse de la princesa llorosa—. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que ayudar a Durnik —respondió él—. Tú te quedas donde estás.

—¡No! Durnik es amigo mío —gritó, y corrió en dirección a la pelea con la espada en la mano.

—¡Garion! ¡Vuelve aquí!

El joven la ignoró y siguió adentrándose en el bosque oscuro hacia la batalla que tenía lugar a unos cien metros de las tiendas. Barak, Hettar y Mandorallen cortaban de forma sistemática a los hombres de barro en pedacitos, mientras Seda entraba y salía de la

refriega, tras agujerear con su espada corta los cuerpos gruesos y cubiertos de musgo de los monstruos. Garion se metió en la pelea; los oídos le zumbaban y lo embargaba una extraña sensación de regocijo.

Entonces aparecieron el señor Lobo y tía Pol, seguidos de la temblorosa y pálida Ce'Nedra. Los ojos de Lobo echaban chispas y, mientras tomaba fuerza, pareció encumbrarse por encima de todos los demás. Luego extendió una mano con la palma hacia arriba.

—¡Fuego! —ordenó y un rayo siseante surgió de su mano y se elevó hacia las nubes que se arremolinaban en el cielo.

La tierra tembló con la violencia de un trueno demoledor y Garion retrocedió ante la fuerza de los rugidos en su cabeza.

Tía Pol levantó la mano.

—¡Agua! —ordenó con voz potente.

Las nubes estallaron y cayó tanta lluvia que parecía que el aire mismo se había convertido en agua.

Los hombres de barro, que todavía avanzaban torpes y tambaleantes, comenzaron a ablandarse y disolverse bajo el descomunal diluvio. Con una mezcla de asco y fascinación, Garion observó cómo se desintegraban hasta convertirse en grumos de barro y musgos podridos, agitados y jadeantes mientras la lluvia los destruía.

Barak extendió su espada chorreante y tocó con cautela un grumo informe de barro que había sido la cabeza de uno de los atacantes. El grumo se abrió y la serpiente que había en su interior comenzó a desenroscarse. Cuando subió, dispuesta a atacar, Barak la partió en dos.

Otras serpientes empezaron a salir a la superficie a medida que la lluvia deshacía los cuerpos de barro que las habían albergado hasta entonces.

—Aquella —dijo tía Pol señalando una serpiente de color verde opaco que intentaba salir del barro—; cógela para mí, Garion.

—¿Yo? —musitó Garion con la carne de gallina.

—Lo haré yo —dijo Seda.

Cogió una rama terminada en punta e inmovilizó la cabeza de la serpiente. Luego, con cuidado, cogió la piel húmeda de la nuca del ofidio y levantó al reptil, que se retorció.

—Tráela aquí —ordenó tía Pol mientras se secaba la cara mojada por la lluvia.

Seda le acercó la serpiente. Su lengua bífida se agitaba nerviosa y sus ojos inexpresivos quedaron fijos en los de Pol.

—¿Qué significa esto? —le preguntó tía Pol a la serpiente.

La serpiente dejó escapar un silbido y luego, con una voz que parecía un siseo, le contestó:

—Eso, Polgara, es asunto de mi ama.

Cuando la serpiente habló, Seda palideció y la sujetó con más fuerza.

—Ya veo —dijo tía Pol.

—Abandona esta búsqueda —siseó la serpiente—. Mi ama no te permitirá ir más lejos.

—¿Permitirme? —rió burlona tía Pol—. Tu ama no tiene poder suficiente para prohibirme nada.

—Mi ama es la reina de Nyissa —dijo la serpiente con su voz susurrante—. Allí su poder es absoluto. Los caminos de las serpientes no son los caminos de los hombres y mi ama es la reina de las serpientes. Si entráis a Nyissa sufriréis las consecuencias; nosotras somos pacientes y no tenemos miedo, así que apareceremos donde menos lo esperéis. Nuestra picadura es una herida pequeña, que apenas notaréis, pero supone la muerte.

—¿Qué interés tiene Salmisra en este asunto? —preguntó tía Pol.

—Ella no ha considerado necesario revelármelo —respondió la serpiente con su lengua aleteando hacia Polgara—, y la curiosidad no es propia de mi. Yo he transmitido mi mensaje y recibido la recompensa, ahora haz lo que quieras conmigo.

—Muy bien —dijo tía Pol, con una mirada hostil a la serpiente y la cara empapada por la lluvia.

—¿La mato? —preguntó Seda, con las facciones tensas y los nudillos blancos por el esfuerzo de sostener al grueso y zigzagueante reptil.

—No —respondió ella en voz baja—. No tiene sentido destruir una excelente mensajera. —Le dedicó una mirada severa—. Regresa con las demás a Salmisra —dijo—, y dile que si vuelve a interferir, yo iré a buscarla, y que ni la más profunda ciénaga de Nyissa podrá ocultarla de mi ira.

—¿Y mi recompensa? —preguntó la serpiente.

—Tu vida es tu recompensa —respondió tía Pol.

—Es cierto —siseó la serpiente—. Le daré tu mensaje, Polgara.

Seda se agachó y bajó su brazo hasta el suelo, la serpiente se desenroscó y el hombrecillo la soltó al tiempo que pegaba un salto hacia atrás. La serpiente le echó un breve vistazo y luego se alejó arrastrándose.

—Creo que ya ha llovido bastante, Pol —observó Lobo y se limpió la cara.

Tía Pol agitó su mano con un ademán indiferente y la lluvia se detuvo como si hubiese surgido de un cubo que se hubiera vaciado de repente.

—Tenemos que encontrar a Durnik —les recordó Barak.

—Venía detrás de nosotros —dijo Garion, y señaló hacia arriba del arroyo que ahora estaba inundado.

El miedo de que le hubiera ocurrido algo le producía una presión en el pecho, pero se armó de valor y se internó en el bosque al frente de los demás.

—El herrero es un buen compañero —dijo Mandorallen—, y no me gustaría perderlo.

La voz del caballero tenía un dejo extraño y melancólico y su rostro se veía inusualmente pálido bajo la luz tenue. La mano que sujetaba su enorme espada era firme como una roca, pero sus ojos lo traicionaban y reflejaban una duda que Garion nunca había notado en ellos. A medida que se internaban en el bosque empapado, los salpicaba el agua de las plantas.

—Lo dejamos aquí —dijo Garion, echando un vistazo alrededor—, pero ahora no hay ningún rastro de él.

—Estoy aquí arriba —dijo Durnik desde encima de sus cabezas. Estaba en lo alto de un enorme roble y espiaba hacia abajo—. ¿Se han ido? —preguntó mientras comenzaba a descender por el tronco resbaloso del árbol—. La lluvia llegó justo a tiempo —dijo y dio un salto desde el último metro—, ya me resultaba difícil mantenerlos alejados del árbol.

De repente, sin mediar palabra, tía Pol abrazó al bondadoso herrero y luego, como si se avergonzara de aquel gesto imprevisto, comenzó a reñirlo.

Durnik soportó sus reproches con paciencia y una curiosa expresión en el rostro.

Aquella noche Garion tuvo un sueño intranquilo. Se despertó a menudo, sobresaltado por el recuerdo de la piel de los hombres de barro. Pero por fin la noche terminó como todas las noches, y llegó la mañana clara y luminosa. Entonces se adormiló un rato, envuelto en las mantas, hasta que Ce'Nedra vino a despertarlo.

—Garion —dijo ella con suavidad mientras le apoyaba la mano sobre el hombro—. ¿Estás despierto?

—Buenos días —dijo Garion, abriendo los ojos y mirándola.

—La señora Polgara dice que debes levantarte —le anunció. Garion bostezó, estiró los brazos y se sentó. Luego miró a través de la puerta de la tienda y vio que brillaba el sol—. Me está enseñando a cocinar —añadió con orgullo Ce'Nedra.

—Eso está muy bien —dijo Garion mientras se apartaba el cabello de los ojos.

Ella lo miró durante un largo rato, con su pequeña carita seria y sus ojos verdes atentos.

—Garion. —¿Sí?

—Ayer fuiste muy valiente.

—Sin duda hoy me reñirán por ello —comentó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

—A tía Pol y a mi abuelo no les gusta que intente ser valiente —explicó él—. Creen que todavía soy un niño y tienen miedo de que me hagan daño.

—¡Garion! —llamó tía Pol desde el pequeño fuego donde cocinaba—. Necesito más leña.

Garion suspiró y salió de entre las mantas, se puso las botas, ajustó la espada a su cintura y se perdió en el bosque.

Debajo de los robles el suelo todavía estaba húmedo después de la tormenta que tía Pol había invocado el día anterior, así que era difícil encontrar leña seca. Dio una vuelta por allí, arrancando ramas de árboles caídos y de debajo de las rocas. Los árboles lo vigilaban en silencio, aunque aquella mañana le parecieron menos hostiles.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó una voz suave desde lo alto.

Garion levantó la vista con presteza y se llevó la mano a la espada. Sobre una rama gruesa, justo encima de su cabeza, había una joven que vestía una túnica con cinturón y sandalias. Su cabello era leonado; sus ojos, grises y curiosos, y su piel tenía un leve tono verdoso que la identificaba como una dríada. Llevaba un arco en la mano izquierda, mientras la derecha sostenía una flecha apuntada directamente hacia Garion.

—Estoy juntando leña —dijo Garion tras alejar la mano de la espada con cautela.

—¿Para qué?

—Mi tía la necesita para el fuego —explicó él. —¿Fuego? —repitió la joven al tiempo que tensaba el arco y endurecía su expresión.

—Uno pequeño —se apresuró a decir Garion—, para cocinar. —Aquí no se permite hacer fuego —dijo la niña de forma contundente.

—Tendrás que explicárselo a tía Pol —sugirió Garion—. Yo sólo hago lo que me mandan.

La joven silbó y apareció otra niña desde atrás de un árbol cercano. También llevaba un arco, su pelo era casi tan rojo como el de Ce'Nedra y su cara tenía el color de las hojas de los árboles.

—Dice que está recogiendo leña —le comunicó la primera joven—, para un fuego. ¿Crees que debo matarlo?

—Xantha dice que tenemos que descubrir quiénes son —dijo la joven del cabello rojo, pensativa—. Si no tienen motivos para estar aquí, podrás matarlos.

—Muy bien —asintió la joven de pelo leonado, obviamente decepcionada—. Pero no olvides que a éste lo encontré yo, y cuando llegue el momento, quiero matarlo.

Garion sintió que los pelos de la nuca se le erizaban.

La pelirroja silbó y una media docena de dríadas armadas salieron de atrás de los árboles. Todas eran bastante menudas y el color de sus cabelleras oscilaba entre las diversas tonalidades del rojo y el dorado, similares a las de las hojas de otoño. Se agruparon en torno a Garion y lo examinaron entre risitas y parloteos.

—Ése es mío —afirmó la dríada de cabello leonado mientras se bajaba del árbol—. Yo lo he encontrado y Xera dice que podré matarlo.

—Parece sano —apuntó una de las otras—, y bastante manso, tal vez debiéramos quedárnoslo. ¿Es un macho?

—Examinémoslo y lo sabremos —dijo otra con una risita de curiosidad.

—Soy un macho —dijo Garion muy rápido y se sonrojó muy a su pesar.

—Sería una pena desaprovecharlo —observó otra—. Podríamos quedárnoslo por un tiempo y luego matarlo.

—Es mío —afirmó obstinada la dríada del cabello leonado—, y si quiero matarlo, lo haré —añadió al tiempo que cogía a Garion por un brazo con actitud posesiva.

—Vamos donde están los otros —sugirió la que llamaban Xera—. Están haciendo fuego y tenemos que detenerlos.

—¿Fuego? —repitieron varias a la vez, y miraron a Garion amenazadoras.

—Sólo uno pequeño —explicó con rapidez.

—Traedlo con vosotras —ordenó Xera, y comenzó a andar hacia el campamento.

Sobre sus cabezas, se oía el lejano murmullo de los árboles.

Llegaron al claro donde estaban las tiendas y donde tía Pol los aguardaba serena. Miró a las dríadas que rodeaban a Garion sin cambiar de expresión.

—Bienvenidas, señoritas —les dijo.

Las dríadas comenzaron a murmurar entre sí.

—¡Ce'Nedra! —exclamó Xera.

—¡Prima Xera! —respondió Ce'Nedra, y ambas corrieron a abrazarse.

Las demás dríadas se adentraron un poco más en el claro mientras miraban nerviosas hacia el fuego.

Ce'Nedra se apresuró a contárselo todo a su prima, le explicó quiénes eran y Xera hizo un gesto a las demás para que se acercaran.

—Parece que son amigos —les dijo—. Los llevaremos ante mi madre, la reina Xantha.

—¿Eso significa que no podré matar a éste? —preguntó con petulancia la dríada del cabello leonado mientras señalaba a Garion con un dedo menudo.

—Me temo que no —respondió Xera, y la dríada se alejó enfurruñada.

Garion dejó escapar un suspiro de alivio. Entonces el señor Lobo salió de una de las tiendas y miró al grupo de dríadas con una amplia sonrisa.

—¡Es Belgarath! —exclamó una de las dríadas y corrió hacia él con alegría. Le rodeo el cuello con los brazos, le hizo inclinar la cabeza y le dio un sonoro beso—. ¿Nos has traído caramelos? —le preguntó.

Con expresión solemne, el viejo comenzó a rebuscar en sus innumerables bolsillos. Enseguida aparecieron todo tipo de dulces, que se esfumaban con igual rapidez, pues las dríadas se acercaban a él y se los arrebataban en cuanto los sacaba.

—¿Tienes algún relato nuevo para contarnos? —preguntó una de las dríadas.

—Muchos —respondió Lobo mientras se rascaba la nariz con expresión astuta—. Pero tendremos que esperar a que vuestras hermanas puedan oírlos, ¿verdad?

—Queremos uno sólo para nosotras —dijo la dríada.

—¿Y qué me daréis a cambio de una historia tan especial? —Besos —ofreció la dríada con presteza—; cinco besos cada una.

—Es una historia muy buena —regateó Lobo— y vale más de cinco besos, digamos diez.

—Ocho —replicó la pequeña dríada.

—Bueno —asintió Lobo—, ocho me parece un número razonable.

—Veo que has estado aquí antes —observó tía Pol con frialdad.

—De vez en cuando les hago una visita —admitió con expresión tierna.

—Esos dulces no son buenos para ellas y tú lo sabes —lo regañó.

—Unos pocos no les harán daño —dijo él—, y les gustan mucho. Una dríada sería capaz de hacer cualquier cosa a cambio de caramelos.

—Eres odioso —dijo ella.

Las dríadas habían rodeado al señor Lobo como flores en torno a un jardín, a excepción de la que había capturado a Garion, que se había quedado a un lado refunfuñando y acariciaba la punta de su flecha. Por fin se acercó a Garion.

—No pensarás escapar, ¿verdad? —le preguntó esperanzada.

—No —respondió Garion de forma contundente.

La dríada suspiró decepcionada.

—¿No podrías hacerlo, digamos, como un favor especial para mí?

—Lo siento —negó él.

Ella volvió a suspirar, esta vez con amargura.

—Nunca tengo la oportunidad de divertirme —protestó, y fue a unirse a las demás.

Seda salió de la tienda, despacio y con cautela, y una vez que las dríadas se acostumbraron a él, apareció Durnik.

—Solo son niñas, ¿verdad? —le comentó Garion a tía Pol.

—Lo parecen —respondió ella—, pero son mucho mayores de lo que aparentan, Una dríada vive tanto como su árbol, y los robles tienen una vida muy larga.

—¿Dónde están los varones dríadas? —preguntó él—. Sólo veo mujeres.

—No hay varones dríadas, cariño —explicó ella mientras volvía a ocuparse de la comida.

—Entonces, ¿cómo...? Quiero decir... —titubeó, y sintió que le quemaban las orejas.

—Para eso atrapan varones humanos —dijo ella—. Viajeros, por ejemplo.

—Ah... —musitó Garion y abandonó el tema por delicadeza.

Después de desayunar, y tras apagar el fuego con agua del arroyo, ensillaron los caballos y se internaron en el bosque. El señor Lobo iba delante y las pequeñas dríadas reían y cantaban a su alrededor como alegres infantas. El murmullo de los árboles ya no era hostil y avanzaban entre susurros de bienvenida de innumerables hojas.

Al atardecer llegaron a un amplio claro en el centro del bosque, donde se erguía la figura solitaria de un roble tan grande que a Garion le costaba concebir la idea de que algo tan enorme pudiera estar vivo. En distintas partes de su tronco cubierto de musgo había aberturas similares a cavernas, las ramas más bajas eran anchas como caminos y proyectaban su sombra sobre la casi totalidad del claro. El árbol daba la impresión de tener muchos años y una sabiduría ancestral, y Garion tuvo la impresión de que algo, como el suave contacto de una hoja sobre su cara, rozaba su mente. Aquella sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, pero le daba la bienvenida.

El árbol estaba repleto de dríadas, acurrucadas aquí y allá sobre sus ramas, como si fueran pimpollos de flores. Sus risas y parloteos inocentes llenaban el aire de una melodía similar al canto de los pájaros.

—Le avisaré a mi madre que has llegado —dijo Xera antes de dirigirse al árbol.

Garion y los demás desmontaron y se quedaron, cautelosos, de pie junto al caballo. Las dríadas los espiaban desde lo alto, entre susurros y risitas.

Por alguna razón, las miradas francas y joviales de las dríadas hacían que Garion se sintiera cohibido. Se acercó a tía Pol y notó que los demás también se habían agrupado junto a ella, como si buscaran su protección.

—¿Dónde está la princesa? —preguntó ella.

—Está allí, señora Pol —respondió Durnik—, con aquel grupo de dríadas.

—No la pierdas de vista —dijo tía Pol—. ¿Y dónde está el holgazán de mi padre?

—Cerca del árbol —contestó Garion—. Parece que las dríadas lo quieren mucho.

—Viejo tonto —musitó enfadada tía Pol.

Entonces salió otra dríada de uno de los huecos del árbol que había encima de las primeras ramas. En lugar de la túnica corta que usaban las demás, ésta llevaba un vestido verde amplio y largo y su cabello dorado estaba cogido con una rama de muérdago. La dríada descendió al suelo con elegancia, tía Pol se adelantó a saludarla y los demás la siguieron a una distancia prudencial.

—¡Querida Polgara! —exclamó la dríada con afecto—. ¡Ha pasado tanto tiempo!

—Todos tenemos nuestras obligaciones, Xantha —explicó Pol.

Las dos mujeres se unieron en un cariñoso abrazo.

—¿Nos los has traído de regalo? —preguntó la reina Xantha al tiempo que observaba con admiración a los hombres que había detrás de Polgara.

—Me temo que no, Xantha —rió tía Pol—; me encantaría dártelos, pero es probable que los necesite más adelante.

—Ah, bueno —dijo la reina con un suspiro burlón—. Seáis todos bienvenidos —los saludó—. Cenaréis con nosotras, por supuesto.

—Estaremos encantados —respondió tía Pol. Luego cogió a la reina por un brazo—. Pero antes, ¿podemos hablar un momento?

Las dos se apartaron del grupo y conversaron en voz baja mientras las demás dríadas sacaban paquetes y sacos de los huecos del árbol y comenzaban a organizar un banquete sobre la hierba, bajo las enormes ramas.

La comida que habían preparado tenía un aspecto extraño. Por lo visto, la alimentación de las dríadas se componía exclusivamente de fruta, frutos secos y setas, todo crudo. Barak se sentó y observó con amargura lo que les ofrecían.

—No hay carne —se quejó.

—La carne envenena la sangre —dijo Seda.

Barak, cauteloso, bebió un sorbo del contenido de su vaso.

—Agua —dijo disgustado.

—Te vendrá bien irte a dormir sobrio, para variar —observó tía Pol cuando volvió a su lado.

—Estoy seguro de que esto no es bueno para la salud —dijo Barak.

Ce'Nedra se sentó junto a la reina Xantha. Era obvio que quería hablar con ella, y, al no encontrar oportunidad para verla a solas, decidió hacerlo en público.

—Tengo que pedirte un favor, alteza.

—Pídelo, criatura —respondió la reina, sonriente.

—Es algo sin importancia —explicó Ce'Nedra—. Necesito alojamiento por unos días. Mi padre se está volviendo poco razonable con la edad y tengo que alejarme de él hasta que vuelva a ser el mismo.

—¿Qué quieres decir con que Ran Borune se está volviendo poco razonable? —preguntó Xantha.

—No me deja salir de palacio e insiste en que vaya a Riva cuando cumpla dieciséis años —respondió Ce'Nedra enfurecida—. ¿Has conocido algo igual?

—¿Y por qué quiere que vayas a Riva?

—Por un estúpido tratado cuyas causas nadie recuerda.

—Si es un tratado, deberá cumplirse, cariño —dijo la reina con dulzura.

—No pienso ir a Riva —anunció Ce'Nedra—. Me quedaré aquí hasta que pase mi cumpleaños y todo haya terminado.

—No, cariño —dijo la reina con firmeza—, no lo harás.

—¿Qué? —Ce'Nedra se quedó atónita.

—Nosotros también tenemos un tratado —explicó la reina—, y nuestro acuerdo con la familia Borune es de lo más explícito. Nuestro bosque permanecerá inviolable siempre y cuando las descendientes femeninas de la princesa Xoria se queden con los Borune. Es tu deber permanecer con tu padre y obedecerle.

—Pero yo soy una dríada —sollozó Ce'Nedra— y éste es mi sitio.

—También eres humana —dijo la reina— y tu sitio está junto a tu padre.

—No quiero ir a Riva —protestó Ce'Nedra—. Es humillante.

—No te comportes como una niña tonta —la riñó Xantha con una mirada severa—. Tus obligaciones están claras. Tienes un deber que cumplir como dríada, como Borune y como princesa imperial. Tus estúpidos e insignificantes caprichos están de más; si tienes la obligación de ir a Riva, debes hacerlo.

Ce'Nedra estaba impresionada por la severidad del tono de la reina y, tras aquellas palabras, se quedó callada y de mal humor.

—Hay muchos rumores afuera —dijo la reina dirigiéndose al señor Lobo—, y algunos han llegado incluso hasta aquí. En el mundo de los humanos está ocurriendo algo trascendental y es posible que altere nuestras vidas en el bosque; por lo tanto, creo que debería saber de qué se trata.

—Por supuesto que sí —asintió Lobo muy serio—. Zedar, el Apóstata, ha robado el Orbe de Aldur del trono del rey rivano.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Xantha conteniendo el aliento. —No lo sabemos —respondió Lobo con un gesto de incompreensión—. Zedar intenta llegar con el Orbe a los reinos angaraks, y una vez allí, usará sus poderes para despertar a Torak.

—Debemos evitarlo a toda costa —dijo la reina—. ¿Qué estáis haciendo?

—Los alorn y los sendarios se están preparando para la guerra —respondió Lobo—. Los arendianos han prometido ayuda y Ran Borune ha sido avisado, aunque no ha prometido nada. Los Borune suelen ser difíciles de tratar —añadió con una mirada a la malhumorada Ce'Nedra.

—Entonces, ¿tendremos guerra? —preguntó con tristeza la reina.

—Me temo que sí, Xantha —asintió él—. Nosotros estamos persiguiendo a Zedar y esperamos poder atraparlo y devolver el Orbe antes de que llegue a Torak. Si tenemos éxito, creo que de todos modos los angaraks atacarán al Oeste como represalia. Están a punto de cumplirse ciertas profecías ancestrales, hay señales por todas partes, e incluso los grolims, con sus retorcidas percepciones, pueden reconocerlas.

—Yo misma he percibido algunas de esas señales —suspiró la reina—, aunque preferiría haberme equivocado. ¿Qué aspecto tiene Zedar?

—Es muy parecido a mí —respondió Lobo—. Durante mucho tiempo servimos al mismo maestro y eso repercute en el aspecto físico.

—Una persona de esas características pasó por los confines de nuestro bosque la semana pasada y cruzó la frontera hacia Nyissa —le informó Xantha—. Si lo hubiésemos sabido, tal vez habríamos podido detenerlo.

—Entonces estamos más cerca de lo que pensábamos. ¿Estaba solo?

—No —respondió Xantha—. Iba con dos de los criados de Torak y un niño pequeño.

—¿Un niño? —preguntó Lobo estupefacto.

—Sí, de unos seis años, más o menos.

El viejo frunció el entrecejo y de repente abrió mucho los ojos.

—¡Entonces así fue como lo hizo! —exclamó—. Nunca se me hubiera ocurrido.

—Podemos enseñaros el lugar desde donde cruzó el río hacia Nyissa —ofreció la reina—. Sin embargo, debo advertiros que puede ser peligroso para un grupo tan grande como el vuestro. Salmisra vigila hasta el último rincón de sus pantanos.

—Ya he hecho planes al respecto —le aseguró el señor Lobo. Se volvió hacia Barak—: ¿Estás seguro de que ese barco nos espera en la desembocadura del río de los Bosques? —le preguntó.

—Estará allí —rugió Barak—. El capitán es un hombre de fiar. —Bien —dijo Lobo—, entonces Seda y yo iremos tras las huellas de Zedar y los demás seguirán navegando hasta llegar al mar. Borearéis la costa y luego subiréis por el río de la Serpiente hasta Sthiss Tor. Nos encontraremos allí.

—¿No creéis que dividir el grupo en un lugar como Nyissa podría ser peligroso? —preguntó Mandorallen.

—Es necesario —respondió Lobo—. Los hombres serpiente viven en la jungla y no les gustan los intrusos. Seda y yo podremos ocultarnos mejor si estamos solos.

—¿Dónde queréis que os encontremos? —preguntó Barak.

—Hay una zona comercial drasniana cerca de los muelles de Sthiss Tor —dijo Seda— y varios de los mercaderes son amigos míos. Preguntad por Radek de Boktor; si no podemos encontrarnos allí, dejaremos dicho dónde estamos.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Ce'Nedra.

—Creo que tendrás que seguir con nosotros —respondió tía Pol.

—No hay ninguna razón para que viaje a Nyissa —replicó Ce'Nedra.

—Irás porque yo te lo ordeno —le dijo tía Pol—. Yo no soy tu padre, Ce'Nedra; tus pucheros no me rompen el corazón y tus caídas de ojos no me impresionan en lo más mínimo.

—Me escaparé —amenazó Ce'Nedra.

—Eso sería una tontería —sentenció tía Pol con frialdad—. Me obligarías a traerte de vuelta y no te resultará agradable. Los problemas que hay en el mundo en este momento son demasiado graves como para conceder importancia a los caprichos de una niña malcriada. Tú te quedarás conmigo e irás al palacio de Riva en tu cumpleaños, aunque tenga que llevarte encadenada. Estamos demasiado ocupados como para seguir consintiéndote.

Ce'Nedra la miró fijamente y rompió a llorar.

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol y cuando el fino rocío aún flotaba en el aire bajo las ramas de los enormes robles, Seda y el señor Lobo se prepararon para partir hacia Nyissa. Garion, sentado sobre un tronco, miraba con tristeza al viejo, que guardaba la comida.

—¿Por qué estás tan deprimido? —le preguntó Lobo.

—Preferiría que no tuviéramos que separarnos —respondió Garion.

—Es sólo por un par de semanas.

—Ya lo sé, pero, aun así, me gustaría... —Garion se encogió de hombros.

—Cuida a tu tía Pol mientras yo no esté —dijo Lobo, y terminó de atar el saco.

—Bueno...

—Y no te quites el amuleto, Nyissa es un lugar muy peligroso.

—Lo recordaré —prometió Garion—. Tendrás cuidado, ¿verdad, abuelo?

El viejo lo miró con seriedad. Su barba blanca brillaba bajo la luz brumosa.

—Yo siempre tengo cuidado, Garion —respondió.

—Se hace tarde, Belgarath —le recordó Seda, quien se acercaba con dos caballos.

Lobo asintió con la cabeza.

—Te veremos en Sthiss Tor dentro de dos semanas —le dijo a Garion.

El chico le dio un rápido abrazo y se volvió para no verlos partir. Cruzó el claro y se acercó a Mandorallen, que tenía la vista fija en el rocío.

—Las despedidas resultan melancólicas —dijo el caballero con tristeza y suspiró.

—Hay algo más, Mandorallen, ¿no? —preguntó Garion. —Sois un joven muy perspicaz.

—¿Qué te preocupa? En los últimos dos días has actuado de una forma extraña.

—He descubierto un curioso sentimiento en mi interior, Garion, y no me gusta nada.

—¿De qué se trata?

—Miedo —dijo Mandorallen contundente. —¿Miedo? ¿De qué?

—De los hombres de barro. No sé por qué, pero su mera existencia ha producido terror en mi alma.

—Nos asustaron a todos, Mandorallen —le dijo Garion. —Yo nunca había sentido miedo —afirmó Mandorallen.

—¿Nunca?

—Ni siquiera cuando era un niño. Los hombres de barro me pusieron la piel de gallina y me provocaron un deseo imperioso de escapar.

—Pero no lo hiciste —señaló Garion—, te quedaste a pelear.

—Esta vez, sí —admitió Mandorallen—. Pero ¿qué pasará la próxima? Ahora que el miedo conoce el camino hasta mi alma, ¿quién me garantiza que no va a volver? ¿Y si en un momento de desesperación, cuando el éxito de nuestra misión esté en juego, ese odioso temor apoyara su mano helada sobre mi corazón y me privara del valor? Estoy sumamente avergonzado de mi cobardía y de mi debilidad.

—¿Avergonzado? ¿Por actuar como un ser humano? Eres demasiado duro contigo mismo.

—Sois muy amable al justificarme, joven, pero mi flaqueza es demasiado grave para una disculpa tan simple. Luché por alcanzar la perfección y estuve, según creo, bastante cerca de lograrla. Pero ahora que la perfección, que es la mayor maravilla del mundo, se ha esfumado, es muy difícil aceptarlo. —Se volvió y Garion se asombró de ver lágrimas en sus ojos—. ¿Me ayudaréis a ponerme la armadura? —preguntó.

—Por supuesto.

—Siento la imperiosa necesidad de revestirme de acero. Quizás así consiga endurecer mi cobarde corazón. —Tú no eres ningún cobarde —insistió Garion.

—¡Sólo el tiempo podrá demostrarlo! —suspiró Mandorallen con tristeza.

Cuando llegó el momento de partir, la reina Xantha les dedicó unas palabras:

—Os deseo lo mejor —dijo—. Me gustaría colaborar en vuestra misión, pero las dríadas estamos unidas a nuestros árboles con lazos que no pueden romperse. Mi árbol es muy viejo, y debo cuidar de él —añadió, dirigiéndole una mirada afectuosa al enorme roble que se erguía bajo el rocío de la mañana—. Estamos atados el uno al otro, pero con un vínculo de amor.

Garion sintió otra vez aquel pequeño roce que había experimentado el día anterior al ver el enorme árbol por primera vez. En esta ocasión se trataba de un toque de despedida y de algo parecido a una advertencia. La reina Xantha intercambió una mirada de asombro con tía Pol y después examinó a Garion con atención.

—Mis hijas menores os acompañarán hasta el río que marca la frontera sur de nuestro bosque —continuó—; desde allí es sencillo llegar hasta el mar.

La voz de la reina no dejaba traslucir ningún cambio, pero sus ojos tenían un aire pensativo.

—Gracias, Xantha —dijo tía Pol con afecto mientras abrazaba a la reina de las dríadas—. Si puedes comunicar a los Borune que Ce'Nedra está a salvo conmigo, tal vez el emperador se quede más tranquilo.

—Lo haré, Polgara —prometió Xantha.

Entonces montaron sus caballos y siguieron a la media docena de dríadas que revoloteaban delante como mariposas y los guiaban hacia la frontera del sur. Garion se sentía deprimido sin saber bien por qué, y mientras cabalgaba junto a Durnik por el zigzagueante sendero del bosque, no prestó la más mínima atención al paisaje.

A media mañana comenzó a oscurecer bajo los árboles, pero continuaron su avance en silencio a través del bosque cada vez más sombrío. Daba la impresión de que la advertencia que Garion había percibido en el claro de la reina Xantha, se repetía ahora en el crujir de las ramas y en el murmullo de las hojas.

—El tiempo debe de estar cambiando —dijo Durnik alzando la vista—. Ojalá pudiera ver el cielo.

Garion asintió con un gesto e intentó desechar aquella sensación de peligro inminente que lo embargaba.

Al frente del grupo cabalgaban Mandorallen con su armadura y Barak con su cota de malla; Hettar, que llevaba la chaqueta de piel de caballo con remaches de metal, iba detrás. Por lo visto, aquel imperioso presentimiento también los había alcanzado a ellos, y avanzaban con cautela, sus manos cerca de las armas y los ojos alerta a cualquier problema.

De repente se encontraron rodeados de soldados tolnedranos que surgían de atrás de los arbustos o de los árboles. No hicieron ademán de atacar, simplemente les cortaron el paso, con sus pulidos petos y sus espadas cortas prontas.

Barak murmuró una maldición y Mandorallen se irguió en su caballo con solemnidad.

—¡Haceos a un lado! —ordenó a los soldados al tiempo que los amenazaba con su lanza.

—Tranquilo —le advirtió Barak.

Las dríadas, tras dirigir una mirada de asombro a los legionarios, se esfumaron entre los árboles oscuros.

—¿Qué pensáis, señor Barak? —preguntó Mandorallen con aire despreocupado—. No son muchos más de cien, ¿los atacamos?

—Uno de estos días tú y yo tendremos que charlar largo y tendido sobre algunas cosas —respondió Barak. Echó un vistazo por encima de su hombro y advirtió que Hettar se acercaba. Luego suspiró—. Bueno, supongo que será mejor acabar de una vez. —Apretó las correas de su escudo y aflojó la espada en su funda—. ¿Qué opinas, Mandorallen? ¿Deberíamos darles una oportunidad para que escaparan?

—Una sugerencia muy caritativa, señor Barak —asintió Mandorallen.

Entonces, un poco más arriba en el sendero, un grupo de hombres montados salió de entre los árboles. El jefe era un hombre alto y llevaba una capa azul con festones plateados, su peto y su casco estaban grabados en oro y montaba un caballo castaño cuyas patas se hundían en las hojas húmedas que cubrían el suelo.

—Espléndido —dijo mientras se acercaba con su caballo—, absolutamente espléndido.

—¿Acaso las legiones no tienen nada mejor que hacer que demorar a los viajeros? —le preguntó tía Pol al recién llegado con una mirada severa.

—Ésta es mi legión, señora —dijo con arrogancia el hombre de la capa azul—, y hace lo que yo le ordene. Veo que tenéis con vosotros a la princesa Ce'Nedra.

—Donde yo vaya y con quién es asunto mío, excelencia —dijo Ce'Nedra, altiva—, y no de la incumbencia del gran duque Kador de la familia Vordue.

—Vuestro padre está muy preocupado, princesa —aseguró Kador—, y Tolnedra entera te está buscando. ¿Quiénes son estas personas?

Garion intentó advertirle que callara con un gesto ceñudo y un movimiento de cabeza, pero ya era demasiado tarde.

—Los dos caballeros que van delante son Mandorallen, barón de Vo Mandor, y Barak, duque de Trelheim —anunció ella—. El guerrero algarío que va detrás es Hettar, hijo de Cho-Hag, jefe del Clan de los Jefes de Algaría. La dama...

—Yo puedo hablar por mi misma, querida —interrumpió tía Pol con dulzura—. Me gustaría saber que trae al gran duque de Vordue tan al sur de Tolnedra.

—Tengo asuntos aquí, señora —dijo Kador.

—Es evidente —respondió tía Pol.

—Todas las legiones del imperio están buscando a la princesa y he sido yo quien la ha encontrado.

—Me sorprende ver a un Vordue tan interesado en colaborar en la búsqueda de la princesa Borune —observó tía Pol—. Sobre todo si se tienen en cuenta los siglos de enemistad entre ambas familias.

—Acabemos con esta farsa inútil —sugirió Kador con hostilidad—. Mis razones sólo me incumben a mí.

—Y sin duda son deshonrosas —agregó ella.

—Creo que olvidas quién soy, señora —le recordó Kador—; después de todo, soy quien soy, y lo más importante es quién llegaré a ser.

—¿Y quién llegarás a ser, excelencia? —preguntó ella. —Seré Ran Vordue, emperador de Tolnedra —anunció Kador.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hace el futuro emperador de Tolnedra en el bosque de las Dríadas?

—Hago lo necesario para proteger mis intereses —respondió Kador con solemnidad—. Por el momento, es fundamental que la princesa Ce'Nedra quede bajo mi custodia.

—Es probable que mi padre tenga algo que decir al respecto, duque Kador —le recordó Ce'Nedra—, y también sobre tu ambición.

—Lo que diga Ran Borune no me interesa, alteza —respondió Kador—. Tolnedra me necesita y ningún truco de los Borune va a privarme de la corona imperial. Es obvio que el

viejo piensa casarte con un Honeth o con un Horbit para apelar a un ilegítimo derecho al trono. Eso podría complicar las cosas y yo me propongo simplificarlas.

—¿Casándote conmigo? —preguntó burlona Ce'Nedra—. Pues no te hagas ilusiones.

—No —respondió Kador—, a mi no me interesa una dríada como esposa. Al contrario de los Borune, los Vordue creemos que debemos mantener nuestra sangre pura y sin contaminar.

—Entonces, ¿me tomarás prisionera? —preguntó la princesa.

—Me temo que eso sería imposible —respondió el duque Kador—. El emperador tiene espías por todos lados. Es una pena que hayas escapado justo ahora, alteza. Me costó mucho meter a uno de mis agentes en la cocina del palacio y conseguir un extraño veneno nyissano. Incluso me tomé la molestia de escribir una carta de pésame para tu padre.

—Eres muy considerado —dijo Ce'Nedra, al tiempo que palidecía.

—Por desgracia, ahora tendré que ser más directo —continuó Kador—. Una daga afilada y unos metros de tierra acabarán con tu desafortunada intromisión en la política tolnedrana. Lo siento mucho, princesa, no es nada personal, pero como comprenderás, tengo que defender mis intereses.

—Vuestro plan, duque Kador, tiene un pequeño fallo —afirmó Mandorallen mientras apoyaba con cuidado su lanza sobre un árbol.

—No veo cuál —dijo Kador con presunción.

—Vuestro error reside en la imprudencia de ponerlos al alcance de mi espada —dijo Mandorallen—. Vuestra cabeza está en juego y un hombre sin cabeza no necesita una corona.

Garion sabía que gran parte de la insolencia de Mandorallen se debía a la imperiosa necesidad de demostrarse a sí mismo que ya no tenía miedo.

Kador miró con recelo al caballero.

—Tú no harías una cosa así —dijo no demasiado convencido—. Sois muy inferiores en número.

—Sois imprudente al pensar así —replicó Mandorallen—. Yo soy el caballero más fuerte del mundo y tengo una armadura completa. Vuestros soldados serán como malezas para mi. Estás perdido, Kador. —Y con esas palabras desenvainó su enorme espada.

—Tenía que suceder —le dijo Barak a Hettar con ironía y también sacó su espada.

—Yo no haría eso —interrumpió otra voz con brusquedad.

Una figura familiar, vestida de negro, salió de atrás de un árbol cercano, montada en un caballo negro. Musitó unas pocas palabras e hizo un rápido ademán con su mano derecha. Garion sintió una confusa ansiedad y un extraño rugido en su mente. Entonces la espada de Mandorallen voló de su mano.

—Gracias, Asharak —dijo Kador con alivio—, no esperaba tu ayuda.

Mandorallen se sacó el guante de malla y se acarició la mano como si le hubiesen pegado un duro golpe. Los ojos de Hettar se entrecerraron y se volvieron extrañamente inexpresivos. El caballo negro del murgo le dedicó una breve mirada de curiosidad y luego desvió la vista casi con satisfacción.

—Bien, Sha-dar —se regocijó Asharak con una horrible mueca en su cara llena de cicatrices—, ¿te gustaría intentarlo otra vez?

—No es un caballo —dijo Hettar con una expresión de asco y repulsión—. Parece un caballo, pero es otra cosa.

—Si —asintió Asharak—, algo bastante distinto. Puedes sumergirte en el fondo de su mente, si te apetece, pero no creo que te guste lo que encontrarás en ella. —Se bajó del caballo y caminó hacia ellos con los ojos brillantes, luego se detuvo frente a tía Pol y le hizo una reverencia burlona—. Volvemos a encontrarnos, Polgara.

—Has estado ocupado, Chamdar —respondió ella. Kador, que estaba desmontando, pareció sorprendido. —¿Conoces a esta mujer, Asharak?

—Su nombre es Chamdar, duque Kador —dijo tía Pol—, y es un sacerdote grolim. Tú creíste que sólo compraba tu honor, pero pronto descubrirás que ha comprado mucho más que eso. —Ella se irguió en la montura y de repente el mechón blanco de su pelo cobró un brillo incandescente—. Has sido un enemigo interesante, Chamdar. Casi te echaré de menos.

—No lo hagas, Polgara —dijo el grolim con rapidez—. Tengo el corazón del chico en la mano, y en cuanto invoques tu voluntad, él morirá. Sé quién es y cuanto lo quieres.

—Es fácil decirlo, Chamdar —dijo ella con el entrecejo fruncido.

—¿Te gustaría comprobarlo? —se burló él.

—¡Bajad de los caballos! —ordenó Kador con severidad mientras los legionarios daban un paso adelante en actitud amenazadora.

—Haced lo que dice —ordenó tía Pol en voz baja.

—Ha sido una larga persecución, Polgara —dijo Chamdar—. ¿Dónde está Belgarath?

—No muy lejos —respondió ella—. Quizá si empiezas a correr ahora, puedas escapar antes de que vuelva.

—No, Polgara —rió él—, si estuviera cerca yo lo sabría. —Se volvió y miró a Garion con atención—. Has crecido, chico. Hace tiempo que no teníamos oportunidad de hablar, ¿verdad?

Garion fijó la vista en la cara llena de cicatrices de su enemigo, alerta, pero por extraño que pareciera, sin temor. La lucha que le había esperado durante años estaba a punto de comenzar y en el fondo de su corazón sabía que estaba preparado. Chamdar fijó sus ojos en los del joven con una expresión inquisitiva.

—No sabe nada, ¿verdad? —le preguntó a tía Pol y luego rió—. ¡Eres una mujer típica, Polgara! Guardaste el secreto sólo por el placer de guardarlo. Debí haberlo llevado conmigo hace años.

—Déjalo en paz, Chamdar.

—¿Cuál es su verdadero nombre, Polgara? He estado pendiente de él casi tanto como tú. —Volvió a reír—. Tú has sido su madre y yo he sido su padre. Entre los dos hemos criado un hijo estupendo, pero aún me falta conocer su verdadero nombre.

—Creo que esto ya ha llegado demasiado lejos —dijo ella con frialdad y adquirió una postura erguida—. ¿Cuáles son tus condiciones?

—No hay condiciones —respondió el grolim—. Tú, el chico y yo iremos al lugar donde Torak espera el momento de despertar. El corazón del chico estará en mis manos todo el tiempo, por lo tanto serás tan dócil como corresponde. Zedar y Ctuchik se destruirán el uno al otro en su lucha por el Orbe, a no ser que Belgarath los encuentre primero y se encargue de ello, pero a mí el Orbe no me interesa. Lo único que quería desde el principio era atraptarte a ti y al chico.

—Entonces, ¿no intentabas detenernos? —preguntó ella.

—¿Detenernos? —rió Chamdar—. He hecho todo lo posible para ayudarlos. Ctuchik y Zedar tienen hombres en todo el Oeste y yo los he engañado y los he demorado siempre que ha sido necesario para que vosotros pudierais seguir adelante. Sabía que tarde o temprano Belgarath tendría que perseguir el Orbe solo, y que, llegado ese momento, yo podría atraptaros a ti y al chico.

—¿Con qué fin?

—¿Todavía no te das cuenta? —preguntó—. Las dos primeras cosas que Torak vea cuando despierte serán su novia y su enemigo mortal, arrodillados y encadenados junto a él. Tras un regalo tan majestuoso, yo seré ascendido por encima de todos.

—En tal caso, deja marchar a los demás —dijo ella. —No tengo ningún interés en ellos —respondió Chamdar—, así que los dejaré con el noble Kador. No creo que él encuentre razones para mantenerlos con vida, pero eso es asunto suyo. Yo ya tengo lo que quiero.

—¡Cerdo! —se enfureció Polgara sin poder evitarlo—. ¡Maldito cerdo!

Con una sonrisa imperturbable, Chamdar le cruzó la cara de una bofetada.

—Debes aprender a controlar tu lengua, Polgara —le dijo.

Garion sintió que le estallaba la cabeza. De forma casi inconsciente advirtió que los legionarios vigilaban a Durnik y a los demás, pero que a él ninguno parecía considerarlo una amenaza. Sin pensarlo dos veces, comenzó a caminar hacia su enemigo mientras se llevaba la mano a la daga.

«*¡Así no!*», advirtió la voz seca que siempre había estado en el fondo de su mente, aunque ya no tenía un tono pasivo ni desinteresado.

«*¡Lo mataré!*», dijo Garion en su mente.

«*así no!* —volvió a advertir la voz—. *No te permitirán hacerlo con el cuchillo.*»

«*Entonces, ¿cómo?*»

«*Recuerda lo que te dijo Belgarath: la Voluntad y la Palabra.*»

«*Yo no podría, no sé cómo se hace.*»

«*Tú eres quien eres. Te lo demostraré, ¡mira!*»

De forma espontánea y con tanta claridad que a Garion le parecía estar presenciándolo, se presentó ante sus ojos la imagen del dios Torak retorcido de dolor en el fuego del Orbe de Aldur. Vio cómo el rostro de Torak se deshacía y sus dedos ardían. Luego aquella cara cambió y se convirtió en la del tenebroso personaje cuya mente había estado unida a la suya desde la infancia. Tuvo la sensación de que una tremenda fuerza crecía en su interior, mientras veía ante sí la imagen de Chamdar envuelta en llamas.

«*¡Ahora!* —le ordenó la voz—, *¡hazlo!*»

Necesitaba darle un golpe, estaba tan furioso que no se conformaría con menos. Se abalanzó sobre el grolim con tal rapidez que los legionarios no alcanzaron a detenerlo. Balanceó el brazo derecho y un instante después su palma chocó con la mejilla izquierda de Chamdar, al tiempo que sentía surgir toda la fuerza que había crecido en su interior a través de la señal blanquecina de su palma.

«*¡Quema!*», ordenó, y deseó con todas sus fuerzas que ocurriera.

Chamdar retrocedió, cogido por sorpresa. Una momentánea furia se reflejó en su rostro, pero luego sus ojos se abrieron ante el terrible descubrimiento. Miró a Garion con terror y su cara se desfiguró por el sufrimiento.

—¡No! —gritó con voz ronca justo cuando su mejilla comenzaba a arder en el mismo lugar donde Garion le había pegado.

Nubes de humo surgían de la túnica negra como si la hubieran dejado sobre una estufa al rojo vivo. Chamdar gritó y se cubrió la cara con las manos, pero sus dedos se encendieron en llamas. Volvió a gritar y se desplomó retorciéndose de dolor sobre la tierra húmeda.

«*¡Quédate donde estás!*» Esta vez era la voz de tía Pol, que se escuchaba severa en la mente de Garion.

La cara de Chamdar estaba envuelta en llamas y sus gritos resonaban en el bosque sombrío mientras los legionarios retrocedían y se alejaban del grolim. De repente Garion sintió náuseas.

«*¡No aflojes!* —dijo la voz de tía Pol justo cuando iba a volverse—. *Mantén tu voluntad sobre él.*»

Garion se quedó junto al grolim mientras se quemaba. Las hojas húmedas que cubrían el suelo ardían y humeaban mientras Chamdar se agitaba y luchaba con el fuego que lo consumía. Las llamas surgían de su pecho y sus gritos se hacían cada vez más débiles. Con un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie y extendió sus manos llameantes hacia Garion en actitud de súplica. Su cara estaba chamuscada y un humo negro y espeso manaba del suelo y envolvía su cuerpo.

—Maestro —gimió—, ¡ten piedad!

El corazón de Garion se encogió de pena. Todos aquellos años de secreta proximidad lo refrenaban.

«¡No! —ordenó la voz firme de tía Pol—. *Si lo sueltas te matará.*»

«*No puedo hacerlo* —dijo Garion—, *voy a detener el fuego.*»

Tal como lo había hecho antes, comenzó a concentrarse en su voluntad y la sintió cobrar vida en su interior como un torrente de pena y compasión. Se acercó a Chamdar con el pensamiento fijo en salvarlo.

«¡Garion! —resonó con vigor la voz de tía Pol en su cabeza—. *¡Chamdar fue el que mató a tus padres!*» El pensamiento cobró forma en su mente. «*Chamdar mató a Geran y a Ildera, los quemó vivos, tal como él se esta quemando ahora. ¡Véngalos, Garion! ¡Mantén el fuego sobre él!*»

Todo el odio y la furia que había llevado consigo desde que Lobo le había hablado sobre la muerte de sus padres pasó por su mente. El fuego, que un momento antes había estado a punto de apagar, no le pareció suficiente. La mano que había empezado a extender en un gesto de compasión se endureció y, con una furia terrible, la giró hacia arriba; entonces experimentó un extraño cosquilleo en la palma y su propia mano comenzó a arder. Mientras las llamas azuladas surgían de la señal de su palma y se extendían hacia los dedos, Garion no sintió dolor, ni siquiera calor. El fuego azul se hizo más intenso, tan brillante que Garion no podía mirarlo.

Pese a su estado de mortal agonía, Chamdar retrocedió al ver la mano encendida. Con un grito ronco y desesperado, intentó cubrir su cara chamuscada, se arrastró unos pasos hacia atrás y luego, como una casa en llamas, se desmoronó y se desplomó sobre la tierra.

«¡Ya está! —volvió la voz de Polgara—. *Ya han sido vengados.*» Y luego resonó en la mente de Garion con enorme regocijo: «¡Belgarion! —canto—. *¡Mi Belgarion!*».

Kador, tembloroso y con la cara cenicienta, retrocedió un par de pasos ante la visión del horrible bulto en llamas que era todo lo que quedaba del grolim.

—¡Brujería! —balbució.

—Así es —respondió tía Pol con frialdad—. No creo que estés preparado para esta clase de juegos, Kador.

Los asustados legionarios también retrocedían, con los ojos salidos de sus órbitas por lo que acababan de presenciar.

—Creo que el emperador va a tomarse este asunto muy en serio —afirmó tía Pol—. Cuando se entere de que queráis matar a su hija, se lo tomará como algo personal.

—No fuimos nosotros —dijo con rapidez uno de los soldados—. Fue Kador; nosotros sólo cumplíamos órdenes.

—Es probable que acepte esa excusa —dijo con tono de duda—. Aunque yo, en vuestro lugar, le llevaría algún tipo de obsequio como prueba de lealtad, algo apropiado a las circunstancias —añadió con una mirada significativa hacia Kador.

Varios legionarios comprendieron sus palabras, sacaron sus espadas y rodearon al gran duque.

—¿Qué vais a hacer? —los increpó Kador.

—Creo que hoy has perdido algo más que el trono, Kador —comentó tía Pol.

—No podéis hacerme esto —les dijo Kador a los legionarios.

—Somos leales al emperador, señor —dijo con voz severa uno de los soldados y apoyó la puma de su espada en la garganta de Kador—. Quedas arrestado por alta traición, y si nos causas algún problema, tendremos que conformarnos con llevar sólo tu cabeza a Tol Honeth, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Majestad imperial —dijo uno de los oficiales de la legión mientras se arrodillaba junto a Ce'Nedra—. ¿Cómo puedo servirte?

La princesa, todavía pálida y temblorosa, recobró sus fuerzas.

—Llevad a este traidor ante mi padre —dijo con voz sonora—, y contadle lo que ha ocurrido aquí. Informadle que habéis arrestado al gran duque Kador por orden mía.

—De inmediato, majestad —dijo el oficial y se puso de pie—. ¡Amarrad al prisionero! —ordenó con severidad y luego se volvió a Ce'Nedra—: ¿Podemos escoltarte hasta tu destino, alteza?

—No será necesario, capitán —respondió ella—. Ahora quitad a este traidor de mi vista.

—Como su alteza desee —dijo el capitán con una gran reverencia, luego hizo un gesto preciso y los soldados se llevaron a Kador.

Garion se miraba la palma de la mano, que no tenía señales del fuego que la había abrasado.

Durnik, ahora libre de la vigilancia de los legionarios, contemplaba a Garion con los ojos muy abiertos.

—Creí que te conocía —susurró—. ¿Quién eres, Garion, y cómo has hecho esto?

—Querido Durnik —explicó tía Pol con cariño al tiempo que lo cogía del brazo—, ¿todavía quieres creer sólo lo que ves? Garion es el mismo chico de siempre.

—¿Quieres decir que has sido tú? —Durnik miró el cuerpo de Chamdar y desvió la mirada con rapidez.

—Por supuesto —asintió ella—. Ya conoces a Garion, es el chico más normal del mundo.

Pero Garion sabía que no era así. La Voluntad había sido suya y la Palabra también.

«*¡No digas nada!* —le advirtió la voz en su mente—, *nadie debe enterarse.*»

«*¿Por que me has llamado Belgarion?*», preguntó él en silencio.

«*Porque es tu nombre —respondió la voz—. Ahora intenta actuar con naturalidad y no me molestes con preguntas. Más tarde hablaremos de ello.*»

Luego aquella voz enmudeció. Los demás permanecieron quietos y cohibidos hasta que los legionarios se marcharon con Kador. Más tarde, cuando los soldados se perdieron de vista y la necesidad de demostrar una entereza digna de su posición desapareció, Ce'Nedra se echó a llorar. Tía Pol cogió a la joven menuda entre sus brazos y comenzó a consolarla.

—Será mejor que enterremos esto —dijo Barak y rozó con un pie lo que quedaba de Chamdar—. Las dríadas se ofenderían si nos fuéramos y lo dejáramos echando humo.

—Traeré mi pala —asintió Durnik.

Garion dio media vuelta y pasó cerca de Mandorallen y de Hettar. Las manos le temblaban con violencia y se sentía tan cansado que sus piernas casi no lo sostenían.

Ella lo había llamado Belgarion, y aquel nombre había sonado en su mente como si siempre hubiese sabido que era el suyo, como si durante todos aquellos años él hubiera sido un ser incompleto y ahora encontrara el nombre que lo completaba. Pero Belgarion era una persona con Voluntad y Palabra, y el roce de su mano podía convertir la carne en fuego.

«*¡Lo has hecho tú!*», acusó a aquella voz seca en el fondo de su mente.

«*No —respondió la voz—, sólo te he enseñado como hacerlo. La Voluntad, la Palabra y el tacto han sido tuyos.*»

Garion sabía que era verdad. Recordó con horror las últimas súplicas de su enemigo y la mano encendida e incandescente con que había rechazado aquel agónico ruego de clemencia. La venganza que había deseado con tanta desesperación en los últimos meses se había cumplido, pero le había dejado un sabor amargo, muy amargo.

Entonces sus rodillas se aflojaron y Garion cayó al suelo llorando como un niño desconsolado.

El mundo seguía siendo el mismo. Los árboles no habían cambiado; tampoco el cielo. Todavía era primavera, pues las estaciones no habían alterado su majestuoso curso, pero para Garion, nada volvería a ser igual.

Cabalgaban por el bosque de las Dríadas en dirección al río de los Bosques, que señalaba la frontera sur de Tolnedra, y, de vez en cuando, Garion notaba las miradas asombradas de sus compañeros clavadas en él. Eran expresiones de duda, reflexivas, y Durnik, el bueno y confiado Durnik, se comportaba como si le tuviese miedo. Sólo tía Pol era la misma y no demostraba la menor preocupación.

«No te preocupes, *Belgarion*», murmuraba la voz de ella en su mente.

«¡No me llames así!», contestó él con un pensamiento furioso.

«Es tu nombre —replicó la voz—, será mejor que te acostumbres a él.»

«Déjame en paz.»

Y entonces desaparecía la sensación de su presencia en lo más profundo de su mente.

Tardaron varios días en llegar al mar. El tiempo se mantuvo intermitentemente nublado, pero no llovió. Cuando llegaron a la amplia playa, en la desembocadura del río, soplaba un fuerte viento marino. Las olas golpeaban contra la arena y las coronaba con ondulaciones blancas.

Anclado entre el oleaje, había un estrecho y oscuro barco cherek cubierto de gaviotas que chillaban sin cesar. Barak detuvo su caballo y miró a lo lejos haciéndose sombra con la mano.

—Me resulta familiar —rugió mientras escudriñaba con atención la nave estrecha.

—A mi me parecen todos iguales —respondió Hettar encogido de hombros.

—Hay enormes diferencias —dijo Barak, como si lo hubiera ofendido—. ¿Qué pensarías si te dijera que todos los caballos son iguales?

—Pensaría que estás ciego.

—Es exactamente lo mismo —sonrió Barak.

—¿Cómo les avisamos que hemos llegado? —preguntó Durnik.

—Ya se habrán enterado —respondió Barak—, a no ser que estén borrachos. Los marineros suelen vigilar muy bien una costa enemiga.

—¿Enemiga? —preguntó Durnik.

—Todas las costas son enemigas para un barco de guerra cherek —respondió Barak—. Creo que es una especie de superstición.

El barco levó anclas y comenzó a acercarse. Sus remos se asomaron como si fueran las largas patas de una araña que parecía caminar sobre las olas espumosas hacia la desembocadura del río. Se dirigieron a la orilla con Barak delante y luego siguieron el curso de la corriente hasta encontrar un sitio con la suficiente profundidad para que el barco pudiera atracar.

Los soldados vestidos con pieles que le arrojaban la soga de amarre a Barak tenían aspecto familiar, y el primero en saltar a la orilla fue Gredik, el viejo amigo de Barak.

—Estás muy al sur —le dijo éste, como si se hubiesen visto el día anterior.

—Me enteré de que necesitabas un barco —respondió Gredik encogiéndose de hombros—, y como no tenía nada mejor que hacer, se me ocurrió venir a ver en que lío te habías metido.

—¿Hablaste con mi primo?

—¿Grinneg? No. Fuimos de Kotu al puerto de Tol Horb para llevar a unos mercaderes drasnianos y allí me encontré con Elteg, ¿lo recuerdas?, es tuerto y tiene una barba negra. —Barak asintió con un gesto—. Me dijo que Grinneg le había pagado para que viniera a buscarte aquí, yo recordé que tú y Elteg no os llevabais muy bien y me ofrecí a venir en su lugar.

—¿Y él aceptó?

—No —respondió Gredik mientras se mesaba la barba—. La verdad es que me dijo que me ocupara de mis asuntos.

—No me sorprende —dijo Barak—, Elteg siempre fue muy ambicioso y sin duda Grinneg le habrá ofrecido mucho dinero.

—Es muy posible —sonrió Gredik—, aunque no quiso decirme cuánto.

—¿Cómo lo convenciste para que cambiara de opinión?

—Tuvo problemas con su barco —respondió Gredik, con cara inexpresiva.

—¿Qué tipo de problemas?

—Por lo visto, una noche, cuando estaban borrachos, un pillo subió a bordo y derribó el mástil.

—¡Dónde vamos a ir a parar! —exclamó Barak meneando la cabeza.

—Lo mismo pienso yo —asintió Gredik.

—¿Cómo lo tomó?

—Me temo que no muy bien —dijo Gredik, con falsa tristeza—. Cuando salíamos del puerto nos dedicó unos cuantos insultos injustificados. Podía oírsele desde una distancia considerable.

—Debería aprender a controlar sus nervios. Los chereks tenemos tan mala reputación en todos los puertos del mundo gracias a ese tipo de conducta.

Gredik asintió muy serio y se volvió a tía Pol:

—Señora —dijo con una cortés reverencia—, mi barco está a tu disposición.

—Capitán —preguntó ella tras responder a su saludo—, ¿cuánto tardaremos en llegar a Sthiss Tor?

—Depende del tiempo —respondió él y estudió el cielo—. Diez días como máximo. De camino hacia aquí paramos para comprar pienso para los caballos, pero tendremos que detenernos de vez en cuando a buscar agua.

—Entonces será mejor que partamos —dijo ella.

Llevó bastante tiempo convencer a los caballos para que subieran a bordo, aunque Hettar lo consiguió por fin sin demasiadas dificultades. Luego se alejaron de la orilla, cruzaron el banco de arena en la desembocadura del río y se encontraron en mar abierto. La tripulación desplegó las velas y se dejaron llevar por el viento a lo largo de la costa gris y verde de Nyissa.

Garion fue directamente a su lugar acostumbrado en la proa del barco y se sentó allí, con la vista fija en el mar agitado, incapaz de borrar de su mente la imagen de aquel hombre en llamas. Entonces sintió unos pasos firmes y olió una fragancia suave y familiar.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó tía Pol.

—¿Hay algo que decir?

—Muchas cosas —respondió ella.

—Tú sabías que yo podía hacer ese tipo de cosas, ¿verdad?

—Lo sospechaba —respondió ella y se sentó a su lado—. Había varios indicios; sin embargo, nunca puedes estar seguro hasta que se hace por primera vez. He conocido a mucha gente con esta capacidad que no la ha puesto en práctica.

—Yo preferiría no haberlo hecho —dijo Garion.

—Creo que no tenías otra alternativa. Chamdar era tu enemigo.

—Pero ¿tenía que ocurrir de ese modo? —preguntó él—. ¿Tenía que ser con fuego?

—La elección fue tuya —respondió ella—. Si el fuego te preocupa tanto, la próxima vez hazlo de otro modo.

—No va a haber una próxima vez —afirmó de modo contundente—. Nunca.

«*Belgarion* —dijo la voz de tía Pol en su mente—, *olvida estas tonterías de una vez. Deja de compadecerte de ti mismo.*»

—¡Para ya! —exclamó él en voz alta—. Sal de mi mente y no me llames Belgarion.

—Tú eres Belgarion —insistió ella—, y te guste o no, volverás a usar tus poderes. Una vez que los has liberado, no puedes volver a reprimirlos. Cuando te enfades, te asustes o

te excites, los usarás sin darte cuenta. No puedes proponerte no emplearlos, así como no podrías negarte a usar una mano. Lo importante ahora es que aprendas a controlarlos, no puedes ir por el mundo arrancando árboles y aplastando colinas por medio de pensamientos casuales. No te he criado para que te convirtieras en un monstruo.

—Es demasiado tarde —afirmó él—, ya soy un monstruo. ¿Acaso no viste lo que hice allí?

«*Tu autocompasión resulta muy aburrida, Belgarion* —dijo la voz de tía Pol—. *Así no llegaremos a nada.*» Entonces se puso de pie.

—Intenta crecer un poco, cariño —le aconsejó en voz alta—; es difícil instruir a alguien que está tan pendiente de sí mismo que es incapaz de escuchar a nadie.

—No volveré a hacerlo —repitió él en tono desafiante.

«*Claro que lo harás, Belgarion. Aprenderás, te ejercitarás y adquirirás la práctica que requiere esta disciplina. Si no lo haces por propia voluntad, tendremos que hacerlo de otro modo. Piénsalo y toma una decisión, pero no te demores, se trata de algo demasiado importante para posponerlo.*»

«*Ella tiene razón y tú lo sabes*», dijo la voz en su mente.

«*Tú no te metas en esto*», contestó Garion.

Durante los días siguientes, hizo todo lo posible por rehuir a tía Pol, aunque no pudo evitar su mirada. Fuera donde fuese en el estrecho barco, sabía que ella lo vigilaba con sus ojos serenos y pensativos.

Entonces, durante el desayuno del tercer día, tía Pol le miró la cara con atención, como si notara algo en ella por primera vez.

—Garion —le dijo—, ya tienes bastante barba, ¿por qué no te afeitas?

Garion se ruborizó y se pasó la mano por la barbilla. Era cierto que tenía barba, unos pelos blandos y suaves, más bien una pelusa, pero barba al fin.

—De verdad estáis convirtiéndoos en un hombre, joven Garion —aseguró Mandorallen con tono de aprobación.

—No hay por qué tomar la decisión tan pronto, Polgara —comentó Barak mientras acariciaba su propia barba roja y espesa—. Deja que crezca un poco; si no sale bien, siempre podrá afeitarse más tarde.

—Me parece que tu opinión sobre el asunto no es demasiado imparcial, Barak —señaló Hettar—. ¿No es cierto que todos los chereks usáis barba?

—Ninguna navaja ha rozado jamás mi cara —admitió Barak—, pero pienso que no hay por qué apresurarse. Si después uno decide que en realidad no quería afeitarse, es difícil volver a pegar todos los pelos.

—Yo creo que son muy agradables —dijo Ce'Nedra, y antes de que Garion pudiera evitarlo, alzó sus dedos pequeños y le acarició la barbilla.

Garion se sobresaltó y volvió a ruborizarse.

—Tendrás que afeitarte —ordenó tía Pol con firmeza.

Durnik bajó a la bodega sin decir una palabra y volvió poco después con un cubo, un trozo de jabón marrón y un pedazo de espejo.

—No es muy difícil, Garion —dijo mientras acomodaba las cosas sobre la mesa frente al joven. Luego sacó la navaja que llevaba cuidadosamente plegada en la cintura—. Sólo deberás poner atención en no cortarte, eso es todo. El secreto está en no darse prisa.

—Ten mucho cuidado cuando pases por la nariz —le aconsejó Hettar—. Un hombre sin nariz tiene un aspecto muy curioso.

El afeitado se desarrolló entre innumerables consejos y el resultado final no estuvo tan mal. Casi todas las heridas dejaron de sangrar en pocos minutos, y a pesar de sentirse como si le hubieran despellejado la cara, Garion quedó bastante satisfecho con el resultado.

—Así está mucho mejor —dijo tía Pol.

—Ahora cogerá frío en la cara —predijo Barak.

—¿Por qué no paras de una vez? —replicó ella.

La costa de Nyissa se deslizaba a su izquierda como un tupido muro de vegetación enmarañada coronado por enredaderas y largas tiras de musgo. De vez en cuando algún remolino de viento traía hasta el barco las espantosas emanaciones de los pantanos. Garion y Ce'Nedra miraban hacia la jungla desde la proa.

—¿Qué es eso? —preguntó Garion y señaló a unos seres largos, cuyas patas se deslizaban sobre el barro a la orilla de un arroyo que desembocaba en el mar.

—Cocodrilos —contestó Ce'Nedra. —¿Qué es un cocodrilo?

—Un lagarto grande —respondió ella.

—¿Son peligrosos?

—Muy peligrosos, se comen a la gente. ¿Nunca has leído nada sobre ellos?

—No sé leer —admitió Garion sin pensarlo. —¿Qué?

—Que no sé leer —repitió Garion—. Nadie me enseñó.

—¡Eso es ridículo!

—No es culpa mía —se defendió Garion.

Ella lo miró pensativa. Después del encuentro con Chamdar, a Garion le había dado la impresión de que le tenía miedo, y es probable que se sintiera insegura por no haberlo tratado demasiado bien. El hecho de que al principio lo hubiese considerado un criado había motivado que la relación empezara mal, pero Ce'Nedra era demasiado orgullosa para admitir su error. Garion casi podía percibir los pequeños engranajes que se movían en la mente de la joven.

—¿Te gustaría que te enseñara? —propuso ella.

Garion sintió que su ofrecimiento era lo más cercano a una disculpa que podía esperar.

—¿Llevará mucho tiempo?

—Eso depende de lo listo que seas.

—¿Cuándo podemos empezar?

—Yo tengo un par de libros —dijo ella con el entrecejo fruncido—, pero necesitaremos algo para escribir.

—No creo que necesite aprender a escribir —observó él—, con leer será suficiente por el momento.

—Es lo mismo, tonto —rió ella.

—No lo sabía —repuso Garion ruborizado—. Yo pensé... —perdió el hilo de la idea—. Supongo que nunca pensé de verdad en ello —concluyó sin convicción—. ¿Qué necesitamos para escribir?

—El pergamino es ideal —respondió ella—, y también una varilla de carbón, así podremos borrar y volver a escribir sobre el mismo pergamino.

—Iré a hablar con Durnik —decidió él—, seguro que se le ocurrirá algo.

Durnik sugirió que usaran tela de vela y una ramita con punta quemada. Una hora después, Garion y Ce'Nedra estaban sentados a la sombra en la proa del barco, con las cabezas juntas e inclinadas sobre un cuadrado de lona clavado a una tabla. Garion levantó la vista y vio a tía Pol que los miraba con una expresión indescifrable. Luego bajó la vista otra vez hacia aquellos extraños y fascinantes símbolos de la lona.

Las clases continuaron durante varios días. Sus dedos, hábiles por naturaleza, no tardaron en cogerle el truco al dibujo de las letras.

—No, no —le decía Ce'Nedra una tarde—, lo has escrito mal, te has equivocado de letras. Tu nombre es Garion, no Belgarion.

Garion sintió un repentino escalofrío y miró hacia el trozo de lona. El nombre estaba escrito con toda claridad: Belgarion. Levantó la vista de prisa. Tía Pol estaba de pie en el lugar acostumbrado y sus ojos lo miraban con la expresión de siempre.

«*Sal de mi mente*», le ordenó con el pensamiento.

«*Estudia mucho, cariño* —le respondió la voz muda de su tía—. *El estudio siempre es útil y tú tienes mucho que aprender. Cuanto antes adquieras el hábito, mejor.*»

Luego tía Pol le sonrió y se alejó.

Al día siguiente el barco de Gredik llegó a la desembocadura del río de las Serpientes, en el centro de Nyissa, y la tripulación plegó las velas y puso los remos en posición, listos para la empinada subida por el río hacia Sthiss Tor.

No había aire. Era como si de repente el mundo se hubiera convertido en un enorme y hediondo pozo de aguas estancadas. El río de las Serpientes tenía cientos de desembocaduras y en todas ellas el agua resbalaba despacio a través del estiércol gelatinoso del delta, como si se resistiera a unirse a las turbulentas olas del mar. Las cañas que crecían alrededor del extenso pantano alcanzaban una altura de seis metros y formaban un grueso tapiz. El viento que agitaba las puntas de las cañas producía un ruido exasperante, pero ni la más mínima señal de aquella brisa llegaba al interior. No había aire; el delta producía un vapor apestoso bajo un sol que, más que quemar, hervía. Nubes de insectos surgían de entre las cañas y se posaban glotones sobre la más mínima fracción de piel descubierta; la picaban y se alimentaban con su sangre.

Pasaron un día y medio entre los cañaverales antes de llegar a los primeros árboles, que eran bajos, poco más grandes que arbustos. A medida que avanzaban hacia el corazón de Nyissa, el canal principal del río comenzaba a definirse. Los marineros sudaban y maldecían los remos y el barco remontaba despacio la corriente, como si luchara contra la marea de aceite espeso que se adhería a él como una cola repulsiva.

Los árboles se hicieron más grandes y luego inmensos; enormes y retorcidas raíces se asomaban fuera del barro a lo largo de la costa, semejantes a piernas grotescas y deformes, y los troncos gigantescos como castillos se alzaban hacia el cielo humeante. Enredaderas viscosas caían serpenteantes de las ramas más altas y, al moverse, daban la impresión de que se contorsionaban impulsadas por una especie de vida vegetal propia en medio de aquel aire irrespirable. Toscos guiñapos de musgo verdoso se precipitaban desde los árboles en tiras de treinta metros de largo y el río se enroscaba malicioso en enormes curvas que hacían el viaje diez veces más largo de lo necesario.

—¡Qué lugar tan desagradable! —gruñó Hettar, mientras contemplaba con tristeza desde la borda el agua musgosa del río. Se había quitado la chaqueta de piel de caballo y la camisa de lino, y su torso delgado brillaba por el sudor. Al igual que todos los demás, estaba lleno de feroces picaduras de mosquitos.

—Estaba pensando lo mismo —asintió Mandorallen.

Uno de los marineros gritó, se puso en pie de un salto y empezó a patear la empuñadura del remo. Un bicho largo, viscoso y sin huesos había trepado inadvertido sobre el remo y buscaba su carne con una voracidad ciega.

—Sanguijuelas —murmuró Durnik con un escalofrío mientras aquella criatura asquerosa caía con un ruido sordo en el río hediondo—. Nunca había visto una tan larga, debía de tener treinta centímetros o más.

—No creo que sea un buen lugar para nadar —apuntó Hettar.

—No pensaba hacerlo —dijo Durnik.

—Mejor.

Tía Pol, que llevaba un fino vestido de lino, salió de la cabina que había debajo de la popa, donde Gredik y Barak se turnaban para llevar el timón. Acababa de ocuparse de restablecer a Ce'Nedra, que había desfallecido como una flor marchita en el clima brutal del río.

«¿No puedes hacer nada?», le preguntó Garion en silencio.

«¿Con respecto a qué?»

«A todo esto», respondió con una mirada impotente a su alrededor.

«¿Qué pretendes que haga?»

«Por lo menos ahuyenta a los insectos.»

«¿Y por que no lo haces tú, Belgarion?»

El apretó las mandíbulas.

«¡No!» Fue como un grito silencioso.

«*En realidad, no es tan difícil.*» Ella se encogió de hombros y se alejó mientras él sacaba chispas por la frustración.

Tardaron aún tres días en llegar a Sthiss Tor. La ciudad se levantaba en medio de una enorme curva del río y estaba construida en piedra negra. Las casas y los edificios eran bajos y casi todos sin ventanas. En el centro mismo de la ciudad se alzaba un edificio enorme con torres de formas extrañas, cúpulas y galerías de aspecto insólito. Los muelles y los espigones se proyectaban sobre el río turbio, y Gredlik condujo su barco hacia el más grande de todos.

—Tenemos que pasar por la aduana —explicó.

—Es inevitable —asintió Durnik.

El trámite en la aduana fue breve. El capitán Gredlik anunció que llevaba las mercancías de Radek de Boktor a la zona comercial drasniana. Luego le entregó una bolsa de monedas al oficial de aduanas, de cabeza rapada, y el barco pasó sin inspección.

—Eso me lo debes, Barak —dijo Gredlik—. El viaje hasta aquí lo hice por amistad, pero cuando se trata de poner dinero es otro asunto.

—Apúntalo en algún sitio —respondió Barak—. Te lo devolveré cuando vuelva a Val Alorn.

—Querrás decir *si* vuelves a Val Alorn —apuntó Gredlik con acritud.

—Así me aseguro de que me recuerdes en tus oraciones —bromeó Barak—. Ya sé que siempre rezas por mi, pero ahora tendrás un pequeño incentivo.

—¿Acaso todos los oficiales del mundo son corruptos? —preguntó enfadado Durnik—. ¿Es que nadie hace su trabajo como se debe, sin dejarse sobornar?

—El mundo se acabaría si alguno lo hiciera —respondió Hettar—. Tú y yo somos demasiado simples y honestos para esta clase de asuntos, Durnik, así que es preferible que se los dejemos a otros.

—Es vergonzoso, eso es todo.

—Tal vez lo sea —asintió Hettar—, pero yo estoy muy contento de que el oficial de la aduana no examinara la bodega. Hubiese sido difícil explicar por qué llevamos caballos.

Los marineros habían vuelto a conducir el barco hacia el río y remaban hacia un grupo de espigones de considerable tamaño. Se acercaron al muelle más lejano, guardaron los remos, y ataron las cuerdas a unos pilotes pintados con alquitrán en un punto de amarre.

—¡No podéis atracar aquí! —les gritó un guardia sudoroso desde el muelle—. Este espigón es para barcos drasnianos.

—Yo atraco donde me da la gana —dijo Gredlik en tono contundente.

—Llamaré a los soldados —amenazó el guardia; luego cogió una de las cuerdas y sacó un cuchillo.

—Si cortas esa sogá, amigo, iré hasta allí y te arrancaré las orejas —le advirtió Gredlik.

—Díselo de una vez —sugirió Barak—, hace demasiado calor para pelear.

—Mi barco lleva mercancías drasnianas —le explicó Gredlik al guardia que estaba en el muelle—. Pertencen a un hombre llamado Radek, creo que es de Boktor.

—Ah —dijo el guardia y guardó el cuchillo—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque no me ha gustado tu actitud —repuso Gredlik con brusquedad—. ¿Dónde puedo encontrar al hombre que está a cargo?

—¿Droblek? Su casa está en aquella calle, después de las tiendas. Es la que tiene el escudo drasniano en la puerta.

—Tengo que hablar con él —dijo Gredlik—. ¿Necesito un pase para salir del muelle? He escuchado cosas muy extrañas sobre Sthiss Tor.

—Puedes moverte con libertad dentro de la zona comercial —le informó el guardia—. Sólo necesitas un pase si quieres entrar en la ciudad.

Gredlik gruñó y bajó a la cabina. Poco después volvió con varios pliegos de pergamino.

—¿Quieres hablar con ese oficial? —le preguntó a tía Pol—. ¿O prefieres que me haga cargo yo?

—Será mejor que vaya —decidió ella—. La chica duerme, dile a tus hombres que no la molesten.

Gredlik asintió con un gesto e intercambió unas pocas palabras con su maestro. Los marineros hicieron un puente hasta el muelle con una tabla y cruzaron a la orilla con Gredlik al frente. Nubes espesas se movían sobre sus cabezas y oscurecían el cielo.

La calle que daba al muelle estaba flanqueada por los comercios de los mercaderes drasnianos. Los nyissanos iban de tienda en tienda con torpeza y paraban de vez en cuando para regatear con los sudorosos dependientes. Todos los hombres nyissanos vestían túnicas sueltas de telas finas y ligeras y tenían la cabeza completamente rapada. Mientras caminaba detrás de tía Pol, Garion notó con cierto disgusto que los nyissanos usaban maquillajes en los ojos y que tenían los labios y las mejillas pintadas. Sus voces eran estridentes y sibilantes, y daba la impresión de que todos ceceaban.

Las nubes tormentosas ensombrecían el cielo por completo, y de repente las calles quedaron oscuras. Una docena de hombres miserables y semidesnudos reparaban un tramo de la calle. Se notaba que no eran nyissanos por su pelo enmarañado y sus barbas peludas y porque llevaban grilletes y cadenas en los tobillos. A su lado había un nyissano de aspecto brutal con un látigo, y las cicatrices y heridas recientes en los cuerpos de aquellos hombres revelaban con claridad la prodigalidad con que lo usaba. Uno de los desgraciados esclavos dejó caer por accidente una carga de enormes adoquines y abrió la boca con un bestial aullido de dolor. Entonces Garion vio con horror que tenía la lengua cortada.

—Reducen a los hombres a la categoría de bestias —gruñó Mandorallen con un terrible brillo de rabia en los ojos—. ¿Por qué no limpian esta letrina?

—Lo hicieron una vez —dijo sombrío Barak—, poco después de que los nyissanos asesinaran al rey rivano. Los alorn vinieron aquí y mataron a todos los nyissanos que encontraron vivos.

—No parece que hubieran disminuido en número —dijo Mandorallen mirando a su alrededor.

—Eran trece mil hace unos años —respondió Barak encogiéndose de hombros—, y hasta un par de ratas puede restaurar su especie en tanto tiempo.

De repente Durnik, que caminaba junto a Garion, se sobresaltó y desvió la vista, rojo como un tomate.

Ocho esclavos llevaban a una mujer nyissana sobre una tarima. La tela de su vestido era de color verde pálido, vaporosa y tan transparente que dejaba poco sitio para la imaginación.

—¡No la mires, Garion! —susurró Durnik con voz ronca, todavía ruborizado—. Es una mala mujer.

—Me había olvidado de estas cosas —dijo tía Pol, pensativa y con el entrecejo fruncido—. Tal vez debiéramos haber dejado a Durnik y a Garion en el barco.

—¿Por qué va vestida así? —preguntó Garion, que observaba a la mujer semidesnuda.

—Querrás decir desvestida. —La voz de Durnik sonaba estrangulada por la ira.

—Es la costumbre —explicó tía Pol—, tiene que ver con el clima. Por supuesto que hay otras razones, pero no hay necesidad de que entremos en eso justo ahora. Todas las mujeres nyissanas se visten así. —Barak y Gredlik también miraban a la mujer, pero con admiración—. Ya está bien —les dijo tía Pol con firmeza.

Un poco más allá, un nyissano de cabeza rapada contemplaba su propia mano, apoyado contra la pared, y se reía sin motivo.

—Puedo ver a través de mis dedos —anunció con un ceceo sibilante—, directamente a través de ellos.

—¿Borracho? —preguntó Hettar.

—No exactamente —respondió tía Pol—. Los nyissanos tienen diversiones muy peculiares, consumen ciertas hierbas, bayas o raíces. Es bastante más serio que la vulgar borrachera que abunda entre los alorns.

Paso otro nyissano arrastrando los pies con el paso inestable y la vista fija en el vacío.

—¿Es una costumbre muy extendida? —preguntó Mandorallen.

—Aún no he conocido un nyissano que no estuviera al menos parcialmente drogado —respondió tía Pol—; por lo tanto, es difícil hablar con ellos. ¿No es ésa la casa que buscamos? —agregó mientras señalaba una sólida construcción al otro lado de la calle.

Cuando se aproximaban a la casa se oyó el tétrico rugido de la tormenta que se acercaba desde el sur. Un criado drasniano, vestido con una túnica de lino, les abrió la puerta, los hizo pasar a un recibidor poco iluminado y les dijo que esperaran.

—Es una ciudad siniestra —comentó Hettar—. No entiendo cómo un alorn que esté en sus cabales pueda venir aquí por voluntad propia.

—El dinero —respondió contundente el capitán Gredlik—. El comercio en Nyissa deja muchos beneficios.

—Hay cosas más importantes que el dinero —murmuró Hettar.

Entonces entró un hombre de asombrosa gordura.

—¡Más luz! —ordenó a su criado—. No has debido dejarlos en la oscuridad.

—Tú dijiste que la luz daba más calor —respondió el criado—. Ojalá no cambiaras tanto de idea.

—No importa lo que yo diga, tú límitate a hacerlo cada vez.

—El clima te está volviendo incoherente, Droblek —señaló el criado con acritud; luego encendió unas cuantas lámparas y salió de la estancia.

—Los criados drasnianos son los peores del mundo —gruñó Droblek—. Ahora pasemos a los negocios —añadió mientras acomodaba su cuerpo enorme en un sillón y el sudor chorreaba por su cara hasta el cuello humedecido de su túnica de seda marrón.

—Mi nombre es Gredlik —dijo el marino barbudo—, y acabo de llegar a los muelles con un cargamento de mercancías para Radek de Boktor —añadió al tiempo que le pasaba los pergaminos enrollados.

—No sabía que Radek estuviera interesado en comerciar en el sur —dijo con los ojos entrecerrados—, pensé que se dedicaba sólo a Sendaria y Arendia.

—Yo no le pregunté nada —dijo Gredlik con un encogimiento de hombros y aire de indiferencia—. A mí me paga para que le lleve la mercancía en mi barco y no para que le haga preguntas sobre sus negocios.

Droblek los miró a todos con su cara sudorosa e inexpresiva. Luego movió los dedos de forma casi imperceptible:

—*¿Las cosas son realmente lo que parecen?* —El lenguaje secreto de los drasnianos hacía que sus dedos rechonchos parecieran ágiles.

—*¿Aquí se puede hablar sin problemas?* —preguntaron los dedos de tía Pol con gestos rígidos, en cierta forma anticuados y con una formalidad que Garion no había notado en los demás.

—*Tanto como en cualquier otro sitio de este estercolero* —respondió Droblek—. *Tienes un acento extraño, señora. Me hace acordar a...*

—*Aprendí a hablar por signos hace mucho tiempo* —interrumpió ella—. *Por supuesto, tú sabes quién es en realidad Radek de Boktor.*

—Naturalmente —dijo Droblek en voz alta—. Todo el mundo lo sabe. A veces se hace llamar Ambar de Kotu, pero sólo cuando quiere llevar a cabo transacciones que no son, por decirlo de algún modo, del todo legales.

—¿Por qué no dejamos de desconfiar el uno del otro, Droblek? —preguntó tía Pol en voz baja—. Estoy segura de que ya has recibido instrucciones del rey Rhodar. Todos estos rodeos resultan agotadores.

—Lo siento —dijo Droblek, ruborizado, con formalidad—, pero necesito una prueba más contundente.

—No seas idiota, Droblek —le gruñó Barak al hombre obeso—, emplea tus ojos. Eres un alorn y sabes quién es esta dama. De repente, Droblek miró a tía Pol y abrió mucho los ojos. —No es posible —musitó boquiabierto.

—¿Necesitas que te lo demuestre? —sugirió Hettar, y justo en ese momento la casa tembló sacudida por un trueno.

—No, no —se apresuró a rehusar Droblek—. Es que nunca se me hubiera ocurrido..., quiero decir que jamás... —titubeó ruborizado.

—¿Sabes algo del príncipe Kheldar o de mi padre? —preguntó tía Pol yendo al grano.

—¿Tu padre? ¿Quieres decir que él también está metido en esto?

—Bueno, Droblek —dijo ella con acritud—, ¿es que no crees en los mensajes que te manda el rey Rhodar?

—Lo siento, Polgara —dijo Droblek y sacudió la cabeza como si intentara aclarar sus pensamientos—. Me has sorprendido y me llevará un tiempo acostumbrarme a la idea, eso es todo. No imaginaba que pudieras venir desde tan lejos.

—Por lo tanto, es evidente que no has recibido ningún mensaje de Kheldar o del viejo.

—No, señora —respondió Droblek—, ninguno. ¿Se supone que tendrían que estar aquí?

—En eso quedamos, iban a venir aquí o a mandarnos un mensaje.

—Es muy difícil recibir mensajes en un sitio como Nyissa —explicó Droblek—, pues la gente de aquí no es de fiar. Es probable que tu padre y el príncipe estén en el interior y que su mensajero se haya perdido. Una vez envié un mensaje a un lugar que está a menos de diez leguas de aquí y tardó seis meses en llegar. El nyissano que lo llevaba encontró ciertas plantas de bayas en el camino y lo encontramos sentado en medio de los arbustos, sonriente. —La expresión de Droblek se volvió amarga—. Estaba cubierto de musgo —agregó.

—¿Muerto? —preguntó Durnik.

—No, simplemente muy contento —afirmó Droblek—, disfrutó muchísimo con las bayas. Lo despedí en el acto, pero no pareció importarle. Por lo que sé, sigue sentado allí.

—¿Hasta dónde llega vuestra organización en Sthiss Tor? —preguntó tía Pol.

—Me las arreglo para conseguir un poco de información aquí y allí —respondió Droblek, con sus brazos regordetes abiertos en un ademán de modestia—. Tengo alguna gente en palacio y un oficial menor en la embajada tolnedrana. Los tolnedranos son muy minuciosos —añadió con una sonrisa pícara—, sale más barato dejarles primero hacer el trabajo y comprarles la información después de que la hayan reunido.

—Eso en caso de que puedas fiarte de lo que te dicen.

—Nunca les creo del todo —repuso Droblek—. El embajador tolnedrano sabe que tengo comprado a su hombre y de vez en cuando me juega ciertos trucos.

—¿Y el embajador de Tolnedra sabe que tú lo sabes? —preguntó Hettar.

—Por supuesto —rió el gordinflón—, pero no sabe, que estoy al tanto de que él sabe que yo lo sé —volvió a reír—. Es muy complicado, ¿verdad?

—Casi todos los juegos drasnianos son complicados —observó Barak.

—¿El nombre de Zedar te dice algo? —preguntó tía Pol. —Lo he oído, como es natural —respondió Droblek.

—¿Se ha puesto en contacto con Salmisra?

—No podría asegurarlo —respondió Droblek con el entrecejo fruncido—, no he oído nada al respecto, pero eso no quiere decir que no lo haya hecho. Nyissa es un lugar lóbrego, el más tenebroso de toda la región. No creerías algunas de las cosas que suceden aquí.

—Si que las creería —dijo tía Pol—, y tal vez algunas otras que tú no alcanzas a imaginar. —Entonces se volvió hacia los demás—. Estamos en un punto muerto, no podemos movernos hasta que sepamos algo de Seda y del viejo Lobo.

—¿Puedo ofreceros mi casa? —preguntó Droblek.

—Creo que sería preferible que nos quedáramos a bordo del barco del capitán Gredik —respondió ella—. Como tú dices, Nyissa es un lugar tenebroso y sin duda el embajador tolnedrano habrá comprado a varios de *tus* hombres.

—Desde luego —asintió Droblek—. Pero sé quiénes son.

—Será mejor no arriesgarse —repuso ella—. Ahora mismo tenemos varias razones para rehuir a los tolnedranos. Nos quedaremos a bordo del barco e intentaremos que nadie nos vea. Avísanos en cuanto el príncipe Kheldar se ponga en contacto contigo.

—Por supuesto —dijo Droblek—, pero tendréis que esperar a que cese la lluvia. Oíd eso.

Se oían los ruidos estruendosos del diluvio que caía sobre los techos.

—¿Durará mucho? —preguntó Durnik.

—Suele durar más o menos una hora. En esta época llueve todas las tardes.

—Me imagino que servirá para que refresque un poco —observó el herrero.

—No demasiado —respondió el drasniano—; por lo general, hace que el tiempo se vuelva peor —añadió mientras se secaba el sudor de la cara.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —le preguntó Durnik.

—Los hombres gordos no nos movemos demasiado —contestó Droblek con una ligera sonrisa—. Gano mucho dinero y el juego que practicó con el embajador tolnedrano me mantiene ocupado. Una vez que uno se acostumbra, no resulta tan malo. Viene bien recordárselo a uno mismo todo el tiempo.

Luego se quedaron en silencio mientras oían el sonido rítmico de la lluvia.

Durante los días siguientes permanecieron a bordo del barco de Gredik esperando noticias de Seda y del señor Lobo. Ce'Nedra se restableció y apareció en cubierta con una túnica dríada de color pálido que a Garion le pareció sólo un poco menos atrevida que las que usaban las mujeres nyissanas. Cuando le sugirió, bastante cohibido, que debería ponerse algo más, ella se rió de él. Con una testarudez que sacaba a Garion de las casillas, volvió a la tarea de enseñarle a leer y escribir. Se sentaron en un rincón de cubierta a luchar con un aburrido libro de diplomacia tolnedrana. A Garion el estudio se le hacía interminable, pero en realidad tenía una mente despierta y aprendía con asombrosa rapidez. Ce'Nedra era demasiado desconsiderada como para felicitarlo. Sin embargo, parecía aguardar con ansiedad la más mínima equivocación y se deleitaba en ridiculizarlo. Cuando se sentaban juntos, la proximidad de Ce'Nedra, con su perfume suave y persistente, lo distraía, y sudaba tanto por el contacto ocasional con su mano, su brazo o su cadera como por el clima. Acaso como consecuencia de la juventud de ambos, ella era intolerante, y él, obcecado; y como el calor húmedo y pegajoso los volvía malhumorados e irritables, las clases solían acabar en peleas.

Una mañana, cuando se despertaron, un barco nyissano, negro y cuadrangular, amarró en un muelle cercano. Despedía un olor pestilente que el viento transportaba hasta ellos.

—¿Qué es ese olor? —le preguntó Garion a uno de los marineros.

—Esclavos —respondió el marinero con expresión sombría, y señaló al barco nyissano—. En alta mar puedes olerlos a veinte millas de distancia.

Garion miró hacia el horrible barco negro y sintió un escalofrío. Barak y Mandorallen cruzaron la cubierta y se unieron a Garion junto a la baranda.

—Parece un lanchón —dijo con tono de desprecio Barak, refiriéndose al barco nyissano.

Estaba desnudo de cintura para arriba y tenía el torso velludo cubierto de sudor.

—Es un barco de esclavos —le contó Garion.

—Huele como una cloaca —protestó Barak—. Un buen fuego lo mejoraría mucho.

—Un comercio despreciable, Barak —dijo Mandorallen—. Nyissa se ha alimentado de la miseria humana durante innumerables siglos.

—¿Es un muelle drasniano? —preguntó Barak con los ojos entrecerrados.

—No —respondió Garion—, los marineros dicen que todo lo que hay de aquel lado es nyissano.

—Es una vergüenza —gruñó Barak.

Un grupo de hombres con cotas de malla y capas negras saltaron al muelle desde el barco de esclavos y se detuvieron junto a la popa del barco.

—Ay, ay, ay... —se lamentó Barak—, ¿dónde está Hettar?

—Todavía está abajo —respondió Garion—. ¿Qué pasa?

—Manténte alerta por si viene Hettar, esos de ahí son murgos.

Los marineros de cabeza rapada abrieron las compuertas del barco y gritaron con brutalidad unas cuantas órdenes. Una fila de hombres de aspecto deprimido comenzó a subir despacio desde la bodega; tenían collares de hierro en el cuello y estaban unidos entre sí por cadenas.

Mandorallen se sobresaltó y comenzó a maldecir.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Barak.

—¡Arendianos! —exclamó el caballero—. Había oído hablar de esto, pero no lo creía. —¿Hablar de qué?

—Durante años en Arendia ha corrido un terrible rumor —respondió Mandorallen con el rostro pálido por la furia—. Dicen que algunos de nuestros nobles se enriquecen gracias a la venta de criados a los nyissanos.

—Por lo visto es algo más que un rumor —observó Barak.

—Mira —gruñó Mandorallen—, ¿ves el estandarte en la túnica de aquel que va allí? Es el símbolo de Vo Toral. Sabía que el barón Vo Toral era un tremendo despilfarrador, pero nunca pensé que hiciera nada deshonesto. Cuando vuelva a Arendia, lo denunciaré públicamente.

—¿Y de qué servirá? —preguntó Barak.

—Se verá forzado a desafiarme —dijo Mandorallen sombrío— y probaré su villanía con su sangre.

—Siervo o esclavo, ¿cuál es la diferencia? —preguntó Barak encogido de hombros.

—Esos hombres tienen derechos —sentenció Mandorallen—, y su señor está obligado a protegerlos y a cuidar de ellos, pues nuestro voto de caballeros nos compromete a hacerlo. Esta vergonzosa transacción mancha el honor de todos los caballeros respetables de Arendia y no descansaré hasta segar la vida miserable de ese malvado barón.

—Es una idea interesante —asintió Barak—. Tal vez vaya contigo.

Hettar subió a cubierta y Barak se le acercó de inmediato y comenzó a hablarle en voz baja mientras le sujetaba un brazo con firmeza.

—¡Hacedlos saltar un poco! —ordenó con crueldad uno de los murgos—. Quiero ver si son mansos.

Un nyissano de hombros anchos desenroscó un látigo y comenzó a azotar con destreza las piernas de los hombres encadenados. Los esclavos comenzaron a saltar como locos sobre el muelle, junto al barco.

—¡Cerdos! —maldijo Mandorallen y se sujetó a la baranda hasta que sus nudillos quedaron blancos.

—Tranquilo —le aconsejó Garion—, tía Pol dice que tenemos que pasar inadvertidos.

—¡No puedo tolerarlo! —gritó Mandorallen.

La cadena que unía a los esclavos entre sí era vieja y estaba oxidada. De repente, uno de los esclavos tropezó, se soltó un eslabón y el hombre quedó en libertad. Con la

agilidad propia de su desesperación, se puso en pie de un salto, dio dos pasos rápidos y se arrojó a las tenebrosas aguas del río.

—¡Por aquí, señor! —le gritó Mandorallen al esclavo que nadaba.

El corpulento nyissano se rió con crueldad y señaló al esclavo que se escapaba.

—¡Mirad! —les dijo a los murgos.

—¡Deténlo, idiota! —le gritó uno de los murgos—. Pagué mucho oro por él.

—Es demasiado tarde —replicó el nyissano con una sonrisa perversa—, mirad.

De repente el esclavo gritó y desapareció de la vista. Cuando volvió a salir a la superficie, su cara y sus brazos estaban cubiertos de las sanguijuelas largas y pegajosas que infestaban las aguas del río. El hombre gritaba e intentaba librarse de ellas, pero en sus esfuerzos por hacerlo, arrancaba trozos de su propia carne.

Los murgos comenzaron a reír y a Garion le pareció que su mente estallaba. Hizo un gran esfuerzo de concentración, señaló el muelle con la mano más allá de su propio barco y dijo:

—¡Ve hacia allí!

Entonces sintió una enorme agitación, como si una descomunal marea surgiera de su cuerpo y, casi sin sentido, se apoyó sobre Mandorallen. El ruido dentro de su cabeza era ensordecedor.

El esclavo, cubierto de serpenteantes sanguijuelas y todavía retorcido de dolor, apareció de pronto en el muelle. Entonces Garion sintió que lo embargaba una poderosa sensación de cansancio, y si Mandorallen no lo hubiera cogido se habría caído al suelo.

—¿Adónde fue? —preguntó Barak, quien aún miraba hacia el sitio donde estaba el esclavo un momento antes—. ¿Se hundió?

Sin decir palabra, Mandorallen señaló con una mano temblorosa al esclavo, que yacía sobre el muelle drasniano luchando débilmente por su vida, a unos veinte metros de la proa de su barco.

Barak miró al esclavo y luego otra vez hacia el río. El hombretón parpadeó sorprendido.

Una barca pequeña con cuatro nyissanos a los remos salió del otro muelle y se dirigió hacia el barco de Gredik. Un murgo alto estaba de pie en la proa con expresión de enfado en su cara llena de cicatrices.

—Tenéis algo de mi propiedad —gritó por encima de las aguas—. Devolvedme al esclavo de inmediato.

—¿Por qué no vienes a buscarlo, murgos? —respondió Barak al tiempo que soltaba el brazo de Hettar.

El algario cogió un largo bichero y fue hacia un extremo del barco.

—¿No se me molestará? —preguntó el murgos con desconfianza.

—¿Por qué no te acercas y lo discutimos? —sugirió Barak con cortesía.

—Me estáis privando del derecho a mi propiedad —protestó el murgos.

—En absoluto —replicó Barak—. Aunque tal vez haya una pequeña cuestión legal en el asunto: este muelle es drasniano y como en Drasnia no está permitida la esclavitud, ese hombre ya no es un esclavo.

—Traeré a mis hombres —dijo el murgos—, y si es necesario, nos llevaremos al esclavo por la fuerza.

—Entonces tendremos que considerarlo una invasión al territorio alorn —le advirtió Barak con una falsa expresión de pena—. En ausencia de nuestros primos drasnianos, estaríamos obligados a tomar medidas para defender su muelle. ¿Tú qué crees, Mandorallen?

—Vuestras conclusiones son de lo más exacto, señor —respondió Mandorallen—. Según la tradición, los hombres honorables están obligados a defender el territorio de sus amigos en su ausencia.

—Ahí tienes —le dijo Barak al murgu—, ya ves cómo son las cosas. Mi amigo es un arendiano, por lo tanto es del todo imparcial en este asunto; por consiguiente, creo que deberíamos aceptar su interpretación de los hechos.

Los marineros de Gredlik se habían subido al cordaje y colgaban de las sogas como monos enormes de aspecto malicioso que esgrimían sus armas y le sonreían al murgu.

—Hay otra forma de hacerlo —dijo el murgu con tono maligno.

Garion percibió una fuerza que empezaba a crecer y un leve zumbido en su cabeza. Entonces apoyó las manos sobre la baranda de madera que tenía delante y se levantó. Se sentía muy débil todavía, pero se armó de valor e intentó recobrar las fuerzas.

—Ya es suficiente —dijo tía Pol en tono contundente tras subir a cubierta seguida de Ce'Nedra.

—Sólo teníamos una pequeña discusión legal —se disculpó Barak con aire inocente.

—Sé lo que hacíais —lo cortó ella con ojos furiosos. Miró a través del río hacia el murgu—: Será mejor que te vayas —le dijo.

—Primero tengo que llevarme algo —repuso el hombre desde el bote.

—Yo en tu lugar me olvidaría de ello.

—Ya veremos —dijo él, luego se irguió y comenzó a murmurar algo para sí mientras sus manos se movían con rapidez en una suerte de complicados gestos.

Garion tuvo la impresión de que un viento lo empujaba hacia atrás, pero el aire estaba completamente calmo.

—Asegúrate de hacerlo bien —le aconsejó tía Pol con calma—, si olvidas la más mínima parte, te explotará en la cara.

El hombre del bote se quedó helado y frunció la frente con un gesto de preocupación; en ese instante el extraño viento que empujaba a Garion se detuvo. Pero enseguida el murgu comenzó a mover los dedos en el aire otra vez con cara de concentración.

—Se hace así, grolim —dijo tía Pol.

Hizo un ligero movimiento con la mano y Garion sintió una súbita corriente, como si el viento que lo empujaba hubiese empezado a soplar en dirección contraria. El grolim levantó los brazos y se tambaleó hacia atrás hasta caer en el fondo de su bote, que, como si le hubiesen dado un fuerte empujón, se desplazó varios metros hacia atrás. Poco después, el murgu intentó levantarse, con los ojos muy abiertos y pálido como un cadáver.

—Vuelve con tu amo, cerdo —le espetó tía Pol con severidad—, y dile que te azote por no haber aprendido tus lecciones como se debe.

El grolim intercambió unas rápidas palabras con los nyissanos que llevaban los remos y éstos giraron el bote de inmediato y remararon hacia el barco de los esclavos.

—Teníamos una bonita pelea en puerta, Polgara —protestó Barak—. ¿Por que has tenido que estropearla?

—A ver si creces de una vez —dijo ella con brusquedad. Luego se volvió hacia Garion con los ojos encendidos de furia y el mechón blanco de su frente al rojo vivo—: ¡idiota! Te niegas a recibir cualquier tipo de instrucción y luego te lanzas como un toro furioso. ¿Tienes la más mínima idea de la conmoción que causa una translocación? Has alertado a todos los grolims de Sthiss Tor de nuestra presencia aquí.

—Se estaba muriendo —protestó Garion con un gesto impotente hacia el esclavo que yacía en el muelle—. Tenía que hacer algo.

—Ha muerto en cuanto ha tocado el agua —dijo ella de forma contundente—. Míralo.

El esclavo estaba rígido y arqueado en una postura de mortal agonía, con la cabeza torcida hacia atrás y la boca abierta. Era evidente que estaba muerto.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Garion, que de repente sentía náuseas.

—Las sanguijuelas son venenosas y paralizan a sus víctimas para poder comérselas sin que las molesten. Las picaduras le provocan un paro cardíaco. Por lo tanto, nos has delatado a los murgos para salvar a un hombre muerto.

—¡Cuando lo hice no estaba muerto! —gritó Garion—. ¡Estaba pidiendo ayuda! —agregó más furioso de lo que nunca había estado en su vida.

—No había forma de ayudarlo —replicó ella con una voz fría, incluso cruel.

—¿Qué clase de monstruo eres? —le preguntó él con los dientes apretados—. ¿Acaso no tienes sentimientos? Tú lo hubieses dejado morir, ¿verdad?

—No creo que sea el momento ni el lugar adecuado para discutir eso.

—¡Sí! *Este* es el momento apropiado, ahora mismo, tía Pol. Ni siquiera eres humana, ¿lo sabías? Has dejado de ser humana hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdas dónde ocurrió. Tienes cuatro mil años y nuestras vidas pasan como un simple parpadeo de tus ojos. Para ti sólo somos un entretenimiento, una hora de diversión. Nos manipulas como si fuésemos títeres para pasar el rato. Pues bien, yo estoy cansado de que me dirijas, así que tú y yo hemos terminado.

Tal vez hubiera ido más lejos de lo que pretendía, pero la furia lo había desbordado y las palabras habían salido de su boca sin que pudiera detenerlas.

Ella lo miró; su cara estaba pálida como si él acabara de pegarle, pero enseguida recuperó la compostura.

—¡Niño estúpido! —dijo con una voz aterradora por su serenidad—. ¿Terminar, tú y yo? ¿Cuándo comprenderás todo lo que he tenido que hacer para traerte a este mundo? Has estado a mi cuidado durante más de mil años, he soportado angustias, carencias y dolor más allá de lo que tú puedas empezar a comprender, y todo por ti. He vivido cientos de años en la pobreza y en la mugre; he dejado a una hermana a la que amaba más que a mi vida; he afrontado todos los peligros y me he consumido en la desesperación docenas y docenas de veces, todo por ti. ¿Y tú crees que para mí ha sido una diversión, un vano entretenimiento? ¿Crees que la clase de cuidados que te he prodigado durante mil años se consigue con tanta facilidad? Tú y yo *nunca* terminaremos, Belgarion. *¡jamás!* Si es necesario, seguiremos juntos hasta el fin de nuestros días, pero nunca terminaremos, me debes demasiado como para eso.

Se hizo un espantoso silencio. Los demás, impresionados por la intensidad de las palabras de tía Pol, se quedaron inmóviles. Luego los miraron, primero a ella y después a él. Sin agregar una palabra más, Polgara dio media vuelta y volvió a bajar a la bodega.

Garion miró indefenso a su alrededor y de pronto se sintió terriblemente avergonzado y solo.

—*Tenía* que hacerlo, ¿verdad? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular y no demasiado seguro de lo que quería decir.

Todos lo miraron, pero ninguno respondió a su pregunta.

A media tarde, las nubes cubrían otra vez el cielo, los truenos rugían a lo lejos y la lluvia volvía a ahogar con su manto la sofocante ciudad. La tormenta comenzaba cada día a la misma hora, así que acabaron por acostumbrarse a ella; bajaban a la cabina y se quedaban allí sentados, cubiertos de sudor, mientras la lluvia arreciaba en cubierta.

Garion estaba sentado, inmóvil, contra una tosca columna de roble, y observaba a tía Pol con una mirada implacable y obstinada.

Ella lo ignoraba y hablaba en voz baja con Ce'Nedra. En ese momento, por la estrecha puerta de la escalera, apareció el capitán Gredik con la cara y la barba chorreando agua.

—Droblek, el drasniano, está aquí —anunció—, y dice que tiene un mensaje para ti.

—Hazlo entrar —dijo Barak.

Droblek comprimió su cuerpo rechoncho para pasar por la estrecha puerta. Estaba empapado por la lluvia y el agua caía por sus ropas.

—Afuera llueve —comentó mientras se secaba la cara.

—Ya lo hemos notado —respondió Hettar.

—He recibido un mensaje del príncipe Kheldar —le dijo Droblek a tía Pol.

—Por fin —suspiró ella.

—El y Belgarath vienen río abajo —informó Droblek—, y según pude entender, llegarán aquí en pocos días, una semana como máximo. El mensajero no es muy coherente.

Tía Pol lo miró inquisitiva.

—Fiebres —explicó Droblek—. El hombre es drasniano, un agente que utilizo como correo en el interior, por lo tanto es de fiar; pero se ha contagiado una de las enfermedades que infestan estos hediondos pantanos. Ahora mismo delira un poco; sin embargo, esperamos bajarle la fiebre en un día o dos, entonces recobrará el sentido. He venido en cuanto logré entender algo de su mensaje, pensé que querríais enteraros de inmediato.

—Te agradecemos tu preocupación —dijo tía Pol.

—Habría enviado a un criado, pero en Sthiss Tor los mensajes suelen perderse o los criados los entienden mal. —De repente sonrió—: Por supuesto, ésa no es la verdadera razón ni tampoco la única.

—Claro que no —sonrió tía Pol.

—Un hombre gordo acostumbra quedarse en casa y deja que los demás caminen por él; pero por el tono del mensaje del rey Rhodar, adivino que este asunto es de máxima importancia en estos momentos, y yo quería participar en él. —Hizo una mueca burlona—. Supongo que todos tenemos actitudes infantiles de vez en cuando.

—¿Tan seria es la enfermedad del mensajero? —preguntó tía Pol.

—Quién sabe... La mitad de las enfermedades infecciosas de Nyissa no tienen nombre y no sabemos distinguir unas de otras. A veces la gente muere en poco tiempo, otras veces aguantan semanas, y muy de vez en cuando alguien sobrevive. Todo lo que podemos hacer es ponernos cómodos y esperar a ver qué sucede.

—Iré enseguida —dijo tía Pol y se puso en pie—. Durnik, ¿me pasas la bolsa verde que hay en uno de los sacos? Necesitaré las hierbas que tengo allí.

—No es muy buena idea exponerse a estas fiebres, señora —advirtió Droblek.

—No corro ningún riesgo —respondió ella—. Quiero interrogar al mensajero y la única forma de hacerlo es curándole primero la fiebre.

—Durnik y yo te acompañaremos —ofreció Barak. Ella lo miró—. No viene mal tomar precauciones —dijo el hombretón mientras sujetaba la espada a su cintura.

—Como quieras —dijo ella, se puso la capa y subió la capucha—. Esto puede llevarme toda la noche —le dijo a Gredik—. Hay algunos grolims por aquí, así que haz que tus marineros se mantengan alerta. Pon a vigilar a los más sobrios.

—¿Sobrios, señora? —preguntó Gredik con cierto aire de inocencia.

—He oído las canciones que venían de las habitaciones de la tripulación —dijo con tono sarcástico—, y los chereks no cantan a no ser que estén borrachos. Esta noche no le saques el tapón al barril de cerveza. ¿Nos vamos, Droblek?

—De inmediato, señora —asintió el gordo tras dedicarle una mirada burlona a Gredik.

Cuando se fueron, Garion se sintió aliviado. El esfuerzo por mantener la expresión de rencor contra tía Pol ya empezaba a cansarlo. Se encontraba en una posición difícil; el horror y la repulsión que había sentido hacia sí mismo tras incendiar el cuerpo de Chamdar en el bosque de las Dríadas le resultaban insoportables. Temía que llegara la noche, pues sus sueños eran siempre los mismos: una y otra vez veía a Chamdar, con la cara chamuscada, repitiendo «Maestro, ten piedad», y, una y otra vez, veía aquella horrible llama azul que había brotado de su mano como respuesta a las súplicas. El odio que había arrastrado desde Val Alorn había ardido en esa llama, y su venganza había sido tan brutal que no había forma de eludirla o negar su responsabilidad en ella. El ataque de ira de aquella mañana iba dirigido más contra sí mismo que contra tía Pol; la había llamado monstruo, pero a quien odiaba de verdad era al monstruo que habitaba en su interior. No podía borrar de su mente el espantoso catálogo de sufrimientos que ella había soportado por él durante innumerables años ni la pasión con que había hablado, fiel reflejo del dolor que le habían causado sus palabras. Estaba avergonzado; tanto, que ni

siquiera se atrevía a mirar a sus amigos a la cara. Se sentó lejos de los demás con la vista fija en el vacío mientras las palabras de tía Pol resonaban una y otra vez en su memoria.

La tormenta llegó a su fin y la lluvia empezó a amainar. Pequeños remolinos de gotas de lluvia corrían sobre la superficie de las aguas cenagosas, impulsados por el viento caprichoso. El cielo comenzó a aclarar y el sol se hundió entre las nubes turbias y las coloreó de un rojo furioso. Garion subió a cubierta para enfrentarse a solas con su atormentada conciencia. Después de un rato, oyó unas suaves pisadas a sus espaldas.

—Supongo que estarás orgulloso —dijo Ce'Nedra con acritud.

—Déjame en paz.

—No pienso hacerlo. Voy a decirte exactamente lo que pensamos de tu pequeño discurso de esta mañana.

—No quiero oírlo.

—Peor para ti, porque voy a decírtelo de todos modos.

—No te escucharé.

—¡Claro que lo harás! —exclamó, y acto seguido lo cogió del brazo y lo hizo volver. Sus ojos echaban chispas y su carita menuda reflejaba una rabia enorme—. Lo que hiciste no tiene ninguna excusa —dijo—; tu tía te ha criado desde que eras un bebé y ha sido como una madre para ti.

—Mi madre está muerta.

—Polgara es la única madre que has conocido, ¿y es así como le das las gracias? La has llamado monstruo, la has acusado de no preocuparse por ti.

—¡No te escucho! —gritó Garion, y aunque sabía que era un acto ridículo e infantil, se tapó las orejas con las manos; la princesa Ce'Nedra siempre conseguía sacarlo de sus casillas.

—¡Quita esas manos! —le ordenó con voz estridente—. Vas a oírme aunque para ello tenga que gritar.

Garion, temeroso de que lo hiciera de verdad, quitó las manos de sus orejas. Ce'Nedra continuó:

—Te recogió cuando eras sólo un bebé —dijo, como si supiera cuál era el punto débil en la conciencia herida de Garion—, ha vigilado tus primeros pasos, te ha alimentado, te ha cuidado, te ha abrazado cuando tenías miedo o te habías hecho daño. ¿Te parecen acciones propias de un monstruo? Está pendiente de ti, ¿no te das cuenta? La he visto arrojarte cuando estabas dormido. ¿Crees que una persona a la que no le importaras haría algo así?

—Hablas de algo que no comprendes —le respondió Garion—. Por favor, déjame solo.

—¿Por favor? —repitió ella con tono burlón—. ¡Es extraño que de repente recuerdes tus modales! Esta mañana no te he oído decir «por favor» ni una sola vez, y tampoco he oído que dijeras «gracias». ¿Sabes lo que eres, Garion? Eres un niño mimado, eso es lo que eres.

Eso ya era el colmo. Que aquella princesita malcriada y caprichosa lo llamara a él niño mimado, era más de lo que Garion estaba dispuesto a tolerar...

Enfurecido, comenzó a gritarle. Casi todo lo que le decía era incoherente, pero después de hacerlo se sintió mucho mejor. Comenzaron a prodigarse mutuas acusaciones y la discusión pronto degeneró en insultos. Ce'Nedra chillaba como una pescadera de Camaar y la voz de Garion se rompía y oscilaba entre el barítono de un adulto y el tenor de un niño. Se hacían gestos con las manos y gritaban. Ce'Nedra daba golpes con los pies y Garion agitaba los brazos. Fue una espléndida pelea y, cuando acabó, Garion se sintió aliviado. Gritar insultos a Ce'Nedra era una diversión inocente en comparación con las cosas terribles que le había dicho a tía Pol aquella misma mañana y le permitía expresar su confusión y su rabia de un modo inofensivo.

Al final, como era de esperar, Ce'Nedra recurrió a las lágrimas, se largo y dejó solo a Garion, que se sentía más tonto que avergonzado. Al joven el enfado le duró un rato más y masculló varios insultos que no había tenido oportunidad de decirle, pero luego suspiró y se apoyó pensativo en la baranda a ver caer la noche sobre la ciudad húmeda.

Aunque no estaba dispuesto a admitirlo ni siquiera ante sí mismo, le estaba agradecido a la princesa, pues aquella incursión en el absurdo le había aclarado las ideas. Ahora veía con claridad que le debía una disculpa a tía Pol, que la había atacado para superar su propio sentimiento de culpa e intentar endilgárselo a ella. Era evidente que no podría eludir su responsabilidad, y, una vez que aceptó este hecho, comenzó a sentirse mejor.

Se hizo más oscuro. La noche tropical era sofocante y desde los pantanos insondables llegaba olor a vegetación podrida y a aguas estancadas. Un insecto pequeño y perverso se metió dentro de su túnica y comenzó a picarle en un punto de su espalda entre los hombros adonde él no podía llegar.

No hubo aviso, ni un sonido, ni un movimiento del barco, ninguna señal de peligro. Sin embargo, alguien le agarró los brazos desde atrás y le tapó la boca y la nariz con un paño húmedo. Intentó liberarse, pero las manos que lo sujetaban eran muy fuertes; entonces trató de girar la cabeza y dejar la boca libre para pedir socorro, pero el paño tenía un olor extraño, empalagoso, repugnantemente dulce y, en cierto modo espeso, que lo hacía sentirse mareado. Sus intentos por resistir se volvieron más débiles, hizo un último esfuerzo antes de dejarse vencer, y por fin se hundió en la inconsciencia.

Estaban en una especie de corredor largo y Garion podía divisar el suelo de baldosas con bastante claridad. Lo llevaban boca abajo entre tres hombres, y su cabeza se sacudía y se balanceaba sobre el cuello de un modo desagradable. Tenía la boca seca y aquel olor dulce y espeso que impregnaba el pañuelo seguía allí. Levantó la cabeza e intentó mirar a su alrededor.

—Está despierto —dijo el que le sujetaba el brazo.

—Por fin —murmuró otro—. Le has dejado el paño en la nariz demasiado tiempo, Issus.

—Yo sé lo que hago —repuso el primer hombre—. Bájalo. ¿Puedes ponerte de pie? —le preguntó Issus a Garion.

Los cortos pelillos de su cabeza rapada parecían cerdas. Tenía una gran cicatriz que iba de la frente a la barbilla, pasando por la cuenca vacía de uno de sus ojos, y llevaba una bata mugrienta.

—Levántate —le ordenó con voz sibilante.

Lo tocó con un pie. Garion intentó levantarse, pero sus rodillas no lo sostenían y tuvo que apoyarse en la pared húmeda y cubierta de musgo.

—Cogedlo —les dijo Issus a los demás.

Estos agarraron los brazos de Garion y lo llevaron a rastras por el largo pasillo detrás del tuerto. Al final del corredor, entraron en una estancia abovedada que no parecía una habitación, sino más bien una amplia superficie abierta que hubiera sido techada. El alto techo estaba sostenido por enormes columnas esculpidas y pequeñas lámparas de aceite colgaban de largas cadenas o reposaban sobre estantes de piedra tallados en los pilares. Varios grupos de hombres con túnicas multicolores iban de aquí para allá en un estado de lánguido letargo.

—Tú —Issus increpó a un joven regordete con ojos soñolientos—, dile a Sadi, el jefe de los eunucos, que tengo al chico.

—Díselo tú —le respondió el muchacho con voz aguda—, yo no recibo órdenes de gente como tú, Issus. —El se acercó al joven y le cruzó la cara de una bofetada—. ¡Me has pegado! —se quejó el muchacho y se llevó una mano a la boca—. Me has hecho sangrar el labio, ¿lo ves? —añadió con su mano extendida para enseñarle la sangre.

—Si no haces lo que te digo, te cortaré tu gordo pescuezo —le dijo Issus con un tono severo y cruel.

—Le contaré a Sadi lo que me has hecho.

—¡Adelante!, y una vez allí aprovecha para decirle que tengo al chico que quería la reina.

—¡Eunucos! —exclamó con desprecio uno de los hombres que sostenían a Garion.

—Tienen sus ventajas —dijo el otro con una risa ronca.

—Traed al chico —ordenó Issus—, a Sadi no le gusta que le hagan esperar.

Empujaron a Garion más allá de la zona iluminada, hasta donde unos hombres que tenían un aspecto miserable, con el pelo y la barba desgredados, estaban sentados en el suelo y encadenados entre sí.

—Agua —gimió uno de ellos—, ¡por favor! —agregó con una mano extendida en actitud de súplica.

Issus se detuvo y miró al esclavo con asombro.

—¿Cómo es que éste todavía tiene lengua? —le preguntó al guardia que los vigilaba.

—Aún no hemos tenido tiempo de ocuparnos de eso —respondió el guardia encogiéndose de hombros.

—Pues hazte tiempo —le ordenó Issus—; si uno de los sacerdotes lo escucha hablar, te interrogarán y no te gustará.

—No temo a los sacerdotes —dijo el guardia, aunque miró con nerviosismo por encima de su hombro.

—Pues deberías temerles —le aconsejó Issus—. Y da de beber a estos animales, muertos no servirán para nada —añadió y comenzó a guiar a los hombres que llevaban a Garion a través de la oscuridad entre dos columnas, pero de repente se detuvo otra vez—. ¡Sal de mi camino! —le gritó a algo que había entre las sombras, y aquella criatura se empezó a mover de mala gana. Garion advirtió con repulsión que se trataba de una serpiente—. Vete con las demás —le dijo Issus y señaló un rincón oscuro donde una enorme masa se movía ondulante con una especie de indolente agitación.

Garion podía oír el suave siseo del roce de las escamas. La serpiente que se había cruzado con ellos le mostró su movediza lengua a Issus y luego se arrastró hacia el rincón oscuro.

—Algún día te picarán, Issus —le advirtió uno de los hombres—; no les gusta que les den órdenes.

Issus se encogió de hombros y siguió su camino.

—Sadi quiere hablar contigo —dijo el joven eunuco recordete cuando llegaron a una gran puerta de madera pulida—; le he contado que me habías pegado. Maas está con él.

—Bien —respondió Issus y abrió la puerta—. Sadi —llamó con tono severo—, dile a tu amigo que voy a entrar, no quiero que haga ninguna tontería.

Issus entró y cerró la puerta tras él.

—Ya puedes retirarte —le dijo al eunuco uno de los hombres que llevaban a Garion.

—Yo voy adonde Sadi me manda —afirmó el joven recordete con desdén.

—¿Y también vienes corriendo cuando Sadi silba? —Eso es asunto mío y de Sadi, ¿no crees?

—Traedlo aquí —ordenó Issus tras volver a abrir la puerta de la estancia en la que había entrado.

Los dos hombres empujaron a Garion dentro de la habitación.

—Esperaremos aquí —dijo uno de ellos con nerviosismo. Issus lanzó una feroz carcajada, cerró la puerta de una patada y llevó a Garion ante una mesa donde la minúscula llama de una lámpara de aceite apenas disipaba la oscuridad. Sentado a la mesa, había un hombre delgado y de ojos cadavéricos que se acariciaba la cabeza calva con los largos dedos de su mano.

—¿Puedes hablar, chico? —le preguntó a Garion.

Su voz tenía un extraño timbre de contralto y su túnica de seda no era de varios colores como parecía ser lo habitual, sino de un definido tono carmesí.

—¿Podría tomar un poco de agua? —preguntó Garion. —Dentro de un minuto.

—Ahora dame mi dinero, Sadi —dijo Issus.

—En cuanto compruebe que éste es el chico —respondió Sadi.

—Pregúntale su nombre —murmuró una voz sibilante entre las sombras, detrás de Garion.

—Lo haré, Maas —contestó Sadi, molesto por la sugerencia—; he hecho esto antes.

—Tardas demasiado —murmuró la voz.

—Dinos tu nombre, chico —le dijo Sadi a Garion.

—Doroon —mintió Garion con presteza—. Tengo mucha sed.

—¿Me tomas por un idiota, Issus? —preguntó Sadi—. ¿Creías que me podías arreglar con cualquier chico?

—Éste es el chico que me has pedido que trajera —respondió Issus—. No es culpa mía si tu información no era correcta.

—Si —asintió Garion—, soy el mozo de cabina del barco del capitán Gredik. ¿Dónde estamos?

—Las preguntas las hago yo, chico —afirmó Sadi.

—Miente —murmuró la voz sibilante a espaldas de Garion.

—Ya lo sé, Maas —respondió Sadi con calma—; al principio siempre lo hacen.

—No tenemos tiempo para esto —siseó la voz—. Dale oret, necesito saber la verdad de inmediato.

—Lo que tú digas, Maas —asintió Sadi. Se levantó y desapareció un momento detrás de la mesa, entre las sombras. Garion oyó un ruido de cristal y luego agua—. Recuerda que fue idea tuya, Maas. Si *ella* se enfada, yo no quiero tener la responsabilidad.

—Ella comprenderá, Sadi.

—Toma, chico —ofreció Sadi, que volvió hacia la luz con una taza de barro marrón.

—Eh..., no, gracias —dijo Garion—. Después de todo, no tengo tanta sed.

—Será mejor que lo bebas, chico —le dijo Sadi—. Si no lo haces, Issus te sujetará y yo te obligaré a tragarlo. No te hará daño.

—Bebe —ordenó la voz sibilante.

—Sería conveniente que lo hicieras —le aconsejó Issus.

Indefenso, Garion cogió la taza. El líquido tenía un gusto extraño y amargo y le quemó la lengua.

—Mucho mejor —dijo Sadi y se volvió a sentar detrás de la mesa—. Ahora bien, ¿dices que tu nombre es Doroon?

—Si.

—¿De dónde eres, Doroon? —De Sendaria.

—¿De que lugar exacto de Sendaria?

—Cerca de Darine, en la costa norte.

—¿Y qué haces en un barco cherek?

—El capitán Gredik es amigo de mi padre —dijo Garion. Sin saber por qué, sintió la necesidad de explayarse—, y mi padre quería que lo aprendiera todo sobre barcos, él dice que es mejor ser marino que granjero. El capitán Gredik aceptó enseñarme todo lo necesario para ser un marino, y dice que seré bueno porque no me mareo, no tengo miedo de trepar a las sogas que sostienen las velas y ya casi tengo la fuerza suficiente para llevar un remo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas, chico?

—Garion..., no, quiero decir... Doroon. Si, Doroon, y...

—¿Cuántos años tienes, Garion?

—Cumplí quince el día del Paso de las Eras. Tía Pol dice que la gente que nace en el Paso de las Eras tiene mucha suerte, aunque yo no he notado que tenga más suerte que...

—¿Y quién es tía Pol?

—Es mi tía. Nosotros vivíamos en la hacienda de Faldor, pero vino el señor Lobo y...

—¿La gente la llama por algún otro nombre?

—El rey Fulrach la llamaba Polgara, eso fue cuando el capitán Brendig nos llevó al palacio de Sendar. Después fuimos al palacio del rey Anheg, en Val Alorn, y...

—¿Quién es el señor Lobo?

—Mi abuelo, lo llaman Belgarath. Yo no quería creerlo pero supongo que debe de ser verdad porque una vez él...

—¿Y por que os fuisteis de la hacienda de Faldor?

—Al principio no sabía por qué, pero luego descubrí que fue porque Zedar robó el Orbe de Aldur de la empuñadura de la espada del rey rivano y tenemos que encontrarlo antes de que lo lleve ante Torak, lo despierte y...

—Este es el chico que buscamos —murmuró la voz sibilante. Garion se dio la vuelta muy despacio. Ahora la habitación le parecía más clara, como si la pequeña llama de la lámpara irradiara más luz. En un rincón había una larga serpiente, zigzagueante, con un cuello curiosamente piano y ojos resplandecientes.

—Ahora podemos llevarlo ante Salmisra —siseó la serpiente. Luego bajó al suelo y se arrastró hasta Garion. El chico sintió la nariz fría y seca contra su pierna, y a pesar de que en el fondo de su corazón sentía deseos de gritar, se quedó inmóvil mientras el cuerpo escamoso subía despacio por la pierna y trepaba ondulante hacia arriba. Por fin, la cabeza de la serpiente quedó a la altura de su cara y la lengua oscilante rozó su mejilla—. Sé bueno, chico —murmuró la serpiente en su oído—, muy, pero *muy* bueno.

La serpiente era pesada, y sus anillos, gruesos y fríos.

—Por aquí, chico —le dijo Sadi a Garion finalmente poniéndose en pie.

—Quiero mi dinero —exigió Issus.

—Ah —dijo Sadi casi con desdén—, eso. Está encima de la mesa, en esa bolsa —le indicó con un gesto y luego se volvió para guiar a Garion.

—«*Garion* —dijo la voz seca que siempre había estado en su mente—, *quiero que me escuches con atención. No digas nada ni dejes que la expresión de tu cara te delate, solo escúchame.*»

«¿*Quién eres?*», preguntó Garion en silencio mientras intentaba luchar contra la confusión de su mente.

«*Ya me conoces* —respondió la voz seca—, *ahora escucha: te han dado algo que te hace actuar como ellos quieren. No te resistas, relájate y no luches contra ello.*»

«*Pero, he dicho cosas que no debía, yo...*»

«*Eso ahora no importa, haz lo que te digo. Si ocurre algo y la situación se vuelve peligrosa, no luches. Yo me ocuparé de todo, pero no podré hacerlo si tú te resistes. Tienes que relajarte para que yo pueda hacer lo que debo; si de repente haces o dices cosas que no entiendes, no tengas miedo ni te rebeles; no serán ellos, sino yo.*»

Más tranquilo por esta silenciosa garantía, Garion caminó obediente junto a Sadi, el eunuco, mientras Maas, la pesada serpiente, se apoyaba sobre los hombros y el pecho y acurrucaba su cabeza afilada contra su mejilla.

Entraron a una habitación grande con las paredes tapizadas en tela y brillantes lámparas de aceite colgadas de cadenas. Una enorme estatua de piedra, con el tercio superior perdido entre las penumbras, alzaba su titánico cuerpo en un extremo de la habitación. Frente a la estatua se levantaba una pequeña plataforma de piedra, alfombrada y cubierta de cojines, como un pesado diván que no era ni un sillón ni un sofá, donde se sentaba una mujer.

Tenía un cabello negro azabache que le caía sobre la espalda y los hombros en una cascada de rizos. Una corona de elaborado diseño cubierta de resplandecientes piedras preciosas remataba su cabeza; su túnica era blanca y estaba hecha de la más fina gasa, así que de ningún modo alcanzaba a ocultar su cuerpo y sólo parecía usarla para lucir sobre ella las joyas y ornamentos. Bajo la gasa, su piel era de una blancura nívea; su rostro, extraordinariamente hermoso, y sus ojos, muy claros, casi descoloridos. A un costado del diván, había un gran espejo de pie con marco dorado, y la mujer, indolente y tranquila, se contemplaba con admiración.

Dos docenas de eunucos con la cabeza rapada y túnicas carmesíes estaban arrodillados a un lado de la plataforma y, apoyados sobre los cuartos traseros, contemplaban a la mujer y a la estatua con fervorosa adoración.

Entre los cojines, a un extremo del diván, se repantigaba un joven de aspecto perezoso y engreído, cuya cabeza no estaba rapada. Tenía el cabello muy rizado, las mejillas coloreadas y un fantástico maquillaje en los ojos. Todo su vestuario consistía en un pequeñísimo taparrabos y parecía aburrido y malhumorado. La mujer pasaba los dedos entre los rizos del joven con aire ausente mientras se miraba al espejo.

—La reina tiene visitas —anunció uno de los eunucos con voz cantarina.

—Ah —entonaron los demás al unísono—, visitas.

—Salud, eterna Salmisra —dijo Sadi el eunuco y se postró frente a la plataforma donde estaba la mujer de ojos claros.

—¿Qué ocurre, Sadi? —preguntó. Su voz era vibrante y tenía un timbre extraño y misterioso.

—El chico, mi reina —anunció Sadi, todavía con la cara apoyada en el suelo.

—Arrodíllate ante la reina de las serpientes —siseó Maas al oído de Garion.

Los anillos de la serpiente se ciñeron alrededor del cuerpo del joven y, doblado por el doloroso apretón, Garion cayó de rodillas.

—Ven aquí, Maas —le dijo Salmisra a la serpiente.

—La reina convoca a su amada serpiente —entonaron los eunucos.

—Ah.

El reptil se desenroscó del cuerpo de Garion y se arrastró, zigzagueante, hasta el pie del diván; allí se irguió en dirección a la mujer y se acomodó encima de Salmisra, con su grueso cuerpo curvado como para amoldarse a ella. La cabeza puntiaguda se alzó hasta la cara de la reina y ésta la besó con cariño. Maas le acarició la cara con su larga lengua bífida y le susurró algo al oído. La reina permaneció inmóvil, abrazada a la serpiente, mientras escuchaba la voz siseante del reptil y miraba a Garion con sus ojos enormes. Luego apartó un poco al animal, se incorporó, y se acercó a Garion.

—Bienvenido a la tierra de los hombres serpiente, Belgarion —dijo con voz zumbante.

Aquel nombre, que sólo había oído de labios de tía Pol, le produjo un extraño sobresalto y el chico intentó aclarar la confusión de su mente.

«¡*Todavía no!*», advirtió la voz seca en su interior.

Salmisra bajó de la plataforma y su cuerpo se movió sinuoso bajo el vestido transparente. Cogió el brazo de Garion, lo ayudó a incorporarse con suavidad y le acarició la cara muy despacio con su mano fría.

—Un joven muy guapo —suspiró, como si lo dijera para sí—. Tan joven, tan cálido —añadió con tono de deseo.

La mente de Garion se llenó de una extraña confusión; la bebida amarga que Sadi le había dado todavía le nublabla la conciencia como un manto. Sin embargo, no podía evitar sentir una mezcla de miedo y atracción hacia la reina. Su piel nívea y sus ojos cadavéricos resultaban repulsivos, pero su aspecto era por sí mismo una invitación sensual, la exuberante promesa de un placer inenarrable.

—No tengas miedo, Belgarion mío —siseó ella—, no te haré daño, a no ser que tú quieras que lo haga. Tus obligaciones aquí serán muy agradables y puedo enseñarte cosas que Polgara nunca llegaría a soñar.

—Apártate de él, Salmisra —ordenó con petulancia el joven que estaba en la plataforma—. Sabes que no me gusta que prestes tanta atención a otros.

En los ojos de la reina se reflejó una expresión de disgusto, se volvió y miró al joven con frialdad.

—Lo que a ti te guste o no, ha dejado de preocuparme, Essia —dijo ella.

—¿Qué? —gritó Essia incrédulo—. ¡Haz lo que te digo de inmediato!

—No, Essia —respondió ella.

—Te castigaré —la amenazó él.

—No —dijo ella—, no lo harás. Ese tipo de cosas ya no me divierte, y tus declamaciones y rabiets han empezado a aburrirme. Ahora vete.

—¿Que me vaya? —Los ojos de Essia se salían de las órbitas de incredulidad.

—Estás despedido, Essia.

—¿Despedido? Pero si no puedes vivir sin mí, tú misma lo has dicho.

—En ocasiones, todos decimos cosas que no creemos.

La arrogancia desapareció del rostro del joven como el agua de un cubo que se derrama, tragó saliva y empezó a temblar.

—¿Cuándo quieres que vuelva? —gimió él. —No quiero que vuelvas, Essia.

—¿Nunca? —jadeó él.

—Nunca —respondió ella—. Ahora vete y deja de hacer escenas.

—¿Qué va a ser de mí? —sollozó Essia, y el maquillaje que llevaba en los ojos se corrió por su cara de un modo grotesco.

—No seas pesado, Essia —dijo Salmisra—; coge tus cosas y vete ya. Ahora tengo un nuevo acompañante —agregó y volvió a subir a la plataforma.

—La reina ha elegido un acompañante —entonó el eunuco.

—¡Ah! —cantaron los otros—. ¡Salud al acompañante de la eterna Salmisra, el más afortunado de los hombres!

El joven lloroso recogió una bata rosa y un joyero tallado y descendió de la plataforma.

—Esto es obra *tuya* —acusó a Garion—, tú eres el culpable. —De repente sacó una pequeña daga de entre los pliegues de la bata que llevaba en el brazo—. ¡Yo me ocuparé de ti! —gritó al tiempo que levantaba la daga para clavársela.

Esta vez no hubo voluntad ni concentración, la fuerza surgió de improviso, empujó a Essia hacia atrás y lo hizo volar por los aires con el pequeño cuchillo en la mano. Después, la sensación de poder se desvaneció.

Sin embargo, Essia se abalanzó hacia delante con la daga levantada y la fuerza volvió, esta vez con mayor intensidad. El hombre salió despedido hacia atrás, se desplomó y la daga resonó contra el suelo.

Salmisra, con los ojos encendidos de cólera, señaló al caído Essia y chasqueó los dedos dos veces. Entonces, una pequeña serpiente verde salió de abajo del diván más veloz que una flecha, con la boca abierta y un zumbido similar a un gruñido. Atacó una sola vez, mordiendo a Essia en la parte superior de la pierna, luego se arrastró con rapidez hacia un lado y lo observó con una mirada inexpresiva.

Essia jadeó y se puso blanco de pavor, intentó levantarse pero sus brazos y piernas se desplomaron sobre las piedras pulidas y apenas alcanzó a proferir un grito ahogado antes de que comenzaran las convulsiones. Daba rápidos golpecitos con los pies contra el suelo y sus brazos se sacudían de un modo brutal, sus ojos quedaron fijos y en blanco y una espuma verde comenzó a manar de su boca como si fuera una fuente. Se arqueó hacia atrás y cada uno de sus músculos se contrajo bajo la piel, mientras la cabeza golpeaba contra el suelo, hasta que su cuerpo entero se elevó y dio un violento salto espasmódico. Cuando volvió a caer, ya estaba muerto.

Salmissra lo vio morir con sus pálidos ojos inexpresivos e indiferentes, sin el más mínimo indicio de ira o de pena.

—Se ha hecho justicia —anunció el eunuco.

—La justicia de la reina de los hombres serpiente es rápida —respondieron los demás.

Le hicieron beber muchas más cosas, algunas amargas, otras de una dulzura empalagosa, y con cada taza que se llevaba a la boca, su mente parecía hundirse en un vacío cada vez más profundo. Los ojos comenzaron a jugarle curiosos trucos; de repente tuvo la impresión de que la tierra se había hundido y de que todo sucedía bajo el agua: las paredes se tambaleaban y las figuras de los eunucos parecían oscilar y ondularse como algas, impulsadas por los remolinos y por el constante flujo de las olas y de la corriente. Las lámparas resplandecían como si fueran piedras preciosas y proyectaban sus brillantes colores en lánguidas cascadas de luz. Garion estaba echado en la plataforma, cerca del diván de Salmissra, absorto, con los ojos llenos de luz y la mente en blanco. Había perdido el sentido del tiempo, el deseo, la voluntad; recordaba de un modo muy vago a sus amigos, pero la certeza de que nunca volvería a verlos sólo le producía una leve sensación de pena, una momentánea melancolía que resultaba casi agradable. Incluso derramó una pequeña lágrima por su pérdida, pero la lágrima cayó sobre su muñeca y brilló allí con tal belleza que se sumió de lleno en su contemplación.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó la reina desde algún lugar, detrás de él, con una voz tan maravillosa y musical que su mero sonido conmovió el alma de Garion.

—Tiene poderes —respondió Maas, con un zumbido que ponía nervioso al joven pues vibraba como las cuerdas de un laúd—, poco experimentados y sin control, pero muy fuertes. Tened cuidado con éste, amada Salmissra, puede destruirte sin proponérselo.

—Lo controlaré —dijo ella.

—Tal vez —respondió la serpiente.

—La hechicería requiere voluntad —señaló Salmissra—, y yo lo desposeeré de ella. Tu sangre es fría, Maas, y nunca sentirás el fuego que corre por las venas cuando se bebe oret, athal o kaldiss. Tus emociones también son frías y no entiendes hasta que punto puede utilizarse el cuerpo para esclavizar la voluntad.

Haré que su mente descanse y ahogaré sus poderes con amor.

—¿Amor, Salmissra? —preguntó la serpiente con tono divertido.

—Es una palabra tan útil como cualquier otra —respondió ella—; si lo prefieres, llámalo apetito.

—Eso sí que puedo entenderlo —asintió Maas—, pero no subestimes a este chico ni sobrevalores tus propios poderes. No tiene una mente normal y hay algo en él que no alcanzo a comprender.

—Ya veremos —dijo ella—. Sadi —llamó al eunuco.

—¿Sí, mi reina?

—Llévate al chico. Haz que lo bañen y lo perfumen, pues huele a barco, alquitrán y agua salada. Odio los olores de los alorns.

—Enseguida, eterna Salmissra.

Garion fue conducido a un lugar donde había agua tibia; allí lo desnudaron, lo sumergieron, lo jabonaron y lo volvieron a sumergir. Después untaron su cuerpo con aceites aromáticos y ataron un pequeño taparrabos a su cintura, le cogieron la barbilla con firmeza y le aplicaron colorete en ambas mejillas. Entonces advirtió que la que lo maquillaba era una mujer, y al recorrer el baño con la vista despacio y casi sin curiosidad, vio que, a excepción de Sadi, todas eran mujeres. En el fondo tenía la impresión de que debería sentirse incómodo, tal vez por estar desnudo en presencia de mujeres, pero no podía recordar por qué.

Cuando la mujer terminó de pintarle la cara, Sadi, el eunuco, lo cogió por el brazo y lo guió a través de interminables pasillos oscuros hasta la habitación donde Salmisra, junto a la estatua, se recreaba en su propia contemplación de pie ante el espejo.

—Mucho mejor —dijo ella tras mirar a Garion de arriba abajo con admiración—, es más musculoso de lo que pensaba. Tráelo aquí.

Sadi condujo a Garion ante el diván de la reina y lo empujó con suavidad para que se sentara en los cojines donde había estado Essia.

Salmisra extendió su mano despacio y le acarició la cara y el pecho con sus dedos fríos. Sus ojos claros parecían arder y sus labios se separaron de un modo casi imperceptible. Garion fijó la vista en su brazo pálido. Sobre aquella piel blanca no había ningún rastro de vello.

—Lisa —dijo con aire ausente mientras intentaba concentrarse en esa peculiaridad.

—Por supuesto, Belgarion —murmuró ella—; las serpientes no tienen pelo y yo soy la reina de las serpientes.

Intrigado, el joven levantó la vista despacio y la dirigió a la mata negra y brillante que caía sobre sus blancos hombros.

—Sólo éste —dijo ella mientras se tocaba los rizos con sensual vanidad.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Es un secreto —rió ella—. Tal vez algún día te lo desvele. ¿Te gustaría?

—Supongo que sí.

—Dime, Belgarion —dijo ella—, ¿te parezco hermosa? —Si.

—¿Cuántos años dirías que tengo? —preguntó, y abrió los brazos para que él pudiera contemplar su cuerpo a través de la fina gasa de su vestido.

—No lo sé —respondió Garion—; eres mayor que yo, pero no demasiado vieja.

Los ojos de la reina reflejaron una ligera expresión de fastidio.

—Adivina —le ordenó con severidad.

—Tal vez treinta —decidió él confuso.

—¿*Treinta*? —repitió despavorida. Se giró con rapidez hacia el espejo y examinó su rostro con atención—. Eres ciego, ¡idiota! —le gritó sin levantar la vista del espejo—. Ésta no es la cara de una mujer de treinta años, sino de veintitrés o, como mucho, veinticinco.

—Lo que tú digas —asintió él.

—Veintitrés —repitió con firmeza—, ni un día más de veintitrés.

—Por supuesto —dijo él con dulzura.

—¿Me creerías si te dijera que tengo sesenta? —preguntó con una súbita mirada hostil.

—No —negó Garion—, no lo creería; sesenta, no.

—¡Qué encantador eres, Belgarion! —suspiró ella con una expresión reblandecida.

Los dedos de la reina volvieron a concentrarse en la cara de Garion, la tocaron, la frotaron y la acariciaron. De repente, sobre la piel pálida del cuello y del hombro desnudo de Salmisra empezaron a aparecer extrañas manchas de colores; un leve sarpullido verde y púrpura que se movía, latía, primero se hacía muy visible y luego se desvanecía. Sus labios se abrieron otra vez y su respiración se volvió más agitada. Las manchas se extendieron por el torso, debajo del vestido transparente, y los colores se mezclaron bajo la piel.

Maas se acercó a rastras y sus ojos apagados se despertaron de pronto con una peculiar expresión de adoración. El vívido patrón de colores de su propio cuerpo era tan similar al que ahora aparecía en la piel de la reina que, al acariciarle el hombro con sus anillos zigzagueantes, resultaba imposible determinar el límite entre la mujer y la serpiente.

Era obvio que si Garion no hubiese estado medio atontado, se habría apartado de la reina. Sus ojos descoloridos y su piel moteada eran propios de un reptil, en tanto que su expresión lujuriosa reflejaba un espantoso apetito. A pesar de todo, la reina despertaba

una extraña atracción y Garion no podía evitar sentirse cautivado por su evidente sensualidad.

—Acércate, Belgarion —le ordenó con suavidad—. No voy a hacerte daño —agregó mientras sus ojos se regocijaban ante la idea de poseerlo.

No muy lejos de la plataforma, Sadi el eunuco se aclaró la garganta.

—Adorada reina —anunció—, el emisario de Taur Urgas quiere hablar contigo.

—¿Quieres decir Ctuchik? —preguntó Salmisra, un tanto disgustada. Luego un pensamiento pareció cruzar por su mente y sonrió con malicia. Las manchas desaparecieron de su piel—. Haz pasar al grolim —le ordenó a Sadi.

El eunuco hizo una reverencia y se retiró. Un instante después, volvió con un individuo con la cara llena de cicatrices y las ropas de un murgo.

—Demos la bienvenida al emisario de Taur Urgas —canto un eunuco.

—Bienvenido —respondió el coro.

«*Ahora ten cuidado* —dijo la voz en la mente de Garion—. *Éste es el mismo hombre que vimos en el puerto.*»

Garion miró mejor al murgo y lo reconoció.

—Salud, eterna Salmisra —dijo el grolim con formalidad, y dedicó una reverencia primero a la reina y luego a la estatua que había detrás—. Taur Urgas, rey de Cthol Murgos, envía sus saludos al espíritu de Issa y a su servidora.

—¿Y no hay saludos de Ctuchik, Sumo Sacerdote de los grolims? —preguntó ella con los ojos brillantes.

—Desde luego —respondió el murgo—, pero éstos suelen darse en privado.

—¿Vienes aquí en representación de Taur Urgas o de Ctuchik? —inquirió ella y volvió a contemplarse en el espejo.

—¿Podemos hablar en privado, alteza? —preguntó el grolim. —*Estamos en privado* —respondió ella.

—Pero... —balbuceó con la mirada puesta en los eunucos arrodillados en la habitación.

—Son mis criados personales —dijo ella—; una reina nyissana nunca se queda sola, ya deberías saberlo.

—¿Y ése? —preguntó el grolim señalando a Garion. —También es un siervo, aunque de otro tipo.

—Como quieras —asintió el grolim y se encogió de hombros—. Te saludo en nombre de Ctuchik, Sumo Sacerdote de los grolims y discípulo de Torak.

—La servidora de Issa saluda a Ctuchik de Rak Cthol —respondió con formalidad—. ¿Qué desea de mi el Sumo Sacerdote grolim?

—El chico, alteza —dijo el grolim sin rodeos.

—¿A qué chico te refieres?

—Al que le has robado a Polgara y ahora se sienta a tus pies.

—Presenta mis disculpas a Ctuchik —rió con sarcasmo—, pues eso es imposible.

—No es conveniente denegar las peticiones de Ctuchik —le advirtió el grolim.

—Es aún menos conveniente hacer peticiones a Salmisra en su propio palacio —respondió ella—. ¿Qué está dispuesto a ofrecer Ctuchik a cambio del chico?

—Su eterna amistad.

—¿Para qué quiere amigos la reina de las serpientes?

—Entonces, oro —ofreció el grolim, disgustado. —Conozco el secreto del oro rojo de los angaraks —afirmó ella—, y no quiero convertirme en su esclava, así que guárdate tu oro, grolim.

—¿Me permites advertirte que estás jugando a un juego muy peligroso, alteza? —dijo con frialdad—. Ya te has convertido en enemiga de Polgara, ¿puedes darte el lujo de enemistarte también con Ctuchik?

—No le tengo miedo a Polgara —respondió ella—, ni tampoco a Ctuchik.

—La valentía de la reina es admirable —apuntó él con sequedad.

—Esto comienza a hartarme. Mis condiciones son muy simples: dile a Ctuchik que tengo al enemigo de Torak y que lo retendré a no ser que... —se interrumpió.

—¿A no ser que qué, alteza?

—Si Ctuchik intercediera ante Torak por mi, podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Entregaré al chico a Torak como regalo de bodas. —El grolim parpadeó—. Si Torak me convierte en su esposa y me concede la inmortalidad, le daré a Belgarion.

—Todo el mundo sabe que el dios dragón de Angarak está dormido —objetó el grolim.

—Pero no dormirá para siempre —aseguró Salmisra en tono contundente—. Los sacerdotes de Angarak y las hechiceras de Aloria tienden a olvidar que la eterna Salmisra es tan capaz como ellos de leer las señales del cielo. Dile a Ctuchik que Belgarion estará en sus manos el mismo día en que yo me case con Torak. Hasta entonces, el chico es mío.

—Le daré tu mensaje a Ctuchik —dijo el grolim con una reverencia fría y formal.

—Entonces, vete —respondió ella con un gesto afectado. «*Así que ésas tenemos* —dijo la voz en la mente de Garion una vez que el grolim se hubo retirado—. *Debí haberlo imaginado.*» De pronto Maas, la serpiente, levantó la cabeza, con el cuerpo ondulante y los ojos encendidos. —¡Cuidado! —siseó.

—¿Del grolim? —rió Salmisra—. No tengo nada que temer de él.

—No hablo del grolim —respondió Maas—, sino de éste —y lengüeteó en dirección a Garion—. Su mente está despierta.

—Eso es imposible —replicó ella.

—Sin embargo, lo está. Creo que tiene algo que ver con el amuleto que lleva al cuello.

—En tal caso, quítaselo —le ordenó a la serpiente.

Maas bajó la lengua hacia el suelo y se deslizó por el borde del sofá en dirección a Garion.

«*Quédate muy quieto* —dijo la voz interior de Garion—. *No intentes resistirte.*»

Algo atontado, Garion observó cómo la cabeza puntiaguda se le acercaba, ondulante, mientras su lengua se movía nerviosa. El joven se inclinó despacio hacia delante y la serpiente rozó con la nariz el amuleto de plata que pendía de su cuello.

En cuanto el reptil entró en contacto con el amuleto, éste produjo una brillante chispa azul. Garion volvió a sentir aquella familiar agitación, ahora muy controlada y concentrada en un solo punto. Maas retrocedió y la chispa se desprendió del amuleto, voló por el aire y pegó el disco de plata a la nariz del reptil. Entonces sus ojos se arrugaron y comenzó a salir humo de su nariz y de su boca entreabierta.

Poco después, la chispa desapareció y el cuerpo de la serpiente muerta se retorció de forma espasmódica sobre el lustroso suelo de piedra.

—¡*Maas!* —chilló Salmisra.

Los eunucos se arrastraron lejos de las salvajes convulsiones del cuerpo de la serpiente.

—¡Mi reina! —gimió desde la puerta un funcionario con la cabeza rapada—. ¡Es el fin del mundo!

—¿Qué? —preguntó Salmisra tras apartar los ojos de las convulsiones de la serpiente.

—¡Se ha escondido el sol y el día está tan oscuro como si fuera de noche! ¡Todos los habitantes de la ciudad están locos de pánico!

A pesar del tumulto que siguió a aquella noticia, Garion permaneció sentado tranquilo sobre los cojines, junto al trono de Salmisra. Sin embargo, la voz silenciosa de su mente hablaba con rapidez:

«*¡Quédate muy quieto!* —dijo—, *no hagas ni digas nada.*»

—¡Llamad a mis astrónomos de inmediato! —ordenó Salmisra—. Quiero saber por qué no me avisaron que iba a haber un eclipse.

—No es un eclipse, mi reina —gimió el funcionario calvo, mientras se arrastraba sobre el lustroso suelo no muy lejos de Maas, que aún se retorció—. La oscuridad llegó como si echaran una enorme cortina sobre la ciudad; fue como un muro que avanzaba sin viento, lluvia ni relámpagos, y se tragó al sol en medio de un silencio absoluto. —Empezó a sollozar con ganas—. ¡Nunca volveremos a ver el sol!

—¡Para ya, idiota! —le gritó Salmisra—, y ponte de pie. Sadi, llévate de aquí a este tonto llorón y echa un vistazo al cielo. Luego ven a informarme. Quiero saber qué ocurre.

Sadi se sacudió como un perro que acaba de salir del agua y levantó sus fascinados ojos de la sonrisa rígida que se dibujaba en la cara de Maas. Hizo levantar al funcionario lloroso y lo condujo fuera de la habitación. Entonces Salmisra se volvió hacia Garion.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó, señalando el retorcido cuerpo de Maas.

—No lo sé —respondió él, con la mente todavía sumida en la niebla, donde sólo la voz interior seguía viva.

—¡Quítate el amuleto! —le ordenó ella.

Garion, obediente, se llevó las manos al medallón, pero éstas quedaron paralizadas de repente. No podía moverlas, así que las dejó caer a los costados.

—No puedo —dijo.

—Quítaselo —ordenó a uno de los eunucos.

El hombre miró primero a la serpiente y luego a Garion, después meneó la cabeza y retrocedió asustado.

—¡Haz lo que te digo! —le ordenó la reina con brusquedad.

De pronto, desde algún lugar del palacio, se oyó un estruendo sordo y vibrante, el sonido de uñas que arañaban la madera y el estrépito de un muro al caer. Poco después, en algún lugar de los oscuros pasillos, alguien lanzó un grito agónico.

La otra parte de la mente de Garion hizo un esfuerzo por comprender lo que sucedía.

«¡Por fin!», dijo la voz con evidente alivio.

—¿Qué ocurre ahí fuera? —gritó Salmisra enfurecida. «*Ven conmigo* —dijo la voz en la mente de Garion—, *necesito tu ayuda*.» Garion apoyó las manos en el suelo y comenzó a levantarse. «*No, así*.» Garion vio en su mente una extraña imagen de desdoblamiento y sintió que se elevaba sin moverse. De pronto no tuvo más conciencia de su cuerpo; no sentía las piernas ni los brazos, pero igual se movía. Entonces se vio a sí mismo, a su propio cuerpo, sentado con expresión estúpida sobre los cojines a los pies de Salmisra. «*De prisa*», le dijo la voz, que ya no estaba en su mente sino en algún lugar detrás de él. Era una figura borrosa, sin forma, pero en cierto modo muy familiar. La niebla que empañaba la mente de Garion desapareció y el joven se sintió muy despierto.

—¿Quién eres? —le preguntó a la figura que lo seguía. —No hay tiempo para explicártelo. ¡Deprisa!, tenemos que enseñarles el camino antes de que Salmisra los detenga.

—¿A quiénes?

—A Polgara y a Barak.

—¿Tía Pol? ¿Dónde está?

—¡Ven! —dijo la voz, apremiante.

Garion y el extraño ser que lo acompañaba pasaron a través de la puerta cerrada como si estuviesen hechos de una sustancia etérea y aparecieron al otro lado del pasillo. Poco después, volaban a lo largo del corredor sin sentir la brisa ni el movimiento, y en un instante estuvieron en la enorme sala donde Issus había traído a Garion a su llegada a palacio. Allí se detuvieron, suspendidos en el aire.

Tía Pol, con sus espléndidos ojos brillantes y una expresión furiosa, caminaba a grandes zancadas por la sala junto al enorme y peludo oso que Garion había visto antes. Aquella cara feroz tenía un ligero parecido con la de Barak, pero en ella no había ningún

rasgo humano. Los ojos de la bestia reflejaban una violenta locura y su boca entreabierta tenía un aspecto aterrador.

Los guardias, desesperados, intentaron espantar al oso con sus largas lanzas, pero la bestia tiro las armas de un manotazo y se abalanzó sobre ellos. Los aplastó con un feroz abrazo y desgarró sus cuerpos con las garras afiladas. Detrás de tía Pol y Barak, el camino quedó sembrado de cuerpos lisiados y temblorosos rostros humanos.

Las serpientes del rincón ahora se arrastraban por todo el suelo, pero al entrar en contacto con la esplendorosa luz que rodeaba a tía Pol, morían del mismo modo que Maas.

Con una simple palabra y un gesto, tía Pol derrumbaba sistemáticamente todas las puertas; si un muro se cruzaba en su camino, lo convertía en escombros como si estuviera hecho de telas de araña.

Barak avanzaba por el pasillo oscuro y destruía todo lo que encontraba a su paso entre furiosos rugidos. Un eunuco desesperado gritó e intentó subirse a una columna, pero la enorme bestia rugió, clavó sus garras en la espalda del hombre y lo hizo bajar. Los chillidos no cesaron hasta que las descomunales garras de Barak se cerraron con un espantoso crujido sobre la cabeza del eunuco; entonces, la sangre manó a borbotones y su cerebro quedó a la vista.

—¡Polgara! —dijo con un grito mudo el ser que acompañaba a Garion—. ¡Por aquí!

Tía Pol se volvió deprisa.

—Síguenos —dijo aquel ser—. ¡Deprisa!

Luego Garion y aquella otra parte de si volaron por el pasillo hacia donde estaban Salmissra y su propio cuerpo vacío, seguidos de tía Pol y el furioso Barak.

Garion y su extraño acompañante volvieron a atravesar la sólida puerta cerrada.

Salmissra, con el cuerpo cubierto de manchas bajo el vestido transparente —esta vez por la furia y no por el deseo— seguía de pie junto al cuerpo de ojos ausentes que yacía sobre los cojines.

—¡Contéstame! —gritaba—. ¡Contéstame!

—Cuando volvamos —dijo aquel ser informe—, deja que yo me ocupe de todo. Tenemos que conseguir más tiempo.

Entonces Garion regresó a su cuerpo. Sintió un leve temblor y volvió a ver a través de sus propios ojos, pero la niebla que había enturbiado sus pensamientos también reapareció.

—¿Qué? —balbucieron sus labios, aunque él no era consciente de haber pronunciado aquella palabra.

—Te preguntaba si esto es obra tuya.

—¿A qué te refieres? —La voz que surgía de sus labios parecía la suya, pero había una sutil diferencia.

—Todo esto —dijo ella—, la oscuridad, el ataque a mi palacio.

—No creo, ¿cómo podría ser obra mía? Yo sólo soy un chico normal.

—No mientas, Belgarion —exigió ella—; yo sé quién eres y tienes que haber sido tú. Ni siquiera Belgarath sería capaz de oscurecer el sol. Te advierto, Belgarion, lo que has bebido hoy te matará, en este mismo momento, el veneno que hay en tus venas te está matando.

—¿Por qué me lo has dado?

—Para retenerte. Si no bebes más, morirás y sólo yo puedo dártelo. Deberás beber un poco todos los días de tu vida. ¡Eres mío, Belgarion! ¡Mío!

Desde el otro lado de la puerta se oyeron unos gritos desesperados. La reina de las serpientes levantó la vista asombrada, luego se volvió hacia la enorme estatua que tenía detrás, le hizo una extraña reverencia ceremonial y comenzó a agitar las manos en el aire con una serie de gestos complicados. Luego pronunció una fórmula en un lenguaje que Garion nunca había oído, lleno de sonidos guturales y cadencias extrañas.

La enorme puerta estalló en mil pedazos y en el umbral apareció tía Pol con el rizo blanco de su pelo encendido y un brillo de furia en los ojos. A su lado, el descomunal oso rugía con los dientes chorreantes de sangre y restos de carne humana entre sus garras.

—Te lo advertí, Salmisra —dijo tía Pol con una voz implacable.

—¡Quédate donde estás! —ordenó la reina sin volverse, y continuó agitando los dedos en el aire—. El chico va a morir —afirmó—, y si tú me atacas, nadie podrá salvarlo.

Tía Pol se detuvo.

—¿Qué le has hecho? —preguntó.

—Míralo —respondió Salmisra—, ha bebido athal y kaldiss. Ahora mismo corre fuego por sus venas y muy pronto necesitará más.

Las manos de la reina siguieron con sus movimientos. Tenía el rostro paralizado en una expresión de total concentración y sus labios comenzaron a pronunciar de nuevo aquel murmullo gutural.

«¿Es verdad?», resonó la voz de tía Pol en la mente de Garion.

«Eso parece —respondió la voz seca—. *Le han obligado a beber unos líquidos y ahora está alterado.*»

Los ojos de Pol se abrieron con sorpresa.

«¿Quién eres?»

«Siempre he estado aquí, Polgara, ¿no lo sabías?»

«¿Y Garion lo sabía?»

«Sabe que estoy aquí, pero no entiende lo que eso significa.»

«Hablaremos mas tarde —decidió tía Pol—. *Ahora observa con atención, esto es lo que tienes que hacer.*» La mente de Garion se llenó de imágenes borrosas. «¿Lo entiendes?»

«Por supuesto. *Le enseñaré a él.*»

«¿No lo puedes hacer tú?»

«No, Polgara —respondió la voz seca—, *el poder está en él y no en mí. Pero no te preocupes: él y yo nos entendemos.*»

Mientras las dos voces conversaban en su mente, Garion se sintió terriblemente solo.

«Garion —dijo la voz muda—, *quiero que pienses en tu sangre.*»

«¿En mi sangre?»

«Vamos a cambiarla por un momento.»

«¿Por qué?»

«Para destruir el veneno que te han dado. *Ahora concéntrate en tu sangre.*» Garion obedeció. «*Tiene que ponerse así —la imagen del color amarillo surgió en la mente de Garion—, ¿lo entiendes?*»

«Sí.»

«Entonces, hazlo, ¡ahora!»

Garion se llevó la punta de los dedos al pecho y deseó que su sangre cambiara. De repente sintió como si estuviera ardiendo, su corazón empezó a latir con fuerza y su cuerpo se cubrió de sudor.

«Un poco más», dijo la voz. Garion se moría, la sangre alterada corría por sus venas y lo hacía temblar con violencia, el corazón brincaba en su pecho como un trineo, sus ojos se oscurecieron y comenzó a caer hacia delante. «¡Ahora! —gritó la voz—, ¡cámbiala!» Entonces todo terminó, el corazón de Garion se sobresaltó y luego volvió a su ritmo normal. Estaba muy agotado, pero la niebla había desaparecido ya de su mente.

«Ya está, Polgara —dijo el otro Garion—; *ahora puedes hacer lo que creas conveniente.*»

Tía Pol había observado la escena con nerviosismo, pero ahora caminaba hacia la plataforma con una expresión feroz y cruel en la cara.

—Salmisra —dijo—, date la vuelta y mírame.

La reina tenía las manos levantadas por encima de la cabeza y las palabras sibilantes que brotaban de sus labios subieron de tono hasta convertirse en un grito sordo. En ese momento, entre las sombras, los ojos de la enorme estatua se abrieron y comenzaron a brillar como un fuego esmeralda, al tiempo que una de las piedras de la corona de Salmisra resplandecía con el mismo fulgor.

La estatua se movió con un estrépito descomunal y ensordecedor. La sólida piedra en que había sido esculpida se doblaba y flexionaba a cada paso.

—¿Por qué me has convocado? —preguntó una voz poderosa a través de los duros labios de piedra.

La voz sonaba hueca y retumbaba en el enorme pecho.

—Defiende a vuestra doncella, gran Issa —gritó Salmisra, y dirigió una mirada triunfante hacia tía Pol—. Esta perversa hechicera ha invadido mi reino y pretende matarme; su tenebroso poder es tan grande que nadie puede detenerla. Soy vuestra prometida y me pongo bajo tu protección.

—¿Quién profana mi templo? —preguntó la estatua con un poderoso rugido—. ¿Quién se atreve a levantar la mano contra mi amada y elegida? —añadió con un aterrador brillo de ira en sus ojos de esmeraldas.

Tía Pol estaba sola en el centro del lustroso suelo ante la estatua gigantesca, pero su rostro no reflejaba temor alguno. —Vas demasiado lejos, Salmisra —dijo—; esto está prohibido.

—¿Prohibido? —rió con sarcasmo la reina de las serpientes—. ¿Qué significado tiene la palabra prohibido para mí? Ahora huye o atente a la ira del divino Issa. Enfréntate, si te atreves, con un dios.

—Si no hay más remedio... —respondió tía Pol.

Se irguió y pronunció una sola palabra. Entonces los rugidos en la mente de Garion se hicieron insoportables y Polgara comenzó a crecer. Se elevó centímetro a centímetro como un árbol hasta convertirse en un gigante ante los asombrados ojos de Garion. Un momento después, se enfrentaba con la estatua de igual a igual.

—Polgara —preguntó el dios sorprendido—, ¿por que has hecho esto?

—He venido a cumplir la profecía, dios Issa —respondió ella—. Vuestra servidora os ha traicionado a vos y a vuestros hermanos.

—No puede ser —repuso Issa—; ella es mi elegida, su rostro es el de mi amada.

—El rostro es el mismo —dijo tía Pol—, pero ésta no es la Salmisra amada por Issa. Cientos de Salmisras os han servido desde la muerte de vuestra amada.

—¿Muerte? —preguntó el dios, incrédulo.

—¡Miente! —gritó Salmisra—, yo soy vuestra amada. ¡Oh, mi señor, no dejéis que sus mentiras os aparten de mí! ¡Matadla!

—La profecía está a punto de cumplirse —explicó tía Pol—, y el joven que está a los pies de Salmisra es su fruto. Debe regresar a mí o la profecía fracasará.

—¿Cómo es que el día señalado ha llegado tan pronto? —preguntó el dios.

—No es pronto, dios Issa —respondió tía Pol—, es tarde. Habéis dormido durante eones.

—¡Mentiras! ¡Puras mentiras! —gritó Salmisra desesperada, mientras se agarraba al tobillo del enorme dios de piedra.

—Debo averiguar la verdad —declaró el dios con calma—. He tenido un sueño largo y profundo y ahora vuelvo al mundo de improviso.

—¡Destruídla, mi señor! —exigió Salmisra—. Sus abominables mentiras son un sacrilegio ante tu sagrada presencia.

—Descubriré la verdad, Salmisra —dijo Issa.

Garion sintió un contacto breve pero poderoso en su mente. Lo había rozado algo tan grande que temblaba con sólo imaginárselo. Luego el contacto pasó.

—Ahhh... —El suspiro venía del suelo, donde Maas, la serpiente muerta, se retorció—. Ahhh, dejadme dormir —siseó.

—Dentro de un instante —respondió Issa—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamaba Maas —respondió la serpiente—, y era consejera y compañera de la eterna Salmisra. ¡Envíame de vuelta, señor! No podría soportar vivir otra vez.

—¿Es ella mi amada Salmisra? —preguntó el dios.

—Su sucesora —jadeó Maas—. Vuestra adorada sacerdotisa murió hace miles de años y las nuevas Salmisras se eligen por su parecido con vuestra amada.

—Ah —dijo Issa con un deje en su potente voz—. ¿Y que motivo tiene esta mujer para alejar a Belgarion de Polgara?

—Planeaba hacer una alianza con Torak —respondió Maas—. Quería entregar a Belgarion al Maldito a cambio de la inmortalidad que su abrazo concedería.

—¿Su abrazo? ¿Mi sacerdotisa se sometería al inmundo abrazo de mi hermano loco?

—Y con mucho gusto, señor —dijo Maas—. Es propio de ella buscar el abrazo de cualquier hombre, dios o bestia que se cruce en su camino.

—¿Y siempre ha sido así? —preguntó con una expresión de repugnancia en su cara de piedra.

—Siempre, señor —respondió Maas—. La pócima que mantiene joven a vuestra amada hace que sus venas ardan de lujuria y ese fuego no se apagará hasta que ella muera. Dejadme ir, señor, ¡qué dolor!

—Duerme, Maas —le concedió Issa con compasión—, y lleva contigo mi agradecimiento hasta el silencioso reino de la muerte.

—Ahhh... —suspiró Maas, y se hundió para siempre en el sueño.

—Yo también volveré a descansar —dijo Issa—. No debo quedarme, pues mi presencia podría despertar a Torak y conducirlo a una guerra que destruiría el mundo. —La enorme estatua retrocedió hasta el lugar donde había permanecido miles de años y el ruido ensordecedor de la piedra al flexionarse volvió a llenar la enorme estancia—. Haz lo que quieras con esta mujer, Polgara —dijo el dios de piedra—, pero perdónale la vida en memoria de mi amada.

—Lo haré, dios Issa —respondió tía Pol e hizo una reverencia a la estatua.

—Y dale mis saludos a mi hermano Aldur —dijo la voz sorda que se desvanecía poco a poco.

—Dormid, señor —le aconsejó Polgara—, y que el sueño calme vuestra pena.

—¡No! —gritó Salmisra.

Pero el fuego verde de los ojos de la estatua se apagó y la piedra de la corona de la reina oscureció con él.

—Ha llegado tu hora, Salmisra —anunció tía Pol con voz vibrante e implacable.

—No me mates, Polgara —suplicó la reina de rodillas—; por favor, no lo hagas.

—No voy a matarte, Salmisra —le contestó tía Pol—; le he prometido a Issa que te perdonaría la vida.

—Pero yo no hice ninguna promesa —afirmó Barak desde la puerta.

Garion miró con curiosidad a su enorme amigo, que ahora parecía un enano frente a la gigantesca talla de tía Pol. El oso había desaparecido y en su lugar se encontraba el robusto cherek con la espada en la mano.

—No, Barak. Voy a resolver el problema de Salmisra de una vez por todas —aseguró Pol, y se volvió hacia la suplicante reina—: Vivirás, Salmisra, vivirás mucho tiempo, quizás una eternidad.

Una esperanza imposible se reflejó en los ojos de Salmisra, que se incorporó despacio y miró a la enorme figura que tenía delante.

—¿Una eternidad, Polgara? —preguntó.

—Pero debo cambiarte —dijo tía Pol—. El veneno que bebes para mantenerte joven y hermosa te está matando poco a poco. Ahora mismo sus efectos empiezan a notarse en

tu piel. —La reina se llevó las manos a las mejillas y se volvió con rapidez para mirarse en el espejo—. Te estás viniendo abajo, Salmisra —dijo tía Pol—, pronto serás vieja y fea. Entonces la lujuria que hierve en tus venas desaparecerá y morirás. Tu sangre es demasiado caliente, ése es el problema.

—Pero cómo... —titubeó Salmisra.

—Un pequeño cambio —la tranquilizó tía Pol—, un cambio muy pequeño y vivirás para siempre. —Garion percibió la concentración de su poder—. Te haré eterna, Salmisra.

Entonces levantó la mano y pronunció una sola palabra, pero la fuerza de esa palabra agitó a Garion como una hoja en el viento.

Al principio pareció que no había pasado nada y Salmisra permaneció inmóvil, con su pálida desnudez reflejándose bajo el vestido; pero luego el sarpullido verde se hizo más intenso y sus muslos se apretaron entre sí. Su cara comenzó a cambiar, a volverse más puntiaguda y su boca desapareció al tiempo que sus labios se estiraban con los extremos hacia arriba hasta formar la sonrisa de un reptil.

Garion la miraba horrorizado, incapaz de quitarle la vista de encima. Cuando sus hombros desaparecieron, el vestido cayó al suelo. Entonces sus brazos se adhirieron a los costados, su cuerpo se alargó y sus piernas, ahora unidas por completo, comenzaron a retorcerse en espiral. Su cabello lustroso desapareció y su cara perdió los últimos rasgos humanos, aunque la corona de oro seguía apoyada sobre su cabeza. Salmisra sacó su lengua temblorosa y se hundió en la masa de anillos y ondulaciones de su propio cuerpo. La cabeza se ensanchó sobre el cuello mientras miraba con ojos inertes a tía Pol, que durante la transformación de la reina había vuelto a su tamaño natural.

—Sube a tu trono, Salmisra —dijo tía Pol.

La cabeza de la reina permaneció inmóvil, pero sus anillos zigzaguearon con un sonido áspero y seco hasta montarse sobre el blando acolchado.

Tía Pol se volvió hacia Sadi el eunuco:

—Mira a la doncella de Issa, reina de los hombres serpiente, cuyo dominio perdurará hasta el final de los tiempos, pues ella es inmortal y reinará sobre Nyissa para siempre. —La cara de Sadi tenía una palidez cadavérica y sus ojos se salían de las órbitas. El eunuco tragó saliva y asintió con un gesto—. Entonces, te dejo con tu reina —le dijo—. Preferiría irme por las buenas, pero de un modo u otro, el chico y yo vamos a salir de aquí.

—Avisaré a los demás —asintió Sadi con presteza—. Nadie se interpondrá en tu camino.

—Es una sabia decisión —observó secamente Barak.

—Salud a la serpiente reina de Nyissa —canto uno de los eunucos de bata carmesí con voz temblorosa, y se arrodilló delante de la plataforma.

—Venerémosla —respondieron los demás con tono ceremonioso, también de rodillas.

—Su gloria se revelará ante nosotros.

—Adorémosla.

Garion les dirigió una última mirada mientras seguía a tía Pol hacia la puerta destrozada. Salmisra estaba en el trono, con sus anillos moteados apilados unos sobre otros y su cabeza encrestada vuelta hacia el espejo. La corona de oro seguía encima de su cabeza y sus ojos inertes de serpiente observaban con atención la imagen que le devolvía el cristal. En su cara de reptil no se reflejaba ninguna emoción, así que era imposible adivinar qué pensaba.

Cuando tía Pol los condujo fuera de la sala del trono donde los eunucos cantaban y alababan de rodillas a la reina serpiente, los pasillos y salas abovedadas estaban desiertos. Espada en mano, Barak siguió con aire sombrío el sangriento rastro de cadáveres que él mismo había dejado al entrar. El hombretón tenía la cara pálida y a menudo desviaba la vista de los cuerpos más mutilados que cubrían el camino.

Al salir, encontraron las calles de Sthiss Tor tan oscuras que parecía noche cerrada y llenas de multitudes histéricas que gemían víctimas del pánico. Barak, con una antorcha que había cogido del palacio en una mano y la espada en la otra, los guió por las calles. A pesar del terror que los embargaba, los nyissanos le abrían paso en cuanto lo veían.

—¿Qué ocurre, Polgara? —gruñó por encima de su hombro mientras movía un poco la antorcha como si quisiera espantar la oscuridad—. ¿Es algún tipo de hechizo?

—No —respondió ella—, no es un hechizo. La luz de la antorcha iluminó unas pequeñas partículas grises que caían al suelo.

—¿Nieve? —preguntó Barak incrédulo. —No —respondió ella—, ceniza.

—¿Qué se está quemando?

—Una montaña —dijo ella—. Volvamos al barco lo antes posible, las aglomeraciones son más peligrosas que todo lo demás. —Cubrió a Garion con su capa y señaló hacia una calle donde se veían unas pocas antorchas—. Vamos por allí.

Cada vez caía más ceniza, era como una harina gris y sucia que se filtraba en el aire húmedo y despedía un horrible olor a azufre.

Cuando llegaron a los muelles, el día había comenzado a aclarar. Todavía caía ceniza, se metía entre las grietas de los adoquines y se juntaba en pequeños montoncitos a la vera de los edificios. A pesar de que había más luz, la ceniza les impedía ver más allá de tres metros de distancia.

En los muelles remaba un caos absoluto. Multitud de nyissanos gritaban y lloraban mientras intentaban subir a los barcos para huir de la ceniza asfixiante que caía silenciosa a través del aire húmedo. Muchas personas, enloquecidas por el pánico, se tiraban a las aguas mortíferas del río.

—Es imposible abrirse paso entre tanta gente, Polgara —dijo Barak—; espera un momento aquí. —Desenvainó la espada, dio un salto y se cogió al borde de un techo bajo, se subió a él y se incorporó de modo que su figura se perfiló borrosa encima de ellos—. ¡Gredik! —rugió en un tono de voz que superaba incluso los gritos de la multitud.

—¡Barak! —respondió la voz de Gredik—, ¿dónde estás? —Al pie del muelle —gritó Barak—, la gente no nos deja pasar.

—Quedaos allí —respondió Gredik—, iremos a buscaros. Después de unos minutos oyeron unas fuertes pisadas y ruidos de pelea, unos pocos gritos de dolor se mezclaron con los chillidos de pánico del gentío. Entonces, bajo la lluvia de cenizas, aparecieron Gredik, Mandorallen y media docena de corpulentos marineros que, armados con porras, se abrían paso con brutal eficiencia.

—¿Te has perdido? —le gritó Gredik a Barak.

—Hemos tenido que pasar por el palacio —respondió Barak tras saltar del techo.

—Estábamos preocupados por vuestra seguridad, señora —le dijo Mandorallen a tía Pol mientras apartaba de su camino a un nyissano lloroso—. El bueno de Durnik regresó hace varias horas.

—Nos retrasamos —respondió ella—. Capitán, ¿puedes llevarnos a bordo del barco? —Gredik le respondió con una sonrisa maliciosa—. Entonces, vamos —apremió—; tan pronto como estemos en el barco será mejor que vayamos río adentro por un tiempo. Dentro de poco dejará de caer ceniza, pero toda esta gente seguirá histérica hasta que eso ocurra. ¿Ha habido noticias de Seda o de mi padre?

—Nada, señora —respondió Gredik.

—¿Qué estará haciendo? —preguntó irritada sin dirigirse a nadie en particular.

Mandorallen desenvainó la espada y avanzó resuelto entre la multitud, sin disminuir ni acelerar su paso, pues los nyissanos desaparecieron con sólo verlo.

Al extremo del muelle, justo al lado del barco de Gredik, la multitud se hacía más compacta, y Durnik, Hettar y el resto de los marineros espantaban a la gente con largos bicheros desde la baranda.

—¡Abrid la pasarela! —gritó Gredik cuando llegaron al borde del espigón.

—Respetable capitán —lloriqueó un nyissano de cabeza rapada que se colgó de la chaqueta de piel de Gredik—, te daré cien monedas de oro si me dejas subir a tu barco. —Gredik, disgustado, lo apartó de un empujón—. Mil monedas —prometió el nyissano mientras cogía el brazo de Gredik y agitaba una bolsa de dinero.

—Quitadme de encima a este llorón —ordenó Gredik. Uno de los marineros, de un golpe, dejó al nyissano sin sentido, luego se agachó junto a él, le quitó la bolsa de las manos, y contó las monedas que había en su interior.

—Tres monedas de plata —dijo molesto—, el resto son de cobre.

Se volvió y le pegó una patada en el estómago al hombre caído. Después cruzaron al barco uno a uno, mientras Barak y Mandorallen controlaban, amenazadores, que no se colara nadie.

—¡Cortad las sogas! —gritó Gredik una vez que todos estuvieron a bordo.

Los marineros cortaron las gruesas cuerdas ante los gritos de desconuelo de los nyissanos que se apiñaban al borde del espigón. La corriente tranquila hizo que el barco se alejara despacio, mientras se oían los lamentos y el llanto desesperado de la multitud que quedaba atrás.

—Garion —dijo tía Pol—, ¿por que no bajas, te pones ropa decente y te quitas ese horrible maquillaje de la cara? Luego vuelve aquí, quiero hablar contigo.

Garion, que había olvidado que estaba casi desnudo, se ruborizó un poco y bajó rápido a la bodega.

Cuando volvió arriba, vestido con calzas y una túnica, el día había aclarado bastante; aunque la ceniza negra todavía se filtraba a través del aire sofocante, hacía que el mundo a su alrededor pareciera borroso y lo cubría todo con una capa de arenilla fina. Cuando estuvieron a una distancia considerable del muelle, los marineros de Gredik dejaron caer el ancla y el barco se acunó despacio sobre la suave corriente.

—Aquí, Garion —llamó tía Pol. Ella estaba de pie cerca de la proa con la vista fija en la neblina cenicienta, y Garion se le acercó con cierta reticencia, pues el recuerdo de lo que acababa de ocurrir en el palacio todavía estaba muy vivo en su mente—. Siéntate, cariño —sugirió ella—, tengo algo que decirte.

—Si, señora —dijo él y se sentó en un banco.

—Garion —tía Pol se volvió a mirarlo—, ¿ha pasado algo cuando estabas en el palacio de Salmisra?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir —respondió ella cortante—, no me obligues a hacerte preguntas que nos avergonzarían a los dos.

—¡Ah! —Garion se ruborizó—, te refieres a eso. No, no ha ocurrido nada.

El joven recordó la exuberancia y sensualidad de la reina con un poco de pena.

—Bien, eso era lo único que me preocupaba, pues tú todavía no puedes darte el lujo de meterte en esas cosas. En circunstancias tan especiales como las tuyas, puede tener extrañas consecuencias.

—No te entiendo —dijo él.

—Tú tienes ciertas capacidades —explicó ella—, y si empiezas a experimentar con otras cosas antes de estar maduro para ello, los resultados pueden ser imprevisibles. Por el momento es conveniente no mezclar las cosas.

—Entonces, tal vez debiera haberlo hecho —dijo él de repente—, de esa forma habría conseguido no herir a nadie más.

—Lo dudo —replicó ella—, tu poder es demasiado grande para que se neutralice con tanta facilidad. ¿Recuerdas lo que hablamos el día que salimos de Tolnedra acerca de tu instrucción?

—No necesito instrucción —protestó él, y su tono se volvió hostil.

—Claro que sí —dijo ella—, y la necesitas ya mismo. Tu poder es enorme, superior al de cualquier otro que yo haya conocido y tan complejo que no alcanzo a comprenderlo.

Debes comenzar tu instrucción antes de que ocurra algo desastroso. No tienes ningún control, Garion. Si es cierto que no quieres hacer daño a nadie, deberías estar deseoso de aprender cómo evitar accidentes.

—Yo *no quiero* ser un hechicero —objetó él—, todo lo que pretendo es deshacerme de ese poder. ¿No puedes ayudarme a conseguirlo?

—No —contestó ella y meneó la cabeza—, y aunque pudiera, tampoco lo haría. No puedes renunciar a ello, Garion, forma parte de ti.

—Entonces ¿seré un monstruo? —preguntó Garion con amargura—. ¿iré por ahí quemando viva a la gente o convirtiéndola en sapos y serpientes? Tal vez después de un tiempo me acostumbre tanto que deje de importarme. Viviré para siempre, como tú y el abuelo, pero ya no seré humano. Tía Pol, creo que preferiría morir.

«¿No puedes hacerlo entrar en razón?», dijo la voz muda de tía Pol a aquella otra que residía en su mente.

«Por el momento no, Polgara —respondió la voz seca—. Está demasiado ocupado recreándose en su autocompasión.»

«Tiene que aprender a controlar su poder», afirmó ella.

«Me ocuparé de que no haga travesuras —prometió la voz—, no creo que podamos hacer otra cosa hasta que vuelva Belgarath. Está pasando por una crisis moral y no podremos hacerle cambiar de opinión hasta que él mismo descubra una solución a su conflicto.»

«No me gusta verlo sufrir de este modo.»

«Tienes un corazón demasiado blando, Polgara. El es un chico fuerte y un poco de sufrimiento no le hará daño.»

—¿Por que no dejáis de hablar de mi como si yo no estuviera presente? —preguntó Garion, enfadado.

Durnik cruzó la cubierta y fue hacia ellos.

—Pol —dijo—, será mejor que vengas pronto. Barak va a suicidarse.

—¿Que va a hacer *qué*? —preguntó ella.

—Es por algo relacionado con una maldición —explicó Durnik—, dice que va a matarse echándose sobre su espada.

—¡Ese idiota!, ¿dónde está?

—En la popa —respondió Durnik—, ha desenvainado la espada y no deja que nadie se le acerque.

—Ven conmigo —dijo y se dirigió hacia la popa con Garion y Durnik detrás.

—Todos hemos experimentado la locura de una batalla, señor —decía Mandorallen en un intento por razonar con el corpulento cherek—; no es algo de lo que estar orgulloso, pero tampoco es motivo para tan angustiada desesperación.

Barak no contestó y se quedó en la popa con una mirada cargada de horror mientras blandía su enorme espada en círculos amenazadores para espantar a los demás.

Tía Pol pasó entre la tripulación y fue directamente hacia donde se hallaba Barak.

—No intentes detenerme, Polgara —le advirtió él.

Ella se acercó con calma y tocó la punta de la espada con un dedo.

—Está un poco desafilada —dijo con aire pensativo—, por qué no dejas que Durnik la afile? Así entrará con mayor facilidad a través de tus costillas. —Barak parecía asombrado—, ¿Has hecho todos los arreglos necesarios? —preguntó.

—¿Qué arreglos?

—Para la inhumación del cadáver —respondió ella—. La verdad, Barak, creí que tenías mejores modales. Un hombre decente no deja a sus amigos una carga como ésta. —Reflexionó un momento—. Creo que la cremación es lo más común, pero aquí en Nyissa el bosque es demasiado húmedo y es probable que tardes más de una semana en arder. Supongo que tendremos que tirarte al río, así las sanguijuelas y los cangrejos te dejarán

en los huesos en un día o dos. —Barak parecía herido—. ¿Quieres que le entreguemos la espada y el escudo a tu hijo? —preguntó ella.

—Yo no tengo hijos —respondió él, taciturno.

Era obvio que no estaba preparado para el brutal sentido práctico de Polgara.

—Oh, ¿no te lo dije? ¡Qué olvidadiza soy!

—¿De qué hablas?

—De nada —respondió ella—, ya no tiene importancia. ¿Piensas tirarte sobre la espada o preferirías sujetar la empuñadura al mástil y correr hacia él? Los dos sistemas funcionan bastante bien. —Entonces se volvió hacia los marineros—: ¿Podéis dejar paso para que el conde de Trelheim pueda correr hacia el mástil?

Los marineros la miraron atónitos.

—¿Qué has querido decir cuando hablabas de un hijo? —preguntó Barak, y bajó la espada.

—Sólo serviría para ponerte nervioso, Barak —respondió ella—, y acabarías haciéndote un lío cuando fueras a suicidarte. Preferiría no tenerte por aquí agonizando durante semanas y semanas, ya sabes que esas situaciones resultan muy deprimentes.

—¡Quiero saber de qué hablas!

—Pues muy bien —dijo ella con un gran suspiro—. Tu esposa, Merel, está embarazada, supongo que como resultado de un intercambio de cortesías la última vez que visitaste Val Alorn. Ahora mismo parece una luna llena y tu robusto crío la está volviendo loca con sus patadas.

—¿Un hijo? —preguntó Barak con los ojos muy abiertos. —Barak, deberías prestar más atención. Nunca conseguirás nada si te haces el sordo.

—¿Un hijo? —repitió él mientras la espada se le escapaba de las manos.

—¡Ahora has tirado la espada! —le riñó ella—. ¡Levántala de inmediato y acaba con esto de una vez! Es muy desconsiderado de tu parte hacernos perder todo el día para matarte.

—¡No voy a matarme! —exclamó indignado él. —¿No?

—¡Por supuesto que no! —gritó.

De repente, Barak descubrió una sonrisa incipiente en los labios de Polgara y agachó la cabeza avergonzado.

—¡Grandísimo tonto! —dijo ella y cogiéndole la barba con ambas manos le hizo inclinarse para darle un sonoro beso en la cara cubierta de ceniza.

Barak comenzó a reír entre dientes, entonces Mandorallen dio un paso al frente y lo estrechó en un fuerte abrazo.

—Me alegro por vos, amigo —dijo—, mi corazón se regocija tanto como el vuestro.

—Traed un barril —ordenó Gredlik a los marineros mientras daba unas palmadas en la espada a su amigo—. Brindaremos por el heredero de Trelheim con la maravillosa cerveza negra del eterno reino de Cherek.

—Supongo que dentro de un momento habrá mucho alboroto —le dijo tía Pol a Garion en voz baja—, así que ven conmigo.

Tía Pol lo condujo otra vez hacia la proa.

—¿Volverá a ser la misma? —preguntó Garion cuando estuvieron a solas.

—¿Quién?

—La reina —explicó Garion—, ¿volverá a ser la que era?

—Dentro de poco ni siquiera lo deseará —respondió tía Pol—. Con el tiempo, la forma de nuestro cuerpo domina los pensamientos. A medida que pasen los años se sentirá cada vez más serpiente y menos mujer.

Garion se estremeció.

—Habría sido más piadoso matarla.

—Le prometí al dios Issa que no lo haría —dijo ella.

—¿Ése era el verdadero dios?

—Su espíritu —respondió ella con la vista fija en la ceniza que caía—. Salmisra colocó el espíritu de Issa en el cuerpo de la estatua, así que por un momento la convirtió en el dios. Es muy complicado. —Ella parecía un poco preocupada—. ¿Dónde está? —preguntó de repente, disgustada.

—¿Quién?

—Mi padre, tenía que haber llegado hace varios días. —Se quedaron el uno junto al otro, perdidos en la contemplación del río fangoso. Por fin, ella se volvió, sacudió los hombros de su túnica con expresión de fastidio y sus dedos levantaron pequeñas nubecillas de ceniza—. Me voy abajo —anunció con una mueca de disgusto—, aquí hay demasiada suciedad.

—Pensé que querías hablar conmigo —dijo él.

—No creo que estés preparado para escucharme, así que puede esperar. —Dio unos pasos y luego se detuvo—. Ah, Garion...

—¿Sí?

—Yo en tu lugar no probaría la cerveza de los marineros. Después de lo que te dieron en el palacio, podría provocarte vómitos.

—Bueno —asintió algo apenado—, está bien.

—Puedes hacer lo que quieras, por supuesto —dijo ella—, pero pensé que deberías saberlo.

Tras estas palabras se volvió y desapareció por las escaleras. Los sentimientos de Garion eran turbulentos. El día había sido rico en acontecimientos y su mente estaba llena de imágenes confusas.

«*Silencio*», dijo la voz en su interior.

—¿Qué?

«*Estoy intentando escuchar algo.*»

—¿Escuchar qué? «*Eso, ¿no lo oyes?*»

A Garion le pareció oír un ruido sordo y muy suave, como si viniera de muy lejos.

—¿Qué es?

La voz no respondió, pero el amuleto que colgaba de su cuello comenzó a latir al compás de aquel ruido.

De pronto oyó unas leves pisadas a su espalda.

—¡Garion! —Se dio vuelta justo a tiempo para caer en los brazos de Ce'Nedra—. ¡Estaba tan preocupada por ti! ¿Adónde te habías ido?

—Unos hombres subieron a bordo y me secuestraron —dijo él mientras intentaba desasirse de su abrazo—. Me llevaron al palacio.

—¡Qué espantoso! —exclamó ella—. ¿Has conocido a la reina? —Garion asintió con un gesto y sintió un escalofrío al recordar a la serpiente echada en el diván contemplándose en el espejo—. ¿Qué ocurre? —preguntó la joven.

—Pasaron muchas cosas —respondió él—, algunas no demasiado agradables.

En algún lugar, en el fondo de su mente, aquel ruido sordo continuaba.

—¿Quieres decir que te torturaron? —preguntó Ce'Nedra con los ojos muy abiertos. — No exactamente.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó—. Dímelo.

Garion sabía que Ce'Nedra no se iría hasta que se lo contara todo, así que lo hizo lo mejor que pudo. Mientras hablaba, el ruido de su mente se hacía cada vez más fuerte. Sintió un cosquilleo en la palma de la mano derecha y la acarició de un modo inconsciente.

—¡Qué horror! —exclamó Ce'Nedra cuando Garion terminó su relato—. ¿Estabas muy asustado?

—La verdad es que no —respondió él, todavía rascándose la mano—. Las pócimas que me hicieron beber me nublaron tanto la mente que no sentía nada.

—¿De veras has matado a Maas —preguntó ella—, como si tal cosa? —agregó con un chasquido de dedos.

—En realidad, no ha sido tan fácil —intentó explicar él; ha sido bastante más complicado.

—Yo *sabía* que eras un hechicero —afirmó ella—, te lo he dicho aquel día en el arroyo, ¿lo recuerdas?

—No quiero serlo —protestó él—, yo no lo he elegido.

—Yo tampoco he escogido ser una princesa.

—No es lo mismo, uno simplemente es un príncipe o un rey, pero ser hechicero depende de lo que uno *hace*.

—No veo que haya mucha diferencia —replicó ella con obstinación.

—Puedo hacer que ocurran cosas —explicó él—, casi siempre cosas horribles.

—¿Y que? —dijo ella, enfadada—. Yo también puedo hacer que sucedan cosas horribles, o al menos solía hacerlo en Tol Honeth. Una sola palabra mía podía hacer que azotaran a un criado o que lo decapitaran. No lo hacía, por supuesto, pero podía haberlo hecho. El poder es el poder, Garion, y los resultados son iguales. Tú no tienes por qué hacer daño a la gente, si no quieres hacerlo.

—A veces ocurre sin más, no es que yo quiera hacerlo. El ruido se había convertido en una molestia, algo así como un ligero dolor de cabeza.

—Entonces tendrás que aprender a controlarlo.

—Hablas como tía Pol.

—Ella intenta ayudarte —dijo la princesa—, trata de enseñarte a hacer lo que de todos modos acabarás haciendo. ¿Cuánta gente más vas a quemar antes de aceptar sus consejos?

—No era necesario que dijeras eso —le reprochó Garion, profundamente herido por sus palabras.

—Yo creo que sé —respondió ella—. Tienes suerte de que yo no sea tu tía, pues no toleraría tu estupidez como lo hace Polgara.

—No me entiendes —murmuró Garion de mal humor.

—Te entiendo mucho mejor de lo que tú crees, Garion. ¿Sabes cuál es tu problema?, que no quieres crecer. Quieres seguir siendo un niño toda la vida, pero no puedes, nadie puede. No importa cuánto poder tengas ni si eres emperador o hechicero, no puedes detener el paso del tiempo. Yo lo descubrí hace mucho, pero quizá sea mucho más lista que tú. —Luego, sin mediar palabra, Ce'Nedra se puso de puntillas y lo besó en la boca con suavidad. Garion se sonrojó y agachó la cabeza avergonzado—. Dime —dijo Ce'Nedra mientras jugaba con la manga de su túnica—, ¿la reina Salmisra era tan hermosa como dicen?

—Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida —respondió Garion sin vacilar.

La princesa contuvo el aliento.

—¡Te odio! —gimió con los dientes apretados, y corrió en busca de tía Pol.

Garion se quedó perplejo, luego se volvió y fijó la vista en el río y en la ceniza. El cosquilleo de la mano se hacía insoportable y se rascó clavándose las uñas.

«*Así sólo conseguirás que te duela*», le advirtió la voz de su mente.

—Me pica y no puedo soportarlo.

«*Deja de comportarte como un bebé.*»

—¿Qué es lo que lo produce?

«*¿Quieres decir que no lo sabes? Tienes que aprender más de lo que pensaba. Pon la mano derecha encima del amuleto.*»

—¿Por qué?

«*Simplemente hazlo, Garion.*»

Garion metió la mano debajo de la túnica y apoyó la palma dolorida sobre el medallón. Como una llave que se introduce en su cerradura correspondiente, el contacto de su

palma con el amuleto le pareció la cosa más armónica y perfecta. El cosquilleo se convirtió en aquella agitación, ya familiar, y el ruido sordo comenzó a resonar con fuerza en sus oídos.

«*No demasiado* —le advirtió la voz—, *no estás intentando secar el río, ¿sabes?»*

—¿Qué ocurre? ¿Qué es todo esto?

«*Belgarath nos está buscando.*»

—¿El abuelo? ¿Dónde? «*Ten paciencia.*»

El ruido se hacía cada vez más fuerte, y Garion temblaba con cada golpe. Miró por encima de la baranda e intentó distinguir algo entre la niebla. La ceniza caída, tan liviana que cubría la superficie del río fangoso, no permitía ver nada a más de veinte pasos de distancia. Era imposible divisar la ciudad, y los lamentos y gritos procedentes de las calles sonaban ahogados; sólo se veían con claridad las tranquilas aguas que golpeaban contra el casco del barco.

De repente, algo se movió río adentro. No era muy grande, apenas una sombra oscura que flotaba en silencio sobre la corriente. El ruido se hizo más fuerte.

La sombra se acercó y Garion pudo distinguir la figura de un bote pequeño y un remo que rompía la superficie del agua con un suave chapoteo. El hombre que remaba se volvió y miró por encima de su hombro: era Seda. Tenía la cara cubierta de ceniza y de pequeñas gotas de sudor.

El señor Lobo iba sentado en la popa, envuelto en su capa y con la capucha puesta.

«*Bienvenido, Belgarath*», dijo la voz seca.

«¿*Quién es?* —dijo la voz de Lobo con asombro en la mente de Garion—. ¿*Eres tú, Belgarion?*»

«*No exactamente* —respondió la voz—, *al menos todavía no, pero estamos cerca.*»

«*Me preguntaba quién hacía todo ese ruido.*»

«*A veces se pasa un poco, pero ya aprenderá.*»

Uno de los marineros que estaban junto a Barak en la popa dio un grito y todos se volvieron a mirar el pequeño bote que se acercaba.

Tía Pol subió de la bodega y se apoyó en la baranda.

—Llegas tarde —le dijo.

—Ha surgido un imprevisto —respondió el viejo, cada vez más cerca.

Se quitó la capucha y sacudió la fina ceniza de su capa, entonces Garion pudo observar que tenía el brazo izquierdo atado en cabestrillo con un trapo sucio.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó tía Pol.

—Preferiría no hablar de ello. —También tenía un feo arañazo en la mejilla que se perdía en su barba blanca y corta, y sus ojos reflejaban una expresión de furia. Mientras Seda hundía los remos una vez más, y acercaba con destreza el bote al barco de Gredik, en su cara cubierta de ceniza se dibujaba una sonrisa maliciosa—. Supongo que no podré convencerte de que mantengas la boca cerrada —le dijo Lobo, enfadado, al hombrecillo.

—¿Acaso me crees capaz de contar algo, poderoso hechicero? —preguntó Seda con tono burlón y una expresión de falsa inocencia en sus ojos de hurón.

—Sólo ayúdame a subir —le dijo Lobo con tono quisquilloso. Tenía el aspecto de un hombre que ha sido mortalmente insultado.

—Lo que tú digas, venerable Belgarath —respondió Seda con evidentes esfuerzos para contener la risa.

Ayudó a Lobo a mantener el equilibrio, y el viejo trepó con torpeza al otro lado de la baranda.

—Salgamos de aquí —le dijo Lobo al capitán Gredik, que acababa de unírseles.

—¿En qué dirección, venerable anciano? —preguntó Gredik con cautela, para evitar que el viejo se molestara aún más. Lobo lo miró fijo—. ¿Río arriba o río abajo? —explicó Gredik en un tono apaciguador.

—¡Río arriba, por supuesto! —respondió Lobo.

—¿Cómo podía imaginarlo? —preguntó Gredlik enfadado a tía Pol antes de dar media vuelta y comenzar a chillar órdenes a sus marineros.

En el rostro de tía Pol se reflejaba una extraña mezcla de alivio y curiosidad.

—Estoy segura de que tu historia va a ser absolutamente fascinante, padre —comentó mientras los marineros comenzaban a levantar la pesada ancla—, estoy ansiosa por oírla.

—No tengo ganas de escuchar ironías, Pol —le respondió Lobo—. He tenido un día muy malo, así que intenta no empeorarlo.

Aquellas últimas palabras fueron demasiado para Seda. El hombrecillo, que justo en ese momento cruzaba la baranda, ya no pudo contenerse y cayó tambaleante a cubierta entre enormes carcajadas.

Los marineros de Gredlik sacaron los remos para hacer girar el barco sobre las aguas tranquilas. Mientras tanto, el señor Lobo contemplaba a su compañero con una expresión de profundo agravio.

—¿Qué te ha pasado en el brazo, padre? —La mirada de Pol era penetrante y su tono exigía una respuesta inmediata.

—Me lo he roto —contestó cortante Lobo.

—¿Cómo te las has arreglado para hacerlo?

—Ha sido un estúpido accidente, Pol. Estas cosas pasan de vez en cuando.

—Déjame ver.

—Dentro de un minuto. —Se volvió a Seda, que seguía riendo—: ¿Vas a terminar de una vez? Ve a decirle a los marineros que ya podemos partir.

—¿Adónde vamos, padre? —preguntó tía Pol—. ¿Has encontrado el rastro de Zedar?

—Cruzó a Cthol Murgos, donde lo esperaba Ctuchik. —¿Y el Orbe?

—Ahora lo tiene Ctuchik.

—¿Podremos detenerlo antes de que lo lleve a Rak Cthol? —Lo dudo. De todos modos, primero tenemos que ir al valle.

—¿Al valle? Padre, eso no tiene sentido.

—Nuestro Maestro nos ha convocado, Pol. El quiere que vayamos al valle y allí iremos.

—¿Y qué pasará con el Orbe?

—Lo tiene Ctuchik y yo sé dónde encontrarlo, no se va a ir de allí. Así que ahora mismo nos vamos al valle.

—Muy bien, padre —aceptó conciliadora—, no te pongas nervioso. —Lo miró con atención—. ¿Has estado en una pelea, padre? —le preguntó imprudente.

—No, no he estado en ninguna pelea.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Se me ha caído un árbol encima.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Ante la reticente confesión de Lobo, tía Pol irrumpió en una cristalina carcajada. Desde la popa, donde Gredlik y Barak iban al timón, comenzaron a oírse los lentos tañidos del tambor y los marineros sumergieron los remos. El barco se deslizó sobre el agua oleosa río arriba y a contracorriente. La risa de Seda flotaba en el aire cargado de ceniza.

FIN